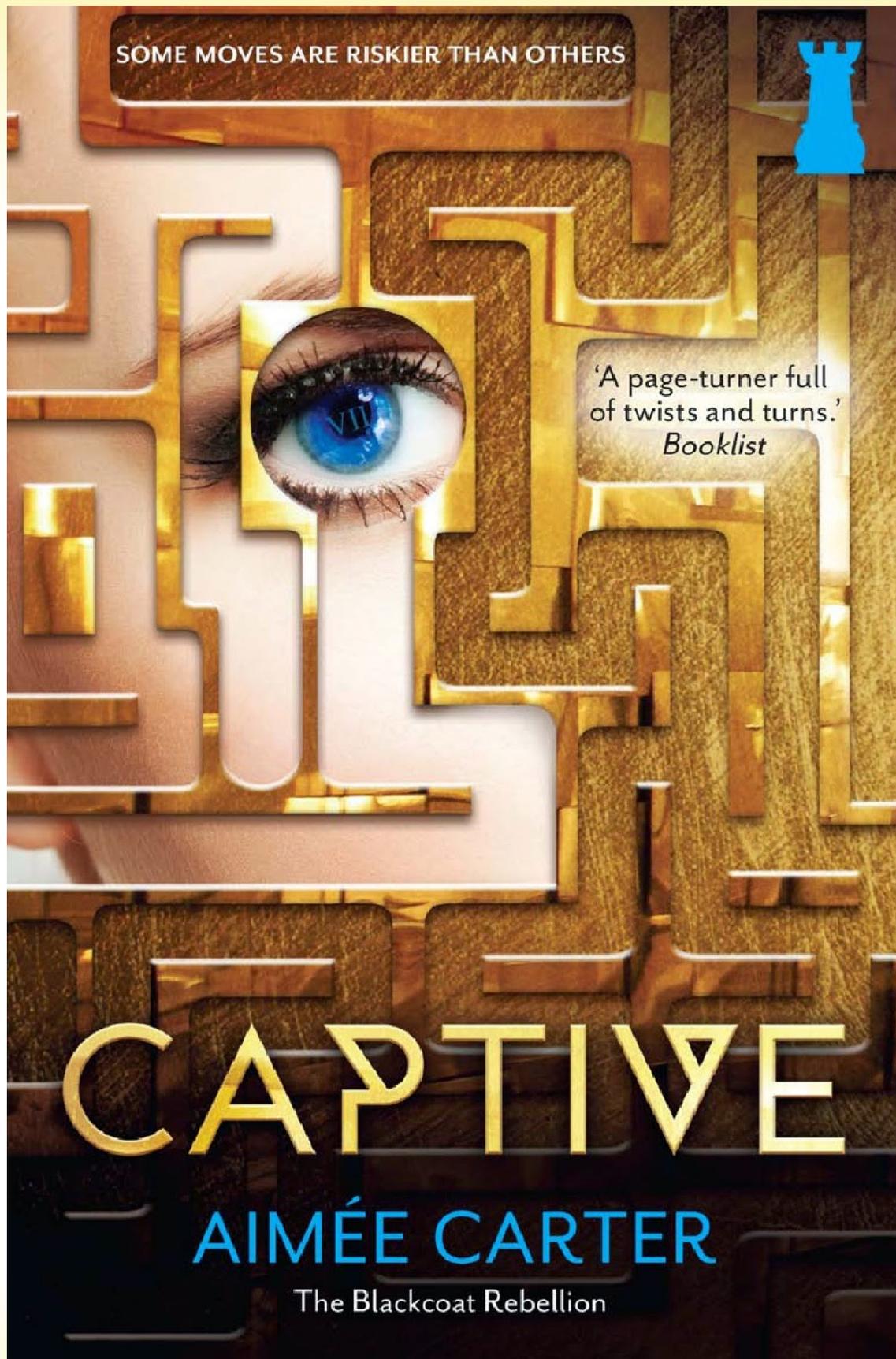


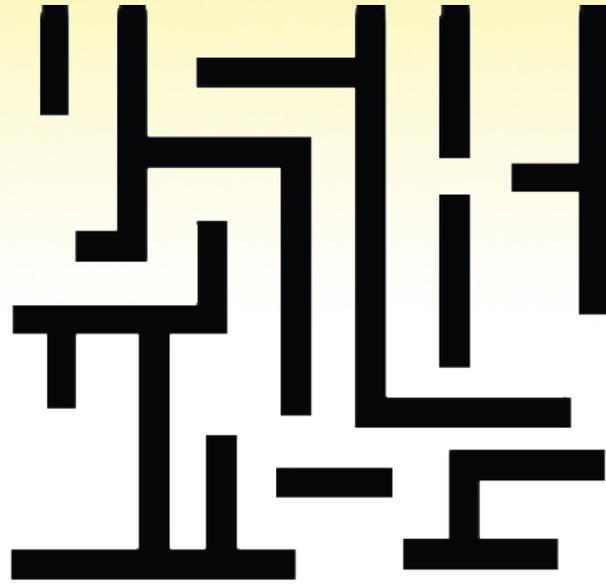
AIMÉE CARTER

DARK GUARDIANS



1

CAPTIVE



CAPTIVE

The Blackcoat Rebellion #2

AIMÉE CARTER

2



SINOPSIS

La verdad puede liberarla.

Durante los últimos dos meses, la vida de Kitty Doe ha sido una mentira. Forzada a hacerse pasar por Lila Hart, la sobrina del Primer Ministro, en una meritocracia hostil al borde de la revolución; Kitty ve cómo su frustración crece mientras su confianza en su prometido falso se resquebraja, su novio verdadero le está prohibido y los rebeldes Blackcoat a los que secretamente apoya, la mantienen en la oscuridad más que nunca.

Conforme una revelación abrumadora conduce a otra, Kitty aprende de la forma difícil que no puede confiar en nadie, ni siquiera en la gente que creyó estaba de su lado. Con la espalda contra la pared, Kitty desea creer que hará lo que sea necesario para apoyar la rebelión en la que cree... pero ¿está preparada para pagar el precio máximo?

3

I

DESMAYO

Traducido por Azhreik

En algún lugar cercano, Benjy estaba esperándome. Podía sentir su mirada fija mientras hacía mis rondas a través del gran salón de baile de la mansión Somerset, saludando a cada nuevo rostro con una sonrisa que se estaba volviendo cada vez más difícil mantener. Zumbaban a mi alrededor, disputando por unos pocos instantes de mi tiempo, pero todos sabíamos que sólo estaban aquí por mi nombre y mi rostro. Yo era Lila Hart, la sobrina del Primer Ministro de los Estados Unidos y una de las pocas VII en todo el país... que en una habitación llena de VI, me hacía más poderosa que todos ellos.

4

Pero yo no deseaba poder o fama. Si pudiera hacer lo que quisiera, estaría encerrada en mis aposentos con Benjy, robando todos los momentos a solas que pudiéramos. En su lugar, estaba obligada a celebrar mi cumpleaños en una habitación llena de mis supuestos amigos cercanos, conducida por un prometido que no me gustaba particularmente, y mucho menos amaba.

Excepto que no era mi cumpleaños, estos no eran mis amigos, y Knox Creed definitivamente no era mi prometido.

Mi nombre no era Lila Hart. Era Kitty Doe, y en mi decimoséptimo cumpleaños real en septiembre, había sido secuestrada por el Primer Ministro y transformada quirúrgicamente en esta sobrina mimada, rebelde y supuestamente muerta, contra mi voluntad. Él me había dado una opción: fingir ser Lila o terminar con una bala en el cerebro. Yo no era una idiota, y aunque había significado renunciar

a todo lo que había conocido y a todos a los que había amado, había elegido vivir... y luchar. Tres meses después, tras descubrir las conspiraciones políticas suficientes para toda una vida y secretos que debían haber quedado enterrados, aquí estaba, con Knox apretándome el brazo mientras me guiaba por entre la multitud de gente que me mataría si descubriera quién era yo en realidad.

Lo fulminé con la mirada e intenté sutilmente apartar mi brazo de su agarre, pero él apretó. No me importaba que fuera atractivo y alto, con cabello oscuro y ojos aún más oscuros, y que la mayoría de las chicas hubiera matado por estar en mis zapatos. Ellas no tenían que lidiar con el flujo interminable de instrucciones sobre cómo personificar a una chica que odiaba, ni tenían que fingir amarlo en frente de un país entero cuando la mayoría de los días los pasábamos en un tira y afloja constante.

Además, yo era extremadamente feliz con el novio que ya tenía, muchas gracias. Un novio quien, con su infinita paciencia, había estado esperado más de una hora a que me escabullera de esta gente. Si no encontraba una forma pronto, la noche no terminaría de forma placentera para ninguno de nosotros.

—Teníamos un trato —susurré, inclinándome hacia Knox para que sólo él pudiera escucharme—. Me porto bien durante un par de horas y me voy a las nueve. Ya son casi las once.

—A veces los planes cambian —dijo, sus dedos apretaron más mi codo. Aunque me hablaba a mí, sus ojos registraron el salón de baile—. Relájate y disfruta.

Las únicas veces que había disfrutado en los últimos meses había sido durante esos momentos robados con Benjy. —Lila nunca se habría quedado tanto tiempo. Cada minuto que estoy aquí, parece más sospechoso.

—Lo sé —dijo bajito, inclinándose para rozar sus labios con mi oreja. El calor de su aliento me recordó el frío que hacía en el salón de baile, y me estremecí en mi ligero vestido de seda—. Pero a veces incluso Lila tenía que hacer cosas que no le gustaban. Alerta.

Me giré a tiempo para ver a un hombre corpulento caminar sin prisa hacia nosotros. El Ministro Bradley, uno de los doce Ministros de la Unión que trabajaban bajo órdenes del Primer Ministro. No conocía a muchos de ellos de vista, pero el bigote retorcido del Ministro Bradley estaba grabado a fuego en mi cerebro, junto con la forma en que mi piel se erizaba cada vez que estaba cerca.

—Lila, querida, luces deslumbrante. —Se inclinó para estampar sus labios secos contra mi mejilla, y requirió cada gramo de voluntad que poseía evitar estremecerme. — Después de todo lo que has pasado, esperaba algo menos... —Hizo un gesto vago, con los ojos pegados a mi pecho.

Esta vez no me molesté en sonreír. —Ministro Bradley. Me sorprende verlo aquí. Creí que su esposa estaba enferma.

Se rio entre dientes y su mirada no se apartó. —Sí, sí, bueno, no me perdería una oportunidad de ver tu hermoso rostro.

—En ese caso, tal vez quiera alzar la vista hasta aquí —dije y el Ministro Bradley se puso escarlata.

—Lo siento, Ministro —dijo Knox rápidamente, y enganchó su codo con el mío—. Lila ha bebido demasiado esta noche. Si no te importa, querida, necesito una palabra contigo.

Me condujo lejos y apreté mi copa de champaña. Ambos sabíamos que no había bebido ni un solo sorbo. No me podía permitir beber, no cuando necesitaba de toda mi claridad para sobrevivir la noche.

Agitando la mano para saludar a los Ministros y sus familias, junto con varios de los VI más prominentes en Washington D.C., Knox me guio hasta una mesa llena de comida y servilletas de tela dobladas en forma de pavo reales. La gente cercana empezó a moverse en nuestra dirección, pero Knox les lanzó una mirada de puro veneno, y ellos se dispersaron.

—Tú sabes lo importante que es esta noche —dijo tranquilamente, una vez que estuvimos solos. Me tendió un platito del extremo de la mesa—. ¿Realmente crees que insultar al Ministro Bradley en su cara va a hacértelo más fácil?

—Estaba mirando fijamente mi vestido —contesté—. ¿Por qué esperas que sonría y se lo permita cuando Lila habría...?

—Ahora mismo no me importa lo que Lila habría hecho —dijo—. Espero que no causes una escena con uno de los Ministros de la Unión más poderosos y nos crees otro enemigo que no necesitamos.

—Todos los que están en este lugar son enemigos. —Me giré y empecé a llenar mi plato con postres del tamaño de un bocado.

—Yo no.

Dudé, mi mano inmóvil sobre un trozo de pastel rosa. Estaba aquí porque confiaba en Knox más que en la mayoría de la gente, pero algunos días no estaba tan segura que yo le importara más de lo que le importaba la razón por la que me necesitaba en primer lugar. —Si no quieres que piense en ti como un enemigo, entonces deja de tratarme como a una prisionera.

Knox suspiró. —Lo haría si tú dejaras de actuar como si no supieras cómo comportarte en público. Han pasado meses. Ya deberías conocer las reglas.

—¿Cómo podría conocerlas cuando sigues cambiándolas? —En la siguiente mesa, identifiqué pequeños trozos de carne envuelta en un hojaldre esponjoso, y mi boca se hizo agua. No había comido carne roja desde octubre. Ahora ya estaba casi acostumbrada, pero había días en que habría dado mi brazo derecho por una hamburguesa con queso. Hoy era uno de ellos.

Si estaba envuelta en hojaldre, nadie lo notaría, decidí. Moviéndome hacia esa mesa, ignoré el discurso que Knox estaba susurrando en mi oído y levanté casualmente una pieza. Un mordisco. Era todo lo que quería.

Estaba a un centímetro de mis labios cuando los dedos de Knox se cerraron alrededor de mi muñeca. —Lila, querida, eso tiene carne roja.

—¿Estás seguro? —dije inocentemente, intentando apartar la mano, pero su agarre era demasiado fuerte.

—Absolutamente.

Dejé caer el hojaldre en su plato, y el resto de mi paciencia se fue con él. —Si me disculpas, necesito orinar. —*Y encontrar a Benjy antes que se dé por vencido conmigo.*

—Necesitas refrescarte —corrigió Knox en voz baja.

—El Ministro Bradley me está mirando como si fuera alguna especie de cerdo de concurso —dije—. *Necesito orinar.*

Sin advertencia, Knox me hizo girar hacia una antecámara cercana, sus dedos se clavaban en mi brazo y no dijo una palabra hasta que pasamos el umbral. —¿Te das cuenta de quién está aquí?

Miré sobre su hombro. Ahora que nos habíamos ido, repentinamente el buffet se había vuelto el rincón más popular de la habitación, mientras los Ministros, sus familias, y los más aferrados trepadores de la escala social en el distrito de Columbia se entretenían allí, esperando a que saliéramos. Todos tenían VI tatuados en la nuca... el rango más alto que podíamos ganarnos después de tomar una prueba de aptitud en nuestro decimoséptimo cumpleaños. El único que decidía el resto de nuestras vidas, incluyendo nuestros trabajos, donde vivíamos, cuántos hijos podíamos tener y la longevidad de nuestras vidas. Sus VI significaban privilegios ilimitados y los ponían en la cima de la cadena alimenticia. El III bajo mi VII me había hecho ganar un boleto sólo de ida a limpiar alcantarillas durante las siguientes cuatro décadas, si conseguía vivir tanto con los escasos recursos que me habría concedido nuestro benévolo gobierno. —Sí. Todos los parásitos en Washington.

—Suficiente. —Knox me fulminó con la mirada, y su fachada cuidadosamente elaborada cayó finalmente. Cerró la puerta—. Puedes portarte bien, o puedes

explicarle a Daxton porqué el país entero de repente sabe quién eres realmente. Porque esa gente de allá afuera no es idiota, a pesar de lo que parece creer, y si continúas hablando así donde todos puedan oírte, ellos *lo descubrirán*. Es tu elección.

—Lo único que va a lograr que lo descubran es si continuo actuando como si estuviera perfectamente feliz allí afuera, fingiendo que me importa algo de esto —dije, hundiendo mis uñas falsas en mis palmas—. Lila no se habría quedado tanto tiempo.

Knox hizo una mueca. Mirando hacia la puerta, se acercó un paso, bajando la voz. —Lo sé, Kitty. Siento eso, de verdad. Pero si nos vamos ahora, alguien irá a buscarnos, y eso es lo último que necesitamos esta noche, ¿de acuerdo?

—Entonces debiste haberme dicho eso para empezar, en vez de jugar este ridículo juego —repliqué—. No soy completamente irrazonable, sabes. Si me dijeras todas estas cosas...

—Te digo lo que puedo.

—Me tratas como un objeto, Knox. Justo ahora, en esta habitación... soy tu utilería. —Sacudí la cabeza, dividida entre estar furiosa y quebrarme. Todo lo que deseaba era ir arriba y estar a solas con Benjy. Con la única persona que me quedaba en el mundo a quien aún le importaba la persona bajo el rostro de Lila.

—No eres mi utilería —dijo Knox, suavizando el tono—. Intento protegernos a ambos. Lo que estamos haciendo, a pesar de lo peligroso que es... es lo correcto. Sabes que lo es. No lo arruines sólo porque estás teniendo una mala noche.

Un nudo doloroso se formó en mi garganta, y tragué en seco. Era una discusión que habíamos tenido durante todo el mes pasado, desde que estuve de acuerdo en continuar personificando a Lila. Originalmente no había sido mi elección; después que el Primer Ministro Daxton Hart me había comprado en un club de caballeros, me había dejado inconsciente y había despertado dos semanas después para descubrir que había alterado quirúrgicamente mi cuerpo—enmascarado, lo llamaban—para ser una copia exacta de su sobrina, Lila Hart, que había sido asesinada secretamente por liderar una rebelión contra él. Se suponía que yo tomara su lugar y la detuviera.

En su lugar, gracias a Knox, Lila seguía viva y estaba escondida. Y en cuanto a mí... resultó que no estaba de acuerdo con quedarme quieta y dejar que el gobierno asesinara a la gente que amaba.

Esa fue la única razón por la que había accedido a quedarme cuando Knox me lo había pedido hacía tres semanas. Había sido después de una agotadora noche y día, cuando Augusta Hart, la madre de Daxton y el verdadero puño de hierro que manejaba el país, había intentado no sólo matarme a mí y a Lila, sino también a Benjy. En su lugar, yo le había disparado seis balas. Ahora, con Lila seriamente herida, dependía de mí fingir ser ella, hasta que alguien eliminara al Primer Ministro del panorama.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Lo había intentado una vez y fallado... y como resultado, Daxton había estado en coma el tiempo suficiente para perderse lo peor de la pelea. Cuando había despertado, había fingido no saber que yo no era Lila, pero ambos sabíamos quién era realmente. Yo no era nadie para esta gente. Había sido criada tan lejos de la vida de un VII como era posible, en una casa hogar llena de Extras nacidos de padres que sólo tenían permitido tener un hijo. No había sido la crianza más lujosa del mundo, pero al menos podía tener una hamburguesa con queso sin tener que mendigar. Y al menos había sabido quién era exactamente. Cuanto más tiempo pasaba como Lila, menos segura estaba que siguiera conociéndome.

—¿Crees que puedas aguantar una hora más? —dijo Knox, cruzando los brazos sobre su pecho ancho.

—Una hora más —murmuré, intentando apartar mi frustración. Knox tenía razón; yo sabía exactamente a qué había accedido, y portarme bien con los Ministros era una parte—. Pero Benjy tiene que quedarse conmigo esta noche después de la reunión.

Él levantó una ceja. —Conoces los riesgos.

—Fingiré que me quedo en tu alcoba. Puedes decirles a todos que tuvimos el mejor sexo de tu vida...

—Probablemente sería el peor.

Pateé su espinilla con mi tacón. —Esta noche estás siendo un imbécil.

Él maldijo y se frotó la pierna. —Y tú vas a conseguir que te maten a ti y a tu novio si no...

El pomo de la puerta se agitó, y sin advertencia, Knox me empujó contra la pared. Sus dedos se enredaron en mi cabello color pajizo, y sus labios encontraron los míos mientras me besaba con una ardorosa hambre de la que no pude escapar. No luché contra él. Mejor ser forzada a besarlo de vez en cuando, a que alguien nos atrapara hablando sobre mi identidad real; o peor, sobre la rebelión que liderábamos contra el gobierno.

La puerta se abrió, y me separé de Knox, haciendo mi mejor esfuerzo por lucir avergonzada. —Si no le importa, estamos algo ocupados...

Me detuve y todo el aire abandonó mis pulmones. Incluso después de dos meses de encontrarme cara a cara con él a diario, el Primer Ministro Daxton Hart nunca fallaba en hacer que mi corazón se saltara un latido. Y no de buena forma.

Estaba parado en el umbral, con las pobladas cejas elevadas con sorpresa. Lentamente se estaban encaneciendo, lo que combinaba con su cabello oscuro, que era gris en las sienes. —Me disculpo, no tenía intención de interrumpir —dijo con voz tranquila—. Lila, querida, tus invitados esperan ansiosos tu regreso.

Sostuve su mirada fija. Sus ojos oscuros encontraron los míos, y durante varios segundos, ninguno de los dos parpadeó. Knox no tenía idea que el Primer Ministro sabía quién era yo. Daxton había mantenido su propio secreto magistralmente, sólo reveló su jugada en el funeral de Augusta con el fin de asustarme para que cumpliera con mi parte. No había funcionado. Era nuestro juego privado, y yo no iba a ser la primera en parpadear.

—Iremos en un minuto, señor —dijo Knox. Durante un momento, casi me sentí mal por él. Él era el único en la habitación que no sabía realmente qué estaba

sucediendo. Debí haberle dicho que Daxton recordaba todo... esa debió haber sido mi primera conversación después del funeral. Pero sin importar lo mucho que confiara en él más que los demás, no confiaba en él completamente, y había dudado, enfocándome en reunir partidarios para los Blackcoat. Eventualmente había pasado el tiempo, y sabía que los efectos colaterales serían malos... de la clase de la que nunca podríamos recobrarlos. Así que en su lugar, egoístamente había mantenido la verdad como un as escondido, para jugarlo cuando lo necesitara más. O para nunca jugarlo.

Aunque Knox sí sabía una cosa: el secreto que había develado en el funeral, cuando rocé mis dedos contra el VII en la nuca de Daxton y sentí el V debajo. Yo no era la única Hart que había sido enmascarada. La única diferencia entre nosotros era que yo aún tenía a mi creador respirándome en el cuello. Ahora que Augusta estaba muerta, el hombre que fingía ser el Primer Ministro Daxton Hart no tenía a nadie que lo detuviera de hacer lo que quisiera... incluyendo matar a cualquiera que se interpusiera en su camino. Cuando resultaba que todos los que me importaban estaban haciendo justo eso, las cosas se hacían personales.

—Un minuto. —Daxton levantó un dedo en énfasis—. Odiaría que te perdieras tu sorpresa de cumpleaños, Lila.

Me estremecí al pensar en lo que podría haberme preparado, peroforcé una sonrisa. —Un minuto.

Tan pronto cerró la puerta, me incliné hacia la oreja de Knox y susurré: —¿Cómo vamos a escabullirnos para la reunión? Él no va a perderme de vista.

—Déjame eso a mí —susurró Knox y guiñó el ojo. Echándose hacia atrás, se pasó los dedos por el cabello y se alisó la camisa negra y los pantalones. Yo me acomodé mi corto vestido purpura. Tres meses antes, nunca habría creído que se me permitiría tocar seda, mucho menos portar vestidos de seda tras vestidos de seda hechos a medida. A pesar de lo lindo que era el guardarropa; y los zapatos, y la comida, y los lujos que nunca habría podido soñar como una III, fingir ser Lila no valía arriesgar mi vida, y definitivamente no valía arriesgar la de Benjy al involucrarlo en esto.

Maldije. Él aún estaba esperándome. —Se supone que me reuniría con Benjy pronto...

—Lo verás después de la reunión. —Knox me acomodó un mechón suelto tras la oreja—. Sin importar lo mala que parece va a ser esta noche, no hagas nada estúpido, Kitty. Lo digo en serio. Cualquier breve ráfaga de alegría que saques de ese momento no valdrá la pena ser enviada a Otro-Sitio, y lo sabes.

Sí, lo sabía. —Benjy y yo. Toda la noche en tu alcoba.

—Toda la noche, mientras no tenga que oírlos. —Knox sonrió maliciosamente y abrió la puerta. Una ronda de aplausos nos recibió al entrar brazo con brazo de vuelta a la muchedumbre de VI, y varias personas que no reconocí se nos acercaron inmediatamente, con bebidas en mano. Me endurecí para otra ronda de charla absurda. Hacía mucho tiempo que había dejado de intentar recordar nombres. Lila no se habría molestado, y yo no deseaba hacer el esfuerzo cuando todo lo que ellos querían de mí era el poder detrás de mi VII. Si tan sólo supieran lo que yacía debajo.

—¿Quieres otra bebida? —preguntó Knox, aunque aún tenía mi copa aflautada llena de champaña. Sacudí la cabeza.

—Pero si pudieras conseguirme una de esas cosas de hojaldre esponjoso...

Bang.

Un disparo sonó, y en un instante, mi mente se puso en blanco. Todo lo que podía ver era carmesí contra blanco, un descarnado contraste que no desaparecería, sin importar lo mucho que intentaba bloquearlo.

Bang.

La visión del cuerpo de Augusta poniéndose flácido, y la sangre encharcándose a su alrededor sobre la alfombra.

Bang.

El frío metal de un arma en mis manos mientras apretaba el gatillo una y otra vez, sabiendo que si no lo hacía, Augusta mataría a Benjy.

Bang.

—Lila... *Lila.*

La voz de Knox se filtró a través de la niebla que me rodeaba. Abrí los ojos. Aunque se cernía sobre mí a unos cuantos centímetros de distancia, parecía muy lejano, y su rostro estaba borroso. Percibí a otros merodeando cerca, pero el rugido sordo en mis oídos hizo imposible escuchar lo que estaban diciendo.

—Sólo son fuegos artificiales —dijo Knox, su aliento tibio contra mi mejilla mientras sus manos sujetaban mis hombros. El frío atravesó mi vestido desde el mármol que tenía debajo, y me tomó un momento darme cuenta que estaba en el piso—. ¿Ves? Mira hacia allá.

Me giré cuando resonó otro bang. Por reflejo me encogí de nuevo, pero las manos de Knox permanecieron firmes. Brillantes explosiones de color llenaron el gran salón de baile, y tuve que parpadear varias veces antes que mi visión se aclarara lo suficiente para distinguirlos a través de los amplios ventanales.

Fuegos artificiales. Sólo fuegos artificiales, no disparos. Nadie estaba en peligro, excepto por Knox si no me quitaba las manos de encima.

—Estoy bien —murmuré, apartándolo. Él dio un paso atrás, y fue entonces cuando noté el grupo de gente que había formado un círculo apretado a nuestro alrededor. Cada uno de ellos me miraba abiertamente, ignorando el espectáculo y en su lugar poniéndome atención a mí. Terrorífico. No solamente me había desmayado, sino que también lo había hecho frente a los más poderosos y acaudalados del país. —Yo... —empecé, exprimiéndome la mente en busca de una excusa, pero una voz familiar resonó por entre la multitud, interrumpiéndome.

—¡Lila!

Benjy se abrió paso a empujones entre el Ministro Bradley y su hija de expresión desencajada, y se deslizó hasta el suelo, arrodillándose junto a mí. Tan pronto sentí su calidez, el nudo en mi pecho empezó a soltarse.

—¿Estás bien? Estabas gritando. —Sus ojos azules estaban muy abiertos y ansiosos, y su corto cabello pelirrojo estaba desordenado. Estiró la mano para tocar mi rostro de la misma forma que Knox, pero su mano se detuvo a un centímetro de distancia. Demasiada gente estaba observándonos, y sin importar lo preocupado que estuviera, no podía echarme de cabeza. No podía *echarnos* de cabeza.

—Estoy bien, lo prometo —dije de nuevo. Mis mejillas ardían, y meforcé a ponerme de pie, ignorando la forma en que me temblaban las rodillas. Fiesta de cumpleaños o no, tenía que salir de aquí—. Sólo... sólo olvide comer, eso es todo.

—Retrocedan —dijo Knox a la multitud, y empezó a hacer que se apartaran—. Denle algo de aire. Benjy, llévala a mis aposentos. Estaré ahí en un momento.

Benjy me rodeó con el brazo y le lancé a Knox una mirada agradecida. Consciente de que todos nos veían fijamente, permití a Benjy que me condujera a la salida mientras las explosiones de los fuegos artificiales hacían eco desde el jardín. Cada una envió un escalofrío por mi espalda.

Esto no era normal. Nunca había reaccionado de esta forma antes, y habían pasado semanas desde que matara a Augusta. No es como si lo hubiera hecho a sangre fría. Se lo merecía, después de lo que me había hecho a mí y a Benjy... después de lo que le había hecho a su propia *familia*, al intentar matar a su hija y a su nieta, pero aparentemente mi consciencia no estaba interesada en escuchar razones.

Ni tenía fin para justificar mis medios. Matar a Augusta no me había hecho ningún favor, simplemente había removido por completo la correa de Daxton, dejándonos a todos en grave peligro. Y eso, pensaba, era la peor parte. Al jalar ese gatillo había salvado la vida de Benjy a corto plazo, pero a largo plazo, ambos estábamos a un paso de la muerte.

Daxton estaba de brazos cruzados, esperándonos junto a las puertas dobles, me dirigió una mirada de preocupación burlona. —Lo siento muchísimo, querida —dijo, estirándose para tomar mi mano libre. Me aseguré de frotar mi palma sudorosa contra la suya—. No lo pensé. Después de todo por lo que has pasado...

—Estoy bien —dije por tercera vez—. Sólo necesito sentarme.

—Estoy seguro que tu... amigo está dispuesto a ayudarte con eso. —Miró a Benjy arriba y abajo, y una ira incandescente se disparó en mi interior. Augusta podía haber tenido el poder detrás del trono, pero Daxton aún era la serpiente que se sentaba en él.

Benjy se aclaró la garganta. —Knox me pidió que la ayudara —dijo—. Bajaré después.

—Tómate tu tiempo, chico —dijo Daxton, y dirigió su mirada hacia mí—. Lo más importante es que la querida Lila esté bien.

Su voz rastrera me siguió incluso después que Benjy y yo nos alejáramos. Podía sentir su mirada posada en nosotros, y aunque mis rodillas aún temblaban, meforcé a caminar más rápido hacia el elevador. Tan pronto estuvimos dentro y con la puerta cerrada, deje escapar el aire y me giré hacia Benjy, lo abracé con fuerza y enterré mi rostro en su pecho.

—Lo siento —dije, mi voz amortiguada por su camisa—. No sé qué sucedió.

Me envolvió protectoramente con los brazos, frotando círculos en mi espalda, y el calor de su cuerpo me calentó desde el interior. Si pudiera quedarme así por el resto de mi vida, lo haría—. No tienes que disculparte. Esos fuegos artificiales también me asustaron a mí.

—Sólo Daxton descubriría una manera de aterrorizarme en mi propia fiesta de cumpleaños —gruñí—. ¿Cuánto tiempo crees que tengamos antes que Knox venga a buscarnos?

—No el tiempo suficiente —contestó, y suspiré. Nunca era el tiempo suficiente.

Las puertas se abrieron, y Benjy y yo nos dirigimos al ala del cuarto piso. Mis aposentos estaban del otro lado del pasillo de los de Knox, y habría dado cualquier cosa por arrastrar a Benjy allí y desaparecer por el resto de la noche. Pero la fiesta no era lo único que sucedería esta noche, y no me habría perdido otra reunión de los Blackcoat por nada. Ya estaba lo bastante rezagada en información; inmediatamente después que Augusta muriera, Knox y los Blackcoat habían aprovechado la oportunidad y me enviaron por varias ciudades del país para reunir seguidores mientras Daxton aún estaba ocupado recuperándose, como para prestar mucha atención. Denver, Nueva York, Seattle, Los Angeles. Había viajado durante una semana, y para cuando regresé, todo dentro de los Blackcoat había cambiado. Lila y su madre—la hermana de Daxton, Celia—habían entrado en la clandestinidad para ocultarse, dejando a Knox al mando. Incluso ahora, semanas después, aún estaba poniéndome al día sobre los planes que se les habían ocurrido mientras yo estaba lejos. No me podía perder nada más.

Las luces en los aposentos de Knox se encendieron automáticamente cuando entramos al saloncito. Aunque mis rodillas habían dejado de temblar ahora, permití a Benjy que me ayudara a llegar al sofá, ansiosa de tanto contacto como pudiera obtener antes que Knox regresara. Habían pasado días desde que había podido robar algo tan simple como un abrazo de Benjy, que, como un VI legítimo, se había ganado su lugar como asistente de Knox. Pero con Knox constantemente a nuestro alrededor, que levantaba una ceja cada vez que me atrevía siquiera a sonreírle a Benjy, era casi imposible encontrar algo de tiempo para solamente *estar* con él. Y eso, por sobre todo lo demás, era lo que extrañaba de mi antigua vida.

—Siento no haberte buscado antes —dije, repantigándome sobre el sofá. El cuero azul marino estaba frío contra mi piel, y después de pasar horas en el sofocante salón de baile, lo agradecí.

—No lo sientas. No es tu culpa. —Benjy se sentó a mi lado y acomodó su brazo sobre mi hombro, y yo no perdí tiempo en acurrucarme contra él—. Aunque casi le di un puñetazo al Ministro Bradley por la forma en que te miraba.

Sonreí. —Eso habría convertido todo el asunto en algo infinitamente más interesante.

—Hasta que me enviaran a Otro-Sitio —dijo—. Entonces no habría sido tan divertido.

Mi sonrisa se desvaneció. Toqué su mejilla, girando su cabeza hasta que me miró. —Sabes que no dejaré que eso suceda, ¿verdad? Nadie va a herirte, no mientras yo tenga una palabra al respecto.

—No soy yo por quien deberías preocuparte. —Su mirada encontró la mía, y se inclinó lentamente hasta que su aliento estuvo cálido contra mi piel—. Prométeme que no tomarás más riesgos, Kitty. Lo que sucedió esta noche...

—No pude evitarlo —respondí—. Ni siquiera supe lo que estaba sucediendo hasta que terminó.

—Eso no es a lo que me refería —dijo bajito—. Escuché lo que le dijiste a Knox. Estás haciendo esto por las razones correctas, ¿cierto? Sé que a veces es difícil...

—No tienes ni idea. —Mi rostro se calentó, y la frustración hirvió en mi interior, amenazando con quemar el último gramo de autocontrol que me quedaba—. Tener que ser alguien más todo el tiempo... nunca lograr ser yo misma de nuevo, que observen cada uno de mis movimientos... me estoy perdiendo a mí misma, Benjy. A veces me miro en el espejo y olvido que este no es mi verdadero rostro. Y a veces... a veces siento como si Kitty Doe hubiera muerto, e incluso si Knox me permitiera alejarme de esto mañana, nunca volveré a encontrarla.

Un silencio pesado se posó sobre nosotros, y la mirada de Benjy se enfocó en la mía mientras acariciaba mi labio inferior. El labio inferior de Lila. —Ella no murió —susurró—. La veo cada vez que te miro. Eres vivaz, y nadie; ni siquiera Lila Hart, hará que te desvanezcas. No me importa cómo luces. La tú real nunca desaparecerá.

Él no tenía idea de lo mucho que necesitaba oír eso justo ahora, o tal vez sí lo sabía, y era exactamente por eso que lo decía. Lentamente giré en su dirección, mi

cuerpo entero ansiaba estar lo más cerca posible a él. Pero antes que pudiera besarlo, se removió y metió la mano en el bolsillo de su saco.

—Casi lo olvido... te hice un regalo de cumpleaños —dijo, y me enderecé en el asiento, con la decepción cubriéndome.

—No es mi cumpleaños —repliqué—. Es el de Lila.

—Entonces considera esto un regalo de cumpleaños atrasado, o uno adelantado. Lo que te guste. —De su bolsillo sacó una servilleta de tela blanca, de la clase que habían estado dobladas en pavo reales junto al buffet. La había redoblado en un simple cuadrado, y levanté una ceja.

—Es... adorable —dije—. ¿Gracias?

Se rio, un sonido profundo que nunca me cansaría de oír. —Ábrelo.

Desdoblé la servilleta, y mis ojos se ampliaron. Dentro estaba un simple dibujo a tinta de una casa en un lago. Sentados en el campo junto al lago había dos figuras de palo; una con cabello largo y otra con las pecas de Benjy. Estaban acurrucadas juntas mientras el sol se ponía frente a ellas, y un nudo se me formó en la garganta.

—No puedo hacer que mejore ahora mismo —dijo Benjy—, pero puedo prometerte que algún día así será. Tendremos nuestra cabaña en el bosque, o casita en la playa, lo que tú quieras. Iré a cualquier lugar mientras me prometas que estarás allí conmigo. Voy a pasar mi vida contigo, Kitty, y no me importa si el país entero intenta detenernos. Tú eres mi futuro. Tú siempre has sido para mí, y siempre lo serás.

Finalmente cerró la distancia entre nosotros y me besó, un beso dulce y gentil que poseía cada uno de los mil días que lo había amado como mi todo, mucho después que empezara a amarlo como un amigo. Me moví a su regazo, sin importarme si alguien entraba en cualquier momento y nos veía. Necesitaba esto, y después de todo lo que habíamos pasado, Benjy y yo nos lo merecíamos.

Volvió a rodearme con los brazos, a salvo y segura y pasé mis dedos por su cabello. Sabía como el hogar, como todo lo que extrañaba de mi antigua vida, donde

pasaríamos la noche acurrucados juntos mientras él me leía. Nunca volveríamos a tener esos momentos, pero tan pronto yo estuviera libre de este lugar, podríamos tener nuevos. Había pasado tanto de mi tiempo preocupándome por el presente, preocupándome por ser Lila, que no me había permitido detenerme y pensar en lo que mi futuro podría tener. Casi parecía pedir mucho, como si estuviera retando al universo al pensar en una vida con Benjy tan lejos de los Hart como fuera posible.

Pero Benjy siempre había sido un optimista. Siempre había visto lo bueno en el mundo cuando yo no estaba tan segura que existiera. Y este grano de esperanza, esta tinta en la tela, era exactamente el futuro que deseaba. Supe en ese momento, mientras profundizaba el beso entre nosotros, que haría lo que fuera necesario para conseguirlo.

—Kitty —susurró, apartándose lo suficiente para echar un vistazo ansioso a la puerta—. No deberíamos estar...

—Estoy harta de que me digan lo que debo y no debo hacer —murmuré—. Todo estará bien. Confía en mí. Knox estuvo de acuerdo en dejarme estar aquí esta noche. Va a fingir que duermo en su habitación, pero va a permitir que pasemos una noche juntos.

La mirada de Benjy regresó de golpe hacia mí. —¿Te refieres a...?

Asentí. —Creo que ya es tiempo, ¿no te parece?

Aunque habíamos estado juntos durante años, encontrar un momento a solas en la casa hogar con otros treinta y ocho niños no había sido exactamente fácil, y ninguno de los dos había querido que fuera apresurado. Ahora que ambos teníamos diecisiete, yo era Lila Hart y Benjy era el asistente de mi prometido. *Era* peligroso, pero tras puertas cerradas, con Knox dispuesto a cubrirnos; finalmente tendríamos esa libertad. No iba a desperdiciarla.

—La boda será en menos de un mes —dije—. Puede que no tengamos otra oportunidad antes, no como esta. Y que me aspen si me caso con Knox sin mostrarte exactamente cuánto te amo.

Benjy parpadeó, luciendo entre entusiasta y confuso. —¿Es por eso que quieres hacer esto? ¿Para que Knox no...?

—Si él cree que voy a permitirle tocarme, sin importar lo casados que estemos, va a perder la mano —repliqué—. Quiero hacer esto, Benjy. Más que nada. Si tú no quieres, podemos esperar, pero...

—Sí quiero. —Sonaba sin aliento, y apretó los labios, con sus ojos fijos en los míos—. Como dijiste, más que nada. Te amo. Es sólo que no quiero que Knox sea la razón por la que haces esto.

—No lo es, y nunca lo será. —De nuevo rocé mis labios contra los suyos—. Tú eres la única razón que necesito.

—*Ejem.*

Me aparté de Benjy, con el corazón acelerado. Knox estaba parado en el umbral, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. —¿Alguna vez has oído sobre tocar la puerta? —pregunté, fulminándolo con la mirada.

—Considerando que es mi alcoba, no. —Se apartó de la pared y cerró la puerta—. Si continúan así, será sólo cuestión de tiempo antes que alguien los atrape. Entonces no seré capaz de protegerlos.

—Entonces les diré la verdad... a veces una chica sólo necesita ser besada en lugar de que le babeen encima. —Me metí el dibujo de Benjy en el bolsillo del vestido—. ¿Ya terminó la fiesta?

—No, pero no podía quedarme allí mientras mi prometida está enferma en el piso de arriba. Hablando de eso, ¿cómo te sientes?

—Mejor —dije, haciendo mi mejor esfuerzo para lucir como si nada me molestara en absoluto—. ¿Cuándo nos vamos?

—No *nos vamos* a ningún lado. —Knox se movió hasta su escritorio y se inclinó para tocar la pantalla—. *Yo me voy* ahora.

—¿Qué? Pero...

—¿Realmente crees que voy a dejar que vengas, después de lo que sucedió allá abajo? —respondió Knox—. Necesitas descansar.

—Eso no fue mi culpa.

Él se enderezó. —Dejando el desmayo de lado, estás teniendo un mal día, y lo último que necesitas es una larga noche. La última cosa que *yo* necesito es preocuparme sobre si tú estás en buena disposición.

—Estoy bien —insistí—. Knox, por favor. Estamos juntos en esto. Tú mismo lo dijiste...

—Y justo ahora eso significa que tengo que cuidar de ti y de tu salud. Estás exhausta, tu temperamento es más volátil de lo que es normalmente. Mírate... prácticamente estás temblando. Eres una carga, Kitty, y esta noche es demasiado importante para mí como para tomarme esa clase de riesgo. Te pondré al tanto cuando regrese, pero ahora mismo, necesito irme.

Lo miré con la boca abierta. —No puedes simplemente dejarme fuera así...

—No te estoy dejando fuera —dijo firme, pero había un borde de impaciencia en su voz—. Es una reunión.

—Ya me he perdido tres debido a los discursos.

—Habrá muchas más —dijo Knox—. Y míralo por el lado bueno... tendrás más tiempo para pasarlo con Benjy.

Tan tentador como sonaba, quedarme atrás significaba perder la razón entera por la que en primer lugar había estado de acuerdo en soportar esto y a gente como el Ministro Bradley. Tendría el resto de la noche para estar a solas con Benjy, justo ahora quería ser una Blackcoat. Quería hacer eso para lo que estaba aquí: ser la voz de una rebelión, que si era exitosa significaría que Benjy y yo tuviéramos la cabaña junto al lago. Significaría nunca volver a mirar sobre nuestros hombros, preocupados de que

alguien pudiera vernos y descubrir quién era yo realmente. Significaría ser Kitty Doe de nuevo, en lugar de Lila Hart. Significaría encontrarme a mí misma y ser la persona que Benjy veía al mirarme. Cuantas más reuniones me perdiera, más excusas tendría Knox para desestimar mis opiniones y dejarme de lado. Yo estaba aquí para luchar, no para ser su utilería o portavoz. Y sin importar lo mucho que él insistía en que no lo era, todo lo que había hecho esa noche decía lo contrario.

Le lancé una mirada frustrada a Benjy, y él deslizó su mano en la mía, dándole un apretón de consuelo.

—Probablemente es mejor si te relajas esta noche —dijo—. Creo que te gustará este nuevo libro que compré el otro día. Te leeré un poco, si quieres.

—Disfruta algo de tiempo con tu novio, Kitty —dijo Knox—. Volveré pronto. Si alguien viene a revisarnos, díles que estoy en la ducha.

—Sí, tomando una ducha fría —gruñí. Él no mordió el anzuelo, y en su lugar desapareció en su armario y trepó al pasaje secreto que estaba detrás. Me lo había mostrado una de mis primeras noches en Somerset, y era la única forma segura que tenía de abandonar la propiedad sin ser detectado.

Tan pronto cerró la puerta, me levanté. —Voy a seguirlo —dije, acomodándome el dobladillo del vestido. No era el atuendo que hubiera elegido, pero no tenía tiempo para cambiarme—. Cúbreme.

Benjy también se levantó, estirando la mano para detenerme. —Kitty, lo escuchaste...

Me retorcí de su agarre. —Si no fuera por él, ya tendríamos esto. —Hice un gesto hacia la servilleta que sobresalía del bolsillo de mi vestido—. No tendríamos que preocuparnos por los Hart o la boda, o que los fuegos artificiales me vuelvan loca. Seríamos felices, y no tendríamos que volver a pensar en esta pesadilla. En vez de eso, Knox me pidió que me quedara y lo hice. No por él, ni por Lila, ni por las fiestas o la joyería o los aviones privados, sino por *esto*. —Señalé con la mandíbula hacia el

armario—. Si no estoy allí, entonces ¿cuál es el punto de seguir haciendo esto? No soy su propiedad, y no me controla. No permitiré que me deje atrás.

Benjy suspiró, pero al menos no discutió. —Entonces iré contigo.

—Alguien tiene que quedarse para asegurarse que nadie descubre que nos hemos ido —repliqué. Él abrió la boca para protestar, pero lo corté en seco—. Por favor, Benjy. De todas formas, será más seguro si sólo voy yo.

Apretó los dientes, y un músculo en su mandíbula se retorció. —De acuerdo. Sólo... ten cuidado. Y mira, toma esto.

Se quitó el saco y me lo acomodó sobre los hombros. Metí las manos en las mangas, la tela estaba tibia por su cuerpo. —Gracias —dije, suavizándome—. Asegúrate que nadie descubra que nos hemos ido, ¿de acuerdo?

—Estoy seguro que se me ocurrirá algo —dijo Benjy, haciendo una mueca. Me puse de puntillas y lo besé.

—Te amo. Cuando regrese, seré tuya por el resto de la noche. ¿De acuerdo?

Él asintió, y sin darle otra oportunidad para que me convenciera de quedarme, entré al armario. Knox podría pensar que era el dueño de Lila, pero yo no era ella. Esta noche, volvía a ser Kitty Doe, y no iba a rendirme sin una pelea.

II

REUNIÓN DE MEDIANOCHE

Traducido por Majurca20

El pasadizo sobre el cuarto piso estaba tan sucio y lleno de polvo como siempre. Sin una linterna, me vi sumida en la oscuridad, y aun después de que mis ojos se ajustaran a la poca luz de luna que se filtraba, no podía ver más allá de unos centímetros frente a mí. Telarañas atraparon mi cabello y mejillas, y creí sentir una araña deslizándose por la parte trasera de mi vestido, pero meforcé a permanecer calmada y seguir adelante. Ya había tomado esta ruta una docena de veces antes. Podía hacerlo.

25

Al final encontré la escalera que llevaba abajo, y de allí a la salida, era sólo cuestión de no tropezar. Los tacones que traía lo hacían más difícil de lo que debería y dos veces tuve que sostenerme de la barandilla de madera.

Para cuando las escaleras crujientes dieron paso al sucio túnel bajo los terrenos de Somerset, ya tenía dos astillas clavadas en la palma de la mano, y deseé fervientemente haber cogido un par de botas.

El túnel estaba completamente negro. Corrí una mano hacia la sucia pared para poder guiarme, y mantuve mis oídos alertas por cualquier señal de Knox. Pero ya habría visto la luz de su linterna si es que él aún estuviera en el túnel, y satisfecha de estar sola, me apresuré. No tenía garantías de que sería capaz de escabullirme dentro del bunker sin ser detectada. Para entonces, los guardias ya me conocían, pero no tenía los códigos, y tendría que alcanzar a Knox si quería ingresar. Incluso entonces, era totalmente posible que él me mandara de vuelta a casa, aunque si creía que iba a escucharlo después de su pequeño discurso en la alcoba...

—¿Qué demonios crees que estás haciendo?

Una mano se cerró sobre mi muñeca, alejándome de la pared, y maldije tan fuerte que probablemente me oyeron en Somerset. Tirando de mi brazo, me revolví en la oscuridad.

—¡Suéltame!

La luz inundó el túnel, y Knox aún sujetaba mi muñeca fuertemente con su mano libre.

—No hasta que respondas mi pregunta.

—Te *volveré* a patear —amenacé, aun parpadeando por el brillo repentino.

—No es una respuesta.

Fruncí el ceño.—¿Qué crees que hago? Voy contigo.

—No, no vas.

—Sí voy. —Sus ojos se estrecharon, y por un momento largo, nos quedamos cara a cara, esperando que el otro diera marcha atrás. Ninguno lo hizo.

—¿Entiendes lo delicada que es esta situación? —preguntó Knox—. Si tú y tu aversión a obedecer le dicen las palabras equivocadas a la persona incorrecta...

—Tal vez si dejaras de actuar como si yo fuera un perro sin entrenamiento y comenzaras a tratarme como una persona que tiene tanto que ver en esto como tú, yo dejaría de tirar en contra de tu correa invisible —repliqué—. Tengo todo el derecho de estar aquí, y lo sabes. Si sigues actuando como si yo fuera una carga...

—No lo haría si dejaras de *ser* una carga.

—...Entonces me iré —terminé, ignorándolo—. Si no puedo trabajar con los Blackcoat, entonces no tengo ninguna razón para seguir aquí.

—¿Oh? —Knox arqueó una ceja—. ¿Y a dónde irías?

—No importa. Estoy aquí porque me pediste ser parte de esto, y yo acepté, porque es lo correcto. Pero esto, dejarme atrás, tratarme como si fuera incapaz de hacer nada bien sin ti, no es para lo que me anoté. Si no me dejas ir a esa reunión, entonces desapareceré. No me interesa cuantos escuderos mandes a buscarme, revuelve el país entero. No vas a encontrarme. —Fruunció el ceño, y un músculo en su mandíbula se contrajo.

—Te pedí que te quedaras porque pensé que cooperarías y nos ayudarías. Mientras más tiempo me paso persiguiéndote y limpiando tu desorden, menos tiempo tengo para enfocarme en la rebelión. ¿Entiendes?

—Mientras más me trates como una niña, más probable es que me comporte como una —dije calmada, manteniendo bajo control la ira que hervía en mí. No le iba a dar una razón para que me desestimara—. *¿Entiendes?*

Entrecerró los ojos. —Bien. Empieza a comportarte bien y empezaré a confiar en ti.

—Bien. Ahora suéltame.

Knox me soltó la muñeca, y yo la froté, esperando que no se hubiera amoratado. El morado sería difícil de esconder contra la piel porcelana de Lila.

—Andando, vamos a llegar tarde —dijo, y me guio por el sucio túnel, el haz de luz se balanceaba con cada paso apresurado—. Celia y Lila van a estar allí esta noche, lo que quiere decir que tienes que tener cuidado con lo que dices, ¿está bien?

—¿Qué tenga cuidado con decir qué? —pregunté, concentrada en poner un pie tras el otro sin tropezar.

—Ellas aún no saben que Daxton es un impostor —respondió—. Nadie lo sabe.

Parpadeé. —Espera... ¿Quieres decir que no le has dicho a ninguno de los Blackcoat?

—Claro que no. Alguno de ellos inevitablemente le revelaría la información a Celia, y tan pronto como ella se entere, tomaría por asalto Somerset y pondría en peligro nuestro plan entero.

Fruncí el ceño. Celia, la madre de Lila y hermana de Daxton, era la razón por la que mucho de esto pasaba en primer lugar. Después de que Daxton ejecutara brutalmente a su marido, ella creó a los Blackcoat, un ejército clandestino enfocado en despojar a los Hart de su poder y abolir el sistema de clasificación a favor de la democracia en la que América fue construida. En el proceso, usó a su única hija, Lila, para cautivar a las masas y asegurarse el apoyo de los puestos más altos para su rebelión. Sin embargo Lila había estado reacia, y como la amenaza hacia ella creció y el rumor de su inminente asesinato llegó a sus oídos, ella y Knox formaron un plan: fingir su muerte y ocultarla, donde Daxton no la pudiera encontrar. Absolutamente nadie, ni siquiera Celia.

Lo único con lo que no contaron era con que Daxton tuviera a alguien más enmascarada para tomar el lugar de Lila: yo. Y tan pronto como descubrieron lo que había pasado, comenzó mi educación con respecto a los horrores reales del país. Me involucraron en los planes de los Blackcoat desde entonces, y sólo muerta cedería mi oportunidad de hacer una diferencia sólo porque Knox lo decía.

Pero Knox había mantenido a Celia al margen de casi todo. Ni siquiera supo que su hija estuviera viva hasta que secuestró a Greyson, el hijo de Daxton, en un intento de retribución. Nunca tuvo la intención de hacerle daño, pero los Hart no sabían eso, y en el proceso de rescatarlo, pensaron que habían matado a Celia, y a mí, de paso. Afortunadamente para ambas, sobrevivimos.

Sin embargo, mientras que yo había accedido a tomar el lugar de Lila de manera más permanente, Celia había sido obligada a esconderse. No que yo creyera que le molestara, pero Knox tenía razón: si ella se enteraba de que después de todo Daxton no era realmente Daxton y ella o Greyson, deberían estar dirigiendo el país, habría soltado a los Blackcoat en Somerset sin pensárselo dos veces, ni con un plan coherente a mano.

—Tenemos que decirle a Sampson y a los otros en algún momento —dije—. Si lo saben, tal vez se les ocurra un plan...

—No importaría —dijo Knox mientras llegábamos a la puerta metálica que se abría a un callejón abandonado—. Ellos intentarían revelarlo, pero Daxton tiene a los medios en el bolsillo. Cualquiera que fuera a la prensa con la noticia sería tachado de traidor y ejecutado antes del anochecer. Nadie debería hacer ese sacrificio por nada.

La noche fría de diciembre me hizo tiritar, incluso con el saco de Benjy. Pero no faltaba mucho para el búnker, y me abracé para quitarme el frío.

—¿Los Blackcoat no tienen contactos en los medios?

—Por supuesto que los tenemos —respondió—. Eso no cambia el hecho de que no va a hacer ninguna diferencia. Hay un millón de maneras en que Daxton puede tergiversarlo, y él no va a permitir que nadie se acerque para probar lo contrario.

—¿Qué hay de Greyson? —El hijo de dieciocho años de Daxton estaba menos que interesado en seguir los pasos de su padre, pero aún sin experiencia, sería infinitamente mejor que Daxton.

Los labios de Knox formaron una línea delgada, y puso sus brazos alrededor de mis hombros. Normalmente eso sería un gesto dulce, pero esta noche se sentía más como una amenaza.

—¿Quieres ver a las masas ir tras él una vez que la rebelión comience?

—¿Quieres decir que aún no ha comenzado? —pregunté, pero él no respondió. Me mordí el labio. Greyson era uno de mis únicos amigos y lo último que quería es que estuviera en medio del fuego cruzado.

Estábamos a metros del búnker cuando Knox se detuvo y me miró, sus ojos oscuros clavados en los míos.

—Escúchame, Kitty —dijo en un susurro rápido—. Decirles a los otros acerca de Daxton no disminuye los riesgos de que Celia se entere... y si los otros líderes

Blackcoat lo saben, ella se enterará más pronto de lo esperado. Y lo que pase después de eso, cualquiera lo puede adivinar ¿Me entiendes?

—Pero tal vez alguno de ellos pueda pensar en una manera de sacar el asunto a la luz y poner a los seguidores de Daxton en su contra —respondí—. Ya ha muerto demasiada gente...

—Esas personas estaban dispuestas a correr el riesgo —replicó Knox—. Todos estamos dispuestos.

—Yo no estoy dispuesta a arriesgar la vida de Benjy —dije—. Él no aceptó nada de esto, y si hay una guerra en Somerset, él se verá atrapado en medio de todo.

—Ya me he comprometido a protegerlos a ustedes dos...

—No eres un dios, Knox —rebatí—. No puedes garantizar que ambos saldremos vivos de esto, y lo sabes. Si les decimos, podremos encontrar una manera de remplazar a Daxton y tener una revolución sin que nadie más muera...

—No existe tal cosa como una revolución sin sangre.

La voz de Knox resonó como un látigo en el callejón. Miró rápidamente a su alrededor, para asegurarse que estuviéramos solos, y se aproximó lo suficientemente cerca para dejarme oler la champaña en su aliento. No lo suficientemente fuerte para atontarme, pero lo suficientemente claro para recordar la noche que tuvimos.

—Te he hecho muchas promesas, Kitty, y pretendo cumplirlas. Pero no puedo hacerlas si es que dudas de cada uno de mis movimientos e insistes en estar en medio de todo. ¿Quieres una rebelión, o quieres que las cosas sigan como antes? Porque este no es un problema que se resolverá con una sola bala. Incluso si sacamos a Daxton del panorama, aún tenemos que preocuparnos del gobierno entero; incluyendo a los doce Ministros de la Unión, quienes verán la oportunidad de tomar el poder en sus propias manos y harán todo lo posible para que pase. Daxton *será* destituido de su puesto de una u otra manera, pero hay infinidad de otros pasos que necesitamos seguir por el momento, antes de siquiera considerar poner ese plan en acción. Habrá gente que

muera sin importar lo que nosotros hagamos. Ahora mismo, todo lo que podemos hacer es dar lo mejor de nosotros para minimizar la cantidad de víctimas.

Fruncí el ceño mientras digería sus palabras, crucé los brazos para dejar de temblar.

—Sólo digo que tal vez haya otra manera de hacerlo.

—Si la hubiera, la habríamos encontrado ya. —Knox se enderezó—. Prométeme que no delatarás a Daxton.

—Prométeme que al menos considerarás hacerlo a mi manera.

Frunció el ceño. —Bien.

—Bien.

Marcó un código de nueve dígitos en una caja pequeña de metal, y un momento después, la puerta del bunker se abrió. Entramos. Un pasadizo largo de concreto se estrechaba frente a nosotros, y la oscuridad cubría lo alto del techo. Tragué ruidosamente y traté de no pensar en lo que había allí arriba, fuera de vista: dos docenas de guardias, cada uno con un rifle apuntado directamente hacia nosotros.

Culpable hasta que se demuestre lo contrario. Así es como trabajaba el gobierno, y así es como trabajaban los Blackcoat. Knox podía hablar de una rebelión y el cambio hasta ponerse azul, pero mientras lo seguía por el corredor, mi cabeza gacha y el saco de Benjy sujeta alrededor de mis hombros, empecé a preguntarme si algo realmente cambiaría si los Blackcoat triunfaban. Creía en la libertad y democracia con todo mi ser, pero si Celia y Knox ganaban la rebelión, la gente aún estaría bajo las órdenes de la familia Hart. Al final, ¿Cuántas vidas mejorarían?

Apreté los labios. Los Blackcoat no eran perfectos, pero estaban peleando por los derechos de las personas—los mismos derechos que Daxton Hart y los doce Ministros de la Unión se complacían en negar. Mientras veía a Knox poner otro código al final del oscuro corredor, el día de mi prueba pasó por mi cabeza, y el miedo se coló frío por mi espalda, el fantasma de una vida que lentamente se deslizaba lejos

de mí con cada día que transcurría. Sabía qué se siente ser uno de ellos. Sabía lo que se siente levantarse cada mañana preguntándote si hoy sería el día en que me encontrara con un escudero de mal humor, y que me arrastrara por la calle y disparara en la cabeza sólo porque él tenía un arma y yo no. Sabía qué se siente mirar que les pase a otros y pensar que yo podría ser la próxima. Y saber qué se siente considerar la posibilidad de que después de todo tal vez no sería lo peor que podría pasarme.

Es preferible a la alternativa: ser enviado a Otro-Sitio, un lugar que, hasta hace dos meses, me había engañado a mí misma, haciéndome creer que era algún tipo de campamento de verano para criminales, los más viejos, y aquellos no aptos para la sociedad. Daxton me lo dejó bien claro mi primer día como Lila, cuando me había llevado a cazar en un bosque exuberante. No habíamos estado cazando ciervos o codorniz, sino humanos.

Esa era la razón por la que hacía esto. No por la gente que quería mantener la cabeza baja y vivir tan feliz como su rango se lo permitía, sino por la gente cuyas vidas ya no pertenecían a ellos mismos. Por la gente que veía este mundo por lo que era realmente y no tenía manera de escapar.

Knox me guio por un corredor torcido lleno de armaduras y literas incoloras, donde refugiados y miembros de los Blackcoat se alojaban. El corazón del búnker estaba en el centro, donde aproximadamente una docena de personas se había reunido en sillas y sillones raídos, cada uno con papeles que serían quemados una vez la reunión terminara.

Varias cabezas se levantaron cuando Knox y yo llegamos, y algunos incluso saludaron. Knox no respondió.

Los miré detenidamente. Muchos eran décadas mayores que yo, sus caras dibujadas con líneas de edad y estrés. Algunos cuantos parecían tener veintitantos, pero aún ellos parecían abrumados.

Mi corazón se hundió. Lo que sea que estuviera pasando, no era bueno.

En medio del grupo se encontraba un oficial de uniforme negro y plateado. Sampson, un miembro de alto rango de los escuderos, y uno de los líderes de los Blackcoat.

Sólo lo había visto unas cuantas veces, pero mientras me ubicaba al borde del grupo, él me ofreció una cálida sonrisa. Le devolví la sonrisa.

—¿Bueno?—dijo Knox impaciente—. ¿Qué pasó? —La sonrisa de Sampson se desvaneció.

—La incursión fracasó. —Knox maldijo en alto.

—¿Cómo? Teníamos todo planeado hasta el último detalle...

—Celia se enteró justo antes de que sucediera —respondió Sampson—. Ella cambió el plan. —Silencio. Poco a poco el rostro de Knox pasó del rosado al rojo, al púrpura. Ni una sola vez en los últimos meses, ni siquiera incluso cuando estaba en mis peores momentos, lo había visto ponerse de esos colores.

Es allí cuando me di cuenta que Celia y Lila no estaban presentes, contrariando la creencia de Knox de que estarían esta noche. ¿Sería esta la razón? ¿Celia estaría evitándolo? O ¿habría sido retirada de su propia rebelión?

—Saben que no pueden obedecer a Celia sin consultarme primero —susurró Knox de manera peligrosa—. No importa lo que ella diga...

—Sus ideas no eran malas —replicó Sampson. Incluso él parecía pequeño ante la mirada de Knox—. ¿Y qué se supone que hiciera? ¿Decirle que te has adueñado de su propio ejército?

—Debiste haber protegido a nuestra gente. —Knox estrelló su puño contra una mesa de centro de madera desgastada, y la mitad del grupo saltó. Hundí mis uñas en las palmas de mis manos—. Días... eso es todo lo que tenemos. Días, Sampson. *Necesitábamos* esos suministros. Celia no posee el conocimiento ni la experiencia militar...

—¿Y tú sí? —respondió Sampson.

—No soy un engreído VII que nunca ha tenido que trabajar por nada un solo día de su vida —dijo Knox.

Antes de poderme detenerme, resoplé.

Todos los ojos se dirigieron hacia mí. La cara se me calentó, pero fue la mirada de Knox la que me hizo sentir como si estuviera a punto de sufrir una combustión espontánea.

—¿Tienes algo que decir, Kitty? —preguntó. Su voz se deslizó hacia mí, helándome la sangre.

Debí mantener mi bocota cerrada. Después de todo lo que había pasado esta noche, lo último que debía hacer era añadir combustible al fuego que era el temperamento de Knox, pero algo dentro de mí se quebró.

—Si te la vas a tomar con Celia por heredar su VII, entonces por lo menos reconoce que a ti mismo también te dieron tu VI. Todos sabemos que el título de tu padre se te concederá un día, y no estaría bien que el próximo Ministro de clasificación tenga un IV o un V, ¿o sí?

Mientras repetía las palabras que él me dijo la primera vez que me contó que nunca había tomado la prueba, el rostro de Knox se puso pálido, y el silencio a nuestro alrededor se volvió ensordecedor.

—Si tienes algún problema con esto, entonces, allí está la puerta —dijo en una voz engañosamente suave. Pero la oscuridad en su mirada me hizo una sola promesa: si me iba de allí, no se me permitiría regresar.

—Disculpa, no fue mi intención... —inhalé profundamente. No le debía una disculpa por defender a Celia, no con él comportándose de esa manera—. Sólo digo que estamos aquí porque ninguno de nosotros cree en el sistema de rangos en primer lugar. Tienes todo el derecho a enojarte con ella, pero no la menosprecies basándote en su rango. Sólo te hace ver como un hipócrita cuando tu VI es tan bueno como mi VII.

—Tal vez sí —replicó Knox fríamente—, pero entre nosotros, soy yo el que podría ganarme mi VI si quisiera, mientras que tú eres quien se ganó un III.

Se me cayó la boca, y sus palabras se retorcieron en mi pecho como un cuchillo. No importaba de cuan mal humor estuviera él, no importaba cuán rebelde me sintiera, él nunca antes había usado mi III contra mí.

La culpa se expandió en su rostro. Él sabía lo que había dicho, pero no demostró signos de querer disculparse. Nos miramos uno al otro mientras los segundos pasaban. Mis manos en puños, y el borde de mi visión oscureciéndose mientras intentaba pensar cómo responder. Él tenía razón, por supuesto: me había ganado mi bajo III, pero no por no ser lista. No podía leer más que mi nombre, y tuve que tomar el examen de manera oral, lo que resultó en no tener la oportunidad de terminarlo. Si lo hubiera terminado quizá sería una VI, como Benjy. Quizá Daxton no me habría atrapado, y quizá mi vida sería completamente diferente.

Pero no podía vivir de quizás, y tampoco Knox. Él podía pensar que era el más inteligente de la sala, pero eso no significaba que el resto de nosotros no valiéramos. Eso no quería decir que mi opinión no importara para nada. Y si era esto lo que él creía realmente de mí, entonces sin importar lo que dijera, sin importar cuantas buenas ideas tuviera, él nunca las iba a escuchar realmente. ¿Por qué lo haría, cuando su VI era tan superior a mi III?

Con la barbilla en alto, volteé a ver al resto, ignorando intencionalmente a Knox. Mal día o no, si era así como él iba a comportarse, entonces que se jodiera.

—Daxton murió el año pasado, en la explosión que mató a su esposa e hijo.

—*Kitty...*

—Ha sido enmascarado —dije, como si Knox no hubiera dicho nada—. El impostor es en realidad un V. No sé quién es él o de dónde vino, pero el Daxton real está muerto.

Sampson miró de Knox a mí, la incredulidad pintaba sus rasgos puntiagudos. —¿Es esto verdad?

De mala gana, Knox asintió, su mandíbula fuertemente cerrada y sus puños apretados. —Sí. Me enteré poco después de que pasara. Nadie más lo sabe, y necesita quedarse de esa manera. Si Celia se entera...

—Todos estaríamos en marcha a Somerset antes de terminar la noche —dijo Sampson con gravedad—. Pero aun si no podemos decirle, esto cambia todo, Knox.

—No podemos ir a los medios. Sabes que no —intervino Knox—. Estaríamos desperdiciando las vidas de nuestros contactos...

—No estoy sugiriendo eso —interrumpió Sampson—. Sin embargo, sugiero que averigüemos quién es este hombre. Si encontramos pruebas, tendríamos ventaja sobre él. Él sabe que los escuderos no seguirían a un impostor. Los Ministros de la Unión se rebelarían. Tendríamos la habilidad de despojarlo de manera efectiva de su poder completamente y darle al país algo en lo que unirse en contra, todo de una sola vez.

—¿Por qué no sólo lo matan? —pregunté—. ¿No resolvería todo?

—¿Ya intentamos eso, recuerdas? —dijo Sampson, con las cejas levantadas. Fruncí el ceño.

—No me mires así —me quejé.

—¿Así como, Kitty? —dijo Knox—. ¿Cómo que si no fuera por ti, este desastre habría terminado meses atrás?

Mordí el interior de mi mejilla tan fuerte que me saqué sangre. Fui la razón por la que el atentado de asesinato no funcionara. Tontamente dejé que Celia me convenciera de ayudarla, y en lugar de darle a Daxton una dosis completa, me acobardé y le di la mitad.

—Denme otra jeringa. Esta vez lo mataré. —Sampson negó con la cabeza.

—Nunca aprobamos un asesinato en primer lugar. Esa era idea de Celia.

Miré a Knox, pero no me devolvió la mirada. Aprobado por los Blackcoat o no, él fue quien le dio a Celia el veneno.

—Debe haber *algo* que podamos hacer para deshacernos de este tipo —insistí—. Es un hombre, no es invencible.

—Tienes razón, es un hombre —dijo Sampson—. Y si por un milagro logramos superar su aumentada seguridad, el gobierno sobrevivirá sin él. Nadie sabrá que era un impostor. Ahora mismo, para nosotros es más valioso vivo como alguien contra el que la gente se manifieste. Muerto, es un mártir, y no podremos instigar un cambio real dentro del orden. Debemos tomar ventaja del caos que revelar su verdadera identidad provocaría. Además —agregó, acercándose a mí—. Greyson es el siguiente en línea, y es un desconocido. Débil, un inexperto desconocido. Sucumbirá en días bajo la presión de los Ministros. Celia es muy inestable para tomar control del país en este momento, por no mencionar que todos creen que está muerta. Eso te deja a ti, Kitty. ¿Quieres ser Primer Ministro?

Fruncí el ceño. —Prefiero regresar a ser una III.

—Entonces, aunque te agradezco por la información adicional, ¿Por qué no nos dejas intentar las cosas a nuestra manera por el momento?

Miré mis manos, luchando contra el instinto de seguir discutiendo. A diferencia de Knox, Sampson no estaba en un estado de ánimo tan odioso, y tenía que confiar que uno de nosotros supiera lo que hacía.

—¿Entonces, ahora qué? —preguntó una mujer con una cicatriz a un lado de la cara—. ¿Cómo vamos a averiguar quién es el impostor de Daxton?

—Nos ponemos manos a la obra —respondió Sampson—. Debe haber algún rastro escrito. Augusta no permitiría a un extraño tener una posición de poder sin poseer algún tipo de influencia sobre él.

—Si existió siquiera en algún momento, Daxton se habría asegurado que se destruyera —dijo Knox, con expresión atormentada.

—Sería lo más lógico —concordó Sampson—. Tendremos que buscar.

—Pero las posibilidades de que aún exista cualquier evidencia...

—Kitty —dijo Sampson, interrumpiéndolo. Levanté la mirada—. Si tuvieras algo que te atara a tu antigua vida, ¿lo guardarías o lo destruirías?

Parpadeé. Era una pregunta estúpida, pero él no tenía forma de saberlo. Me aferraba a las cosas que me hacían sentir como Kitty Doe como si mi vida dependiera de ello.

—Me aferraría a él —respondí—. Lo mantendría en secreto, pero no lo destruiría si fuera la única evidencia de que alguna vez existí en primer lugar. —Me dirigió una pequeña sonrisa.

—Exacto. Si el impostor la ha encontrado, hay una gran posibilidad de que la guardó. Knox, allí es donde entras tú. ¿Crees que puedes acercarte lo suficiente como para encontrarla?

—Lo intentaré —replicó, entrelazando los dedos, tan fuerte que sus nudillos se tornaron blancos.

—Harás algo más que intentarlo. Si sabemos quién es él, eso nos podría dar suficiente poder para hacer toda la diferencia en esta guerra. Un arsenal no está siempre hecho de armas y cuchillos. Algunas veces la información es el arma más poderosa de todas.

Knox frunció el ceño profundamente, pero al final le dijo a Sampson: —Si esto hace que me maten, te culparé a ti.

Pero mientras lo decía, sus ojos se encontraron con los míos. Y ambos sabíamos la verdad: me culparía a mí.

III

IMPOSTOR

Traducido por Lauuz

La reunión se prolongó durante casi una hora. Discutieron planes para misiones que no entendía, personas cuyos nombres no reconocía, y así ida y vuelta acerca de lo que sea que acontecería en unos días. Nadie mencionó nada específico; estaba claro que habían discutido los detalles en las reuniones que me había perdido, y no podía decidir si ofenderme porque no me decían ahora o estar de acuerdo en que era un buen movimiento no dejármelo saber.

A pesar de lo mucho que deseaba ser incluida en las cosas, Sampson y Knox estaban en lo correcto. Yo no sabía nada que ellos no supieran. Mi papel era hacerme pasar por Lila y dar sus discursos a audiencias alrededor del país, como había estado haciendo las semanas posteriores a la muerte de Augusta. Yo no era una soldado. Yo no era una estratega. Yo no era una política.

No era nada más que la cara que llevaba, una cara que ni siquiera era mía. A medida que los minutos pasaban, cada vez más volvía a sentirme como la niñita en la casa hogar que seguía a los niños mayores, fingiendo saber de lo que hablaban mientras reían detrás de sus manos y susurraban detrás de mi espalda. Yo no era nada más que un pegote. Y si había una cosa que odiaba, era ser inútil.

Después que la reunión terminó, Knox me llevó de vuelta al sucio túnel debajo de Somerset sin decir una palabra. No había tratado de hablar con él al salir del búnker, pero ahora que estábamos solos y sin docenas de armas apuntadas directamente hacia nosotros, el silencio era demasiado fuerte para soportarlo. Era mi culpa que ahora tuviera que arriesgar su vida, todo para encontrar evidencia que ni

siquiera sabíamos si existía, y sin importar lo molestos que estábamos el uno con el otro, no podía sacudirme la culpa que me carcomía.

—Lamento que resultara de esta manera. —dije—. Pero ellos tenían derecho a saber.

Knox no dijo nada. En su lugar, aceleró el paso y tuve que correr para mantenerle el ritmo.

—Knox... detente. Vamos. Ellos saben lo peligroso que es decirle a Celia. Van a mantener el secreto.

—Si *tú* hubieras mantenido el secreto como acordamos, no estaría en esta situación en primer lugar —espetó.

Eran las primeras palabras que me había dicho en una hora.

Me quedé boquiabierta ante la parte posterior de su cabeza. —Tal vez si no hubieras sido tan imbécil, no lo habría dicho. Soy mucho más que una simple III y lo sabes.

—¿Lo eres? —Se detuvo de repente, y casi tropecé con él—. Porque a veces no estoy tan seguro, Kitty.

Me erigí en toda mi altura, a pesar de las ampollas que ya se habían formado en mis pies. —No sé qué es lo que se te metió en el trasero y murió, pero lo que sea, deja de desquitarte conmigo. Lamento que la incursión fracasara, y lamento haber sido un desastre en la fiesta, pero *no* soy tu saco de boxeo personal.

—Entonces ¿que eres, Kitty? —Dio un paso hacia mí, terminando con el último centímetro de distancia entre nosotros. El calor de su cuerpo irradiaba sobre el mío, y con él así de cerca apenas podía respirar—. ¿Qué demonios has hecho para ayudar? Cada vez que puedes, te sabotas no sólo a ti misma, también a mí. ¿Te has dado cuenta de que si fallas, fallo yo también? Se supone que vamos a casarnos en menos de un mes. ¿Ese es tu plan? ¿Que me maten sólo porque no puedes controlarte?

—Eso no va a pasar —le dije tan tranquilamente como pude—. Daxton no te lastimaría sólo para probarme un punto.

—¿De verdad? ¿Por qué demonios piensas que fue ejecutado el marido de Celia?

Vacilé. Yo nunca había oído muchos detalles de lo que le había pasado al padre de Lila, sólo que había sido ejecutado públicamente por un pelotón de fusilamiento en frente de ella y de su madre. Era la razón por la que Lila se había unido a los Blackcoat y había accedido a dar los discursos de su madre, pero además de eso, su padre y su muerte eran misterios para mí.

—Si sigues dando vueltas como hasta ahora, es sólo cuestión de tiempo antes de que ya no pueda protegerlos más a ti y a Benjy —dijo Knox—, ¿es lo que quieres?

—Lo siento —murmuré—. Ha sido una noche difícil ¿está bien?

—Siempre vas a tener una noche difícil, Kitty. No es nada comparado con lo que está por venir. Así que deja de actuar como si ninguno de nosotros mereciera tu cooperación y comienza a probar que eres más que ese III en tu nuca.

—¿Cómo? ¿Obedeciéndote ciegamente? —Las palabras estaban fuera antes de que pudiera detenerlas.

Él me examinó, sus ojos oscuros clavados en los míos. Inclinandose lo bastante cerca que podía sentir su cálido aliento en mis labios, susurró: —Sí. Sería la cosa más inteligente que has hecho en meses.

Furia rasgó mi interior, desgarrando mi culpabilidad en pedazos. —Si soy tan inútil para ti, ¿Por qué no mejor te casas con la Lila real?

—Créeme, si Lila estuviera dispuesta, nunca te habría pedido que te quedaras en primer lugar —dijo rápidamente—, por lo menos ella sabe cómo jugar el juego.

—Entonces háganlo —dije fríamente—, porque estoy harta.

Di la vuelta a su alrededor y me adelanté por el túnel. Él no trató de detenerme, y eso sólo me animó. No me quedaría donde no era querida. Tenía una vida que vivir, que no tenía nada que ver con él o los Hart, y si estaba tan convencido de que estaría mejor sin mí, entonces no iba a sacrificarme por él durante más tiempo.

Incluso desde la distancia, su linterna fue suficiente para ayudarme a ver a dónde me dirigía, y alcancé la puerta a Somerset en un tiempo record. Subí la escalera de madera que crujía y corrí a través del techo, cayendo en el armario de Knox con un golpe. No me importaba si alguien me escuchaba, adelante.

Me habría ido antes de que se dieran cuenta.

—Benjy. —Irrumpí en la sala y me dirigí hacia la puerta—. Empaca una bolsa. Nos vamos.

—¿Qué? —Se levantó de su lugar tumbado en el sofá, con el pelo pelirrojo hecho un desastre y ojos lagañosos. Al parecer, estaba tomando una siesta—. ¿A dónde vamos?

—Donde sea, siempre que no sea aquí.

—Kitty, espera. —Se levantó de un salto y cruzó la habitación, alcanzándome en sólo unas zancadas.

—¿Qué está pasando? Creí que...

—Knox no me quiere aquí, así que no voy a perder nuestro tiempo, ni arriesgar nuestras vidas.

Miró con inquietud la puerta del armario. Knox aparecería en cualquier momento, pero si tenía un problema con esto, que mal. Si no era lo suficientemente buena para él, entonces podía encontrar otra Lila. —No tenemos ningún lugar a donde ir —dijo Benjy—, sé que aquí es peligroso, pero afuera, con los escuderos dándonos caza, no duraríamos ni diez minutos.

—Sí, lo haríamos —dije firmemente—. Sampson y los Blackcoat nos ayudarán.

—Sampson, y los Blackcoat querrán que vuelvas para que sigas siendo Lila. — Me tocó la mejilla—. Kitty, escucha, sé que ha sido una noche difícil...

—No sólo es esta noche —le dije, manteniendo mi voz lo más firme posible a pesar de la burbuja de urgencia creciendo dentro de mí—, tengo que salir de aquí, Benjy, y prefiero estar huyendo de los escuderos que estar apresada por Blackcoat.

—Si nos quedamos aquí, Knox puede ayudarnos —dijo él—, pero si nos vamos...

—Knox no me quiere aquí. Debiste oír las cosas que me acaba de decir, Benjy. No puede soportarme. Preferiría tener aquí a la Lila real que a mí. Piensa que soy una carga y que no se puede confiar en mí, y tal vez... tal vez está en lo correcto. —La fría y dura verdad de eso se apoderó de mí hasta que sentí como si no pudiera respirar. No estaba haciendo esto sólo por Benjy y por mí. Si me iba, Knox tendría algo menos de que preocuparse—. Por favor Benjy, sé que no es la cosa más inteligente que he sugerido, pero no puedo seguir con esto. Quiero mi propia vida. Quiero ser yo de nuevo... quiero que seamos nosotros. Y mientras más tiempo estemos aquí, más asustada estoy que no salgamos con vida.

Benjy se quedó en silencio por un largo rato, corriendo los dedos por mi cabello y mirándome casi sin parpadear. Por fin respiró profundamente, y exhaló lentamente. —Está bien —dijo—, estamos en esto juntos, incluso si eso significa cometer un error monumental.

Dejé escapar un suspiro de alivio. —Gracias, Benjy. No será un error. —Eso esperaba—. Reúne tus cosas. Volveré en un minuto.

Me puse de puntillas para darle un beso rápido, y pude sentirlo mirarme mientras me apresuraba hacia la puerta. No era justo de mi parte sacarlo de su vida como un VI, una que se había ganado por su cuenta, pero realmente sentía lo que dije. Entre más tiempo estuviéramos aquí, mayores serían las posibilidades de que uno de nosotros o ambos termináramos muertos, y eso, por encima de todo, me apresuró por el pasillo hacia mis aposentos.

Abrí la puerta y me lancé al interior, sólo para detenerme en seco. Mi sala de estar era una réplica exacta de la de Knox, excepto que en lugar de madera y azul marino, la mía era completamente blanca. La alfombra había sido remplazada desde que Augusta había muerto frente a la chimenea, pero aún no podía soportar mirar ese punto. Desafortunadamente, ahora alguien más estaba a sólo unos centímetros de distancia, mirando directamente ahí.

—Greyson —dije sorprendida. Cerré la puerta—. ¿Qué sucede?

Greyson, el hijo de Daxton y primo de Lila, estaba de pie en la alfombra peluda enfrente de la chimenea, con las manos escondidas en los bolsillos. Él era alto, pero la forma en que se encogía lo hacía parecer varios centímetros más bajo de lo que era, y su despeinado cabello rubio caía sobre sus ojos. Estos eran oscuros, como los de su padre, e incluso a pesar de sus casi 19 años, parecía más joven que yo. Si él no hubiera sido mi casi primo, lo habría considerado lindo, pero estaba demasiado arraigada en la cabeza de Lila para pensar en eso ahora.

—Lamento haber entrado —dijo—, llamé a la puerta, pero no estabas aquí, así que pensé que me iría, pero luego me distraje y...

Se calló. No tenía que decir nada más. Además de Celia y Lila, quienes estaban escondidas a salvo en el bunker de los Blackcoat, Augusta había sido la única familia real que le quedaba a Greyson.

Y yo fui quien la asesinó.

—¿Me trajiste algo? —pregunté. La última vez que me trajo un regalo, lo hizo pensando que yo era Lila.

Ella había sido su mejor amiga, y le había tomado sólo diez segundos darse cuenta que yo no era realmente ella. Su tranquila aceptación, como si su supuesta muerte hubiera sido inevitable, por poco rompió mi corazón. Peor aún, la mirada atormentada que estaba perpetuamente en los ojos de Greyson no me dejaba olvidar que yo era otro recordatorio constante de su cadena de dolorosas pérdidas.

Toqué el disco de plata que colgaba de una cadena alrededor de mi cuello, el mismo que él me había dado aun después de haber descubierto que yo no era Lila. Parecía simplemente un lindo accesorio, pero cuando lo separabas de la forma correcta, era una ganzúa que podía abrir prácticamente cualquier cerrojo; incluyendo uno electrónico. Yo debería habérselo dado a Lila cuando me enteré que estaba viva, pero egoístamente me había aferrado a él.

Greyson asintió, y de detrás de la espalda, sacó una pequeña caja envuelta en papel plateado. —Feliz cumpleaños.

—¿Sabes que no es realmente mi cumpleaños, verdad? —pregunté con una pequeña sonrisa. Se encogió de hombros y mi sonrisa cayó. Regalo o no, él aún no me había perdonado por matar a Augusta. Crucé la alfombra y acepté el obsequio. Lo desenvolví cuidadosamente, consciente del hermoso papel, abrí la caja negra debajo y mis ojos se abrieron ampliamente.

Dentro de la caja había un marco dorado con un patrón de laberinto tallado en los bordes. Sin embargo, no era el marco lo que me sorprendió, sino la foto de Lila y Greyson dentro. Estaban sentados juntos en la biblioteca escondida en el corazón de Somerset, y a pesar de que Greyson sostenía un libro, miraba a Lila por el rabillo del ojo, una sonrisa secreta dibujada en sus labios mientras trataba de ver lo que ella dibujaba en su cuaderno.

No, no el cuaderno de Lila, me di cuenta con una sacudida. Mío. Esa chica no era Lila... era yo.

Estudí la mirada de Greyson en la imagen. Parecía relajado y feliz; la clase de felicidad que no puedes fingir. —¿Cuándo?

—Mientras Daxton estaba inconsciente —respondió Greyson. Se aclaró la garganta y sus mejillas se sonrojaron—. Justo antes de que salvaras mi vida.

—Yo no salvé tu vida —dije—, nunca estuvo en peligro en primer lugar.

Se encogió de hombros de nuevo. —Le iba a decir a la abuela que no quería ser Primer Ministro. Creo que ella lo sabía, pero si me negaba rotundamente... —Su manzana de Adán se agitó y sus ojos se tornaron rojos—. ¿Crees que también me habría reemplazado?

Olvidando por un momento todo lo que había sucedido y todas las razones que tenía para no querer estar cerca de él, cerré la distancia entre nosotros y envolví mis brazos a su alrededor. —No lo sé —dije honestamente—. Pero sé que te amaba más que a nada.

Al principio no se movió, pero después de algunos segundos, finalmente me devolvió el abrazo, apretándome, lo suficiente para herirme. —¿Por quien era? —consiguió decir, su voz quebrándose—. ¿O por quien se suponía que sería una vez que decidiera deshacerse del impostor y hacerme Primer Ministro en su lugar?

No podía responder a eso. Tal vez eso era todo lo que Augusta había sido, el tipo de persona que no tenía problema en decir adiós a las personas que amaba si eso le proporcionaba más poder. O tal vez esa era la armadura que vestía para proteger sus vulnerabilidades más profundas. Yo sólo había visto el mal en ella; era Greyson el que había visto lo bueno, si había algo bueno para empezar. —Eso no importa ahora —respondí—, recuérdala del modo que tú quieras, y trata de olvidar el resto.

Sus hombros se estremecieron y se aferró a mí como yo me aferraba a Benjy en mis peores momentos.

Él no tenía a nadie.

Sus padres y hermano mayor estaban muertos; el hombre que fingía ser su padre era realmente un desconocido enmascarado; Lila había desaparecido bajo tierra; y Knox estaba tan ocupado tratando de cambiar el mundo, que la mitad del tiempo no tenía un segundo para perder en mí, mucho menos en Greyson. Yo era todo, y si me había o no perdonado por lo que le había hecho a la única familia que le quedaba, su rostro en la foto lo decía todo. Y yo iba a alejarme de él para salvar mi propio pellejo.

No, él tendría a Lila una vez que la rebelión terminara. Ella y Celia volverían y Greyson tendría a su familia de vuelta. No tendría que ser Primer Ministro si no quería serlo, y al final, todo saldría bien para él. Si yo no estaba aquí para asegurarme de eso, Knox lo haría.

—Lo siento —murmuró, alejándose después de cerca de un minuto. Comencé a decirle que no tenía nada de que disculparse, pero tomó el marco y jugó con algo en la parte trasera—. Aquí. Esto es lo que quería mostrarte.

Tomé el marco de vuelta y parpadeé. En lugar de Greyson y yo sentados juntos en la biblioteca, ahora sostenía una foto de Benjy con sus brazos alrededor de una chica de cara redonda, pelo rubio oscuro y brillantes ojos azules.

Mi boca se abrió de golpe. De nuevo, esa chica era yo... la *verdadera* yo, Kitty Doe, antes de ser enmascarada como Lila. La mata de pelo rojo de Benjy era tan vívida como siempre, y él inclinaba la cabeza para besar mi mejilla mientras yo sonreía de oreja a oreja. A diferencia de la foto con Greyson, recordaba el momento en que habían tomado esta, hacía casi un año. El suéter nuevo que tenía puesto me lo dijo. Había sido nuestra última navidad juntos en la casa hogar... la última que nuestra matrona, Nina, había pasado antes que Daxton la cazara y asesinara en el gran bosque de Otro-Sitio.

Tracé mi vieja cara sobre el cristal. Todo en ella era diferente ahora, y nunca me vería en el espejo y vería a Kitty Doe de nuevo. Casi no me reconocí a mí misma, y viendo esta imagen ahora... la única que tenía de antes de haber sido enmascarada como Lila, hizo que mis entrañas se anudaran. No tenía nada en ese entonces, sólo a Benjy y la esperanza de un futuro mejor. El futuro mejor se había convertido en un III y un trabajo limpiando alcantarillas, y sólo el extraño color de mis ojos me había salvado de una corta y brutal vida bajo tierra. Si yo había olvidado mi propia cara tan fácilmente, entonces ¿qué esperanza tenía de que alguien más la recordara? Yo era una don nadie. Aún era una don nadie, pero al menos ahora era una que podría ser capaz de hacer una diferencia en las vidas de los II y III que no habían sido lo suficientemente afortunados para tener el mismo color de ojos que Lila Hart.

Y ahí estaba, a punto de huir de lo único que hacía que mi vida valiera algo.

Más que mi culpa por dejar a Greyson, más que mi inquietud por arrastrar a Benjy a la clandestinidad, eso fue lo que rompió mi resolución. Aun me iría, tenía que, para salvar la vida de Benjy, la mía propia, y para darle a Knox la oportunidad de ver sus planes realizados sin mi interponiéndome en su camino. Pero estaría maldita si desperdiciaba esta oportunidad de hacer esa diferencia por la que arriesgué la vida en primer lugar.

—¿Cómo encontraste esto? —interrogué, aun mirando fijamente la fotografía. Había pasado menos de un año desde ese momento, pero se sentía como en otra vida. Nada era lo mismo, ni lo sería.

Greyson se encogió de hombros. —La encontré entre las cosas de la abuela, con las otras.

—¿Otras? —Una idea comenzó a formarse en mi mente. Si Greyson podía encontrar una foto mía, una que yo ni siquiera sabía que existía, entonces Sampson había estado en lo correcto: ahí debía haber una del Daxton real.

—Tenía un archivo entero sobre ti —dijo él—. Fotografías, resultados de exámenes, tu certificado de nacimiento...

Mi cabeza se levantó. —¿Certificado de nacimiento? ¿Por qué ella tendría todo eso?

—No lo sé. —Greyson frunció el ceño—. No lo leí todo, pero también había reportes sobre ti, como si hubieras estado vigilada. Pensé que lo sabías.

Parpadeé. Yo no tenía ni idea. —¿Sabes dónde está ese archivo ahora?

—No lo sé. Daxton borró todo después de que ella murió. —Su rostro decayó—. Lo siento, debí guardarlo. No estaba pensando...

—Está bien —le dije a toda prisa, mi mente girando mientras tomaba el marco de fotos—. Gracias, por esto, por el marco, por todo.

—Por supuesto —murmuró—, hay un interruptor en la parte de atrás, aquí, justo así. —Lo tomó con cuidado y señaló un botón apenas visible—. Mantenlo presionado por cinco segundos, y cambiara a la foto de tú y Benjy. Presiónalo de nuevo, sólo una vez, y volverá a la nuestra.

—Gracias. —Tomé el marco y lo intenté. Mi cara se disolvió en la de Lila una vez más. En lugar de sentirme mal por ver cómo me iba, me sentí aliviada. Esta era mi vida ahora. A pesar de lo mucho que quisiera volver el tiempo hasta Navidad, todo lo que podía hacer era avanzar. Era la única opción que cualquiera de nosotros tenía.

Greyson movió los pies y se metió las manos en los bolsillos de nuevo. —Antes eras muy bonita.

—Gracias —dije en voz baja. No importaba, ya no. Estaba atrapada como Lila Hart por el resto de mi vida, tan corta o tan larga como fuera.

Se aclaró la garganta. —Lamento haber estado distante. No te lo merecías.

Pero sí lo merecía. —Lo entiendo. Yo también estaría distante.

Greyson se lanzó hacia adelante, como si quisiera moverse hacia mí, pero se hubiera arrepentido en el último momento. —La abuela... ella merecía lo que obtuvo. No estoy enojado contigo. Estoy enojado con ella por todo lo que hizo. No tenía que hacerlo...pero lo hizo y lo siento.

Por segunda vez, lo abracé con fuerza. —Tú no tienes nada que lamentar ¿de acuerdo? Eres mi amigo. Siempre serás mi amigo, no importa dónde estemos o lo que esté pasando.

—Tú también —murmuró—. Cuando todo esto termine y yo sea...sea Primer Ministro, me aseguraré de que llegues a ser esa chica otra vez ¿está bien?

Un nudo se formó en mi garganta. —Está bien.

Él me soltó, y la sonrisa en su rostro casi me hizo olvidar cuan imposible era realmente su promesa. Nunca podría ser Kitty Doe de nuevo, y si él alguna vez tenía

que ser Primer Ministro, eso significaría una cosa: yo lo había defraudado a él y a todo el país, y los Blackcoat habían perdido.

La forma en que la mirada de Greyson se fijó en mi cuando dijimos buenas noches hizo parecer que él supiera que esta sería la última vez que nos veríamos. Lo miré partir, una parte de mí anhelaba darle un último abrazo, otra parte de mí deseaba no tener que decir adiós. Pero no tenía opción... tenía que sacar a Benjy de aquí, y no había otra razón para que me quedara. Yo quería el futuro que él dibujó en esa servilleta. Quería el lago, la cabaña, la luz de sol, la felicidad, y la única manera en que alguna vez lo tendría era saliendo de la línea de fuego antes de que la guerra comenzara.

No podía irme ahora, no hasta encontrar la prueba de que Daxton era un impostor. Yo no era inútil. No era simplemente una estúpida III buena sólo para limpiar alcantarillas. No iba a hacer que Knox pusiera su cuello en la guillotina por mí, y no iba a dejar que el mundo entero se cayera alrededor de Greyson, atrapándolo en una vida que no quería, del modo que Daxton y Knox me habían atrapado a mí. Él merecía algo mejor. Ambos lo merecíamos.

Después de cambiarme al atuendo más duradero que poseía Lila: vaqueros, un suéter grueso, chaqueta de cuero y un par de botas con las que de hecho podía caminar, empaqué una bolsa llena de ropa, joyas, pequeños aparatos electrónicos y cualquier cosa que pudiera empeñar por comida y refugio hasta que encontráramos un lugar más permanente. Sólo una de las pulseras de Lila valía más de lo que la mayoría de II y III ganaban en una década, y ella tenía varias cajas llenas de ellas. Me habría sentido culpable si no supiera que los Hart podrían remplazarlas sin pestañear, pero era un precio justo por robar mi vida.

Un golpe en la puerta me hizo respingar y soltar un arete de perlas en la bolsa. —¿Quién es? —dije, mi corazón acelerado. Metí la bolsa de lona debajo del lavabo del baño.

—Soy yo.

Knox. Fruncí el ceño. —Estoy ocupada.

—No me importa qué tan ocupada estés. Necesito hablar contigo.

Demonios. Knox debía haber atrapado a Benjy empacando, lo que significaba que estaba aquí para detenerme. No podía dejar que lo intentara, no aún. No cuando no sabía lo que haría para mantenerme aquí, y no cuando los Blackcoat necesitaban ese archivo. Knox no tendría ninguna oportunidad de escabullirse a la oficina de Daxton, pero yo sí. —Bien —grité—, me estoy cambiando. Dame un minuto.

Miré frenéticamente alrededor de la estancia. ¿Cómo se suponía que lo evadiera cuando él estaba justo enfrente de la puerta?

Pregunta estúpida. Mis ojos se posaron en el techo en la esquina de la habitación, donde una rejilla llevaba al laberinto de túneles que componían el sistema de ventilación a través de todo el cuarto nivel de Somerset. Los había utilizado para merodear a escondidas antes de la muerte de Augusta, pero me había visto obligada a mostrarles mi as a Knox y Benjy, haciendo mi secreto inútil. Hasta ahora.

Tan silenciosamente como pude, empujé la mesa de centro bajo la rejilla de ventilación. Usando los estantes del librero, trepé y aparté la rejilla de su lugar. Habían pasado semanas desde que había hecho esto, pero antes de convertirme en Lila, había sido una experta en colarme dentro y fuera de espacios apretados, llamados el laberinto de alcantarillas debajo de las Cumbres, el rincón más pobre de la ciudad. Somerset estaba a menos de veinte kilómetros de distancia, pero no podían ser más diferentes.

Me arrastré por el ducto de metal, asegurándome de empujar la rejilla en su lugar. No le tomaría mucho tiempo a Knox darse cuenta de lo que había hecho una vez que se cansara de esperarme, pero era demasiado grande para seguirme, y no tenía forma de adivinar a dónde iba. Por ahora, todo lo que podía hacer era moverme lo más rápido posible y esperar que Daxton estuviera malditamente dormido.

Quince minutos más tarde, me asomé a través de la rejilla de metal de la oficina de Daxton. Las luces eran tenues, y podía escuchar el goteo distante del agua de la fuente cerca de su puerta. La pantalla en su escritorio estaba oscura, pero no la

necesitaria. Si Greyson había encontrado una fotografía, debería haber más que encontrar que unos pocos archivos de computadora que no sería capaz de descifrar de cualquier modo.

Me dejé caer en su oficina, e hice una mueca cuando mis botas de combate pesadas resonaron contra el suelo de madera. Me quedé quieta durante varios latidos, esperando una señal de que alguien me hubiera escuchado.

Silencio.

Deslizándome por el suelo, cuidadosa de no hacer ningún sonido, busqué cualquier cosa que pudiera contener un archivo que Daxton querría mantener oculto. Su escritorio era el lugar más obvio, pero cuando traté de abrir los cajones, estaban cerrados con llave. Desabroché mi collar, desplegué la ganzúa y tuve todos abiertos en segundos; sin embargo, no tenían nada más que papeles de aspecto oficial que no podía leer, todos con el escudo de la familia Hart. En uno, una botella de whisky medio vacía estaba oculta debajo de un fondo falso; de la misma clase del que usaba para esconder mis pocas posesiones en la casa hogar, pero sin importar con cuanto denuedo busqué, no pude encontrar nada que pareciera esconder los secretos de la identidad real de Daxton.

Me enderecé y miré alrededor. Las paredes de su oficina estaban cubiertas de techo a piso con libreros, todos llenos hasta el tope. Los más cercanos a la puerta parecían limpios y organizados, como si no hubieran sido tocados en años. En cambio, cuanto más cercanos al escritorio, más desorganizados y desordenados estaban. ¿Era posible que hubiera escondido algo en un libro?

No... no estaba pensando esto de la manera correcta. Daxton no dejaría jamás algo como eso en un lugar donde cualquiera accidentalmente pudiera encontrarlo. Lo pondría en algún lugar oculto, pero seguro.

Algún lugar que nadie se molestaría en ver. Donde solo él tuviera acceso.

Lo que significaba que *tenía* que ser en esta oficina. Después de mi pequeño truco de intentar matarlo, él era el único con acceso, incluso a pesar de que fingió

haber perdido la memoria de ese incidente. Nadie más había sido admitido en su oficina sin sus guardias personales presentes, ni siquiera Greyson. Era su habitación más privada en Somerset. Si la evidencia aún existía, estaba aquí.

Comencé a tocar todo; las sillas, los sofás, la chimenea, las lámparas, las mesitas... nada en la oficina escapó a mis manos. Pero entre más buscaba, menos confiada estaba. Sólo porque yo habría conservado alguna muestra sentimental de mi pasado no significaba que él lo haría. ¿Qué tal si realmente los había destruido?

Entonces qué probabilidad habría de que los Blackcoat ganaran el apoyo de los escuderos y los Ministros de la...

Clic.

Me quede quieta. Mi mano descansaba en el marco dorado del retrato de la familia Hart pintado un año antes, antes de las muertes del Daxton real, su esposa y su hijo mayor. Justo en el borde, donde el retrato se encontraba con el muro, había un espacio plateado que no estaba antes. Debajo de mi pulgar, vi un pequeño botón que se mezclaba perfectamente con el marco.

Mi corazón se aceleró mientras deslizaba la estructura para abrirla. Seguramente el masivo retrato ocultaba una caja fuerte de acero... o al menos creía que era una caja fuerte. Para todos los efectos, lucía como una lámina cuadrada de metal incrustada en la pared. No había marcador, o teclado, nada.

Busque por alguna señal de cómo abrirla, pero de nuevo, nada. Eso ponía las cosas difíciles. Frunciendo el ceño, pasé los dedos sobre el metal, en busca de sentir algún débil rasguño que me diera alguna pista.

Al instante una luz azul apareció, formando un cuadrado en el centro de la caja fuerte. Espere a que algo más pasara, pero el cuadrado azul no cambió. ¿Necesitaba la huella de una mano? Ningún símbolo había aparecido, y una huella de mano sería la única cosa que cabría razonablemente en ese cuadrado.

No importaba lo que necesitaba. Mi huella de la mano era ahora la de Lila, y de algún modo dudaba que Daxton le hubiera dado acceso a lo que sea que tuviera guardado en la caja fuerte. Apreté mi collar con tanta fuerza que deje marcas en mi palma. Hora de ver qué tan bueno era Greyson realmente.

Pasé el disco plateado encima del sensor y contuve la respiración. Si no funcionaba, ¿el sensor sólo ignoraría mi intento de irrumpir, o medio Somerset sería alertado? Eché un vistazo a la abertura en el techo. Me tomaría varios preciosos segundos escalar los libreros y llegar ahí. Si había guardias esperando afuera, o si Daxton estaba en cualquier lugar cercano...

La luz cambió de azul a blanca, y para mi sorpresa, la caja fuerte se abrió. Aparentemente Greyson era así de bueno después de todo. Abrí la puerta y con dedos temblorosos, removí la colección de una docena de archivos en el interior.

Varios de ellos no eran nada más que papeles que no podía leer y mapas de lugares en los que nunca había estado. Otro era lo que parecía un informe que detallaba la explosión de un auto que había matado al Daxton real y su familia, dejando a Greyson solo. Pero a pesar de lo interesante que podría haber sido, era la carpeta más gruesa la que me importaba.

La abrí, y mi verdadera cara me saludo con una sonrisa. Era mi fotografía escolar, unida con un clip a una tarjeta de informe que no podía leer. Debí haber tenido siete u ocho, aún tenía pecas de estar en el sol por mucho tiempo y me faltaba un diente frontal.

Aparté los ojos, y pasé a través de las otras fotografías. Había más de las que jamás pude imaginarme, detallaban todos los momentos importantes de mi vida, incluyendo lo que parecía el día de mi nacimiento. Escudriñé las páginas mecanografiadas que llenaban la carpeta a reventar, esperando en vano que las palabras tuvieran sentido por primera vez en mi vida. Pero permanecieron como misterio, y las únicas pistas que tenía eran estas fotografías.

Algunas de ellas eran notablemente más viejas que otras, amarillentas en los bordes y ligeramente descoloridas. Este no era un archivo que Augusta había compilado antes de que me hubieran enmascarado como Lila, ella había estado manteniendo registros sobre mí durante toda mi vida. ¿Pero por qué?

Fruncí el ceño. A pesar de lo mucho que quería saberlo, tenía otra pregunta importante justo ahora, y sostenía la respuesta en mis manos. Sólo había un archivo que no había visto y lo abrí, con cuidado de no tocar lo que sea que estuviera adentro.

Era más delgado que el mío, pero aun así lleno de las mismas cosas, papeles que no podía leer, lo que lucía como una copia del examen que todos en el país tenían que tomar en su decimoséptimo cumpleaños, y certificados que no reconocí. Y en la parte inferior de la pila había una sola fotografía.

Dos hombres jóvenes con pelo oscuro y ojos claros estaban lado a lado, lucían sonrisas despreocupadas que envidié.

Los dos vestían uniformes negros, y las insignias en sus solapas anunciaban sus altos rangos. Uno de los hombres lucía extrañamente familiar, pero ambos se parecían entre si de una manera que sólo la familia podría. ¿Hermanos?

Tenía que ser. Tenían la misma nariz, los mismos ojos y el mismo hoyuelo en la barbilla, y la forma en que se rodeaban con los brazos hacia evidente que eran más que camaradas o compañeros de patrullaje.

¿Cuál había sido enmascarado como Daxton? Miré entre uno y otro. ¿Reconocía al hombre de la izquierda porque inconscientemente lo había relacionado con Daxton, o lo había visto antes? Y el hombre a la derecha, él tenía los ojos de Daxton, la única parte del cuerpo humano que los doctores no podían modificar para lucir como otra persona. Pero bueno, los dos los tenían.

El ligero sonido de pasos fuera de la puerta me sacó de mi trance, cerré la carpeta y reuní el resto. Tan silenciosamente como pude, puse las carpetas innecesarias de vuelta en la caja fuerte y cerré el retrato antes de trepar por los libreros hacia la rejilla, mi archivo y el de Daxton asegurados bajo mi brazo.

Una vez que estuve de vuelta en el sistema de ventilación, tome una respiración profunda, mi mente corriendo. Benjy me diría lo que había en mi vida. Él lo leería para mí, y sabría en menos de una hora los secretos que Augusta me había ocultado.

Pero si en su lugar iba con Knox, era el otro archivo el que me daría ventaja. Me conseguiría la manera de mantener a Benjy a salvo fuera de Somerset. Algo así de valioso para los Blackcoat, podría ser el boleto para cualquier cosa que los dos quisiéramos. No podía cambiar mi pasado, pero mi futuro estaba totalmente abierto. Y quería estar tan lejos de D.C. como fuera posible.

Mientras mi mente hacía planes, me arrastré a través del conducto de ventilación, empujando los archivos por delante de mí. Si Knox quería saber quién era Daxton realmente, entonces esperaba que estuviera de humor para negociar.

IV

LA CURIOSIDAD MATÓ AL GATO

Traducido por Lauuz

Para el momento en que volví a mis aposentos, sólo sostenía mi carpeta gruesa. Me había tomado otros veinte minutos esconder el archivo del falso Daxton donde nadie pudiera encontrarlo, no sin mi ayuda, y la única manera en que Knox lo conseguiría era si me ayudaba primero.

Ahora que eso estaba hecho, me volví a desbloquear la puerta que daba al pasillo, preguntándome si Knox aún estaría ahí o se había dado por vencido y regresado a su alcoba para entonces. De cualquier forma, teníamos que hablar antes de que me fuera, y no iba a esperar hasta la mañana.

—Sabes que no se supone que te arrastres más por los conductos de ventilación.

Brinqué y me di la vuelta, la carpeta casi escapó de mis manos. Knox estaba sentado en frente de mi chimenea, sus ojos oscuros brillaban con fastidio, en la mano sostenía un vaso con algo que no estaba tan segura que fuera agua.

—¿En serio has estado esperando todo este tiempo? —pregunté casualmente como si no fuera para nada extraño. Crucé la sala hasta el escritorio de Lila y bajé el archivo.

Knox se levantó. —¿Dónde has estado, Kitty? —preguntó, una nota de advertencia en la voz—. Ha pasado una hora.

—Salvando tu trasero cobarde, ahí es donde he estado.

—Mi trasero es cualquier cosa menos cobarde —dijo mientras se aproximaba con su vaso aun en la mano. Arrugué la nariz.

Definitivamente no era agua. —¿Qué es eso?

—¿Esto? —Abrí el archivo y comencé a hojearlo—. Oh, ya sabes, no mucho. Solamente todo mi pasado. —Levante una fotografía mía a los cinco años—. ¿Te importaría explicar por qué Augusta tenía esto?

Knox frunció el ceño y tomó el archivo del escritorio. Un puñado de imágenes cayó al suelo. —¿De dónde sacaste esto?

—Del mismo lugar en el que encontré el archivo de Daxton —dije, agachándome para recoger las fotos—. Junto con la evidencia de quién es realmente. De nada.

—No te estoy agradeciendo. —Un segundo después, el peso de lo que había dicho pareció asentarse en él, y se detuvo en medio de rebuscar entre las páginas—. ¿Tienes un archivo como este del Daxton falso?

Asentí. —Sólo hay una fotografía, pero tiene otros documentos que deben tener su nombre en algún lugar.

—¿Dónde está?

—Voy a proponerte un trato —dije—, ayúdanos a Benjy y a mí a llegar al búnker a salvo, garantízanos la protección de los Blackcoat, y te diré dónde está. Después de que me digas por qué Augusta ha estado vigilándome toda la vida.

Se movió más cerca, por encima de mí. —Los Blackcoat necesitan ese archivo, Kitty.

—Y yo necesito salir de aquí antes de que decidas que no valgo todas las molestias y nos asesines a mí y a Benjy —dije. La conmoción cruzó por su rostro, y sus ojos se ampliaron como si no pudiera creer que alguna vez pensaría tan mal de él.

Bien. Ahora sabía cómo estaban las cosas.

La expresión de Knox rápidamente regresó a su máscara de neutralidad, y me miró fijamente.

—Sabes que nunca haría eso.

—¿En serio? Porque últimamente no estoy tan segura. Soy reemplazable ¿recuerdas?

El silencio se apoderó de nosotros por casi medio minuto. Sin responder, hojeó el archivo, su mirada persistente en una imagen de Benjy y yo en su cumpleaños 16. Yo había cogido un trozo de merengue verde de mi pedazo de pastel y lo había embarrado en la punta de su nariz, en represalia, él me había besado, dejando algo de éste en mi mejilla. Era una de las fotografías más recientes de la colección.

—Es una situación de ganar-ganar para ti —dije—. Dime lo que dice, y no sólo te diré dónde está el archivo de Daxton, también dejaré de molestarte permanentemente. Nunca tendrás que lidiar conmigo de nuevo.

Él suspiro. —Si esto se debe a lo que dije antes...

—Esto se debe a que tengo el derecho de tomar mis propias decisiones y saber qué está pasando con mi vida, y no confío en que me lo digas sin un incentivo —le dije fríamente.

—Eso no es a lo que me refiero —me dijo—. ¿Por qué te vas, Kitty? No sólo vas a lastimarte a ti misma, también a la rebelión. No eres útil para nosotros encerrada en un búnker.

—Aparentemente, no soy buena para ustedes de ningún modo —dije—. No tienes que hacer esto difícil, Knox. Sólo ayúdame, y tendrás tu información. Si no quieres, entonces le pediré a Benjy que me lea el archivo en tu lugar, y los Blackcoat nunca encontrarán el archivo de Daxton sin mi ayuda. Te lo garantizo. Pero de un modo u otro, *me voy*.

Él no tenía modo de saber que tenía toda la intención de entregar la carpeta de Daxton a Sampson si él no me ayudaba, pero después de todo lo que habíamos

pasado, parte de mi quería desesperadamente ver un destello del viejo Knox. El que había creído que yo podía ser Lila cuando nadie más lo hacía. El que me trataba como si le importara.

Su pie golpeteó impaciente, pero al fin murmuró: —Está bien. Todo lo que hay aquí son viejas boletas de calificaciones e informes de progreso de tu matrona.

Exhalé. —Sigue buscando. Tiene que haber algo.

Knox frunció el ceño y su mirada se dirigió de nuevo a las páginas dentro del archivo. Pasó a través de ellos, leyendo palabras que yo no podía. Página tras página tras página, sin cambios en su expresión que indicaran nada.

Poco a poco las dudas comenzaron a arrastrarse en mi mente. Tal vez era inútil. Sin contar el obvio envejecimiento de las fotografías y papeles, tal vez Augusta los había encontrado después de los hechos y los había recolectado en un archivo.

Knox dio la vuelta a otra página, y su pie dejó de golpetear. Se quedó quieto, sus ojos escaneando el mismo documento una y otra vez. Mi corazón dio un vuelco.

—¿Qué es? —pregunté, estirando el cuello para tratar de ver lo que él veía. Un certificado de algún tipo... uno con el sello oficial de los Hart en él. Alejó el archivo antes de que pudiera echar un buen vistazo, pero no habría servido de todos modos. Como siempre, las palabras en la página lucían como garabatos.

—¿Alguien te vio? —preguntó. El borde en su voz me hizo cuadrar los hombros.

—Claro que no. ¿Qué es lo que dice?

Él ignoró mi pregunta. —Bueno. Ahora, por última vez ¿de dónde sacaste esto?

—No voy a jugar este juego contigo, Knox. *¿Qué es lo que dice?*

Azotó la carpeta al borde de la mesa. —Es la triste historia de una niña que nació como una Extra, obtuvo terribles calificaciones en la escuela, recibió un III después de no poder completar su prueba, y luego dejó ir la oportunidad de su vida de

ayudar no sólo a sí misma, sino a todo el país, solamente porque era demasiado terca para cooperar. No sé cómo termina, pero en este punto, puedo virtualmente garantizarte que su triste vida va a ser corta si continúa actuando así.

—Mi triste vida siempre ha estado destinada a ser corta —repliqué—. Si quieres alguna vez tener el archivo de Daxton vas a cortar la mierda y decirme lo que leíste. *Ahora.*

Sus ojos vagaron a la izquierda antes de encontrarse con los míos de nuevo. —Un reporte de las operaciones por las que pasaste para convertirte en Lila. Tomó más tiempo de lo que creía, eso es todo. No hay nada ahí acerca de por qué Augusta te observaba o por qué te escogieron... sólo boletas de calificaciones y fotografías.

Apreté la mandíbula. Estaba mintiendo. Nunca dije nada acerca de querer saber por qué me habían escogido como Lila. Ya sabía la respuesta: nuestros ojos eran del mismo tono raro de azul. Pero por esa pausa que había hecho, Knox me había dicho que había más que eso. Y también me había dicho que ya no podía confiar en él.

Nos quedamos a sólo unos centímetros de distancia, y bajó la cabeza, sus labios rozando mi oído. —Dime de dónde sacaste esto, Kitty, antes de que Daxton descubra que no está.

—Lo pondré de vuelta —aseguré.

—No, no lo harás. —Los dos buscamos la carpeta al mismo tiempo, pero Knox, con sus veloces reflejos, la alcanzó primero. Lo fulminé con la mirada—. Ambos sabemos que vas a correr directamente a Benjy y lo harás leerle cada página.

—¿Y qué tiene de malo? —pregunté—. Si me estás diciendo la verdad, entonces no tienes nada de qué preocuparte.

—Tengo mucho de qué preocuparme, sobre todo si encontraste esto en donde yo creo que lo hiciste —dijo—. ¿Está también el otro archivo ahí?

Lo consideré por un largo rato. —Sí —mentí—, y si me dejas poner el mío de vuelta, te traeré el de Daxton.

—Ni de broma —dijo—. Es sólo cuestión de tiempo antes de que Daxton sepa que no está, y no permitiré que asesinen a alguien por tu curiosidad. Eres afortunada de que Daxton no...

Se detuvo repentinamente, y su cara fue de rojo pálido a ceniciento en segundos mientras ojeaba el archivo de nuevo. Fruncí el ceño. —¿Qué? —pregunté.

Su manzana de Adán se agitó. —Él sabe que estás enmascarada —dijo Knox—. Si escondió este archivo después de que Augusta murió, entonces lo sabe.

—Oh. —Exhalé—. Bien. Él recuerda todo lo que pasó, que estoy enmascarada, que traté de matarlo, que Celia probablemente estaba detrás... todo. Ha estado mintiendo todo el tiempo.

Knox agarró el archivo y lo cerró de nuevo, esta vez más lentamente. —¿Él recuerda todo? ¿Todo? ¿Cómo...? —Apretó la mandíbula y pude ver los músculos moverse bajo su piel—. ¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque... porque después del funeral de Augusta, él tocó las marcas de mi nuca y dejó claro que sabía todo, y... —Tragué en seco—, puede ser que haya tocado las tuyas. —Las marcas bajo nuestros tatuajes eran las únicas cosas que nos diferenciaban de los Hart reales. Mi VII escondía un III, mi rango real. El falso VII de Daxton escondía una V, el rango que él había sido antes de ser enmascarado como el Primer Ministro. Eran la única evidencia que cualquiera tenía para probar que habíamos sido enmascarados, y como Hart, éramos lo suficientemente afortunados para que nadie cuestionara nuestros VII. Excepto el uno al otro.

Knox exhaló bruscamente y se alejó de mí. Por la forma en que sus hombros subían y bajaban, era obvio que trataba de contenerse. Al final me encaró de nuevo, su expresión neutral apenas ocultaba la rabia que acechaba debajo.

—¿No pensaste que sería una buena idea decirme antes? —preguntó, y me encogí de hombros.

—¿Qué diferencia habría hecho?

—Hace toda la diferencia del mundo. —Su voz se quebró—. No tienes ni idea...

—Entonces dime —le dije—. En lugar de tratarme como una niña y ocultarme secretos ¿Por qué no tratas de confiar en mí?

—¿Cómo confiaste en mí con esto? —Su expresión se oscureció—. ¿Dónde encontraste este archivo, Kitty?

—Yo...

—¿Dónde lo encontraste?

Fruncí el ceño. —En la oficina de Daxton, detrás del retrato. Pero no puedes sólo entrar ahí en medio de la noche y...

Antes de que terminara, Knox estaba a medio camino hacia la puerta. A pesar de las pesadas botas que llevaba, la alfombra felpuda absorbía el sonido de sus pasos y corrí detrás de él.

—Knox, espera. *Espera*. —Lo alcancé y lo tomé del codo—. El otro archivo, ese...

—Te *quedarás* aquí —dijo Knox peligrosamente—. Y nunca le mencionarás esto a nadie, ¿me entiendes?

Mi boca se abrió y cerró. —¿Cuál es el problema? Es sólo un archivo.

—Y lo robaste —dijo—. Había una razón por la que me asignaron este trabajo y no a ti. Puedo leer y reunir toda la información relevante sin que Daxton sepa siquiera lo que tenemos, y sin que sepa que los Blackcoat tienen apoyo en Somerset. Ahora, gracias a ti, todo esto está en peligro. Si descubre que tú estás detrás de esto, se dará cuenta de que te estoy ayudando. ¿Entiendes?

—Pero... no tendrías que ser tú —dije—, pudo haber sido cualquiera...

—¿Quién más? ¿Benjy?

Todo el aire abandonó mis pulmones y pude sentir la sangre drenarse de mi rostro, dejando mi piel fría y húmeda. —No. Él no tiene nada que ver con esto, y *no* lo vas a involucrar...

—Si te atrapan, entonces es él o yo —dijo Knox—. A veces hay que sacrificar un peón para ganar la partida.

—No lo harías —dije, rabia surgiendo a través de mí—. Si lo intentas, le voy a decir todo a Daxton. No me importa si me mata.

—Entonces ambos intentemos lograr salir con vida de esto —dijo Knox fríamente—. Quédate aquí y déjame arreglar esto. No te lo diré de nuevo.

Él se alejó, sus zancadas largas y con propósito, y por un momento consideré no seguirlo. Todo lo que tenía que hacer era tomar la bolsa de lona que había ocultado y caminar directamente a los aposentos de Knox, y Benjy y yo estaríamos a media ciudad antes de que Knox se diera cuenta de lo que habíamos hecho. Seríamos libres.

Estaba a dos pasos de la puerta cuando me detuve. No seríamos libres. Nunca seríamos libres, no hasta que Daxton estuviera muerto y Greyson—o Knox o Celia o quien sea que estuviese a cargo, me devolviera mi vida. Los escuderos nos cazarían hasta encontrarnos, y si teníamos suerte, nos matarían antes que Daxton tuviera oportunidad de enviarnos a Otro-Sitio. No había tal cosa como la libertad, no en este país, y si Knox hablaba en serio acerca de culpar a Benjy por sus crímenes, entonces no había forma de decir lo que Daxton le haría por su traición.

Tenía que saber lo que estaba haciendo Knox. Él me había mantenido en la oscuridad el tiempo suficiente... no podía dejarlo dirigir el espectáculo, no esta vez.

Con mi mente ideando, me alejé por el pasillo, evitando las esquinas donde los guardias estaban apostados.

Me metí por el atrio y pase el elevador, asegurándome de estar agachada debajo de la barandilla para que los guardias no me vieran. Mis pasos eran tan silenciosos como los de Knox, y en poco tiempo alcancé unas cuantas habitaciones por debajo de

la entrada de los aposentos de Daxton. Dos guardias estaban afuera, ambos alerta con los ojos observando los alrededores.

Maldije por dentro.

Me deslicé dentro de la puerta abierta más cercana, dentro de una oscura sala de estar que era para los huéspedes del Primer Ministro.

Entrecerrando los ojos, me fijé en las esquinas y el alivio se apoderó de mí cuando vi una rejilla de ventilación.

En cuestión de segundos, me subí a la mesita y me impulsé. Había memorizado el sistema de ventilación cuando me mudé por primera vez a Somerset, y eran sólo dos vueltas rápidas hacia las habitaciones privadas de Daxton.

Me quedé callada, escuchando por alguna señal de vida. En la distancia, atrapé un suave murmullo, pero estaba muy lejos de mí para descifrarlo. El miedo se erizó en la base de mi columna. Si Daxton había atrapado a Knox tratando de devolver mi archivo...

Arrastrándome tan rápido como podía, hice mi camino cuarto por cuarto, buscando la fuente de la conversación. Su alcoba y sala de estar estaban vacías; lo mismo sus múltiples habitaciones de huéspedes. Al final llegué a su oficina, y con el corazón encogido, me situé sobre la rejilla de ventilación. Dos voces se levantaron para encontrarme: la de Daxton y la de Knox.

—...No me importa —dijo Daxton, su tono duro con molestia—. Te he dado muchas más oportunidades de las que mereces.

—No estoy pidiendo otra oportunidad —dijo Knox. Su voz se quebró, y sonaba como un animal acorralado—. Te estoy pidiendo que mires los hechos.

—Lo hago —dijo Daxton—, y lo que veo es una larga lista de razones por las que debería dejar de seguir con esta tontería. Los archivos son sólo el comienzo. Mi paciencia se está terminando, Lennox, y aunque soy un hombre de amor y paz, hay cosas que ni siquiera yo puedo tolerar.

Silencio. Aguanté la respiración, esperando a que Knox respondiera, pero en su lugar algo se movió a través de las rejillas.

Daxton se paró directamente debajo de mí, las manos cruzadas en su espalda. Estaba completamente vestido, a pesar de que ya debían ser las primeras horas de la mañana.

—Esta es mi última oferta. La tomas o la dejas, Lennox. No estoy interesado en seguir cuidando niños y ella debe ser detenida.

Ella. Mi sangre se volvió fría. Ellos no hablaban de Knox... hablaban de mí.

—¿Y qué pasa si no la tomo? —dijo Knox. Comencé a deslizarme hacia atrás. Detenida significaba una de dos cosas: significaba Otro-Sitio, o la muerte. Y Knox me había prometido hace meses que me mataría antes de dejar que Daxton me enviara a ser cazada por cada VI al que le hubiera encantado ver a Lila arder.

—Tú sabes lo que pasa entonces —dijo Daxton, su voz alejándose. No me importaba. Tenía que volver con Benjy antes de que me encontraran, y teníamos que irnos. Libres o no, tenía toda la intención de despertar mañana tan viva como hoy.

Una vez que pasé la oficina, no me molesté en tratar de guardar silencio. Me arrastré tan rápido como pude de vuelta a la sala de estar, donde caí al suelo y corrí por el pasillo. Tomé las esquinas medio ciega y ajena, pero una vez que me aleje del ala de Daxton, los guardias eran mínimos.

Llegué a mis aposentos en tiempo record. Lanzándome dentro, tomé la bolsa de lona de debajo del lavabo y corrí de vuelta al pasillo. Probé la perilla de los aposentos de Knox, pero estaba cerrada. Maldiciendo, busqué a tientas mi collar, tirando de la cadena por encima de mi cabeza. Mis dedos temblaban, pero me las arreglé para desplegar la ganzúa y hacer el trabajo rápidamente.

Abrí la puerta de un codazo y volví a ponerme el collar alrededor del cuello. Benjy debía haber empacado ya...

Si había llenado su bolsa con libros en lugar de ropa...

Me detuve en seco. Benjy estaba en el medio de la habitación, pero no estaba solo. Knox estaba junto a él, y a primera vista, parecía completamente inocente. Benjy estaba pálido y sus hombros encorvados defensivamente, sin embargo, su expresión me rogaba silenciosamente darme la vuelta y correr. Abrí la boca para decir algo, pero entonces vi un destello de metal presionado en la columna de Benjy y mi estómago dio un vuelco.

—Knox... ¿Qué...? —comencé, pero una fría mano se posó en mi hombro y me congelé.

—Hola, querida —dijo Daxton, y mi garganta se cerró. Mierda. Mierda mierda mierda.

—¿Que está pasando? —conseguí decir—. ¿Está todo bien?

—Sabes que no lo está, Lila —dijo él, trazando las tres crestas en mi nuca—. Dime dónde pusiste el archivo.

—¿Qué? ¿Qué archivo? —Trabé mi mirada con la de Benjy y mi corazón se aceleró. Estaría bien. Tenía que estar bien.

Este no sería el final.

—Sabes exactamente de qué archivo estoy hablando —dijo Daxton—. Guardias, revisen su mochila y sus aposentos.

Media docena de guardias apareció en la periferia de la habitación, y mientras cinco de ellos marchaban hacia el pasillo, el último destrozó mi bolsa. Joyería brillante con diamantes se derramó de los bolsillos, junto con la ropa que había metido dentro. Mis vías respiratorias amenazaban con cerrarse. Sólo eso era merecedor de un arresto.

—Knox, dile que no fui yo —supliqué, pero él no se movió—. *Knox*.

—Él no mentira por ti —dijo Daxton—. Dime la verdad, Lila.

Busqué en la expresión de Knox por algún signo de que tuviera un plan, pero en lugar de eso, aceptó mi mirada inexpresivo, tanto un desafío como una rendición. No

había un plan. Esto era todo. Éramos peones y Knox estaba haciendo los sacrificios necesarios para ganar el juego.

Que se jodiera el juego. Si él quería jugar, entonces jugaría. —Knox robó ese archivo, no yo —escupí—. Está escondiendo el tuyo también. ¿Cómo crees que obtuvo el primero? ¿De verdad crees que yo se lo hubiera entregado de buena gana?

—Sí —dijo Daxton sin problemas—. Porque eso es exactamente lo que hiciste. ¿Vas a ser honesta conmigo, Lila, o tendré que sacártelo con sangre?

—Estoy siendo honesta. Knox está tratando de inculparme. Él es el líder de los Blackcoat... él y Celia. Todo este tiempo, han estado trabajando juntos para destruirte.

Un extraño sonido emanó de las profundidades de Daxton, y me tomó varios segundos darme cuenta de lo que escuchaba. Se estaba riendo. —De nuevo incorrecto, querida. Tienes una racha esta noche, ¿no? Knox ha estado trabajando para mí, reportándome la actividad de los Blackcoat, diciéndome sus siguientes movimientos. ¿Cómo crees que hemos estado por delante de ellos todo el tiempo.

—Yo... —vacilé. Knox no encontró mi mirada, y su agarre en el hombro de Benjy se apretó.

No. No era posible. Después de todo este tiempo y todo lo que él había hecho para ayudarme... *no era posible*.

—Está mintiendo —dije, las palabras salieron a borbotones de mí mientras trataba de convencer tanto a Daxton como a mí misma—. Podrá haberte alimentado con pequeños bocados de información para que pareciera que está de tu lado, pero le está diciendo a los Blackcoat todo lo que sabe de ti y...

—Todo lo que le ordené que dijera —interrumpió Daxton—. ¿Por qué crees que los Blackcoat no han conseguido acercarse más a su meta? ¿Por qué crees que falló la incursión de esta noche? ¿Por qué crees que se topan con un obstáculo a cada paso antes de lograr algo? Nadie, ni siquiera mi hermana, es tan incompetente.

Iba a vomitar justo aquí en los zapatos de cuero de Daxton. —¿Knox? — pregunté, mi voz temblaba—. ¿Está diciendo la verdad?

—Parece ser el único en esta habitación que lo hace —respondió fríamente.

—No está aquí —dijo el guardia. Había destrozado mi bolsa de lona y colgaba en piezas de las asas.

En la alcoba de al lado, podía escuchar los sonidos de muebles y cristales rotos.

Los dedos de Daxton se clavaron en mi cuello hasta que los bordes de mi visión comenzaron a oscurecerse. —Tienes dos opciones —dijo con notable calma—. Puedes decirme dónde lo escondiste, o puedo matarte justo aquí y ahora.

Me obligué a respirar de manera constante. Inhalar y exhalar, inhalar y exhalar, suave y profundo. —Está bien, de acuerdo —dije—. Sólo, no me lastimes, ¿está bien? El archivo...

El agarre de Daxton se apretó. —¿Si?

Fijé mis ojos en los de Benjy, mi mirada inquebrantable. Él sabía cuánto lo amaba. Sabía que haría lo que fuera para salvar su vida. Pero no podía hacer esto para salvar la mía, no cuando eso significaba darle a Knox y Daxton exactamente lo que querían.

Lo siento, vocalicé hacia él, antes de decir en voz alta: —El archivo está exactamente donde debe de estar. Enterrado tan profundo en tu trasero que nunca volverá a ver la luz del día.

Un rugido enfurecido atravesó la habitación, y un estallido de dolor al rojo vivo me atravesó cuando Daxton me aplastó contra el suelo por el cuello, presionando mi mejilla contra la madera.

—Última oportunidad, niña —susurró—, cinco...cuatro...tres...dos...

—¡Señor! —Un guardia irrumpió en la habitación, y el agarre de Daxton se aflojó lo suficiente para que pudiera respirar.

—No está en sus aposentos.

—¿Estás seguro? —dijo Daxton—. ¿Buscaron en todo?

—Sí, señor. Si está ahí, es en un lugar donde nadie lo encontrará jamás.

—Bien. —Pude escuchar la sonrisa en la voz de Daxton, y me soltó. Cuando comencé a levantarme, sin embargo, me pisó en la espalda, enterrando su zapato en medio de mis hombros. Contuve un grito—. Si hubieras cooperado, habiéramos evitado todos estos desagradables actos —dijo—. Me dejará un mal sabor de boca, pero como están las cosas, no me dejas opción.

Incluso con la mitad de mi cara apretada contra el suelo, pude ver a Daxton acariciando amorosamente su pistola. Mis ojos se ampliaron, pero mantuve la boca cerrada. Me negaba a darle la satisfacción de hacerme rogar.

—No has sido nada más que una espina en mi costado, querida sobrina, y ha llegado el momento de podar el jardín —dijo suavemente—. No puedo decir que te extrañaré.

—Daxton —la voz de Knox cortó a través del cuarto, aguda y tanto una advertencia como un recordatorio. El hombre que se suponía que era mi tío suspiró dramáticamente.

—Oh, muy bien. —Hizo un gesto hacia Knox con el arma—. Sólo porque me caes bien, creo. Terminemos con esto.

Knox hizo una mueca y mi mente corrió. ¿De qué estaban hablando? Terminar...

Bang.

Sonó un disparo, y todo mi cuerpo se volvió frío del susto. Transcurrió un segundo horriblemente lento, pero el dolor no floreció como pensé que haría. En su lugar, la única agonía que sentía provenía de la presión del zapato de Daxton y la punzada en mi cuello donde él me había agarrado.

Pero yo no era su única prisionera. Del otro lado del cuarto, Benjy se puso rígido y sus ojos se ampliaron. Pareció que caía en cámara lenta, sus rodillas golpearon el suelo primero, haciendo un sonoro *crac* contra la madera dura. Nuestras miradas se encontraron un momento, y vi el miedo y el dolor y el temor en sus ojos, y al siguiente, se desplomó sin vida en el suelo.

Mi mundo se quedó en silencio. No podía respirar. No podía parpadear. No me podía mover. Como había pasado cuando maté a Augusta, estaba vagamente consciente de que alguien gritaba, y de pronto me di cuenta de que era yo. Mi mente separada de mi cuerpo, separada tan completamente que me sentía como si estuviera mirando hacia abajo a mí misma, peleando bajo el pie de Daxton mientras él destapaba una jeringa. Cinco metros más allá, Knox se arrodilló junto al cuerpo de Benjy y tocó su garganta como si le estuviera sintiendo el pulso. Pero incluso mientras lo hacía, yo no podía alejar la mirada de la de Benjy... su mirada fría y vacía de cualquier vida o amor o calor, y no tenía que ver el asentimiento satisfecho de Knox para saberlo.

Benjy estaba muerto.

Benjy estaba muerto y Knox lo había matado.

—Ahora, cariño, esto pudo haber sido mucho más simple si sólo hubieras escuchado —murmuró Daxton sobre mí. Su rodilla reemplazó a su pie entre mis omoplatos, y la aguja picó al deslizarse en mi cuello—. Cualquier cosa que el resto de tu corta vida te traiga, espero que esto valiera la pena.

Un dolor insoportable corrió a través de mí, dejando mi cuerpo en llamas. Pero el calor de lo que fuera que inyectó Daxton en mis venas no era nada comparado con la agonía de perder a Benjy, y mientras me quemaba de adentro hacia afuera, miré fijamente su rostro sin vida, y lágrimas inundaron mis ojos.

—Lo siento —susurré, con la vana esperanza de que mi voz fuera la última cosa que escuchara. Pero no tenía sentido... él se había ido.

Todo se volvió negro.

V

SECCIÓN X

Traducido por thedoctor

En algún lugar cercano alguien estaba cantando. Tapé mis ojos para protegerlos de la luz del amanecer y gruñí. Me pesaba la cabeza y mi garganta se sentía seca y rasposa, como si no hubiera bebido nada en días. Busqué a ciegas el vaso de agua que solía dejar al lado de la cama, pero mi mano golpeó la áspera superficie de la pared raspándome los nudillos.

Abrí los ojos y me senté, mi corazón latía con fuerza. Me encontraba en una fría celda de concreto lo suficientemente grande como para que cupiera el catre debajo de mí y no era mucho más ancha que mi estatura. Había una mesa metálica adosada a un costado de la cama con un balde vacío debajo de ella y una pequeña ventana muy arriba en un rincón de la habitación, lo suficientemente pequeña como para que no pudiera pasar a través de ella aun cuando fuera capaz de escalar hasta allí. El aire olía a moho, y la puerta de metal tenía una pequeña hendidura para espiar afuera; pero de ninguna manera podía meter la mano a través de ella y quitar el seguro. Donde fuera que se encontrara este lugar, estaba tan lejos de Somerset como era posible.

Repentinamente lo que había sucedido en la alcoba de Knox llegó hasta mí, dejándome sin aliento. Sentía el dolor abriéndose camino en mi interior, y si mi corazón pudiera partirse en dos mitades, estoy segura de que lo habría hecho.

Benjy no podía haberse ido. Él estaba vivo hace unas horas, bromeando y jugueteando y planificando nuestro futuro en una servilleta. No podía terminar así. Quizá estaba equivocada... quizá había interpretado mal lo que había visto.

Pero en el fondo, sabía que había comprendido bien.

Benjy estaba muerto.

Nunca más lo volvería a ver. Nunca más lo volvería a tocar, nunca más lo abrazaría, nunca más lo besaría... nuestro futuro, el futuro que ambos habíamos soñado durante tanto tiempo, nunca sucedería. Nunca nos sentaríamos en el pasto junto a un estanque para hacer un picnic en un día soleado. Nunca más sería capaz de decirle cuánto lo amaba. Y él nunca sabría lo arrepentida que estaba por no renunciar a ese archivo cuando tuve la oportunidad.

Él se había ido.

Un dolor profundo se apoderó de mí como arena movediza, tan profundo que se sentía como si me estuviera ahogando en él. Me hundí en el catre, mientras comenzaba a llorar, unas lágrimas cálidas y amargas tallaron su camino a través de mis mejillas. Él todavía estaría vivo si hubiera hecho lo que Daxton me dijo que hiciera. Si no hubiera confiado en Knox, si hubiera huido con Benjy cuando aún podía...

Infinitos *si hubiera* zumbaron en mi cabeza, asfixiándome hasta que fui incapaz de pensar. Debería haber obligado a Daxton a que me matara. Debería haberme suicidado. No debería nunca haberle dado más valor a la revolución de los Blackcoat que a la vida de Benjy, ellos no tenían ninguna oportunidad y yo lo había sabido todo el tiempo. Debería haber seguido mis instintos. En primer lugar nunca debería haber permitido que Knox me convenciera para que me quedara como Lila. No debería haber hecho nada más, y Benjy todavía estaría vivo.

Era mi culpa. Todo era mi culpa.

Sollozos de agonía me despedazaron por dentro, desgarrándome desde profundidades que no podía imaginar. Cada uno de ellos se sentía como un cuchillo en el corazón, y en ese momento, no quería nada más que terminar con todo allí mismo. Había leído historias sobre prisioneros que lo habían hecho; que de alguna manera se habían llevado voluntariamente a la muerte a través del puro poder de su mente. Pero no importaba qué tan desesperadamente quisiera terminar con todo, me era imposible. Aún no. Daxton nunca me dejaría morir tan fácilmente, no lo permitiría cuando aún tenía la oportunidad de causarme tanto dolor como pudiera,

—Ya era hora de que te despertaras —dijo una voz al otro lado de la puerta de metal—. Un poco más y hubieras sido candidata a estar en coma.

Me tragué mis sollozos, lo que formó un nudo apretado en mi garganta. —¿Quién está ahí? —Mi voz no me sonó familiar y por un segundo me pregunté si me habían vuelto a convertir en mi viejo yo. La última vez que me habían dejado inconsciente y traído a un lugar extraño había despertado luciendo exactamente como Lila Hart... ¿habrían hecho lo mismo pero al revés?

No. Nunca tendría esa suerte. El único momento en que volvería a ser yo misma otra vez sería cuando muriera.

El chirrido del metal contra metal llenó la diminuta celda y la puerta se abrió revelando a una mujer de ojos azules con una larga trenza rubia que colgaba sobre su hombro. Vestía un uniforme blanco con vivos plateados y sostenía un botiquín médico en una de sus manos. En la otra llevaba una bandeja con huevos, tocino y tostadas, junto con un tazón de porcelana repleto de fruta y un vaso de vidrio con jugo de naranja.

—El desayuno fue hace varias horas, pero pensé que te vendría mejor esto que un sándwich rancio —dijo, colocando la bandeja sobre la mesita de luz con impecable habilidad. A pesar de la sonrisa irónica en sus labios, el tono de su voz no era alegre. Sonaba más bien forzado, como si alguien le hubiera dicho que fuera amable aun cuando ella no tenía intención de serlo—. ¿Cómo te sientes?

Parpadeé. —¿Dónde me encuentro?

—Responde a mi pregunta primero. —Allí estaba, podía percibir el filo en su voz que había estado tratando de esconder—. ¿Cómo te sientes? ¿Sientes la boca seca? ¿Tienes dolor de cabeza? ¿Te duele algo?

—¿Usted qué cree? —respondí sombríamente—. He tenido el mejor día de mi vida hasta ahora.

—Si no tienes cuidado podría ser el último —me advirtió.

Di un rápido vistazo a la pistola enfundada en su cadera. Una bala. Era lo único que hacía falta, y todo terminaría. —¿Por qué no le doy un tiro libre esta vez? —dije—. Ni siquiera me resistiré. Y podrá contarle a todos sus amigos que mató a Lila Hart.

—Tentador. —Me ofreció una rebanada de tocino—. Come.

Tomé la rebanada de mala gana y la mordisqueé. En otra vida hubiera peleado con una docena de escuderos para poder probar algo tan bueno. Hoy bien podría haber estado hecha de tiza.

Aun así pareció aplacarla. Sacó el termómetro de su botiquín y lo movió a lo largo de mi frente.

Soltó un pitido y lo puso a un lado con apariencia satisfecha. —Ahora, ¿vas a decirme cómo te sientes o voy a tener que recurrir a medidas drásticas? —preguntó.

Me encogí de hombros. —Dolor de cabeza. Garganta irritada. Boca seca. —*Un enorme hueco donde solía estar mi corazón*—. ¿Quién es usted?

Los costados de su boca se retorcieron con enfado como si hubiera esperado que supiera exactamente quién era. —Hannah Mercer, Jefa de la sección X.

—¿Sección X de qué?

Su fina ceja se elevó y me miró como si le hubiera preguntado cuánto era uno más uno. —La sección X de Otro-Sitio.

Otro-Sitio.

Otro-Sitio.

Por un segundo, la pena que sentía en mi interior remitió para dar lugar a una nueva emoción: puro y auténtico pánico.

Daxton iba a cazarme de la misma manera en que había cazado a Nina. Iba a morir gritando y aterrada en los bosques como un animal salvaje, sin dignidad y sin ninguna esperanza de poder escapar.

Pero estaría nuevamente con Benjy. Ese solo hecho hizo que la tensión en mi pecho se aflojara y fui capaz de soltar un corto suspiro. No había nada digno en la muerte, sólo en la vida. Benjy había vivido con dignidad. Yo también haría lo mismo.

Antes de que pudiera preguntar cuánto faltaba para que me soltaran en los bosques, la puerta de metal se abrió nuevamente, revelando a un hombre que lucía siniestramente familiar. Parpadeé rápidamente mientras trataba de ubicarlo. Vestía un uniforme blanco casi idéntico al de Hannah, aunque llevaba un sombrero a juego, de estilo militar que era parecido al que era parte del uniforme de los escuderos. Tenía el cabello negro y corto y su cara era larga con una fuerte mandíbula que me recordó a la de los II que se sentaban en los pórticos en los calurosos veranos de D.C., masticando carne seca y quejándose sobre su trabajo en el puerto.

Basto una sola mirada a este hombre para que me diera cuenta que no había trabajado un solo día de su vida. Estaba segura de que lo había visto con anterioridad, pero mi mente estaba demasiado confusa por la conmoción como para ubicarlo. Hasta que...

Nuestros ojos se encontraron y un escalofrío recorrió mi columna vertebral.

La foto en el archivo de Daxton. Era el hombre de la izquierda, aquel que también me había resultado familiar en ese momento.

Mercer. El nombre resonó en mi cabeza hasta que una imagen de una pista de aterrizaje en medio del bosque apareció en mi mente. Era el oficial que se había reunido con Daxton y conmigo el día en que había visitado Otro-Sitio.

¿Qué diablos estaba haciendo en mi celda?

—Señorita Hart —dijo, su voz estaba llena de una admiración que no esperaba—. Es un placer verla nuevamente, aunque desearía que hubiera sido en otras circunstancias. Creo que nunca fuimos presentados formalmente- Soy el Capitán Jonathan Mercer. Soy la persona a cargo de este lugar.

Hizo una pausa, como si esperara que dijera algo, pero permanecí en silencio. No tenía nada que decirle. No iba rogarle o a suplicar por mi vida... No iba a pedir misericordia. Tampoco iba a funcionar y con Benjy muerto, tampoco la quería. Al haber crecido en las Cumbres, la parte más dura de D.C., me había enseñado a sobrevivir, pero al observar los ojos muertos de los II que se encontraban a días de trabajar hasta morir y las sonrisas en los cadáveres que ya lo habían hecho, me había probado que a veces la muerte era una liberación.

Yo sería otro cadáver sonriente. Si eso sucedía, hoy, mañana o dentro de una semana... no me importaba, siempre que fuera pronto.

Una vez que quedó claro que no iba a decir nada, Mercer se aclaró la garganta. —Muy bien. Antes de comenzar quiero invitarla a que se quede con nosotros en la mansión Mercer una vez que la saquemos de esta celda de detención. Creo que la encontrará muy superior al otro alojamiento en el que se quedaría.

—¿No voy a quedarme aquí? —dije antes de poder detenerme.

Mercer bajó la mirada hacia su afilada nariz y el costado de su labios se curvó hacía arriba como si estuviera complacido de haberme hecho hablar. —No, no, esta es simplemente un área de detención y preparación. Será liberada una vez que hayamos terminado.

—¿Terminado con qué? —pregunté, pero mientras hablaba noté que Hannah buscaba algo dentro de la bolsa de implementos médicos que había traído—. Me siento bien —agregué apresuradamente—. No necesito nada.

—Esto no es para tu beneficio —dijo con frialdad, y cuando se enderezó, sostenía una jeringa y un extraño instrumento que lucía como la punta de un cuchillo unida a una lapicera—. Quédate quieta.

Su mano enguantada recorrió mi nuca y yo me puse de pie de un salto y me precipité hacia un rincón de la celda. —No me toque —dije con voz entrecortada, pero ya era demasiado tarde. Sus ojos azules se ensancharon una fracción de segundo, pero aunque ella rápidamente suprimió todo rastro de sorpresa de la expresión de su rostro, yo sabía que había palpado las tres crestas en mi nuca, a diferencia del VII que Lila debería haber tenido.

Ella sabía que estaba enmascarada. Sabía también que no era una verdadera Hart. Abracé mi cuerpo mientras esperaba que ella se lo contara todo a su esposo, pero en lugar de eso, como si nada hubiera sucedido, se puso de pie lentamente y cruzó la celda hasta llegar junto a mí.

—No voy a lastimarte, te lo aseguro —dijo, ubicando su mano en un sitio blando entre mis omóplatos, en el mismo lugar donde la bota de Daxton casi había aplastado mi columna. Sus dedos frotaron nuevamente mi nuca debajo de mi cabello, pero más lentamente esta vez. Nuestros ojos se encontraron, y durante algunos infinitos segundos ella buscó los míos. Le sostuve la mirada en silencio desafiándola a hablar. Pero ella no dijo nada.

Finalmente me llevó hasta el catre y recogió mi cabello con un broche. Resistirme no iba a hacerme ningún bien; estaba tan cerca que podía apoderarme de su pistola y dispararle, pero el recuerdo de lo que había sucedido con Augusta aún estaba fresco en mi memoria y no pude obligarme a hacerlo de nuevo, aun cuando eso significara conseguir la muerte rápida que estaba deseando. Si no podía hacer esto—la única cosa que podría salvarme de morir sola en el bosque, cazada por el loco que

dirigía el país—entonces en ese momento decidí que haría una última cosa con el tiempo que me quedaba: descubrir por qué ella estaba ocultándole mi secreto a Mercer.

El pinchazo en el centro de mi tatuaje no fue nada comparado con la manera en que Daxton me había apuñalado con su aguja, cerré los ojos mientras el líquido que me inyectaba quemaba bajo mi piel hasta que mi nuca quedó adormecida.

—¿Qué está hac...? —comencé a preguntar, pero antes de que pudiera terminar, Hannah desabrochó mi collar y se lo dio a Mercer—. ¡Ey, eso es mío!

—Usar algo como eso aquí podría hacer que te maten —dijo mientras él se embolsaba mi ganzúa—. Te estoy haciendo un favor. Deja de moverte.

Apreté los dientes. —Me *va* a devolver eso —dije, pero ambos, Hannah y Mercer, me ignoraron. Abrí la boca para protestar nuevamente, pero algo presionó sobre mi piel entumecida y las palabras quedaron atrapadas en mi garganta mientras un fluido cálido bajaba por mi cuello.

Sangre.

Instintivamente me llevé la mano hacia atrás, pero Hannah aferró mi muñeca con puño de acero. —Aún no he terminado.

Liberé mi mano de un tirón. —¿Qué me está haciendo?

—Quitándote tu rango —dijo. Un nauseabundo olor a quemado llenó el aire y finalmente Hannah se levantó del catre—. Listo.

Mis dedos temblaron mientras frotaba mi nuca. Las tres crestas todavía estaban allí, pero dos cortes diagonales de piel rugosa los atravesaban formando una X justo en el lugar donde se encontraba el tatuaje de mi VII.

Tragué para liberar la piedra que se había formado en mi garganta. No me importaba qué rango tenía ahora; a la muerte no le interesaba si era rango III o VII. O rango X. Pero la pérdida de ese VII se sintió más real que la celda o el áspero catre en el que estaba sentada, e incluso que el concreto frío bajo mis pies. Ese VII me había

dado la oportunidad de ser alguien, de hacer una diferencia en el mundo, mucho más de lo que podría si fuera un III. Me había dado un propósito, y ahora lo único que tenía para mostrar era una cicatriz en forma de X y una vida que perdía valor con cada segundo que pasaba.

La desesperación que había estado conteniendo se abrió paso a través de mí y parpadeé rápidamente para contener las lágrimas. No permitiría que los Mercer me vieran llorar, no por algo tan estúpido. Pero no era algo estúpido para mí... significaba la muerte de cualquier esperanza que pudiera haber tenido. Era el aplastante dolor de la realidad instalándose en mi interior. Esta vez no estaría Benjy o Celia o Knox para salvarme. Eso era todo, nunca había estado más sola en toda mi vida.

—Ponte esta ropa y te llevaré a la mansión —dijo Hannah, arrojando en mi regazo una bolsa de plástico con un conjunto de ropa: Una camisa, ropa interior, corpiño y un mono, todos del mismo repulsivo rojo sangre.

—No voy a ir a la mansión —murmuré lentamente mientras sacaba la ropa de la bolsa. El rojo nunca había sido mi color favorito.

Hannah comenzó a decir algo, pero Mercer la interrumpió. —Lo harás. —Su voz, aunque amable, estaba cargada de autoridad—. Confía en mí, con tu nombre y antiguo rango, lo último que querrás es tener que relacionarte con el resto de los reclusos.

—No me importa —dije. Había sido una persona sin nada especial la mayor parte de mi vida. Ahora que mi VII había desaparecido, no tenía ningún sentido seguir fingiendo que era Lila—. No voy a quedarme con ustedes.

La frente de Mercer se arrugó formando un gran pliegue entre sus cejas. —No lo entiendes, las personas allá fuera no son civilizadas como tú o como yo. Ellos son...

—Si quiere permanecer junto a los otros criminales dejémosla —dijo Hannah—. Si sobrevive a la noche, estará golpeando a nuestra puerta cuando amanezca.

Los labios de Mercer se estrecharon y sus ojos me observaron con preocupación, pero no pude hacer acopio de la energía suficiente como para que me importara. —Muy bien. Llévala con Scotia... ella la cuidará.

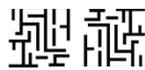
La expresión de Hannah se ensombreció, pero asintió brevemente. —Cámbiate —ordenó—. Volveré por ti en cinco minutos.

El tono premonitorio de su voz casi me hizo cambiar de opinión. No importaba cuánto los odiara, quizá quedarme con los Mercer fuera la opción más inteligente.

Ellos nos son civilizados como tú o como yo. La voz de Mercer resonó en mi mente y mi resolución se fortaleció.

Ellos eran humanos. Ellos no eran inferiores a los Mercer, a los Hart o a los Ministros de la Unión. Ellos probablemente pasaban el tiempo en este lugar tratando de sobrevivir a un mundo que los había dejado de lado en cuánto ganaron algo inferior a un IV. No todos aquí serían un III o algo inferior, pero ¿qué leyes necesitaba romper un IV o superior? El sistema estaba diseñado para proveer todas sus necesidades, mientras que los II o los III tenían que luchar para sobrevivir.

Hannah y Mercer salieron de la habitación cerrando la puerta de metal detrás de ellos. Inhalé profundamente de manera temblorosa y toqué la cicatriz en forma de X. Sin importar qué rango hubieran tenido los habitantes de la sección X en el pasado, ahora éramos todos iguales.



La servilleta que Benjy me había dado todavía estaba en mi bolsillo.

El descubrimiento casi me hizo perder el control nuevamente y fue sólo gracias a un supremo acto de voluntad que logré cambiarme de ropa sin llorar. Coloqué la servilleta nuevamente en mi bolsillo, doblándola cuidadosamente por las mismas

líneas y ese pequeño bultito fue suficiente para hacerme sentir que no estaba completamente sola.

Tal como había prometido, Hannah vino a recogerme cinco minutos más tarde y me condujo al área fuera de la celda. Mi calabozo no se encontraba en el laberinto de cemento que había esperado. En su lugar, el pequeño corredor afuera de mi puerta conducía a otro corredor mucho más amplio e iluminado. Caminé con dificultad detrás de Hannah, con la cabeza gacha, tratando de memorizar el camino que tomaba.

—Este edificio es el área de detención —dijo mientras dábamos la vuelta por una esquina muy cerrada—. Todos los ciudadanos de Otro-Sitio son procesados aquí, y si decides que no quieres respetar las reglas, aquí es donde terminas por el tiempo que nosotros juzguemos conveniente.

—¿Cuáles son las reglas? —pregunté mientras atravesábamos un pequeño vestíbulo repleto de puertas sin descripción.

No había adornos ni ostentación en este lugar; era exactamente lo que necesitaba ser y nada más. Incluso nuestro grupo de viviendas funcionales en las Cumbres tenían más alma.

—Haz lo que te ordenen —dijo Hannah brevemente—. No hagas enojar a los guardias. Y hagas lo que hagas, no trates de escapar. Nunca nadie lo ha logrado y nunca nadie lo logrará. Sé respetuosa, sé obediente y quizá llegues a vivir más de lo que esperas.

—¿Y si no estoy interesada en una larga expectativa de vida? —pregunté antes de poder contenerme. Hannah clavó los ojos en mí, y su mano se movió hacia el arma que colgaba de su cadera.

—Entonces estoy segura de que encontraré una manera de darte lo que quieres rápidamente. Por aquí.

Pasó su muñeca por encima de un sensor en la pared y una pesada puerta de metal se deslizó revelando una explosión de luz solar. Pestañecé, pero no me atreví a

proteger mis ojos. Estábamos en un patio cubierto de nieve, había dos guardias a cada lado de la puerta de metal, llevaban rifles y permanecían alerta. En cuanto mis ojos se ajustaron, miré a mi alrededor, analizando la sección X de Otro-Sitio.

No era el decadente conjunto de estrechas celdas y calabozos que esperé que fuera. En su lugar, lucía más como una pequeña ciudad cuyo camino principal la atravesaba perdiéndose hasta donde mis ojos alcanzaban a ver.

Los edificios grises estaban agrupados, pero a diferencia de la sensación de aglomeración de las Cumbres, cada pulgada de este sitio parecía cumplir un propósito.

A la distancia una alambrada de tela metálica de altura imposible se elevaba por encima de los techos inclinados, y visualicé más guardias uniformados en una pasarela elevada que rodeaba el perímetro, con pistolas en mano.

Cada medio bloque o algo así, una calle pequeña atravesaba la principal, y ubiqué varios hombres que vestían monos naranjas y caminaban cargando unas cajas metálicas. Detrás de ellos, un grupo de mujeres vestidas con monos rojos, como el mío, formaban una fila en la puerta de un edificio, cada una vestía una abultada chaqueta color caqui que no se parecía a nada que alguna vez hubiera engalanado el guardarropa de Lila Hart. Sin embargo, ninguna parecía tener frío.

Había guardias apostados en la entrada de cada edificio gris y ninguno de ellos nos dedicó una mirada mientras Hannah me conducía por la calle. A pesar de que había treinta centímetros de nieve, alguien había limpiado el camino y los pedazos de sal crujían bajo mis botas. Los hombres de naranja se dirigieron hacia nosotros, pero en lugar de pasar a nuestro lado, cruzaron al otro lado de la calle, dándonos a Hannah y a mí más espacio del que necesitábamos.

—¿Esos hombres son prisioneros? —pregunté.

—Preferimos el término *ciudadanos* —respondió Hannah con la mano aún sobre su pistola—. Pero sí, ellos nacieron en Otro-Sitio o fueron arrestados y enviados a nosotros. Todos cumplen una función aquí y si eliges cooperar puedes llevar una vida decente. No es una situación tan desesperada como piensas.

Mi única experiencia con Otro-Sitio había sido un bosque donde Daxton había cazado personas por deporte, no una villa donde la gente vivía y trabajaba como hacían en la sociedad. —¿Así que si te metes en problemas entonces es cuando los VI y los VII te dan caza?

Hannah arqueó una ceja tan alto que desapareció debajo de su sombrero. — Algunas personas han demostrado que no pueden encajar en la sociedad, incluso en una tan reglamentada como la nuestra. Sin embargo, hacemos todos los esfuerzos posibles para darle a cada uno de nuestros ciudadanos una oportunidad de rehabilitarse. Más allá de lo que puedas pensar de nosotros, Lila, no somos bárbaros.

Me mordí la lengua para no darle una respuesta irónica. Por lo que había visto, cualquiera que permitiera que los seres humanos fueran cazados como animales salvajes había perdido su oportunidad de ser llamado civilizado.

Me condujo a través de la nieve y la sal con paso apresurado, y casi tuve que trotar para mantenerme a su lado. Las calles formaban una cuadrícula, fácil de memorizar e imposible de distinguir con los mismos edificios grises una y otra vez. Sólo dos edificios se diferenciaban del resto. Un amenazador edificio de tres pisos hacia el centro de la sección a unos pocos metros del centro de detención que habíamos dejado, y una distante y prístina mansión blanca, cerca de una de las esquinas.

—La mansión Mercer —dijo Hannah señalando hacia la propiedad—. Deberías cambiar de opinión sobre vivir con la población general, mi esposo insiste en que serías bienvenida a vivir con nosotros.

—Pero prefiero no hacerlo.

—No me importa lo que hagas mientras te comportes.

Me moría por preguntarle porque no le había dicho a su esposo de inmediato que yo estaba enmascarada, pero las palabras murieron en mi boca. Yo no conocía el valor de mi secreto aquí y el pensamiento de confiárselo a ella hacía que mis entrañas

se revolvieran. No tenía elección, así que mientras tanto, no le daría a ella motivo para tener que usarlo en mi contra.

Me condujo por otra calle más, hasta que finalmente nos detuvimos frente a un edificio de dos pisos con el número 23 pintado a un lado de la puerta. No había ventanas, sólo interminable piedra gris, Hannah abrió la puerta con delicadeza, como si tuviera miedo que estuviera infectada con una bacteria carnívora.

—Tu nuevo hogar—dijo con un resoplido—. Las otras chicas te ayudarán a encontrar una litera. Una vez que estés instalada, pregunta por Isabel Scotia. Ella te buscará un equipo de bienvenida, que proveerá tus necesidades básicas. Si quieres algo más, tendrás que ganártelo.

No tenía necesidad de conocer qué era lo que los Mercer consideraban como necesidad básica y qué no. A este paso tendría suerte si me daban un cepillo de dientes.

—Si cambias de opinión ya sabes dónde se encuentra la mansión —dijo, pero una vez más, el tono de su voz dejó perfectamente claro que si era inteligente me mantendría lo más lejos de su hogar como fuera posible.

Entré en la barraca con la certeza de que cualquier cosa que me esperara ahí dentro era infinitamente mejor que quedarme allí en el creciente silencio incómodo con Hannah. Ella dejó que la puerta se cerrara tras mi espalda y el sonido de la madera golpeando contra el metal me hizo saltar.

A mis ojos les tomó un momento ajustarse a la penumbra. Al igual que las calles de la sección X, todo aquí dentro era gris. Dos hileras de literas cubiertas con frazadas grises estaban alineadas una al lado de la otra, dejando libre un estrecho pasillo en el centro de la habitación. A primera vista parecía como si no hubiera ningún espacio entre las camas, pero a medida que me acercaba noté que estaban separadas por unos pocos centímetros. Si quería meterme en una, debía trepar desde el pie de la cama.

Al otro lado de la puerta, había una habitación ligeramente más grande que la celda de detención, pero tenía cierto aspecto de privacidad. Más allá había otra puerta

y aunque apenas había abierta una rendija, vislumbré cuadrados grises. Un baño. Al menos no tendría que salir al frío exterior para orinar.

La luz del sol inundó la barraca nuevamente y detrás de mí una voz dijo lentamente: —Mira lo que tenemos aquí.

Me di vuelta enseguida. Paradas en el umbral y bloqueando mi única salida, había un grupo de cuatro chicas, cada una de ellas vestía el mismo mono rojo. Parecían tener mi edad; 17 o 18 años a lo sumo, pero parecían rudas de un modo en que sólo los II o II en las partes más duras de D.C. lo eran. Su piel mostraba signos de envejecimiento por estar bajo el sol todo el día, y sus miradas eran duras y vacías de esperanza. Todo lo que veía era un brillo malévolo, y la chica de cabello negro que estaba al frente del grupo... aquella que había hablado, dio un paso al frente.

—Mercer nos dijo que esperaríamos a una huésped muy *especial* —dijo con un acento que no pude reconocer—. Nunca mencionó que fueras una Hart.

Las chicas se movieron hacia mí rodeándome en el umbral. Al crecer en una casa hogar, había tenido que lidiar con muchas chicas territoriales, pero al tenerlas a todas mirándome como si fuera su boleto de regreso a su hogar, estuve segura de que no iba a ser una pelea justa.

—*Era* una Hart —dije con voz calmada—. Ya no lo soy.

La cabecilla sonrió con suficiencia mostrando su diente frontal astillado. —No, ya no lo eres —convino conmigo y sin advertencia su puño voló hasta conectarse con mi mandíbula—. Bienvenida a Otro-Sitio, perra.

VI

SCOTIA

Traducido por Beneath Mist

Las cuatro chicas cayeron sobre mí, lanzando puñetazos, arañando y pellizcando cada centímetro cuadrado de mí que pudieron encontrar. Mientras descendía, mi cabeza golpeó con el umbral de la puerta con un sonoro crac, y por una fracción de segundo, todo se volvió blanco.

Yacía ahí, inmóvil, cuando la líder me sacó el aire de los pulmones de un golpe, y me dejó respirando con dificultad. No me defendí. No serviría, y además, quizá esas chicas harían lo que Daxton y Knox y los Mercer se habían negado a hacer, quizá me matarían, y todo esto terminaría. A pesar del dolor, el alivio me inundó. No era la forma más fácil de marcharme, pero al menos me iría.

De repente, un grito resonó en la habitación, y la líder chilló. Voló hacia atrás, y rápidamente, las otras tres se unieron a ella al otro lado de la puerta, cada una de ellas maldijo en señal de protesta. Una chica se sostenía el lado izquierdo de la cara, e incluso con mi visión borrosa, pude ver la marca roja con la forma de la huella de una bota impresa en su mejilla.

—¿Cuántas veces tengo que decirles que no peleen en mi barraca? —rugió una nueva voz. Miré hacia arriba. Frente a mí había una mujer alta y delgada con la piel oscura y el cabello lacio recogido en una coleta. Fulminó a las chicas con una mirada que habría hecho al mismísimo Daxton orinarse encima—. Ya estás en periodo de prueba, Maya. ¿Quieres también la jaula?

—No quiero otra soplona deambulando por aquí —escupió la líder, Maya, aunque había un deje de miedo en su voz—. Ya tenemos suficientes cosas de las que preocuparnos sin una Hart mandándonos.

—No parece que vaya a mandar sobre nadie por ahora. —La mujer se inclinó sobre mí. Nuestros ojos se cruzaron, y vi un brillo de furia que me hizo desear que Maya y sus amigas me hubieran dejado fuera de combate—. Levántate.

Mi cabeza martilleaba, y mis pulmones aún luchaban por inhalar oxígeno, pero me senté, temblorosa. La barraca daba vueltas a mi alrededor, y apreté los dientes, odiándome por mostrar cualquier signo de debilidad. ¿Pero qué era lo peor que podían hacerme? ¿Matarme?

—Escucha, perra —dijo Maya, y se acercó un paso, amenazante—. Estás muerta. Tú corazón puede pensar que todavía está latiendo, pero pronto te darás cuenta de lo que hacemos en este lugar con las soplonas.

—Y tú estás a punto de averiguar lo que le hago a las perras que no me escuchan —dijo la mujer detrás de mí con una voz peligrosamente tranquila—. Vete de aquí, Maya, antes de que cambie de opinión sobre ti.

Esperé que Maya protestara o la retara, cualquier cosa excepto alejarse. Pero eso fue exactamente lo que hizo, maldiciendo y escupiendo para sí mientras sus amigas la seguían. Una vez se hubieron ido, cerré los ojos y dejé que mi palpitante cabeza reposara hacia delante.

—Deberías haber dejado que me mataran —murmuré.

—No te preocupes, estarás muerta pronto. —Me agarró los brazos y me puso en pie con una fuerza imposible. Me tambaleé, pero ella no me soltó hasta que estuve firme—. ¿Siempre eres tan buena haciendo amigos?

—No creo que les guste mi cara —dije, mirándola. Era cerca de veinte centímetros más alta que yo, y las mangas de su mono rojo estaban atadas en su cintura, revelando la camiseta negra sin mangas de debajo. Los tatuajes decoraban sus

brazos desnudos, que eran fibrosos y más musculosos que los de la mayoría de los escuderos, y una sola mirada de sus ojos podría reducir a lágrimas a un hombre adulto. No era de extrañar que esas chicas salieran corriendo.

—Te darás cuenta que la mayoría de la gente aquí tiene problemas con los Hart —dijo, devolviéndome la mirada—. No aceptes ningún supuesto “privilegio especial”. No comas nada que te den. Si alguien te dice que hagas algo que no suena bien, consúltame a mí primero. Todo el mundo aquí está interesado en una sola cosa, en una única cosa, y es proteger su propio cuello, lo que siempre significa arrojar a alguien más a la línea de fuego. Soy la única amiga real que jamás harás en este lugar, así que hazte a ti misma un favor y no me toques las narices. ¿Entendido?

Asentí con la cabeza, aturdida, y los bordes de mi visión empezaron a oscurecerse. —Necesito sentarme.

—Tu litera está ahí. —Señaló la litera inferior más cercana a la puerta. Al menos no tendría que trepar por el pie de la cama como todo el mundo—. Estoy en esta habitación de aquí. Si alguien te molesta, vienes a buscarme, ¿entendido?

Me acomodé sobre el delgado colchón. Éste chirrió debajo de mí, y cuando tiré de la manta hacia un lado, me fijé en una extraña mancha marrón que lucía como si alguien sólo se hubiera molestado en limpiar a medias. Perfecto. —No soy una soplona.

—Eres una Hart. Eso es infinitamente peor. —Cruzó los brazos—. Descansa un poco. Si sientes algo roto, te llevaré a la enfermería más tarde.

Hablaba con sequedad, sin una pizca de cualquier clase de preocupación real por mí. No es que yo esperara importarle. La única persona que lo había hecho alguna vez estaba muerta. —Estoy bien. ¿Eres Isabel Scotia?

—Sólo Scotia —dijo—. Llámame Isabel, y te pondré otro ojo morado. La cena es en un par de horas, y no me importa lo enferma que te encuentres, lo último que quieres hacer aquí es perderte voluntariamente una comida.

Tras decir eso, giró sobre sus talones y desapareció en la diminuta habitación al otro lado de mi litera, y cerró la cortina a su espalda. Respiré profundamente, haciendo una mueca cuando mis costillas protestaron, y dejé salir el aire lentamente. Así que esto era, entonces. Esto era el resto de mi vida. Dormir en un colchón manchado frente a una mujer que parecía que disfrutaría haciéndome pedazos, mientras que todas las personas que conocía querían ver mi cabeza en una estaca.

Tragué el nudo de mi garganta y cerré los ojos. Nada mejoraría cuando despertara, pero quizá tendría suerte y Maya volvería, y no tendría que despertarme en absoluto.

Mientras descansaba, mi cabeza se llenó de sueños de Benjy. Pude ver su sonrisa, sentir sus dedos entrelazados con los míos, y el olor de su jabón flotando hacia mí, trasladándome a los momentos más felices de mi vida.

Unos momentos que no volvería a ver. Con su nombre en los labios, abrí los ojos, y un par de ojos marrones me devolvieron la mirada.

—Está despierta —susurró una chica de cabello oscuro y pecas, y detrás de ella, varias chicas más susurraron emocionadas. Parpadeé y me senté, frotándome los ojos para despejarme.

Más de una docena de chicas rodeaban mi litera, cada una de ellas me miraba directamente. Algunas parecían de mi edad; otras unos cuantos años mayores, pero ninguna tenía más de veinticinco. Muchas tenían una mirada endurecida, la misma que Maya y sus amigas tenían, las cuales estaban obviamente ausentes. Pero las chicas que rodeaban la cama me miraban con curiosidad en lugar de con malicia, como si fuera alguna clase de animal de zoológico en exhibición y no un miembro de la familia que probablemente era responsable de que estuvieran donde estaban ahora.

Era preferible a que estuvieran intentando cortarme la garganta. Probablemente. Pero aun así, era desconcertante.

Cuando me incorporé, muchas de ellas se dispersaron, pero unas pocas valientes se quedaron, compitiendo por una mejor posición. La chica que estaba más

cerca de mí, la que tenía los grandes ojos marrones, se inclinó hasta que pude ver el verde que rodeaba sus iris.

—Eres Lila Hart —dijo—. Yo soy Noelle. ¿Acabas de llegar aquí?

Asentí, mirando a las otras con recelo. No importaba lo amable que alguien pareciera, no podía olvidar que esto era un juego de supervivencia, y yo estaba en último lugar. —¿Van a matarme?

—¿Matarte? —preguntó Noelle—. ¿Por qué querríamos matarte? Tú puedes ayudarnos.

Fruncí el ceño. —¿Ayudarlas?

Las chicas restantes comenzaron a hablar todas a la vez, sus voces se mezclaron en mi mente confusa hasta que no pude distinguir una de otra.

—...perdón...

—...por supuesto que me tendieron una trampa, ¿cómo podría haber...?

—...quiero irme a casa...

—Suficiente —espetó una voz afilada que se erigió por encima del resto. Scotia estaba de pie tras ellas en el umbral de su puerta, con los brazos cruzados y expresión pétrea—. ¿Ven su traje? ¿De qué color es?

—¿Rojo? —dijo una de las chicas.

—Muy bien, Chelsea. ¿Y qué te dice eso?

Noelle intervino, con sus ojos marrones aún fijos en los míos. —Ahora es una de nosotras. No puede conseguir que nos perdonen a ninguna, si fuera así, habría conseguido que la perdonaran a ella, y no estaría aquí.

—Miren eso —dijo Scotia—. Una de ustedes todavía tiene cerebro.

Con la repentina revelación de que yo no era su boleto dorado para salir de aquí, las chicas gruñeron y se dispersaron, dejándome sola. Excepto Noelle.

Ahora que no tenía ninguna competencia, se sentó en el borde del colchón, sin apartar su mirada de la mía. —¿Por qué estás aquí?

—¿No tienes que estar en alguna parte, Noelle? —preguntó Scotia, que todavía estaba en el marco de la puerta. Noelle se encogió de hombros.

—Probablemente, pero estoy feliz aquí.

Scotia me miró, interrogante, y yo también me encogí de hombros. Noelle parecía inofensiva, aunque la manera en la que me miraba me hacía sentir que estaba siendo probada. Ya había tenido mi cantidad justa de pruebas a lo largo de mi vida, muchas gracias. No necesitaba otra al final.

—Bien —dijo Scotia—. Asegúrate de que cene. Y nada de vagabundear.

Desapareció en su habitación separada, y Noelle se inclinó más hacia mí. —Así que ¿por qué estás aquí? —repitió en voz baja, como si temiera que alguien pudiera escucharnos. Todo el mundo a nuestro alrededor parecía estar haciendo sus cosas, pero por lo cerca que estaban las literas, no había privacidad en este lugar. Y las chicas que estaban lo suficientemente cerca para escuchar tenían la cabeza inclinada hacia nosotras, mientras permanecían curiosamente en silencio.

—Molesté a la gente equivocada —contesté rápidamente—. Supongo que tú también.

—¿Yo? —Los ojos de Noelle se abrieron mucho—. Oh, no, yo era una Extra. Mis padres ya tenían un bebé, y no pudieron pagar las multas por mí, así que aquí estoy. Eso es lo que nos pasa a la mayoría, ya sabes.

—Sé lo que les pasa a los Extras —dije, pero en realidad, nunca había pensado demasiado acerca de cómo sería mi vida si mis padres no hubieran podido pagar la multa para mantenerme lejos de Otro-Sitio.

Antes, cuando pensaba que este lugar era una especie de paraíso donde enviaban a aquellos en las ciudades superpobladas, no había nada malicioso en ello, sólo misterioso. Pero ahora que sabía lo que era Otro-Sitio... ¿De verdad los Hart se preocupaban tan poco por su propia gente?

Antes de morir, Augusta me había sermoneado sobre por qué las cosas eran como eran. La sobrepoblación, la escasez de recursos para alimentar y albergar a todo el mundo... pero ahora que estaba aquí, ahora que sabía lo que era Otro-Sitio, no me parecía una justificación. Parecía una excusa.

—Entonces... ¿qué? ¿Nunca has estado fuera de Otro-Sitio? —pregunté, haciendo una mueca al moverme. Mis costillas estaban definitivamente magulladas, pero no sentía nada roto. Noelle me ayudó a levantarme, y murmuré unas palabras de agradecimiento.

—Nunca —dijo—. Siempre he querido, ya sabes. He escuchado a las otras chicas hablar de cosas como ciudades y playas, y parece *mágico*. No sé por qué alguien se portaría mal y se arriesgaría a acabar aquí para empezar.

Abrí la boca para decirle cómo el gobierno privaba de comida a los II, dándoles apenas suficiente para comer; cómo los escuderos patrullaban las calles, buscando incluso las infracciones más inocentes. Cómo les pagaban por infracción que reportaran, y algunas veces, si era un día particularmente malo, nos disparaban o arrestaban sólo porque no les gustaba la forma en la que los mirábamos. Pero la mirada anhelante en el rostro de Noelle hizo que las palabras murieran en mis labios. Dejé que tuviera su fantasía. No ganaría nada arruinándosela.

Además, comparado con este lugar, quizá el mundo real *era* una tierra mágica de fantasía llena de esperanzas, sueños y posibilidades. Al menos para gente como Noelle, que nunca había conocido nada más que los muros grises de Otro-Sitio.

—Son estúpidos —acordé, acariciando suavemente con los dedos mi ojo izquierdo. Estaba hinchado y sensible al tacto, y no quería saber cómo se veía. Era un

pequeño milagro que me reconocieran siquiera como humana ahora, y mucho menos como Lila Hart.

—Oh, tú ojo, quédate aquí —dijo Noelle, y se levantó de un salto y corrió hacia el sucio baño. Cuando el sonido del agua corriendo se filtró en la barraca, miré a las otras chicas, inquieta. La mayoría me miraban, y ya no fingían hacer cualquier otra cosa.

—Si alguien quiere acabar el trabajo, adelante —espeté. Cerca de dos docenas de chicas apartaron la mirada, y varias formaron pequeños grupos y salieron al frío del exterior, sin atreverse a mirarme siquiera al pasar por mi litera. Fruncí el ceño. ¿Qué había dicho?

No importaba. En un lugar como Otro-Sitio, había millones de formas de morir. No tardaría en encontrar una.

Cuando Noelle regresó un minuto después, la habitación se había vaciado casi por completo. Rio y presionó con suavidad el trapo helado contra mi ojo hinchado. — No eres tú, sabes. Bueno, puede, pero pareces muy agradable. No creo que tengan miedo de ti.

—¿Entonces de quién tienen miedo? —interrogué, haciendo una mueca y quitándole el trapo. El frío se sentía bien, incluso si la presión hacía que me doliera la sien.

Noelle miró hacia la habitación de Scotia y se humedeció los labios, nerviosa. —Debes tener cuidado con lo que dices por aquí y a quién molestas. A algunas personas no les importa realmente, pero otros... —Vaciló y bajó la voz, aunque estábamos prácticamente solas—. Si consigues llegar al lado bueno de los Mercer, es un buen negocio. Pero normalmente conlleva delatar a otra gente y mostrar a los guardias que eres más leal a ellos que otros ciudadanos.

—Te refieres a chivarme —dije, mirando la puerta de Scotia. No hacía falta ser un genio para sumar dos más dos. ¿Por qué Scotia tenía su propia habitación y la admiración de Mercer?

Noelle asintió, con los ojos muy abiertos. —Cada vez que hacemos algo mal, los Mercer se dan cuenta de inmediato. Así que hay que ser cuidadosas. Hay mucha gente que quiere ser un guardia algún día...

—¿Pueden hacer eso? —dije.

—Por supuesto. —Noelle parpadeó hacia mí como si acabara de preguntar si la nieve era fría—. ¿Cómo crees que conseguimos a los guardias? La mayoría nacieron Extras o fueron arrestados, y ellos se chivaron hasta acabar en la cima. Hay rumores...

Se interrumpió, pero aunque centró la mirada en sus manos, la forma en la que no cambió de tema me hizo darme cuenta de que quería que le preguntara. De modo que, suspirando en el interior, pregunté: —¿Rumores de qué?

Inmediatamente se iluminó y se acercó más. —Hay rumores de que incluso Hannah Mercer era una de nosotras —susurró, tocándose la nuca y volteando lo suficiente para que pudiera verla bien.

Una cicatriz en forma de X recorría su piel intacta. No había mentido, al ser una Extra, nunca había hecho la prueba que determinaba el valor de un ciudadano, y nunca había sido otra cosa que una X de Otro-Sitio.

—Pero si Hannah era una prisionera, ¿entonces cómo se las arregló para llegar a la cima? —dije, desconcertada. Podía creerme que alguien delatara a otros para abrirse camino para ser un guardia. ¿Pero la jefa de una sección entera?

—¿Cómo crees? —Noelle me dirigió una mirada significativa—. Ser un soplón no es la única manera de conseguir que te traten bien aquí. Está en contra de las reglas tener cualquier clase de relación con los guardias, pero si le gustas a alguien lo suficientemente importante...

Se interrumpió, y yo no necesitaba que me pintara una imagen. Hannah se había acercado a alguien importante.

—¿Quién? —pregunté, bajando la voz—. ¿Mercer?

Noelle sacudió la cabeza. —Eso es lo que todo el mundo piensa, y quizá es verdad, pero Mercer sólo fue ascendido a Jefe de Otro-Sitio cuando se casó con Hannah el año pasado. —Miró sobre su hombro de nuevo hacia la habitación de Scotia, y después se acercó tanto, que pude sentir su aliento cálido contra mi oreja—. Ya nadie habla de eso, pero cuando era pequeña, todo el mundo solía decir que Hannah tuvo una aventura con el mismísimo Primer Ministro.

Parpadeé. —¿Daxton? ¿Quieres decir que Hannah...?

—¿Ustedes dos no tienen que estar en alguna parte? —La voz de Scotia atravesó el aire, y aunque no podía verla detrás de la cortina, supe que había estado escuchando cada palabra.

Noelle enrojeció. —Ya nos íbamos. —Me agarró el brazo y me sacó de la cama, aparentemente inconsciente del hecho de que tan solo incorporarme era suficiente para hacerme gruñir de dolor, ni que decir de ponerme en pie—. Vamos. ¿Tienes hambre? Es la noche de hamburguesas con queso.

—¿Hamburguesas con queso? —Me rugió el estómago, pero el pensamiento de la carne roja sólo me hizo recordar la fiesta de cumpleaños de Lila la noche anterior. Y con esa inundación de recuerdos vino la imagen de la cara sonriente de Benjy y la imagen que me había dibujado de nuestro futuro juntos, un futuro que jamás tendríamos.

Las náuseas sustituyeron la sensación de vacío de mi estómago, y me tambaleé sobre mis pies. —No tengo hambre.

Noelle entrelazó su brazo con el mío. —Sé que es difícil estar aquí, sobre todo al principio, pero te acostumbrarás. Si no quieres comer, está bien, pero al menos deja que te enseñe los alrededores.

Empecé a decir que Hannah ya lo había hecho, pero Noelle me sacó de la barraca antes de que pudiera formar las palabras. Era extraño, cuando la vida de Benjy estaba en peligro, al ser utilizado por Augusta como moneda de cambio para asegurar mi comportamiento, imaginé cómo sería perderlo. No voluntariamente, pero había

sido imposible ignorar el océano de terror y oscuridad persistente frente a mí, despojado de toda felicidad y esperanza. Pensé que serían arenas movedizas, tal como había sido cuando su muerte me golpeó primero. Pensé que me hundiría, y que nunca habría nada más que toda esa pena abrumadora.

Pero no me había ahogado. Todavía respiraba. Todavía me movía, y no importaba lo mucho que quería que todo terminara, la vida no funcionaba así. No sin una bala o un cuello roto. Estaba flotando sobre esa pena, rozándola con la punta de los dedos de los pies, siempre consciente de que estaba debajo de mí y siempre en peligro de caer. Mientras Noelle me guiaba por la calle nevada, charlando sobre cómo era el día a día en este lugar, me concentré en cada respiración que tomaba. Dentro y fuera, dentro y fuera, hasta que sólo el crujido bajo mis botas se sintió real.

Nunca lo imaginé, pero había una vida después de Benjy. Y de alguna forma, era conveniente que todo fuera completamente nuevo y extraño, al menos ahora no tendría que mirar algo familiar y fingir que seguía siendo lo mismo.

Noelle no pareció percatarse de que la había desconectado, o quizá no le importaba. Llegamos a un gran edificio lúgubre a unos cuantos bloques del búnker y a medio kilómetro de la valla. La única diferencia entre el comedor y el resto de la improvisada ciudad era el olor que emanaba de las cocinas. Me recordó de golpe el mercado que Benjy y yo solíamos frecuentar, carne chisporroteante, pan horneado, incluso el rico aroma a café. Mi estómago dio un vuelco, dividido entre el hambre y ese nudo enfermizo de desesperación.

Nos detuvimos en una sinuosa fila con docenas de personas, y cuando fue nuestro turno de pedir, Noelle señaló un par de hamburguesas con queso envueltas en papel de aluminio. La cocinera, también vestida de rojo, y claramente otra ciudadana, las arrojó en nuestras bandejas, y continuamos por la fila de servicio, con Noelle distraídamente amontonando en mi plato: vegetales lánguidos y grises, algo amarillo que debía haber sido fruta alguna vez, y un bizcocho de chocolate que parecía tan duro como para romper una ventana. Antes de convertirme en una Hart, nunca había sido exigente con la comida, pero aparentemente me habían quitado eso también.

—¿Por qué huele tan bien y parece tan horrible? —pregunté, mientras Noelle me guiaba a través de las filas de mesas, la mayoría ocupadas por otros, vestidos con monos rojos y naranjas.

—También hacen aquí la comida de los guardias —respondió alegremente, sin parecer molesta por ello—. Algunas veces, si hacen mucha, conseguimos algo en la próxima comida. El pan de maíz es muy bueno. Sólo tienes que tener cuidado cuando lo muerdes, o podrías romperte los dientes.

Se sentó en una mesa vacía en la esquina de la habitación. Cerca, un puñado de hombres y mujeres mayores comían juntos en silencio. Sus cabellos eran grises, sus pieles curtidas por el sol, y sus cuerpos se encorvaban sobre sí mismos como si hubieran pasado toda su vida inclinados. Aparte de Augusta Hart, eran las personas más ancianas que había visto nunca.

—Deberías comer antes de que se enfríe —dijo Noelle. Ella ya había dado tres enormes bocados a su hamburguesa. De mala gana, desenvolví la mía y miré la primera hamburguesa con queso que se me había permitido en meses.

Así que este era el costo de comer carne roja, o lo que quiera que hicieran pasar por carne en Otro-Sitio. ¿Habría sido diferente la noche anterior si no hubiera discutido con Knox sobre esos hojaldres estúpidos? ¿Se habría vuelto aún en contra de Benjy cuando se enteró sobre los archivos? ¿Habría ido yo por ellos?

Di un mordisco. No sabía a carne roja, sólo meses de comer comida que odiaba evitaron que la escupiera. Mastiqué despacio, obligándome a tragarla, y después dejé el resto de mi hamburguesa con queso. Después de todo, podría volver a añadir a la lista morirme de hambre.

Noelle me dio una palmadita en la mano, comprensiva, y me tendió su bizcocho rancio. —Aquí tienes, puedes quedarte el mío.

—Gracias —murmuré, y quebré una esquina. Estaba crujiente, pero comestible, y aunque mi estómago protestó, fui capaz de mantenerlo ahí sin tener arcadas. El olor del pan recién horneado y la carne sazonada atacó mis sentidos, y comencé a respirar

por la boca. Evidentemente cocinaban las mejores comidas donde los prisioneros pudieran olerlas. ¿Por qué desperdiciar tal oportunidad para torturarlos?

Torturarnos, me recordé en silencio. Ahora yo era una de ellos.

Mis ojos se humedecieron, y mi respiración se convirtió en breves jadeos. Benjy estaba muerto. Yo estaba en Otro-Sitio. Nada volvería a ser lo mismo, y yo estaba quejándome por la comida. Me mordí el labio, luchando contra la necesidad de llorar, pero mis mejillas se enrojecieron. Rápidamente me froté los ojos. No podía quebrarme así delante de todo el mundo. No podía dejar que pensarán que era débil. Un movimiento en falso y...

—Oye —dijo Noelle en voz baja, y puso de nuevo su mano sobre la mía. Su amabilidad sólo me provocó una nueva oleada de desesperanza, y entrelacé mis dedos con los suyos y los apreté.

—Lo... lo siento... —comencé, pero hipé antes de poder decir más. Noelle me tendió una servilleta áspera, y me limpié las mejillas, encogiéndome de dolor. Todavía dolían por culpa de Maya y sus amigas.

—No, yo soy la que lo siente —dijo Noelle—. No debería haberte arrastrado a cenar si no tenías hambre. Yo sólo pensé... —Vaciló—. Yo solo pensé que si veías que no se está tan mal aquí, no estarías tan asustada. No todo está perdido.

—¿No? —rebatí, incapaz de contener la amargura en mi voz rota—. ¿Qué sentido tiene todo esto? Duermes, comes mierda, trabajas y haces lo que sea que te dicen, ¿y entonces qué? ¿Puedes volver a hacerlo todo al día siguiente? ¿Tienes la oportunidad de vivir tanto tiempo como les dé la gana? —Sacudí la cabeza. Las lágrimas fluían libremente por mis mejillas ahora, y vi que algunos nos miraban, pero ya no me importaba—. No lo entiendes. Esto es todo lo que tú conoces. Esta no es una vida real. No puedes... tener aficiones o enamorarte o tener una familia o... o todo eso. Somos esclavos. Ya no le importamos a nadie.

Noelle me miró, con los ojos muy abiertos y la cara pálida. —Yo importo —gritó—. Tú también importas. Todos somos una familia aquí; acabas de llegar, así que

aún no puedes verlo, pero lo harás. Nos amamos los unos a los otros. Cuidamos los unos de los otros. Y... y me gusta leer —añadió—. Tenemos toda una biblioteca, y te dejan sacar algunos libros si eres bueno. Y... y a alguna gente le gusta construir cosas, o dibujar, o cocinar. ¿No te gusta hacer ninguna de esas cosas?

No pude responderle ni aunque hubiera querido. Mi garganta se cerró, y luché por respirar mientras mi visión se nublaba por las lágrimas. Había terminado. Todo había terminado. No sólo había perdido a Benjy, lo había perdido todo.

Noelle se puso en pie y tomó mi mano. —Vamos —dijo de nuevo, y me empujó para ponerme en pie y me arrastró fuera del comedor. Trastabillé detrás de ella, luchando para reponerme, pero las arenas movedizas ahora me tenían, y no sabía cómo iba a encontrar la superficie.

El aire frío golpeó mis pulmones como un puño en el estómago, y me quedé sin aliento, doblándome en mitad de la calle y teniendo arcadas. Sólo salió el bocado de hamburguesa a medio digerir y el bizcocho, pero mi estómago lo intentó, una y otra y otra vez, hasta que me convertí en un desastre sollozante.

Noelle hizo círculos alrededor de mis hombros y me apartó el cabello con pericia, como si lo hubiera hecho miles de veces antes. No pude soportar pensar en cuántas chicas habían venido antes que yo, cuántas habían confiado en su experiencia en este lugar antes de adaptarse a sus nuevas vidas. Si habían llegado a adaptarse siquiera.

—Tengo una idea —dijo una vez me hube enderezado. Mis rodillas se sentían débiles, y de repente el frío cortaba a través de mi mono, haciéndome dolorosamente consciente del hecho de que había olvidado mi abrigo—. Puedo confiar en ti, Lila, ¿verdad?

Había un tono extraño en su voz, una interrogante bajo sus palabras que no pude entender del todo. La confianza parecía un concepto tan extraño en este lugar, que por un largo rato la miré, preguntándome si yo era una incógnita para ella como ella lo era para mí.

O quizá, a pesar de crecer en Otro-Sitio, conocía mi cara. Quizá ella, como tantas otras, pensaba que conocían a Lila Hart porque habían pasado sus vidas leyendo historias de sus hazañas y escuchado su nombre unido a los rumores que daban por hecho. Incluso aquí, en el infierno, no podía escapar de Lila. Hannah sabía que yo había sido enmascarada, y debido a eso, la verdad estaba destinada a salir a la luz al final. Pero hasta que lo hiciera, si ser Lila todavía me daba ventaja, si hacía que Scotia quisiera protegerme, Mercer quisiera escudarme de lo peor que este lugar tenía que ofrecer, y si hacía que Noelle me confiara sus secretos, entonces era una idiotez no seguirles la corriente.

—Puedes confiar en mí —respondí, con voz áspera.

Noelle sonrió y tomó mi mano temblorosa. —Entonces vamos —dijo—. No tenemos mucho tiempo.

VII

PELEA

Traducido por Jane

Noelle me condujo a través de un laberinto de calles y callejones, alrededor de edificios grises que se mezclaban juntos y parecían convertirse en uno, mientras el atardecer empezaba a caer. Su agarre en mi muñeca era doloroso, pero no protesté, y ella no se molestó en soltarme.

Nos acercamos a un lugar en la valla de alambre entre dos torres de vigilancia, y mi corazón empezó a correr. Del otro lado se encontraba otro conjunto de edificios grises idénticos al nuestro, con sólo la valla para marcar el límite entre ellos. Sin embargo, antes de llegar a esta, me empujó contra una pared, oculta en las sombras del sol poniente. Nos agachamos, y tomó mis manos congeladas entre las suyas, frotándolas para calentarlas.

—Me crie en ese lado de la valla —dijo, señalando más allá de la frontera—. Pensé que iba a vivir allí para siempre. Eso es lo que suele ocurrir, una vez que se te asigna una sección, nunca cambia. Esa es la sección J —agregó—. La mayoría de las secciones están separadas por lo que haces. Hay algunas de ellas... M y P son las peores, son para los criminales violentos. La sección J está diseñada para los Extras. Hay una guardería para los bebés, e incluso hay una escuela a la que tenemos que ir por un par de años antes de empezar a trabajar.

Sonrió mientras hablaba, su expresión se iluminó como si estuviera hablando de una especie de cuento de hadas. Pero los momentos más felices de su vida habían

pasado dentro de esa valla metálica, entre edificios grises y personas que nunca sabrían cómo era el mundo real. Tal vez para los Extras crecidos aquí, era un cuento de hadas.

Tal vez su ignorancia de las posibilidades que se encontraban más allá les daba la oportunidad de ser felices.

—¿Para qué es la sección X? —dije densamente, forzando mi lengua pesada a formar las palabras.

—Casos especiales cuidadosamente escogidos por los Mercer —dijo Noelle—. Sobre los que quieren mantener una estrecha vigilancia. Podría ser por cualquier motivo; algunos de nosotros nos convertimos en guardias, y algunos de nosotros... —vaciló— La rotación es muy rápida. La mayoría de la gente no está aquí por más de unos pocos años.

—¿Qué pasa con...? —comencé, pero antes de que pudiera terminar, Noelle levantó la mano, y me quedé en silencio. Cerca del borde de la valla, una silueta de un hombre apareció. Me agaché, haciéndome lo más pequeña posible en la oscuridad. Algo largo y delgado descansaba sobre su hombro, y cuando pasó por una luz, pude ver el cañón de un rifle.

En lugar de acurrucarse en las sombras conmigo, Noelle se puso de pie, una sonrisa alegre en su rostro. Se dirigió hacia la valla, sin esperar, y cuando traté de hacer un último esfuerzo para agarrar su tobillo, lo único que alcancé fue el aire.

—¡Noelle! —susurré—. ¡Es un guardia!

Ella tampoco me oyó o no le importó. Se detuvo a unos metros de la valla, mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie observaba, y luego se acercó a saludarlo.

Esperaba que el guardia advirtiera su salida, o peor, apuntara su rifle hacia ella y disparara, pero en cambio, su postura rígida se relajó, e incluso desde varios metros de distancia, pude ver una sonrisa tonta extenderse por su cara.

Los dedos de ambos se deslizaron a través del cable, entrelazando unos con otros, y a pesar de la valla que se interponía entre ellos, agachó la cabeza para besarla entre los cables. Contuve la respiración. Sólo una hora antes, Noelle me había dicho cómo una relación entre un preso y un guardia estaba en contra de las reglas y romper las reglas en un lugar como Otro-Sitio significaba la muerte. Sin embargo, allí estaba ella, besándolo en frente de mí, a la vista de cualquier persona que pudiera mirar en su dirección. Por fin se separaron, y Noelle me hizo señas. Me puse de pie con cautela y miré a mi alrededor, me uní a ellos sólo cuando estuve segura de que nadie miraba.

—¿Estás loca? —susurré—. Cualquiera puede verte aquí.

—Los guardias cambian turnos en este momento —dijo Noelle, todavía sonriendo—. No hay nadie en las torres.

—Y no habrá por otros diez minutos —dijo el hombre. Era sólo unos pocos centímetros más alto que yo, y de cerca, era obvio que también sólo era un par de años mayor. Todavía tenía una cara de bebé, y su cabello castaño ondulado caía en sus ojos a pesar del sombrero que llevaba, pero me miraba con recelo—. Noelle, ¿estás segura...?

—No voy a delatarlos —dije antes de que pudiera terminar la frase. Verlos allí de pie, lo más cerca que podían con la valla entre ellos, retorció algo dentro de mí, y mis ojos amenazaron con humedecerse de nuevo. Así exactamente era la vida con Benjy durante los últimos tres meses, desde que yo había sido enmascarada como Lila. Lo suficientemente cerca para tocarnos, lo suficientemente cerca para besarnos, pero en realidad nunca juntos—. Soy Lila Hart.

—Sé quién eres —dijo, un toque de actitud protectora en su voz. Sus dedos se apretaron alrededor de Noelle—. Soy Elliott.

—Es mi novio —dijo Noelle, aparentemente ajena al hecho de que él no confiaba en mí casi tanto como ella sí lo hacía—. Hemos estado juntos durante toda la vida.

Elliott me miró nerviosamente. —¿Juras que no eres una soplona?

—No soy estúpida —le dije—. Eres quien sostiene el arma, no yo.

—Es mi amiga —agregó Noelle como si eso lo concluyera. Él frunció los labios, acariciándole los nudillos con el pulgar.

—No *toda* la vida —dijo al fin, con los hombros caídos—. Sólo desde que teníamos diez.

Vi esto por lo que era, lo más cercano a la aprobación que iba a obtener de su parte, al menos por ahora. Sonreí ligeramente. —Eso es mucho tiempo —me las arreglé para decir, mi garganta amenazaba con cerrarse de nuevo. ¿Así habría sido mi vida con Benjy si ambos hubiéramos sido enviados aquí?

—Crecimos juntos en la sección J antes de ser promovidos —dijo Noelle, con los ojos brillantes mientras miraba hacia él—. Es mi mejor amigo.

Me di la vuelta brevemente, tragando saliva y luchando para no perder la cabeza. —¿Sí? —pregunté, mi voz rota—. Y ahora...

—Y ahora esperamos que la reubicación de Noelle sea aprobada. —Había un borde en las palabras de Elliott, como si me desafiara a retarlo—. Ha estado en la sección X durante meses. Llegará cualquiera de estos días.

—Cualquier día —dijo Noelle felizmente—. Y entonces vamos a estar juntos.

Se besaron de nuevo, y todo lo que había estado luchando por contener, amenazó con aparecer una vez más.

—Voy a... —mi voz se apagó, sin molestarme en terminar. En su lugar, me adentré de nuevo al callejón oscuro, dándoles la espalda mientras hablaban en voz baja. Lágrimas calientes corrían por mis mejillas, y tragué saliva en el aire frío, luchando por mantener la cabeza por encima de la arena movediza. No aquí. No así.

Por un horrible momento, consideré chantajear a Elliott para que usara su arma. Sería fácil amenazar con decirle a los Mercer sobre él y Noelle si no lo hacía. Si él me disparaba en la parte posterior de la cabeza, sería rápido e indoloro para ambos.

No tendría que verle apretar el gatillo, y él no tendría que mirarme a los ojos mientras lo hacía. Nadie nunca tendría que saber por qué.

Pero cuando miré por encima de mi hombro y lo vi murmurar al oído de Noelle, la idea murió dentro de mí. No podía hacerle eso, no cuando él y Noelle se encontraban tan cerca de su propia felicidad. Encontraría otra forma de morir.

Mientras tanto, no podía verlos. Metiendo mis manos entumecidas en los bolsillos de mi mono, comencé a caminar penosamente hacia el centro del complejo, con la esperanza de descubrir a alguien o algún lugar que reconociera.

No caminé más que unas pocas docenas de metros antes que una sirena se disparara, haciendo eco a lo largo de toda la sección.

—¡Lila! —gritó Noelle, y me di la vuelta. Elliott había desaparecido, y ella corría hacia mí, sus pasos hacían eco entre los edificios—. Vamos, no podemos llegar tarde.

—¿Tarde para qué? —pregunté. Ella enlazó su brazo con el mío y una vez más me arrastró por otra calle, hacia el centro de los edificios grises.

—Cuando la alarma suena, tenemos que ir —dijo. Un puñado de hombres y mujeres surgieron de los edificios cercanos, y los seguimos.

—¿Ir a dónde? —dije, pero negó con la cabeza y no respondió. Incluso más ciudadanos aparecieron, uniéndose a nosotros hasta que se formó un tumulto. Todos parecían ir en la misma dirección, pero nadie dijo una palabra sobre lo que sucedía. Incluso Noelle estaba extrañamente en silencio, con el rostro pálido y sus uñas en mi brazo.

Otra sirena sonó dos minutos más tarde, y Noelle apresuró el paso. Casi tuve que trotar para mantener su paso mientras nos perdíamos entre los demás. Un puñado de mujeres hacia el frente de nuestro grupo charlaba, y sus voces se oyeron cuando nos acercamos a ellas.

—No puede ser Darcy. Sólo se la llevaron esta mañana —dijo una mujer, su brazo alrededor de los hombros de otra.

—Sabes muy bien que no importa —dijo la segunda mujer con voz rota. Sus ojos estaban rojos e hinchados—. El mes pasado, cuando se llevaron a Mónica, estuvo en la jaula horas más tarde.

—¿La jaula? —le pregunté a Noelle—. ¿De qué están hablando?

Su boca formó una línea delgada. —Eso —dijo, señalando una estructura en forma de cúpula sobre una plataforma elevada a unos cientos metros delante de nosotros.

En medio de Washington D.C., podría haberse encontrado en un costado de la calle y ser considerado arte. Pero en un lugar tan gris y utilitario como en Otro-Sitio, todo tenía un propósito. A medida que nos acercábamos más, pude ver mejor, y una sensación de malestar se instaló en la boca de mi estómago, y de repente entendí de lo que hablaban.

Era una jaula de tamaño humano. Guardias rodeaban la base de la plataforma, cada uno con un rifle idéntico al de Elliott, y sus ceños parecían inamovibles. Noelle me agarró la mano y nos empujó hacia el frente de la multitud, y se apoyó en la barricada de metal frío que nos apartaba a unos tres metros de la jaula en sí. Busqué alguna señal de una puerta, ya fuera en la base o en la jaula que se elevaba sobre nuestras cabezas—lo que daba a cada uno en la multitud que la rodeaba, una vista perfecta de su interior—, pero no pude detectar nada.

—¿Qué está pasando? —pregunté. Noelle encontró mi mano y la apretó, juntando mis dedos fríos. Le devolví el apretón.

—Detención —dijo, con la voz quebrada. Cerré mi boca. De alguna manera dudaba que la palabra significara aquí lo mismo que en el sistema educativo de D.C.

Una tercera y última sirena sonó desde la parte superior de la jaula, e hice una mueca. La multitud se quedó en silencio, y todo el mundo a mi alrededor pareció estar conteniendo la respiración.

El chirrido de metal contra metal oxidado se hizo eco a través de la plaza, y dos figuras se levantaron de cada extremo de la jaula. La chica más cercana a mí tenía el pelo oscuro que colgaba en una trenza sucia, y fue sólo cuando miró a su alrededor que le vi la cara.

—¿Maya? —dije, aturdida. La chica que me había atacado, directamente responsable de mi ojo hinchado. Y una vez que la identifiqué, también reconocí a la otra chica en la jaula: una de sus amigas quien también me agredió—. Pero, no lo entiendo. ¿Qué está sucediendo?

—Nadie pelea en mi territorio y se sale con la suya —dijo una voz a mi lado, y salté. Scotia se puso a mi lado, y sin mirarme, colocó una pesada chaqueta sobre mis hombros—. Se te olvidó algo.

Solté la mano de Noelle, temblando mientras introducía los brazos por las mangas. La tela áspera era fría, pero era mejor que solamente el ligero mono. —¿Qué quieres decir? ¿Qué están haciendo ahí?

—Es nuestro castigo cuando nos atrapan rompiendo las reglas —dijo Noelle en voz baja, con los ojos enrojecidos mientras miraba a Maya y su amiga, que ahora se miraban una a la otra como si estuvieran esperando algo—. Sólo una saldrá con vida.

Mi cabeza se levantó de golpe. —¿Qué?

—La has oído —dijo Scotia—. Maya conocía las reglas, y pensó que podía salirse con la suya. Ahora tiene una opción, matar a Poppy, o dejar que Poppy la mate.

El horror me llenó de adentro hacia afuera, y lo poco que comí se revolvió en mi estómago. —Tienes que detener esto —le dije, mi voz se elevaba mientras miraba a Scotia—. Diles a los guardias que las dejen ir.

Scotia resopló. —Eres más tonta de lo que pareces, ¿no es así? Incluso si tuviera ese tipo de poder, esas chicas intentaron matarte. Mercer nunca las dejaría ir solo con una advertencia.

Ella asintió hacia un tejado al otro lado de la jaula. A través de las barras noté a Mercer, con las manos colocadas en una barandilla mientras miraba hacia abajo a las chicas en la jaula. Detrás de él, vi la trenza rubia de Hannah cuando se inclinó para hablar con alguien que no alcancé a ver.

—Tienen diez segundos para comenzar —bramó Mercer. Todos los rastros de amabilidad habían desaparecido de su voz, y él asintió hacia los guardias abajo.

Cada uno de ellos levantó sus rifles, pero en lugar de dirigirlos a la multitud silenciosa, apuntaron dentro de la jaula.

—Diez —comenzó Mercer—. Nueve. Ocho. Siete...

Maya comenzó a avanzar, lucía como un gato mirando a un pájaro herido, mientras Poppy se encogía contra la jaula. —Por favor —rogó—. Maya, por favor, no...

Sus súplicas fueron cortadas cuando Maya saltó y la agarró del pelo. Esperaba que el par cayera al suelo y se golpearan la una a la otra, pero en su lugar, con un rápido giro, Maya rompió el cuello de Poppy.

El cuerpo de Poppy cayó al suelo, con los ojos aún abiertos y mirándome directamente a mí. Tragué saliva, mis uñas se enterraban en mis palmas mientras mi pecho se apretaba, por lo que me era imposible respirar. Había visto la muerte más veces de las que podía contar, en las calles de las Cumbres, los terrenos de caza de Otro-Sitio, la alfombra blanca manchada de rojo por la sangre de Augusta. Pero el nauseabundo chasquido del cuello de Poppy hizo eco en mi cabeza, y todo lo que podía ver era su mirada vacía, la misma que vi en los ojos de Benjy cuando cayó sin vida al suelo.

Noelle envolvió sus cálidos brazos a mi alrededor, y al principio pensé que era porque necesitaba consuelo. Pero no fue hasta que sentí las lágrimas congelarse en mis mejillas que me di cuenta que era yo quien lloraba.

La multitud se quedó en silencio cuando un guardia entró en la jaula a través de una trampilla y sacó a rastras el cuerpo de Poppy. Maya permaneció en la jaula, y cuando otra mujer ingresó, mayor esta vez, y un grito de angustia cercano me dijo que esta debía ser Darcy, enterré mi cara en el hombro de Noelle, negándome a mirar. Maya ganó las tres peleas, mató a sus oponentes en cuestión de segundos, antes que la cuenta regresiva de Mercer comenzara.

Después del tercer encuentro, Scotia gruñó su aprobación. —Ella les dio una muerte indolora —dijo—. Bien. Creí que jugaría con su comida.

Fue sólo por un acto de voluntad suprema que me las arreglé para mantener el contenido de mi estómago donde pertenecía, y finalmente levanté la cabeza. —¿Eso es todo?

Scotia asintió. —Debe serlo. Nunca hay más de tres.

—¿Qué va a pasar con Maya ahora? —pregunté, atreviéndome a mirar la jaula. Maya estaba en el centro, con los hombros encorvados mientras respiraba pesadamente, lucía como si ella también estuviera a punto de vomitar.

—Se ha ganado otra oportunidad en la población general —respondió Scotia—. Podría ser enviada a una sección diferente, teniendo en cuenta que fue tras de ti, pero...

Se detuvo de repente, y a mi lado, Noelle chilló. —¿Qué está haciendo?

Mercer estaba contra la barandilla en el borde de la azotea, con una pistola con mira en la parte superior.

Hannah estaba junto a él, su boca y ceño fruncidos, y al instante comprendí. Pero antes de que pudiera apartar la mirada, Mercer apretó el gatillo, y sonó un disparo.

Gotas calientes y húmedas de color rojo salpicaron mi cara y la parte delantera de mi abrigo. El grito de Noelle perforó mis tímpanos, y mi cerebro comprendió lo que veía justo a tiempo para registrar el agujero en el centro del pecho de Maya mientras se derrumbaba como una marioneta cuyos hilos habían sido cortados. En la azotea, Mercer bajó su arma, y una figura oscura apareció a su lado.

—Vuelvan a sus barracas —ordenó Mercer sobre los sonidos de gritos y sollozos—. El toque de queda comienza en diez minutos. Se le disparará a cualquiera que sea sorprendido fuera.

—Vamos, ustedes dos, antes de que se vuelva loco —murmuró Scotia, tirando de mi codo. Pero no me moví. No respiré. No hice mucho, excepto parpadear.

En cambio me quedé mirando al hombre que estaba al otro lado de Mercer. A la luz moribunda, sus rasgos eran casi imposibles de distinguir, pero su postura era inconfundible, y habría reconocido su mirada fría en cualquier lugar.

Knox.

VIII

ESPÍA

Traducido por Herondalesmojo

Knox estaba aquí.
Knox estaba en Otro-Sitio.

Después de todo lo que me había hecho... después de tratar de convencerme para renunciar a mi libertad, después de traicionarme con Daxton, después de haber matado a Benjy y la última esperanza que había tenido para una vida feliz, tenía el descaro de aparecer aquí y ni siquiera se molestaba en hacerme frente.

112

Rabia me quemó desde adentro hacia afuera, dejando nada más que ciego odio a su paso, y el vacío de la muerte de Benjy dejó mi pecho lleno de una sola necesidad: hacer pagar a Knox

Sin pensarlo, me incorporé a la barandilla que nos separaba de la jaula. — ¡Knox! —grité, mi voz hizo eco a través de la multitud. Lo iba a matar, lo iba a destrozarse con mis propias manos hasta que no pareciera más que carne picada, y luego lo daría de comer a los perros. Le enseñaría la misma piedad que él le había mostrado a Benjy, y por el resto de su vida patéticamente corta, se arrepentiría de todo lo que le había hecho a él... a nosotros.

Knox miró hacia abajo desde su lugar en la azotea, y buscó en la multitud antes que sus ojos se encontraran con los míos. Una extraña expresión vaciló en su rostro... ¿sorpresa de que estuviera viva? ¿Alivio de que hubiera cientos de personas entre nosotros? No podría decirlo y no me importaba. Pasaría por encima de ellos si tuviera

que hacerlo y escalaría la azotea ladrillo por ladrillo. De una manera u otra, sin importar lo que me costara, lo mataría.

Sin embargo, antes de que pudiera balancear mis piernas al otro lado de la barandilla, dos pares de manos agarraron mis brazos y me jalaron hacia atrás. —¿Estás loca o sólo eres increíblemente estúpida? —siseó Scotia—. Deja que te maten en su debido momento, pero no te atrevas a darle a Mercer una razón para apuntar un arma sobre todos nosotros.

Por fin arranqué mis ojos de Knox. Scotia agarró mi brazo con tanta fuerza que iba a tener un moretón con forma de mano en la mañana, y Noelle se acurrucó a su lado, viéndose casi tan pálida como antes. —Knox... ese es Knox —dije, intentando sacar las palabras. Mi lengua se había convertido en plomo, y mis labios estaban entumecidos, haciendo de cada palabra una lucha—. Él... él mató...

—No me importa a quien mató —espetó Scotia—. Lo único que me importa es que Mercer no te mate.

—Déjalo —me atraganté, mirando hacia la azotea. Knox había desaparecido, pero Mercer todavía estaba allí, con los ojos fijos en nosotras. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal, y traté de empujar la mano de Scotia. Dejar que Mercer me matara.

Una bala al cerebro. Sería un alivio.

No importaba dónde estaba, ni que cara llevaba, mi vida siempre estaría en manos de otra persona. —No puedes matar a Knox si estás muerta —dijo Scotia, su agarre endureciéndose—. Juega a tu pequeña novela en otro lugar, princesa. No estoy interesada en estar en la línea de fuego, y Noelle tampoco. Ahora ven, antes de que te arrastre por el cabello.

Con un fuerte empujón, Scotia nos apartó a ambas de la jaula y nos llevó hacia la barraca, murmurando maldiciones en voz baja. Avancé a trompicones, mi mente en silencio mientras miraba la nieve bajo mis pies. Un paso después del otro, blanco teñido de rojo, y una bala al cerebro. Era todo en lo que podía pensar. Pero en algún

lugar de mi mente, una porción que seguía viva... que era todavía racional... las palabras de Scotia se asentaron, echando raíces.

No puedes matar a Knox si estás muerta.

No, no podía. Y si tuviera que mantenerme viva lo suficiente para ver que ocurriera, entonces lo haría. Por Benjy.

Sólo volví a mí cuando Scotia nos empujó a través de la puerta y el calor golpeó mis mejillas entumecidas, haciendo que quemaran. Como mi litera era la más cercana a la puerta, el aire helado invadía mi espacio, pero me quité el abrigo y lo arrojé sobre el colchón manchado.

Un plan. Necesitaba un plan.

—¿Quién era ese hombre? —preguntó Noelle. Su litera estaba sólo un poco más lejos de la mía, y mientras que las otras chicas se acurrucaban juntas al otro lado de la habitación ya sea para conseguir calor o para evitarme, Noelle volvió a mi lado una vez que se sacó su abrigo.

—Lennox Creed. El prometido de Lila —respondió Scotia desde la puerta de su habitación privada. Las cortinas mantendrían el calor dentro, pero ella no nos invitó, a pesar que el viento helado continuaba soplando a través de mi litera a medida que más chicas entraban por la puerta.

Noelle jadeó. —¿Tu prometido? ¿Él está aquí?

—Ex-prometido —logré decir, mis dientes castañeteaban ahora que la sensación volvía a mis extremidades—. Él... él estaba en el techo con Mercer.

Sus ojos se abrieron ampliamente. —Pero ¿por qué quieres matarlo?

—Él mató a mi m... mi mejor amigo —dije mientras las arenas movedizas querían tragarme de nuevo. Luché para estar por encima de ellas. Nadie más haría a Knox responsable por matar a Benjy, pero yo lo haría pagar. Tenía que permanecer con vida hasta entonces.

—Si él te amaba, ¿por qué iba a hacer eso? —dijo Noelle, frunciendo el ceño.

—Para enseñarme una lección. —Mi garganta se apretó dolorosamente, amenazando con cerrarse por completo, pero tragué duro—. Me negué a hacer exactamente lo que él me dijo que hiciera, así que mató a Benjy. —Miré a Noelle, mis ojos ardían de las lágrimas contenidas, y susurré—. Él era mi Elliott.

—¡Oh! —El labio inferior de Noelle empezó a temblar, y me sujetó en un abrazo—. Lo siento, Lila. Eso es... —Sus brazos se apretaron a mi alrededor—. Lo siento tanto.

En la puerta, Scotia permaneció estoica. —Morir es una condición de vida —dijo—. Todos mueren eventualmente. Es inútil tratar de luchar en su contra.

—Si en serio crees eso, entonces no seguirías viva —dije forzosamente—. No me molesta morir, de todas formas nunca esperé vivir tanto, pero Benjy... él era puro bien. Él no se merecía morir, y si Knox piensa que se puede salir con la suya...

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Scotia, mirándome—. ¿Marchar hacia él y romperle el cuello?

—Si eso es lo que se necesita —dije, mirándola, silenciosamente retándola a reportarme—. Por lo menos tengo las agallas para acabar con él yo misma.

Toda la barraca se quedó en silencio. Noelle se puso rígida, y se alejó de mí, disparando a Scotia una mirada nerviosa. Sin embargo, antes que Noelle pudiera decir nada, Scotia dio un paso hacia mí, una peligrosa máscara de calma se asentó en sus rasgos.

—¿Y qué se supone que significa eso? —preguntó.

—Esas chicas... Maya y Poppy y las otras... no tenían que morir —dije—. Sabías lo que pasaría desde el momento en que las denunciaste.

—Y ellas sabían exactamente lo que sucedería si es que alguna vez las atrapaba peleando en mi territorio —dijo Scotia—. Al igual que apuesto a que sabías exactamente lo que le sucedería a tu amigo si traicionabas a Knox.

Mi sangre se convirtió en lava, y la furia estalló dentro de mí. Antes de que supiera lo que estaba pasando, volé a través del pasillo, mis dedos se cerraron en garras cuando tiré a Scotia al suelo.

Una parte de mí era vagamente consciente de que estaba gritando obscenidades mientras trataba de rasgarla en pedazos, pero en un movimiento fluido, Scotia me volcó sobre mi espalda y me aplastó las piernas y los brazos, sacándome el aire.

—Podrás estar acostumbrada a que la gente te bese el trasero y diga lo que quieres oír allá en tu casa, pero ya no eres una Hart, princesa —gruñó—. Tú no eres mejor que el resto de nosotras.

Ella se cernía sobre mí, tan cerca como para oler el chocolate en su aliento y ver motas doradas en su iris. No me aparté. En cambio, con la ira haciendo furor dentro de mí, le escupí en la cara.

Scotia ni siquiera parpadeó. —Considera esto una advertencia —dijo ella—. Y debes estar agradecida que estoy siendo tan generosa, perra ingrata.

Ella se puso de pie y se limpió la saliva de la mejilla. Varias de las chicas comenzaron a susurrar, pero con una sola mirada, ella las hizo callar y se dirigió a su habitación.

Con esfuerzo, me senté, sentía dolor en un costado por la forma en que su rodilla se había clavado en mí. Noelle se arrodilló a mi lado, a pesar de que se dio cuenta de que me las arreglé para aterrizar en un charco de nieve derretida que alguien había arrastrado desde el exterior.

—En realidad no debiste presionarla —dijo suavemente, frotando círculos entre mis omóplatos—. No te hará ningún bien.

—Como ella dijo, yo no soy mejor que el resto de ustedes —le dije, mirando a la cortina que ahora separaba a Scotia de nosotras—. Y tampoco lo es ella. No tenía derecho a hablar así de Benjy.

—Estoy segura de que ya se siente mal por ello —dijo Noelle—. Scotia es una muy buena persona, te lo prometo. Pero si le das una razón para denunciarte...

De repente, la puerta de la barraca se abrió, revelando un fornido guardia que sostenía un rifle. Su cuerpo masivo ocupaba casi toda la puerta, y entró pesadamente en la habitación, su bota esquivó mis dedos de los pies por centímetros. —¡Inspección! Párense al costado de sus literas, las manos en la cabeza, todas.

Noelle se puso de pie, deteniéndose sólo lo suficiente para ayudarme a levantarme antes de apresurarse a ir a los pies de su litera. Las otras chicas se pusieron junto a las suyas, todas con las manos colocadas detrás de sus cabezas. Mi corazón latió con fuerza, y trastabillé los pocos pasos que tardé en llegar a la mía, apoyándome en la escalera mientras cautelosamente levantaba mis brazos lo suficientemente altos como para imitar sus poses. El guardia me miró a los ojos, y un escalofrío recorrió mi interior. ¿Estaba mirándome por ser quien creía que yo era, o había sido enviado aquí para plantarme algo y dar finalmente a Knox una excusa para matarme?

Media docena de guardias irrumpieron en la habitación y comenzaron a desgarrar el lugar. Colchones fueron machacados, almohadas fueron abiertas en rasgones, y aunque yo no tenía ningún tipo de pertenencias personales, los guardias revolviéron las de las demás. Más de una vez escuché que rasgaban papel, y Noelle se estremeció cuando un guardia rasgó las páginas de un libro que tenía debajo de la almohada.

Por fin, tres cuartas partes más allá del pasillo, un guardia desgarbado se enderezó. —Señor —llamó, sosteniendo lo que parecía una barra de chocolate. La niña cuya litera él estaba revisando comenzó a darse la vuelta, pero una mirada del guardia y se enderezó de nuevo, con el rostro pálido.

El primer guardia se acercó pesadamente hacia ella. Chelsea, me acordé. Su nombre era Chelsea. —¿Es consciente de que la posesión de sustancias de contrabando está estrictamente prohibida por el artículo 18, sección B del Código Penal? —dijo el primer guardia fornido.

—Es...es que era un regalo de un guardia —dijo ella con voz temblorosa—. Creí que porque él me lo dio...

El guardia hizo chasquear los dedos, y el que lo había encontrado se embolsó la barra de chocolate y le torció el brazo a la espalda. —Vas fuera —dijo con voz estridente, emocionada, que hizo que mi estómago diera vuelta. Chelsea se tambaleó hacia delante, con la cara roja y los ojos llenos de lágrimas. Nuestras miradas se encontraron, y de repente todo lo que podía ver era el agujero en el pecho de Maya.

A pesar de que era una estupidez, a pesar de que Scotia acababa de darme mi primera y última advertencia, entré en el pasillo entre las literas para bloquear su camino.

—*Es una barra de chocolate* —le dije—. ¿Realmente va a echarla a la jaula por eso?

Detrás del guardia, Noelle sacudió la cabeza con furia, en silencio rogándome que me detuviera. La ignoré. Mejor no dejarla participar en esto también.

—Es un elemento ajeno a la zona —dijo el primer guardia, el fornido que parecía poder desafiar a un oso y ganar—. Si rompes las reglas, te detienen. Así de simple.

Así que Otro-Sitio era exactamente como D.C., excepto que los escuderos habían sido sustituidos por los propios presos, y en vez de ir a Otro-Sitio, te envían a la jaula. Por una barra de chocolate, una naranja... todo era lo mismo. —Es una regla estúpida —exclamé.

El guardia se acercó a mi lado, se elevó por encima de mí, de la misma manera que había hecho con Chelsea pero mucho más alto. —¿Preferiría que no la arrestara?

—Preferiría que usted tenga un poco de decencia y se dé cuenta que una barra de chocolate es sólo una barra de chocolate —le espeté—. Ya ha oído: un guardia se la dio. Por lo que sabemos, podría haber sido usted, por la única razón de venir aquí a arrestarla para su bárbaro entretenimiento mañana por la noche.

Él entrecerró los ojos y se inclinó hasta que nuestras narices casi se tocaron. —Voy a decirte una cosa, señorita Hart. Voy a hacerte un favor. Sólo para ti, sólo porque piensas que es injusto, no voy a arrestarla.

Exhalé, mis músculos tensos se relajaron un poco. —Gracias. No ha sido tan difícil, ¿verdad?

—No, en absoluto —dijo, y se enderezó—. Llévala a la calle.

Varias chicas se quedaron sin aliento, y el guardia desgarbado empujó a Chelsea por el pasillo y salió por la puerta. La ráfaga de aire frío golpeó mi rostro, y olvidando a los otros guardias que todavía rebuscaban en las literas, corrí tras ellos.

El guardia desgarbado obligó a Chelsea a ponerse de rodillas bajo un foco de luz amarilla en mitad de la calle. Ella tembló, y un sollozo ahogado se le escapó. —Por favor —rogó—. Por favor, les diré de dónde lo saqué... les diré lo que quieran. Voy a hacer lo que quieran. Sólo no...

—Cállate —dijo el guardia desgarbado, y le dio una patada en la espalda. Comencé a caminar hacia adelante, pero alguien me agarró del cuello y me contuve.

—Ni siquiera pienses en ello —dijo Scotia, su voz llena de veneno. El fornido guardia rio mientras se paraba a mi lado.

—Deberías escuchar a Scotia —dijo, dándole un enorme guiño—. Ella sabe cómo manejarse a sí misma, ¿verdad, cariño?

—Yo no soy tu cariño, Williams —dijo ella con frialdad, pero él se limitó a reír y bajó los escalones hasta la calle cubierta de nieve.

—Algún día voy a hacerte cambiar de opinión. Pero esta de aquí... —Sacó su arma y miró directamente a mí—. Tal vez esto te ayudará a cambiar la tuya, señorita Hart.

Antes de que pudiera moverme, antes de que pudiera pensar, antes de que pudiera reaccionar a todo, él apretó el cañón de su rifle en la parte posterior de la cabeza del Chelsea.

Una bala le cortó el grito ahogado, dejando un silencio de muerte a su paso.

La sangre manchó de rojo la nieve, mezclándose con la luz amarilla y apareció una sombra misteriosa de color marrón.

Con fría eficiencia, el guardia desgarrado arrastró su cuerpo a un lado de la calle y habló por un dispositivo colgado en su hombro. —Se solicita limpieza, calle 8, Bloque B.

—Todo limpio, señor —llamó otro guardia desde el interior de la barraca, como si nada hubiera pasado. Sus botas chirriaron contra el piso mojado mientras se dirigían hacia la puerta, cada uno me rozó al pasar.

—Entra —siseó Scotia en mi oído, y me jaló hacia atrás, hacia el edificio. Yo estaba demasiado aturdida para luchar. Estaba demasiado aturdida para hacer otra cosa que mirar fijamente a la litera que, segundos antes, había pertenecido a una chica que ahora estaba muerta.

Cada par de ojos se volvió hacia mí. Algunos estaban rojos; algunos me miraron acusadoramente. Pero por primera vez, ninguno de ellos miró hacia otro lado.

—Por lo menos en la jaula, ella hubiera tenido una oportunidad —dijo Scotia, empujándome de nuevo a mi cama. Me senté pesadamente, y los resortes rechinaron ante mi peso—. ¿Ahora lo entiendes?

Asentí con la cabeza sin decir nada, y ella volvió su mirada de mí a las demás.

—Chelsea era una buena persona —dijo—. Todas ustedes son buenas personas. No me importa si el propio Mercer les da contrabando... *no* les den una excusa para matarlas, porque les prometo que la van a tomar.

Con eso, se giró sobre sus talones y se dirigió de nuevo detrás de su cortina. Unos sollozos resonaron desde el otro extremo de la barraca, y el murmullo de voces llenó mis oídos mientras me acurrucaba en la cama, de espaldas a ellas, mientras miraba fijamente la entrada a la habitación de Scotia.

Era el único lugar que los guardias habían dejado intacto.

Scotia era la soplona.

Para el momento de apagar las luces, dos horas más tarde, estaba segura. Ella había denunciado a Maya y a sus amigas sin pensarlo dos veces; y después de oler el chocolate en su aliento, yo habría apostado cada latido de corazón que me quedaba que ella era la que había avisado a Williams sobre la barra de chocolate de Chelsea y le dijo qué buscar en la litera.

Mientras las demás se quedaban dormidas, sus conversaciones susurradas desvaneciéndose una por una hasta que toda la habitación se llenó con el sonido de docenas de chicas respirando de manera uniforme; yo me quedé mirando la cortina que separaba a Scotia del resto de nosotras. Bien podría haber sido una puerta de acero, por la forma en que las otras chicas la eludían, pero lo único que podía pensar era en lo que había hecho para merecer esa privacidad en primer lugar.

Espiar a sus compañeras de barraca, por supuesto. Mantenernos a todas con tanto miedo hacia ella que nadie asomaba un dedo más allá de la raya, por el temor de ser enviada a la jaula. Pero por qué las otras no conspiraban contra ella y se ocupaban del problema, no lo sabía.

Incluso si hubiera querido dormir, no pude. Mi mente se volcó entre los horrores de las últimas veinticuatro horas como una especie de diapositivas de pesadilla. Seis personas... ese era el número de personas que habían muerto frente a mí

desde que Knox me había traicionado. Benjy, Maya, Poppy, Darcy, Chelsea. Y otra cuyo nombre nunca había conocido.

La culpa y la desesperación hurgaron dentro de mí, anidándose en contra de la necesidad de venganza que alimentaba cada respiración que inhalaba. El verdadero horror de Otro-Sitio no era la caza que Daxton disfrutaba tanto; yacía en la esperanza que Mercer y los otros le ofrecían a los presos: traiciona a tus amigos, traiciona a la única familia que tienes en este lugar, y podemos dejar que te conviertas en uno de nosotros. Podríamos dejar que aprietes el gatillo la próxima vez.

No sólo iba a matar a Knox, decidí. Me gustaría también matar a Mercer... y a Scotia, y Williams y el guardia desgarbado, y cualquiera que se atreviera a construir su autoridad sobre la muerte de otros. Quemaría Otro-Sitio hasta los cimientos, si eso era lo que necesitaba para ayudar a estas personas. Era posible que todavía pareciera Lila Hart en el exterior, pero era hora de ser Kitty Doe en el interior. Había llegado el momento de recordar quién era yo y una vez más encontrar el coraje que requería enfrentar este tipo de brutalidad día tras día, y de alguna manera todavía sobrevivir.

Pero nunca, ni siquiera en los peores días de los escuderos, había visto nada como esto en las calles de D.C. Sin importar lo duro que tratara de prepararme para lo que mañana tendría reservado para mí, sabía que nada en mi experiencia podría siquiera compararsele. Y enfrentar a ese desconocido sombrío era más aterrador de lo que jamás sería contrariar a cualquier guardia.

Más de una hora después que todo el mundo se quedó dormido, la cortina crujió. Miré, y envuelta por la oscuridad, Scotia salió de su habitación, sus botas silenciosas contra el suelo de piedra.

Con una cautela que habría encontrado impresionante, si no la odiara tanto, ella abrió la puerta y salió de la barraca, dejando un remolino de aire helado y nieve a su paso. Sin dudarlo, me senté y me calcé las botas, en esta ocasión recordé agarrar mi abrigo. Yo no era tan silenciosa como ella, pero con todo el mundo dormido, no tenía ninguna razón para preocuparme.

En el momento que me deslicé fuera, ella ya estaba a mitad de la cuadra, con la cabeza inclinada y las manos metidas en los bolsillos. Caminaba como si supiera que no tenía nada de qué preocuparse, sin molestarse en mantenerse en las sombras o silenciar el crujido de la nieve y el hielo con cada paso que daba. Y ¿por qué lo haría, cuando ella estaba tan favorecida que ni siquiera los guardias se atrevían a perturbar su intimidad?

Me aseguré de caminar al ritmo de su marcha, en caso de que pudiera oír mis pasos, así como yo podía escuchar los de ella. A diferencia de Scotia, me pegué a las sombras, deseando llevar algo más que el rojo para poder mezclarme con mayor facilidad. Pero no pasamos junto a ningún guardia, y Scotia nunca miró por encima del hombro, ni siquiera cuando se detuvo junto a una puerta de metal que bloqueaba el sinuoso camino que conducía a la mansión Mercer.

Me agaché detrás de la esquina de un edificio cuando Scotia se detuvo, a la vista de cualquier persona que acertara a pasar por allí. La mansión Mercer se cernía a sólo unas decenas de metros de distancia, un marcado contraste con los otros edificios a su alrededor, incluso en la oscuridad. Scotia golpeteó con el pie, impaciente, y medio minuto después, resopló con indignación. Con quien se suponía debía verse estaba retrasado.

Otro conjunto de pasos resonó en la calle tranquila, y una figura alta se acercó, avanzando por el camino de entrada de la mansión. Cuando llegó debajo de la lámpara asegurada en la parte superior de la puerta, la luz iluminó su rostro, y levanté una ceja. Mercer.

—Llegas tarde —dijo Scotia, molesta—. Sabes que está helando aquí afuera.

—Estoy seguro de que se me ocurrirá alguna manera de mantener el calor —dijo, deslizando los brazos alrededor de su cintura—. ¿Cómo estás, querida?

—Tus matones mataron a otra de mis chicas esta noche. —A pesar de la ira en su tono, ella le colocó los brazos alrededor del cuello, presionando su cuerpo contra el suyo—. Te agradecería si les dijeras que nos dejen en paz.

—Me temo que no puedo hacer eso, cariño —dijo Mercer, y él le acarició la mejilla. Hice una mueca—. Si alguien rompe una regla, tengo las manos atadas.

—Eso es mentira y lo sabes —dijo ella, y él se echó a reír.

—Sí, supongo. Pero también sospecho que ella hizo algo para merecerlo, ¿verdad?

Scotia se quejó. —Williams la atrapó con contrabando. La chica Hart abrió su gran boca y trató de detener su arresto, y ya que Williams no puede desquitarse con ella, arremetió con Chelsea en su lugar.

Mercer chasqueó la lengua con desaprobación. —Ella va a acostumbrarse con bastante rapidez.

—Mientras tanto, yo no soy su niñera —replicó Scotia—. Dásela a alguien más.

—Me temo que no puedo hacer eso, querida —dijo, sacudiéndole la nieve de la mejilla con una mano enguantada—. Nadie más podría protegerla como tú. He oído lo que hiciste esta tarde.

Scotia pisoteó con fuerza. —No fue nada. Sólo le quité a unas cuantas chicas de encima. No tenías que matar a esa chica en la jaula esta noche. Obtuvo su libertad.

—Querida, nadie gana su libertad aquí. —Él trató de besarla, pero ella volvió la cabeza—. Isabel, cariño, no seas así. No tuve más remedio, y lo sabes.

—Podrías haberla enviado a otra zona —dijo Scotia, un filo en su voz que no había estado allí antes—. No tenías que asesinarla a sangre fría.

—Tengo mis órdenes, como sabes muy bien —dijo—. Tuve que convertirla en un ejemplo. Voy a tener que hacer lo mismo con cualquier otra persona que ataque a Lila, así que si prefieres que no tenga más sangre en mis manos, entonces te sugiero que hagas tu trabajo y cuides su espalda.

Ella murmuró algo que no pude oír, y Mercer suspiró.

—Si te dijera que te traje un regalo, ¿serviría de algo? —dijo, soltándola. En lugar de alejarse enojada, Scotia se quedó donde estaba, cruzada de brazos.

Mercer se quitó los guantes y deslizó su mano en el bolsillo, sacó algo que yo no pude distinguir.

Me incliné hacia delante y entrecerré los ojos.

La luz de la lámpara se reflejaba en un pequeño disco de plata que colgaba de una cadena, y mi boca se abrió. Mi collar. Mercer le estaba dando mi collar.

—Aquí tienes —dijo, y lo colocó alrededor de su cuello—. Algo para que me recuerdes en esas frías y solitarias noches.

Los bordes de mi visión se pusieron rojos, y me clavé las uñas en las palmas de las manos. Eso era mío. Pero no había nada que pudiera hacer que no anunciara mi presencia a los dos, así que me senté sobre los talones y herví. Si hubiera tenido alguna duda sobre si ella era la espía, el ver a Scotia tocando mi collar y el beso que dio a Mercer en agradecimiento fue suficiente para disolverla completamente.

—Ven adentro donde hace calor —dijo Mercer—. Hannah está dormida.

Scotia negó con la cabeza. —Esta noche no, no después de lo que hizo Williams. Una de las chicas podría necesitarme.

Mercer comenzó a protestar, pero Scotia volvió a besarlo, callándolo efectivamente. Se relajó, y cuando ella se apartó, suspiró de nuevo. —Voy a tener una pequeña charla con él. Hacerle saber lo que me cuesta.

—Hazlo —dijo Scotia, y deslizó su mano hasta la parte baja de la espalda de él y apretó. Asqueroso—. Si todas mis chicas sobreviven mañana, entonces pensaré en pasar la noche contigo.

Con un último beso, se separaron, y Mercer atravesó la puerta y regresó por el camino de entrada a la mansión. Scotia lo vio alejarse, y no fue hasta que desapareció

en la oscuridad que ella finalmente comenzó a caminar penosamente de vuelta a la barraca.

Me arrastré tras ella, tratando de ignorar el aluvión de preguntas que inundaron mi mente, pero no había mucho que pudiera hacer para mantenerlas a raya. ¿Por qué Scotia parecía sorprendida de que los guardias revisaran la barraca si ella había sido la que delató a Chelsea? ¿Y por qué había Mercer insinuado que tenía órdenes de protegerme? Ninguno de los Hart o los Ministros de la Unión tenía ningún interés en mantenerme con vida, a menos que Daxton pretendiera cazarme por sí mismo cuando llegara el momento. Pero si ese fuera el caso, entonces ¿por qué no simplemente me había arrojado a los terrenos de caza para empezar, en vez de perder el tiempo al enviarme a la sección X?

¿Acaso la repentina presencia de Knox aquí tenía algo que ver con eso? No... no era más que el hijo de un Ministro, por ahora, no el propio Ministro, y él no tenía el poder de dar ese tipo de órdenes. Estaba allí para verme morir, no para salvar mi vida cuando él era el que me había puesto aquí en primer lugar.

Perdida en mis pensamientos, giré hacia la calle que conducía a la barraca. Lo descubriría eventualmente de una manera u otra, pero hasta entonces...

Una mano me tapó la boca. —Grita, y estás muerta —susurró una voz áspera en mi oído, y todo mi cuerpo se puso frío.

Scotia.

IX

FRÍA ESPERANZA

Traducido por PauEchelon

Scotia me empujó contra la fachada de un edificio gris, y mi nuca chocó contra los ladrillos.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo? —siseó. Debía estar convencida que yo no iba a gritar, porque bajó la mano de mi boca.

Tragué saliva en una profunda bocanada de aire frío.

—Tu eres la que les dijo sobre Chelsea, ¿no? —espeté— Eres la soplona.

Scotia puso los ojos en blanco y agarró mi hombro, llevándome lejos del muro. Intenté resistirme, pero mis botas húmedas se habían congelado con el frío, y mis pies estaban entumecidos.

—Deja de intentar pensar por tu cuenta, Lila. Te van a salir arrugas.

Me empujó dentro de un estrecho callejón entre dos edificios grises, lejos de la barraca.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—A algún lugar en el que no puedas hacer que nos maten —dijo, dando otro giro brusco—. Ahora cállate y camina antes de que decida amordazarte.

Caminé penosamente, debatiéndome si valía o no la pena intentar eliminarla. Seguía herida y casi demasiado helada para caminar, por no hablar de luchar contra

Scotia y salir viva, y esto era un laberinto, incluso más que las calles de Otro-Sitio. En cuestión de minutos, estaba completamente perdida. Si quería tener alguna esperanza de volver a la barraca sin toparme con un guardia, no tenía más remedio que seguir con Scotia.

Por fin llegamos a una puerta anodina en un callejón detrás de un gran edificio que olía vagamente a grasa. El comedor. Scotia la abrió y me empujó dentro.

—Mira por donde caminas —advirtió, y una vez que la puerta se cerró detrás de nosotras, encendió un interruptor.

Estábamos en lo alto de una escalera que conducía debajo del comedor. Fruncí el ceño, y Scotia me dio un codazo para que siguiera adelante.

—No tenemos toda la noche.

—¿Qué vas a hacer, matarme y servirme con el almuerzo de mañana? — pregunté.

Ella resopló. —Por favor, como si tuvieras suficiente carne en tus huesos para hacer un emparedado, no hablemos ya de alimentar a todos. Ahora puedes bajar esas escaleras, o puedo empujarte. Tú decides.

Bajé los escalones de mala gana, uno a la vez para no tropezar con mis pies entumecidos.

A dondequiera que íbamos, era el último lugar en el que desearía estar en estos momentos, pero me negué a demostrar mi miedo.

Yo era Kitty Doe, no Lila Hart. No era una cobarde.

En la parte inferior de la escalera había una sola puerta de metal. Scotia me rodeó e introdujo una serie de números en el teclado de al lado, y la cerradura se abrió.

—Ahora entra —dijo, girando el pomo y abriendo la puerta.

No sabía qué esperaba, pero no un grupito de varias docenas de prisioneros.

No, no solo prisioneros—entre los monos rojos y naranjas también alcancé a ver un puñado de uniformes negros. Guardias. Y esparcidos por toda la superficie había docenas y docenas de armas. Pistolas, cuchillos, arcos y flechas, granadas—cosas que un ciudadano libre no tendría en sus manos, mucho menos los prisioneros.

—¿Qué está pasando? —pregunté nerviosa, y cada par de ojos se volvió a mirarme. La mayoría de ellos mayores que yo, de veintes y treintas, pero en la esquina había un puñado de chicos que parecían apenas lo suficiente mayores como para hacer su prueba, y sentados alrededor de una mesa desvencijada había media docena de hombres y mujeres canosos. Reconocí a dos de ellos del comedor a la hora de la cena.

—¿No creerías que los Blackcoat sólo existían fuera de aquí, no? —dijo Scotia, cerniéndose sobre mí. Me separé un poco.

—¿Es una reunión de los Blackcoat?

—¿No es eso lo que acabo de decir? —Se inclinó hacia un montón de viejas cajas de madera cerca de la puerta. Había una ametralladora apoyada en ellas como si alguien la hubiera dejado allí y fuera a volver a por ella en cualquier momento—. Siéntate, Lila, y deja hablar a los mayores.

Moví el arma con cuidado, la apoyé contra la pared y después tomé asiento y miré al grupo reunido. Varios de ellos me devolvieron la mirada, pero la mayoría centraba su mirada en Scotia, quien se movió al centro de la habitación. Tardé unos segundos en darme cuenta de lo que yo estaba buscando... mejor dicho, a quien.

Knox. Y no estaba allí.

—Tenemos dos días —dijo Scotia con una voz que pareció impregnar cada rincón de la habitación—. Dos días hasta que todo por lo que hemos trabajado se conviertan en nada. No necesito decirles lo que pasará si no conseguimos los códigos, y estamos balanceándonos peligrosamente cerca del fracaso.

—Incluso si fuéramos suicidas, no tendríamos ninguna oportunidad más de colarnos —dijo un hombre vestido con un uniforme de guardia. Su cabello rubio era

largo y estaba atado en una cola de caballo, y sus dedos golpeaban con un ritmo tenue la pared sobre la que estaba apoyado—. Han aumentado la seguridad ahora que el hijo del Ministro Creed ha decidido elegir pimpollos.

Varias de las mujeres se removieron incómodas y se miraron unas a otras. Fruncí el ceño.

—¿Elegir pimpollos? —pregunté.

El guardia hizo un gesto a la multitud reunida.

—Cualquier persona que él quiera, para lo que sea. La mayoría de Ministros se lo pasan bien y sólo se quedan una noche o dos, pero algunos tienen gustos retorcidos. —Se bajó el cuello, mostrando el comienzo de una cicatriz gruesa y roja que le recorría el pecho—. En el lado positivo, si finges que lo estás disfrutando y sobrevives, por lo general te dan un uniforme.

Me quedé mirándole con horror. No importaba lo mucho que odiara a Knox, jamás podría imaginarle siendo tan cruel. Pero los otros Ministros...

—Rivers, para —dijo Scotia bruscamente—. La princesa ha tenido suficiente con una dosis de realidad por hoy.

—No soy una princesa —dije, aunque ella tenía razón. Otro-Sitio había sido suficientemente malo cuando pensaba que era un coto de caza, pero cuantas más capas veía, más me hubiera gustado que Knox me hubiera disparado como prometió. Una razón más para disfrutar observar cómo la vida se escurría de sus ojos cuando tuviera la oportunidad.

Pero incluso en medio del vertiginoso remolino en mi mente, una cosa quedó clara: no tenían idea de que Knox era uno de los líderes de los Blackcoat. O si lo sabían, no confiaban en él.

—¿No ha elegido a alguien todavía? —preguntó un hombre cuyo rostro no pude ver.

—No que yo sepa —contestó Rivers, y su clara mirada azul se posó en mí—. No puedo imaginar sobre quién habrá puesto la vista.

—Suficiente —dijo Scotia, más bruscamente esta vez—. Sólo porque hayan aumentado la seguridad no significa que sea imposible. Tenemos *dos días*, gente. Empiecen a ser creativos.

—He buscado arriba y abajo en la oficina de Mercer en mis rondas de limpieza —dijo una de las mujeres de edad avanzada, cuyo cabello blanco estaba torcido en un moño trenzado—. Si los códigos están escondidos allí, están bajo llave.

—Puede ser, pero también puede ser que tengas una vista de mierda —dijo Scotia. La mujer mayor se hundió en su asiento y apartó la mirada, cruzando sus nudosas manos—. No puedo hacerlo todo yo, gente.

—A la larga tendrás que hacerlo si sigues tratando a la gente así —dije antes de poder detenerme. Scotia se volvió lentamente hacia mí, con su boca apretada en una delgada línea.

—Si estás tan dispuesta a ayudar, entonces ¿por qué no aceptas la oferta de Mercer? —replicó—. No puedes ser completamente inútil.

—¿Qué oferta? —preguntó Rivers, y sus golpecitos pararon de repente. Una vez más, todos los ojos estaban puestos en mí.

—La oferta de quedarse en la mansión Mercer como su invitada —dijo Scotia. Mis dientes rechinaron.

—¿Mercer te dijo eso antes o después de que le metieras la lengua en la garganta? —pregunté.

La noticia de su romance con Mercer no pareció sorprender a nadie en la habitación, y Scotia se encogió de hombros.

—¿Acaso importa? Si no tenemos los códigos en dos días...

—¿Qué códigos? —pregunté—. ¿De qué estás hablando?

Silencio total. Algunos prisioneros intercambiaron miradas nerviosas y Rivers suspiró, apoyando la cabeza contra la pared. Mientras tanto, Scotia, entrecerró los ojos: —No estoy para juegos.

—Yo tampoco —espeté—. Si hay alguna conspiración o complot en marcha, yo no estoy al tanto.

—¿Cómo podrías no estarlo? —dijo ella, y por primera vez desde que la conocí, Isabel Scotia pareció aturdida y confusa—. ¿No es para eso que estás aquí? ¿Para asegurarte de que se realice el plan?

—Estoy aquí porque Daxton me pilló en su oficina, no por algún plan. —Pero incluso mientras lo decía, las piezas fueron encajando en su lugar. Esto era lo que habían estado conspirando Sampson y los otros—. ¿Para qué son los códigos?

Scotia frunció el ceño.

—Si los de arriba no te lo han dicho...

—La armería central —dijo Rivers. Ella le dedicó una mirada de advertencia.

—Rivers...

—Tú te estás acostando con él, y sigues sin conseguir los códigos —dijo—. Ella podría ser nuestra última oportunidad.

Scotia tomó un largo y profundo suspiro, sus ojos oscuros ardieron sobre los míos. Me negué a mirar hacia otro lado, y al fin ella asintió secamente y dio un paso al frente, dejando espacio a Rivers en el centro. Él tomó su lugar, ahora encarándome directamente.

—Los Blackcoat necesitan armas, y cerca de los tres cuartos de la artillería nacional está almacenada aquí, en Otro-Sitio —dijo—. Los Mercer no sólo vigilan la sección, también tienen la tarea de proteger la armería. Necesitamos esos códigos para entrar, derrocar a los Mercer y armar a la rebelión.

El peso de lo que estaba diciendo se apoderó de mí y mi mente dio vueltas. Los

Blackcoat iban a sacar a todo el mundo. Miles de ex-prisioneros leales a ellos, con tres cuartas partes de las armas de América a su disposición... eso podría ser suficiente para competir con los escuderos y los ejércitos de Daxton.

Él dijo que Knox estaba detrás del fracaso de la primera incursión... ¿era por eso que él estaba aquí? ¿Para detener la segunda? ¿Era por eso que Daxton no me mató en primer lugar? ¿Así podría ser la excusa de Knox para venir aquí y elegir pimpollos sin levantar sospechas?

—No pueden confiar en él —espeté—. Knox Creed... hagan lo que hagan, no confíen en él.

Scotia resopló. —¿Por qué demonios lo haríamos? Es uno de ellos.

Sí, lo era. Miré las armas esparcidas descuidadamente por la habitación. —¿No tienen suficientes armas aquí para empezar?

—Hay cientos de secciones en Otro-Sitio como la sección X —dijo Scotia—. Ni siquiera los guardias saben exactamente cuántas hay. Estas armas podrían ser suficientes para defender el comedor por unos días, pero podríamos ser las hormigas contra los gigantes.

—Necesitamos los códigos si queremos tener alguna posibilidad de éxito —dijo Rivers—. No sólo nosotros, sino la operación entera. Toda la *rebelión*. Y si los Mercer te ofrecieron un sitio en su casa...

—Knox Creed es su prometido —dijo Scotia, cruzándose de brazos mientras su mirada se posaba en mí—. Hay una posibilidad de que él sepa dónde están escondidos los códigos.

—*Era* mi prometido —dije—, y aunque lo supiera, soy la última persona a la que se lo contaría. No tiene sentido.

Ella frunció el ceño. —Te he salvado la vida hoy. Esto es lo menos que puedes hacer para pagarme.

—Nunca te pedí que lo hicieras —espeté—. Y no te debo nada. Knox Creed no me dirá nada que tú no seas capaz de sonsacar a Mercer a besos, e incluso si lo hiciera, no se puede creer ni una de sus palabras. Juró proteger a mi... mejor amigo, pero Benjy está muerto. Juró matarme antes de dejarme acabar en Otro-Sitio, pero aquí estoy. Ya para lo único que es bueno es para morir, y yo le debo una bala.

—Si le levantas la mano a un guardia, por no hablar de un oficial de alto rango, estarías muerta en un segundo —dijo Rivers tranquilamente.

—Bien. —Apreté los puños—. Valdrá la pena. Knox Creed es un espía, y no sólo mató a mi mejor amigo, también sabotó la última incursión. Sabe todo lo que están planeando, y les garantizo que está aquí para detener esto. Bien podrían dejarme matarlo. Nos harían un favor a todos.

Una oleada de murmullos se alzó entre la multitud, pero Scotia alzó la mano y se calmaron.

—¿Quieres morir? —preguntó con un filo peligroso—. Está bien.

Sin previo aviso, sacó una pistola del interior de su chaqueta y la apuntó directamente a mí.

Bang.

Me agaché medio segundo tarde. Para cuando caí sobre el suelo de cemento, estrellándome contra la ametralladora y otro montón de cajas, el yeso de la pared al lado de mi cabeza había estallado, dejando polvo blanco pegado a mi cabello.

Mi corazón latía con fuerza, y la adrenalina se lanzó a través de mí mientras imágenes blancas y carmesí pasaron por mi mente, cegándome. Cada centímetro de mí se sentía como si estuviera en llamas, y mis músculos tensos, preparados para correr si ella lo intentaba de nuevo. Busqué algo a mi alrededor para usarlo contra ella, y mis dedos se cerraron alrededor del mango de la ametralladora. No tenía ni idea de cómo hacerla funcionar, pero ni de broma iba a irme sin luchar.

Scotia rio. Era un oscuro ruido sin humor que podría venir fácilmente de las

profundidades de mis pesadillas, y me encogí.

—¿Qué vas a hacer con eso, princesa? ¿Dispararme? No podrías encontrar el seguro ni aunque te diera un manual de instrucciones y lo pintara de rojo.

Apreté el arma en mi pecho de todos modos. Era mejor que nada.

Ella resopló, y mi vista comenzó a aclararse a la vez que la veía meter su pistola de nuevo en su abrigo.

—Puedes pensar que quieres morir, princesa, pero quieres vivir tanto como nosotros.

—Estás loca —dije, mi voz estaba mezclada con restos de pánico.

—*Tú* estás loca. —Se movió hacia mí como si ella fuera el depredador y yo la presa— ¿Sabes cuántas personas mueren aquí cada día? Cientos, si no miles. ¿Sabes cuántos de ellos matarían por estar en tu lugar y tener la oportunidad de parar todo esto? Hasta el último de ellos.

—Entonces deja que uno de ellos lo haga —escupí, luchando por mantenerme en pie. La ametralladora cayó al suelo, hice una mueca de dolor, pero cayó inofensivamente contra el hormigón—. De todos modos, ellos tienen una mejor oportunidad.

Scotia guardó silencio por un momento, tan fría e inmóvil como si estuviera hecha de hielo.

—Tienes razón —dijo al final—. Probablemente así sería. Y tan cerca de la incursión, lo último que necesitamos es otra carga. Nos podemos manejar bien sin ti.

—Y eso es lo que van a tener que hacer —disparé—. Porque yo ya estoy harta.

Me quedé de pie en la esquina durante toda la reunión, abrazando mi cuerpo frío e intentando no parecer tan agotada como me sentía. Nadie más intentó convencerme de que preguntara a Knox por los códigos, pero alguna que otra vez, pillaba a alguien mirándome. Todos apartaban rápidamente la mirada, excepto el

guardia con el pelo largo y rubio: Rivers.

Nuestros ojos se encontraron mientras Scotia ladraba una lista de órdenes para la siguiente reunión mañana por la noche. Sólo estaba escuchando a medias, distrayéndome con fantasías de cómo se sentiría el envolver mis manos alrededor de la garganta de Knox y apretar, pero los ojos azules de Rivers eran imposibles de ignorar. Eran del color del océano, como los míos.

Le sostuve la mirada, y él me miró abiertamente, sin ninguna pizca de vergüenza por haber sido pillado. Hubo una pregunta en su expresión que no pude leer, y en cuanto Scotia terminó la reunión, cruzó la sala para unirse a mí.

—No tienes que pedirle ayuda directamente a Knox —dijo, y parpadeé hacia él.

—¿Eres incapaz de escuchar, o simplemente no entiendes la palabra *no*?

—No voy a intentar persuadirte o amenazarte para que ayudes —dijo, inclinándose para que sólo yo pudiera oírle—. Pero si quieres devolvérsela a ese bastardo de Knox por lo que te hizo, entonces ¿tu mejor apuesta no sería asegurarte de que pase todo lo que él no quiere que pase?

Lo fulminé con la mirada y él se enderezó, y me dio una palmadita en la mejilla.

—Si necesitas que pase algo de contrabando para ti, todo lo que tienes que hacer es pedirlo —añadió—. A la primera invita la casa.

Con eso, se fundió con la corriente continua de gente que salía por la puerta, y gritó: —¡Dos y tres, recuerden! Si los atrapan después del toque de queda, es su cabeza, no la nuestra.

Scotia avanzó hacia mí y me agarró del codo.

—Si cuentas algo a alguien sobre esta reunión, estarás en la jaula mañana —dijo—. *Por favor*, adelante y ponme a prueba en eso.

—No se lo voy a contar a nadie —dije con cansancio—. No soy estúpida.

—Claro, podría estar equivocada —dijo, y con eso, me arrastró de vuelta por la estrecha escalera y de nuevo al congelado callejón.

La multitud se dispersó rápidamente, dejándonos solas en nuestro viaje de vuelta a la barraca. Ella me arrastró durante todo el camino, sus uñas se me clavaban a través del abrigo. Scotia era una maestra en fundirse con las sombras y esconderse en las esquinas hasta que estaba segura de que todo estaba despejado, pero todo parecía una enorme farsa, ya que las calles estaban vacías una vez más. Me pregunté si el frío había ahuyentado a los guardias o si Scotia también había encontrado la forma de ocuparse de ellos.

—Quiero mi collar de vuelta —le susurré a medio bloque de la barraca. Scotia se burló, su aliento era visible en el aire helado.

—Y yo quiero los códigos de la armería. No todos conseguimos lo que queremos cuando lo pedimos, princesa.

—Me lo dio un amigo —dije—. Un buen amigo.

—¿En serio? —Me miró, sus oscuros ojos se entrecerraron—. Que gracioso, a mí también me lo dio *un buen amigo*.

Capté la insinuación en su voz.

—Mercer me lo robó, y es mío.

—¿Lo quieres de vuelta? Entonces dame mis códigos de la armería.

—No.

—Entonces supongo que ahora es mío, ¿no?

Apreté mis manos en puños.

—No significa nada para ti.

—Quizá hace treinta segundos, pero ahora significa mucho. —Se paró en mitad de un callejón y se puso cara a cara conmigo—. No sé por qué has rechazado

ayudarnos, pero se sobre los discursos que diste. Sé lo que hiciste por la rebelión en el pasado, y verte despreciar todo sólo porque llegaste aquí... ¿tienes idea del mal que le estás haciendo a la moral de la rebelión?

—Dame mi collar —dije, ignorándola. Ella continuó como si ni siquiera hubiera hablado.

—He escuchado las grabaciones que contrabandearon. El discurso que diste en Nueva York... eres la razón por la que la mitad de esta gente estuvo de acuerdo en arriesgar sus vidas y unirse a nosotros en primer lugar.

Abrí la boca para insistir en que eran idiotas, pero me paré de repente. El discurso de Nueva York... esa no había sido Lila antes de fingir su muerte. Esa había sido yo.

—Eres una inspiración para esta gente. Sólo estar aquí, en nuestra sección... les dio esperanza. Muchas más personas de las que habíamos tenido nunca antes arriesgaron sus traseros por ir a la reunión de esta noche, sólo por la posibilidad de que podrías estar allí. Y vienen y se dan cuenta de que no estás aquí para ayudarnos. —Scotia sacudió la cabeza con tristeza—. Es posible que ya hayas arruinado cualquier posibilidad de ser libres de nuevo.

—La única razón por la que sigo viva es para que Knox pueda usarme contra ustedes —dije, con mi voz temblando de frío y furia—. Si le pregunto sobre esos códigos, no tendrán ninguna posibilidad de encontrarlos jamás.

—Entonces no preguntes —dijo—. Quédate con los Mercer. Búscalos cuando duerman. No me importa lo que hagas... pero si quieres demostrar que eres algo más que una princesa, entonces tienes dos días para ayudarnos antes de que toda la rebelión falle. Si podemos conseguir esos códigos, tendremos una oportunidad de ganar. Pero si no los conseguimos, entonces no sólo estaremos todos muertos, si no que nadie se va a atrever a levantar un dedo contra tu familia en las generaciones venideras. —Se inclinó hacia abajo hasta que nuestras narices casi se tocaban—. Necesitamos un líder, Lila. Puedes ser ese líder. Puedes mejorar millones de vidas.

Todo lo que tienes que hacer es que te importe lo suficiente para intentarlo.

Me quedé inmóvil mientras el frío se filtraba por mis huesos y el aire se volvía hielo en mis pulmones. Había intentado que me importara. Todo lo que había conseguido era un boleto de ida a Otro-Sitio y un asiento en primera fila para ver a Benjy morir. Ahora no tenía nada que perder, y no importaba donde estuviera—Otro-Sitio, D.C., esa cabaña en el bosque—, mi vida nunca sería mejor de lo que lo era en este momento, fría, vacía y sin valor.

—Tanto si la rebelión tiene éxito como si no, no tendrá nada que ver conmigo —dije—. Y no voy a ayudar a alguien que pone en juego a la gente que dice proteger. La única diferencia entre tú y Daxton Hart es que él tiene un país entero que lo respalda, y tú tienes unas cuantas decenas de seguidores que no se han dado cuenta todavía de que te preocupas por ellos sólo cuando pueden hacer algo por ti. —Retrocedí—. Quédate el collar. Espero que cada vez que lo mires, veas la cara de Maya, y la de Poppy, y la de Chelsea. Y espero que recuerdes que la única razón por la que murieron fue porque tú las delataste para tener una oportunidad de darle a Mercer tu dignidad.

Me di la vuelta y recorrí la calle hacia la barraca. No podía hacer esto, no de nuevo—no podía esperanzarme, sólo para ver todo incendiarse después. Pero mientras me deslizaba en la litera y me acurrucaba debajo de mi fina manta, mi mente daba vueltas a planes y posibilidades, lo que me tuvo mirando la oscuridad y preguntándome si tal vez, después de todo, tenía un último intento.

X

CAZADA

Traducido por Johaqc

La campana de la mañana sonó al amanecer, y a diferencia de la casa hogar donde había crecido, ni una sola chica refunfuñó o se quejó mientras salían ellas mismas de las camas y caminaban pesadamente hacia el baño comunal. Me les uní, permaneciendo al margen mientras pasaban por sus rutinas y susurraban entre sí, haciendo todo lo que podían por evitar encontrar mis ojos. Sólo Noelle me saludó con un apretón en el codo y una sonrisa amistosa.

140

Estaba a mitad de cepillar mis dientes cuando una voz familiar estalló a través de la barraca.

—¡Formen filas!

Williams, el guardia que le había disparado a Chelsea la noche anterior. Por poco dejé caer mi cepillo de dientes. —¿Formen filas? —pregunté, con la boca llena de pasta de dientes—. ¿Para qué?

Noelle palideció. —Nadie sabe —dijo, con voz temblorosa—. Ellos eligen a cuantas quieran. Cuando te llevan, nunca regresas.

Comencé a preguntar quiénes eran *ellos*, pero ella y las otras chicas se apresuraron a entrar en la habitación con literas, y enjuagué mi boca y las seguí. Como la noche anterior, paradas frente a sus literas, manos a los costados mientras miraban directo al frente. Incluso Scotia se paró frente a su cortina, con las piernas separadas y

manos detrás de la espalda. Nuestros ojos se encontraron, y su fría mirada dejó claro que si hacía que mataran a otra chica esta mañana, yo sería la siguiente.

Mi corazón latía con fuerza mientras tomaba mi lugar frente a mi litera. Williams irrumpió por la puerta, y un puñado de otros guardias se unieron a él, llenando a rebosar el pequeño lugar. Su mirada buscó la mía, y sonrió con suficiencia. Devolví la mirada, rehusándome a flaquear.

Esperaba que dijera algo, pero en su lugar permaneció en silencio. Mientras los segundos pasaban, mi pecho se apretaba, y clavé mis uñas en la palma de mis manos. Las otras chicas se removían nerviosamente, algunas bajaban las cabezas para que el cabello les ocultara el rostro. Eché un vistazo a Noelle. Levantó su mentón como si quisiera que ellos la vieran.

Minuto y medio pasó. Por fin botas pesadas resonaron con los pasos que se dirigían a la puerta principal, y Mercer entró a la barraca. Cerniéndose sobre nosotras, evaluó cada rostro, y sus ojos se demoraron sólo en los míos. Para mi sorpresa, sonrió. No le devolví la sonrisa.

—Creo que te gustará seleccionar aquí —dijo Mercer, y al principio pensé que estaba hablando con Williams... hasta que un segundo grupo de pasos hizo un ruido sordo contra las escaleras, y Knox atravesó la puerta, con su abrigo negro de lana cubierto de nieve.

Mi cuerpo entero se tensó. La ira ardía a través de mí, enardeciéndome, e hice un gran esfuerzo por quedarme quieta. De pie en la punta del pasillo, Knox estaba a menos de medio metro de distancia de mí. Lo suficientemente cerca de mí para ver la barba incipiente formándose en su mandíbula. Lo suficientemente cerca de mí para oler su jabón. Lo suficientemente cerca de mí para estirar el brazo y romper su cuello segundos antes de que cada guardia me metiera una bala.

Mis dedos se retorcieron. Valdría la pena si supiera que podría hacerlo, pero no tenía la fuerza en la parte superior del cuerpo que Knox sí poseía, y todavía estaba

adolorida y magullada del día anterior. Si lo mataba; *cuando* lo matara, necesitaría estar sola con él, si quería alguna oportunidad de éxito.

—Una buenísima elección —dijo Knox en voz baja. Avanzó por el pasillo a zancadas lentas, mirando a cada chica mientras pasaba.

—¿Son fuertes?

—Las más fuertes de Otro-Sitio —dijo Mercer—. Corredoras rápidas, también. Serán el reto que estabas buscando.

Mi estómago dio vueltas, y si hubiera comido algo el día anterior, no tenía dudas que hubiera vomitado sobre los zapatos de Mercer.

Knox se iba de caza.

—Esta —dijo, palmeando a una chica pelirroja en el hombro—. Y esta.

La chica negra junto a ella dejó escapar un extraño sonido de ahogo. Me di la vuelta, mordiendo mi lengua para abstenerme de soltar algo que ocasionaría más muertes.

—Una más, creo —dijo Knox mientras deambulaba sin prisa por el pasillo de regreso hacia mí. Yo sería la última.

Me obligué a relajarme y acepté lo que estaba por venir. Mi grupo no había sido elegido al azar; Knox estaba aquí por una persona y una única persona. Yo. Así era cómo finalmente me mataría.

Que lo intentara. Si yo iba a ir a caer, lo llevaría conmigo.

Knox se detuvo en frente de mí, exactamente como esperaba que hiciera, y nuestros ojos se encontraron. No vi en ninguno de sus rasgos algún indicio de familiaridad de que nos conociéramos en lo más mínimo, mucho menos que se arrepintiera de cómo habían ocurrido las cosas.

Por un momento me pregunté si él, también, había sido enmascarado. No me extrañaría que Daxton fuera capaz de eso, especialmente si había descubierto el papel que Knox representaba dentro de los Blackcoat. Hubiera sido un perfecto *infiltrado* en la rebelión. Y explicaría por qué Knox repentinamente parecía no tener ganas de mantener una promesa que me había hecho.

Pero entonces sus labios se curvaron en esa sonrisa reservada que quizá nadie podría haber duplicado, la misma sonrisa que una vez había creído estaba destinada a asegurarme que estaba haciendo lo correcto. Ahora todo lo que podía ver era una sonrisa sarcástica y desdeñosa.

Separó sus labios como si estuviera a punto de hablarme, pero en su lugar dijo indiferente: —Esta.

Alzó la mano para señalarme, y en lugar de actuar en el modo indiferente que desesperadamente quería, me encogí como si él estuviera a punto de tumbarme los dientes.

En vez de eso, jamás me tocó.

La chica junto a mí dejó escapar un gemido entrecortado. Cuando abrí los ojos, la mano de Knox descansaba sobre su hombro, no el mío.

—Ustedes tres, conmigo —ladró Williams—. El resto de ustedes, vayan a trabajar.

Knox retrocedió, con los ojos fijos en los míos, hasta que se dio la vuelta. El silencio parecía infiltrarse en la estancia mientras las tres chicas recorrían el pasillo para unirse a los guardias. Dos de ellas estaban llorando, pero la tercera me miró fijamente como si dijera *esto es tu culpa*.

No estaba equivocada, y no pude mirar más. Este era otro juego retorcido y enfermo que nunca podría ganar, y cuanto más me torturaba Knox, más quería arrancarle la garganta y alimentar a los lobos con ella.

Más pasos pesados resonaron contra los escalones del pórtico mientras los hombres salían, dejándonos tres menos de las que había antes de que vinieran. Antes de que tuviera oportunidad de moverse, Scotia golpeó la pared junto a ella, alarmando a media barraca.

—Ya lo oyeron —dijo en voz alta—. Al comedor ahora, y si alguna de ustedes llega tarde a trabajar, tendrá que pagármelo.

Las chicas agarraron sus abrigos y comenzaron a separarse. Mientras me ponía el mío, alguien tocó mi codo, y levanté la mirada para ver a Noelle de pie junto a mí, con sus grandes ojos vidriosos por las lágrimas no derramadas.

—Creí con seguridad que iba a escogerte a ti —susurró.

—Yo también. —A juzgar por la manera en que todo el mundo nos miraba, no éramos las únicas que lo pensábamos. Me puse mis botas, demasiado alterada y furiosa para molestarme por el hecho de que todavía estaban húmedas—. Lo siento.

—¿Por qué? —dijo ella—. Esto no es tu culpa.

Sí, lo era, pero era inútil tratar de convencer a Noelle, que parecía la única capaz de ver lo bueno en las personas. —¿Así es como es siempre? ¿Despiertas con veinte chicas, y para el almuerzo sólo hay quince?

—Para la cena, seremos de nuevo veinte —dijo Scotia desde atrás de su cortina—. Ustedes dos, fuera de aquí.

Juntas, Noelle y yo nos escabullimos por la puerta hasta la calle cubierta de nieve. El sol se esforzaba por brillar a través de las nubes, dejando caer una débil luz sobre nosotras mientras caminábamos con dificultad hacia el comedor. Otros se nos unieron, y Noelle deslizó su brazo en el mío. Al principio pensé que estaba tratando de consolarme, pero cuando aferró mi mano contra su pecho, me di cuenta que era al revés. Yo era su frazada de seguridad.

El comedor sólo estaba ligeramente más caliente que las barracas. Me estremecí mientras Noelle y yo hacíamos fila con los demás, esperando nuestro turno y

absorbiendo un poco del calor que se arrastraba hacia nosotras desde los hornillos y hornos en la cocina. Mientras una mujer nos servía panqueques pálidos y tocino blando, trataba de no pensar en las habitaciones bajo mis botas, llenas con más armas de las que había visto en toda mi vida. Si una de esas granadas estallaba, todos estaríamos muertos. Como si no lo estuviéramos ya.

—Hace calor en la casa de muñecas —dijo Noelle mientras sorbía un débil y pulposo jugo de naranja de un vaso de plástico.

—¿La casa de muñecas? —dije, demasiado ocupada frotándome las manos y tratando de infundir otra vez calor en las puntas de mis dedos para comer.

—Donde trabajamos —dijo—. Supongo que no es realmente cálido, técnicamente, pero los trajes que usamos mantienen dentro el calor.

Todas mis preguntas murieron en mis labios cuando finalmente comencé con mi desayuno. Los panqueques sabían a engrudo, y el tocino estaba tan salado que por poco me atraganté, pero era comida. Había comido peor.

Terminamos nuestra comida en silencio, y cuando otra campana sonó, Noelle se levantó de golpe y me acompañó de regreso afuera. Grupos de hombres y mujeres en monos naranjas y rojos se zambulleron dentro de los edificios, despojando a las calles de sus colores hasta que sólo quedaron los grises.

—Entra aquí —dijo Noelle y nos detuvimos junto a los largos edificios de tres pisos que había visto el día anterior. A pesar del tamaño, la única entrada que podía ver era una sola puerta. No había ventanas, y la única pista que tenía sobre lo que podría haber dentro era una larga chimenea de donde salían blancos hilillos de humo.

Más allá de la puerta principal estaba una suplementaria unida con una cerradura de metal, y cuando Noelle la abrió, miré el interior, esperando la misma clase de interior: gris y oscuro. En su lugar fui recibida por un pasillo blanco brillante y una mujer sentada en un escritorio, ordenando algo en un monitor. Parecía extrañamente familiar, y traté de identificarla, pero mi cerebro se había entumecido con el resto de mi cuerpo.

—Noelle, querida —dijo amablemente—. Llegas tarde.

—Lo siento —contestó Noelle, con las mejillas sonrojadas—. Tenía que mostrarle a Lila los alrededores.

La mirada de la mujer se posó sobre mí, y sus ojos se abrieron mucho. —¡Oh... Lila! Sí, sí, claro. Es un placer conocerte. —Sonrió, y de repente recordé dónde la había visto antes. La reunión de la noche anterior; había estado entre las márgenes del grupo. La había atrapado mirándome fijamente dos veces.

—¿Puede trabajar conmigo? —preguntó Noelle esperanzada—. Ahora que Maya...

—Por supuesto, por supuesto —dijo la mujer, y escribió algo en la pantalla—. ¿Por qué no le enseñas el camino, querida?

Con su brazo aún entrelazado en el mío, Noelle me condujo a través de una tercera puerta, que parecía mucho más pesada que las otras. Sin embargo, se abrió cuando la tocó, y entramos en un largo pasillo. Era tan brillante como la habitación anterior, y me inquietó el ambiente estéril que había en él.

—¿Qué es este lugar? —pregunté—. ¿Por qué lo llamas la casa de muñecas?

Se encogió de hombros. —No lo sé... así es como la llaman todos. Ven, por aquí.

Entramos por una puerta que contaba con una larga palabra que no pude leer, y al otro lado estaba la habitación más extraña que jamás había visto. Las paredes a cada lado de nosotras estaban hechas de materiales sólidos normales, pero la que estaba directamente en frente de nosotros estaba hecha de plástico transparente. La única manera de atravesarla era por una hendidura delgada en el centro, y vi muchas más capas de plástico que le seguían, lo que creaba un extraño túnel.

—Tienes que desvestirte —dijo Noelle, quien ya se había quitado su chaqueta y estaba ocupada en bajar el cierre de su mono. Había media docena de casilleros alineados junto a la pared izquierda, y abrí el que Noelle me señaló.

Al crecer en una casa hogar, no me intimidaba la desnudez, pero aun así era perturbador desvestirse delante de alguien que había conocido hacia menos de un día. Noelle no pareció notarlo—o tal vez no tenía idea de que estar desnuda era algo de lo cual avergonzarse—y una vez nos desnudamos y metimos nuestros sucios monos en nuestro casillero, me llevó a la pared de plástico.

—Sigue —dijo—. Es la cámara de desinfección. Es un poco ruidoso, pero realmente no duele.

Con todo ese apoyo en mente, me deslicé por el apretado plástico, haciendo una mueca de dolor cuando se frotó contra mi piel. Tan pronto como estuve completamente adentro, el plástico pareció cerrarse sobre sí, y una luz roja sobre mi cabeza comenzó a parpadear.

—Noelle, ¿qué...? —Antes de que pudiera terminar, un vapor denso se esparció en la cámara hermética, y me envolvió hasta que no pude ver. Por instinto contuve la respiración, y comencé a sentir un hormigueo en la piel. Si esto era algún tipo de broma y estaba a punto de desaparecer entre un charco de sangre y huesos...

Tan rápido como había llegado, el vapor desapareció. La X en mi nuca ardía, pero aparte de eso, había sido indoloro. Bajé la vista hacia mis manos. Había desaparecido toda la suciedad que había acumulado debajo de mis uñas en el último día, y mi piel estaba tan inmaculada como el día que desperté y descubrí que los Hart me habían enmascarado.

—Mi turno —dijo Noelle alegremente, metiendo su cabeza a través del plástico—. Sólo ve a la siguiente cámara y ponte un traje. Iré pronto.

Pasé a través de la segunda ranura a otra sección, estaba llena de trajes de plástico, zapatos, y máscaras. Frunciendo el ceño, me puse el más cercano a la entrada, desconcertada por la manera en que rechinaba cada vez que me movía.

Cuando conseguí jalar el cierre para cerrar el traje, Noelle salió luciendo tan limpia como yo me sentía. —Jala la capucha por encima de tu cabeza así; tienes que

asegurarte que tengas cada cabello adentro, si no, te regañarán. Y luego ponte los zapatos y la máscara.

Cuando estuvimos completamente vestidas, sentí como si estuviéramos a punto de tirarnos en un contenedor de residuos tóxicos para un chapuzón. Pero al menos Noelle había tenido razón sobre el calor... No había estado así de cálida desde que llegué a Otro-Sitio.

—¿Para qué es todo esto? —pregunté.

—Así no contaminamos nada —respondió—. Vamos, ya llegamos tarde.

Nos escabullimos a través del último trozo de plástico, y vacilé. Éste era opaco, hacía imposible ver qué había en el otro lado hasta que estuviera ahí. Mi corazón martilleó. Si Noelle hacía esto todo los días, entonces estaría bien. Yo estaría bien.

Antes de que pudiera averiguar cuándo había recuperado mi instinto de supervivencia, llegué al otro lado del plástico, y me detuve. Era una simple habitación blanca, completamente diferente a todo lo que había esperado. Estaba casi vacía, a excepción de un montón de pequeños contenedores apilados ordenadamente a lo largo de varias repisas y un guardia vestido con un traje similar, que sostenía un fino y largo garrote hecho completamente de plástico. En medio de la pared del fondo estaba una ventana con una barrera de plástico que nos separaba de lo que había más allá, junto a la pila de contenedores estaba el inicio de una cinta transportadora.

Pero la cosa más extraña de todas era el chico que estaba sentado en un taburete de plástico en el centro de la habitación, vestido con el mismo traje que llevábamos. Sin embargo, no tenía máscara, y su capucha estaba echada hacia atrás, revelando su cabeza calva.

—Buenos días, Teddy —dijo Noelle alegremente. El chico... Teddy; no reconoció su presencia. Fruncí el ceño. Su voz estaba amortiguada detrás de la máscara, pero incluso aunque ella no hubiera estado frente a mí, le hubiera entendido. Se dio la vuelta y me dio una mirada significativa, de esas que eran obvias aun si no podía verle la mayor parte del rostro.

—Hola —dije—. Soy Lila.

Teddy tampoco me respondió. Miré a Noelle indecisa, pero no parecía desconcertada en lo más mínimo. En su lugar fue sorteando los contenedores, y acomodó varios sobre una larga mesa blanca junto a la cinta transportadora.

—¿Hice algo mal? —pregunté con voz baja, agachando mi cabeza cerca a la suya.

—¿Mal? ¿Qué crees que hiciste mal?

—Yo... —dudé, con la mirada moviéndose rápidamente hacia Teddy.

—¡Oh! —Noelle se rio con nerviosismo—. Está bien. Él no habla con nadie. Nunca lo he oído decir una palabra en toda su vida.

—¿En toda su vida? —Miré a Teddy de nuevo. Estaba sentado inmóvil en el taburete, con los ojos fijos en algo que yo no podía ver. Sus labios se movían como si estuviera hablando con él mismo, pero no salía ningún sonido.

Noelle asintió. —Crecimos en la misma sección. Estábamos en las mismas clases, pero nunca decía nada. Sólo se quedaba sentado. Todos sabían que iba a ser declarado un I, pero un par de años después, cuando estábamos aprendiendo acerca de lo que deberíamos hacer una vez dejáramos la sección J, descubrieron que era realmente bueno con...

Antes de que pudiera terminar, un timbre pitó. Salté, pero nadie más se inmutó. La barrera de plástico en la extraña ventana en la pared se abrió, y un par de manos enguantadas aparecieron, sosteniendo una cosa rosa y grumosa que parecía como un trozo de carne cruda.

—¿Qué demonios...? —comencé, pero Noelle se puso en acción, la tomó con delicadeza de las manos enguantadas. Se giró hacia Teddy, cuyos ojos por un momento se centraron en lo que ella sostenía antes de desenfocarse de nuevo.

—Abre ese contenedor —dijo Noelle, inclinando la cabeza hacia el más cercano en la mesa—. ¡Deprisa!

Mis dedos temblaban, y me tomó dos intentos quitar el complicado cerrojo. Por fin abrí la parte superior, y vapor frío salió del contenedor mientras Noelle cuidadosamente colocaba adentro lo que sea que eso fuera.

—Asegurado —dijo, cerrando el cerrojo—. ¿Número?

—M042853 —dijo una voz femenina a través de la media puerta antes de cerrar el plástico otra vez. Noelle hizo señas hacia un cuadrado blanco en el contenedor de metal.

—¿Puedes anotar eso? —Sus manos estaban cubiertas en lo que parecía sangre. Parpadeé.

—¿Con qué? —pregunté.

—Con la punta de tu dedo. Se anotará, confía en mí.

No podía descifrar palabras completas, pero sabía lo suficiente para ser capaz de trazar lentamente cada símbolo sobre el cuadrado. Como lo prometió, aparecieron, aunque con la escritura temblorosa, apenas legible. Noelle suspiró.

—No importa, yo lo haré de aquí en adelante. Sólo deja que me lave las manos.

Se desplazó a un fregadero que no había visto en la esquina, y usando unos pedales sobre el suelo, hizo salir un chorro de agua teñida de azul desde el grifo. No me había sentido tan incompetente e inútil desde el momento en que me había convertido en Lila Hart.

—¿Qué era eso? —pregunté. La sangre de sus manos se mezcló con el agua azul, tornándose en un repugnante tono morado antes de correr por el desagüe.

—Un corazón —dijo. Mi estómago se contrajo.

—¿Quieres decir... un corazón *humano*?

—¿Nunca antes habías visto uno?

Me quede mirándola. —¿Qué estamos haciendo con un corazón humano?

Colocó el contenedor sobre la cinta transportadora, y en cuestión de segundos, desapareció a través de otra capa de plástico. —Eso es lo que hacemos —dijo—. Una vez extraen los corazones, los empaquetamos para el envío. Los doctores en el exterior se los dan a las personas que los necesitan. Hacen toda clase de cosas en la casa de muñecas... Sólo he trabajado con corazones, pero los otros lo hacen con pulmones, hígados y ojos, y Scotia es lo bastante afortunada para trabajar con cabello.

La miré boquiabierta. De verdad iba a vomitar. —¿Pulmones humanos e hígados y ojos y... cabello... humanos? ¿Pero de dónde vienen? ¿De quién eran esos corazones?

Se encogió de hombros. —Probablemente no era un I. El número de su cumpleaños... 28 de abril de 2053. Es muy raro que un I dure tanto, así que era probablemente un prisionero.

Me quedé clavada en el lugar, tratando de procesarlo. En algún lugar en el fondo de mi mente, había sabido que los órganos de los I eran cosechados. Daxton lo había mencionado cuando me había llevado a cazar a Otro-Sitio. Pero nunca antes me había permitido pensar demasiado en ello, preferí fingir que era sólo una historia que Daxton me había contado para asustarme, para asegurarse de que estaría de acuerdo con sus planes.

Ahora, después de lo que había visto, no podía fingir más.

—Y... ¿y Teddy? —logré preguntar, con la garganta apretada—. ¿Qué hace?

—Puede distinguir los malos de los buenos —dijo, frunciendo el ceño—. No estoy segura de cómo, exactamente, pero averiguaron que podía escoger los corazones que sobrevivirían a ser trasplantados de los que probablemente fallarían. Ese es el motivo por el que lo dejaron vivir.

—¿Cómo es eso posible? —Mi voz se quebró, y tuve que hacer un gran esfuerzo para no apoyarme contra la mesa de los contenedores que esperaban sus habitantes.

—Mucho de los I pueden hacer cosas que otros no pueden hacer —dijo ella—. Había otro en mi grupo que podía dibujar cualquier cosa de memoria. Edificios, rostros, árboles hasta la última hoja... era asombroso. Me dibujó una imagen para mi noveno cumpleaños.

—¿Dónde está él ahora? —pregunté—. ¿Tiene un trabajo como Teddy?

Su expresión decayó, y se ocupó con el cerrojo de otro contenedor. —No, no lo sé. Tal vez. No lo volví a ver después de la graduación.

El timbre sonó de nuevo, y esta vez no salté. No había un *tal vez* acerca de lo que le había pasado al otro chico.

—Ahora, toma este —dijo ella mientras la ventana de plástico se abría de nuevo, y otro par de manos enguantadas ofrecía otro corazón humano.

Quería decir no, pero el guardia en la esquina me miró con malicia, y con cuidado tomé el órgano de quien sea que estaba al otro lado de la pared. Aún estaba tibio y mucho más tibio de lo que había esperado, podía haber jurado que lo sentía latir.

La habitación comenzó a dar vueltas, pero me obligué a girar hacia Teddy, a sostenerlo para él. —¿Este está...? —Mi boca se sentía como papel de lija—. ¿Este está bien?

Teddy se concentró en él durante un segundo, y luego apartó la mirada. —Eso significa que está bien —dijo Noelle—. Por acá, bájalo cuidadosamente. Asegúrate de que no toque los bordes.

Ya tenía un contenedor abierto, y con cuidado, con mucho, mucho cuidado, puse el corazón adentro. Tan pronto como Noelle cerró la tapa, exhalé y me tambaleé en el sitio. —Asegurado —gritó, dirigiéndome una mirada preocupada.

Sea quien sea que estaba en el otro lado no podía vernos o no le importaba que yo estuviera a punto de desmayarme, y una voz masculina respondió: —F111964.

Femenino. 19 de noviembre de 2064.

—Oh —susurró Noelle, sus ojos se ampliaron mientras dejaba el contenedor en la cinta transportadora. No dijo nada más, pero era obvio que sabía de quién era el corazón que yo había sujetado.

Los bordes de mi visión se oscurecieron, y en ese momento, algo en mi interior se cerró. Juntas observamos el contenedor alejarse, y no fue hasta que sentí algo caliente desaparecer detrás de mí máscara que noté que estaba llorando.

Noelle no dijo ni una palabra durante la siguiente hora, y yo mantuve la boca cerrada. No había nada que pudiera decir para facilitarle las cosas, y no había nada que Noelle pudiera decir para hacerme sentir que algo de esto estaba bien.

Sólo una vez Teddy abrió la boca como si estuviera tratando de decir algo, y dio una palmada sobre su muslo, con su cuerpo entero retorciéndose. Esa debía de ser la señal que Noelle había estado esperando, porque inmediatamente devolvió el corazón al hombre al otro lado de la barrera de plástico.

—Defectuoso —dijo. El hombre no dijo ni una palabra; en su lugar tomó de nuevo el corazón, y la puerta de plástico se cerró, dejándonos una vez más en silencio. Teddy se calmó después de eso.

Quería preguntar qué harían con ese corazón humano... si se ponía a prueba para asegurar que Teddy tenía razón, o si simplemente lo tiraban a la basura por su palabra. La pérdida de una vida era ya lo bastante difícil de aceptar... pero ni siquiera ser capaz de dar un corazón viable que pudiera ayudar a alguien más a vivir; de algún modo hacia que toda la situación miserable fuera aún más desesperanzadora de lo que ya era.

Después de eso, estaba segura de que las cosas no podían ponerse peor. Pero este era el infierno, y por supuesto que empeoraron, cuando una mujer del otro lado de

la pared me entregó un pequeño corazón que pertenecía a una niña que nació ese día. Me consolé razonando que el bebé debía de haber muerto al nacer por una condición no relacionada, pero no podía evitar la sensación de que este corazón había sido solicitado por un VI para su propio bebé moribundo.

Una hora después, un crujido desde el dispositivo de comunicación abrochado al hombro del guardia interrumpió el silencio. Habíamos empaquetado once corazones para entonces, y no pude descifrar el confuso discurso, pero el guardia pareció entenderlo lo suficientemente claro. —Hart —ladró—. Has sido solicitada.

—¿Por quién? —pregunté, sorprendida, pero no me dio más detalles. En cambio, Noelle me lanzó una mirada aterrada, y me tragué el nudo en la garganta.

Estaría bien. Si Knox hubiera querido darme caza, me habría elegido antes del desayuno. Pero ni siquiera la lógica más irrefutable pudo calmar el miedo que se agitaba dentro de mí, y balbuceé mi despedida a Noelle y Teddy, que parecía tan ajeno a mí como siempre, antes de regresar por las paredes de plástico.

Para el momento en que llegué al cuarto de los casilleros, estaba desnuda y temblando a pesar de la ráfaga de aire cálido que venía de alguna parte por encima mí. Abrí mi casillero y descubrí un nuevo conjunto de ropa, y me las arreglé para ponerme la ropa interior antes de que un guardia abriera la puerta.

—¿Señorita Hart? —dijo—. Un rifle estaba sujeto a su espalda.

Asentí, resistiendo el deseo de huir e insistirle que regresara cuando estuviera completamente vestida. —Si me permite un momento —dije en el tono más Lila que pude conjurar. Aún debía de tenerlo, porque el guardia asintió, y aunque no cerró la puerta, tampoco me apresuró.

Un minuto después salí con un mono limpio, botas secas, y un pesado abrigo de invierno que en realidad tenía oportunidad de mantenerme caliente ahora que no estaba empapado. El guardia no estaba solo... había otro de pie junto a él, también sostenía un arma, y respiré profundamente. Todo estaba bien. Si fueran a matarme, ya lo hubieran hecho,

A menos que estuvieran esperando para que saliera al exterior, donde no tendrían que desinfectar el área.

—Señorita Hart, si puede seguirme —dijo el primer guardia con un aire de cortesía que esperaba que nadie decidido a asesinarme se molestara en usar. Me acompañó de regreso, bajo el iluminado pasillo hacia la entrada, incluso abrió la puerta por la que había pasado, pero me detuve inmediatamente cuando vi quién estaba esperándome en el otro lado.

Media docena de guardias estaban de pie en un semicírculo, incluyendo uno con un par de ojos azules muy familiares... Rivers.

Pero no fue él quien llamó mi atención. En su lugar, fue la mujer en el centro— con las manos sobre las caderas y un ceño fruncido en el rostro—la que me hizo desear estar aún en esa habitación, sujetando corazones humanos tibios.

Hannah Mercer.

XI

LATIDO

Traducido por Carolina Ortega

El disgusto de Hannah no se había disipado en las dieciocho horas y pico desde que fuimos presentadas, me miraba como un gato evaluando a un ratón, y por primera vez desde que Knox no me eligió esa mañana, me permití reconocer el hecho de que estaba aterrorizada.

—Escuche que tuviste una mala noche —dijo—. ¿Todavía quieres rechazar la oferta de mi esposo?

La oferta de Mercer, no de ella. El significado no se me pasó por alto. —Estoy feliz aquí —dije rígidamente.

Ella resopló. —¿Feliz? ¿Así es como lo llaman los niños estos días? —Sacudió la cabeza y caminó hacia la puerta, indicándome que la siguiera, vacilé, pero los guardias a mis lados me dejaron sin elección.

No fue hasta que ambas salimos y avanzamos a través del frío que ella habló. —Jonathan también escuchó lo que pasó, insiste en que te quedes con nosotros por tu propia seguridad. Las chicas en esta sección pueden ser peligrosas y él no desea que nadie te lastime.

—Pero él está de acuerdo con enviar a otras tres chicas allá afuera para ser cazadas como animales salvajes —dije antes de poder contenerme. A mi derecha sentí a Rivers tensarse, pero Hannah apenas me miró.

—Considérate afortunada, cada una de esas chicas mataría por ser tú.

Eso es porque ellas no tenían idea de cómo era mi vida realmente. Sin embargo, Hannah sí lo sabía... ella había sentido el III debajo de mi VII, pero hasta donde yo sabía, todavía no le había dicho a nadie una palabra al respecto. Se me ocurrían una docena de razones por las cuales ella querría mantenerlo entre nosotras, pero al final del día, el que Hannah conociera el secreto que hasta ahora me había mantenido con vida, la convertía en el mayor peligro de todos.

—Hay posibilidades aquí, sabes —dijo Hannah medio bloque después—. Puede no parecer mucho, especialmente comparado al estilo de vida al que estás acostumbrada, pero tu estadía aquí no tiene que ser miserable, si tú nos dejas ayudarte, podrías tener una vida aquí, una familia, una verdadera oportunidad de ser feliz, no es todo pesimismo y condena.

—¿A cuál de nosotras está tratando de convencer? —pregunté. Una expresión extraña parpadeó en el rostro de Hannah y ella se detuvo.

—Estuve en tu posición una vez —dijo haciéndole un gesto a los guardias para que nos dieran espacio, ellos retrocedieron, formando un amplio círculo alrededor de nosotras, suficientemente alejados para ofrecer alguna apariencia de privacidad, pero no lo suficiente para darme la oportunidad de intentar huir. Como si tuviera algún otro lugar al que ir. Aunque el por qué teníamos guardias hoy y no ayer no lo podía comprender.

—¿Qué posición es esa? —pregunté—. ¿En la que pasas de un VII a un X porque tu tío decidió que ya no eras útil, o en la que todo lo digno de ser amado en tu vida desaparece porque te la jugaste y perdiste?

Una leve sonrisa tiró de las comisuras de su boca.

—Tú crees que estás muy sola, ¿no?, crees que eres la única persona en el mundo con tus problemas. Despierta, querida, estás rodeada de personas que perdieron todo porque se la jugaron, duermes a centímetros de personas que tu tío decidió que ya no eran útiles. —Se dio la vuelta y pensé que la conversación había terminado hasta que ella movió su trenza a un lado, para revelar la cicatriz de una X

en su nuca, que cubría una V desaparecida—. Tenía diecisiete cuando fui arrestada —dijo—. Fui una V por una semana. Un escudero decidió que yo era bonita y cuando le tumbé los dientes de un golpe por poner su mano donde no debía, fui yo quien fue castigada, no él. Tuve suerte de llegar aquí, la mayoría de los escuderos me habría disparado en el callejón y dado por muerta. Pero empecé igual que tú, Lila, el peldaño más bajo, saco de boxeo para el resto de las chicas y yo no tenía una cara famosa para protegerme de lo peor.

Me dirigió una mirada intencionada y mantuve mi expresión perfectamente neutral, si ella no se había delatado todavía, no lo iba a hacer frente a un montón de guardias. —Alguien me ayudó a salir cuando era un poco mayor que tú —dijo—. Me mantuvo a salvo, me dio una oportunidad de avanzar y finalmente tener una vida digna de ser vivida. Permíteme regresar el favor.

—¿Por qué yo? —dije—. Daxton me odia, no voy a poder conseguirle un tratamiento especial.

—Esto no tiene nada que ver con él —dijo, frunciendo el ceño, creí haber visto el destello de algo en su cara otra vez, pero se había ido antes de poder estar segura—. Estoy haciendo esto porque estoy dispuesta a apostar que tu viaje ha sido más difícil de lo que el resto de nosotros podría saber, y porque yo creo que tienes un gran potencial sin explotar. Ahora que estás aquí, ahora que eres solo otra prisionera en vez de la adorada Lila Hart, quiero darte la oportunidad de descubrir quién eres realmente y creo que tu mejor opción es quedarte con nosotros. —Apenas pude contener mi bufido.

—Lo único que tengo que vale un carajo es mi cara y mi nombre, a nadie le importa lo demás.

—A mí me importa —dijo—. Jonathan podrá querer que vayas a la casa porque él cree que eso le comprara un favor en algún lado, pero yo estoy mucho más interesada en el lado tuyo que nadie más ve, déjame ayudarte, Lila. Te prometo que no te arrepentirás.

Sostuve su mirada durante varios segundos, con la mente corriendo. Odiaría dejar a Noelle en ese frío y húmedo lugar con las chicas iguales a Scotia, pero las palabras de Rivers la noche pasada me recorrieron, ahogando mis dudas.

Incluso si Hannah estaba mintiendo entre líneas, al menos esto me podría acercar lo suficiente a Knox para cortarle la garganta y verlo sangrar, y tal vez, sólo tal vez, sacarlo del camino le daría a los Blackcoat una oportunidad de obtener los códigos de la armería y comenzar una verdadera revolución. Mi vida se había acabado de cualquier manera, pero eso no significaba que también se había acabado para los demás.

—Supongo que no hará ningún daño ver la casa —dije y Hannah se enderezó cuadrando sus hombros de una manera extrañamente victoriosa.

—No lo hará —estuvo de acuerdo—. Por aquí.

Mientras caminábamos por la calle, gran cantidad de hombres y mujeres haciendo sus deberes nos miraron, ahora que ellos sabían quién era yo, suponía que eso lo hacía noticias incluso más grandes y una parte de mí deseaba que Noelle se enterara antes de la cena. Cuando yo no regresara a la casa de muñecas ella se preocuparía y no quería que ella pasara por eso. El resto del camino a la mansión Mercer fue rápido, Hannah tecleó una secuencia en un teclado en la entrada, permitiendo que la puerta se abriera para nosotros, varios de los guardias se quedaron fuera de la propiedad, pero un puñado se unió a nosotras, incluyendo Rivers.

La pequeña colina estaba cubierta de nieve intacta, a diferencia del fango gris y turbio que empapaba las calles, alguien había paleado la nieve del camino de entrada para dejar un sendero despejado. Pasamos varios árboles grandes que probablemente proporcionaban buena sombra en el verano; si este patio no estuviera en medio de Otro-Sitio, habría sido pintoresco.

—Aquí estamos —dijo Hannah cuando llegamos a la puerta principal, tecleó un código en otro teclado y esta vez también escaneó su huella—. Si decides quedarte, pondré tus huellas en el sistema esta noche. Quítate los zapatos.

Entramos a un pórtico cerrado, me saque a puntapiés las botas, demasiado ocupada mirando alrededor para preocuparme que mis calcetines estuvieran absorbiendo parte del agua fangosa. Hannah miró mis pies con recelo y sólo entonces también me quité los calcetines.

Cuando entramos al gran vestíbulo lo entendí, todo estaba limpio de una manera que hacía que brillara, el suelo estaba hecho de mármol blanco, las paredes parecían brillar en la luz y una araña de luces colgaba sobre mi cabeza, que se balanceó suavemente cuando Hannah cerró la puerta. Era tan hermosa como cualquiera de las propiedades de los Hart y como vi una H de oro adornado incrustada en la entrada de mármol, tuve la sospecha de que de hecho *pertenecía* a mi supuesta familia.

Una gran escalera llegaba hasta el segundo piso, dividiéndose a mitad del camino y yendo en dos direcciones diferentes, a la derecha del vestíbulo había un par de puertas dobles cerradas y a la izquierda había una estancia amplia y abierta, más allá de eso distinguí señales de un comedor, y creí escuchar los débiles sonidos de platos tintineando en la distancia.

—El almuerzo será servido pronto —dijo Hannah—, deberías unirte a nosotros. Ven, te daré el recorrido.

Me llevó a través del primer piso, me mostró las habitaciones principales, había otra estancia más informal en lo profundo de la mansión, los pasillos se sentían como laberintos pues tenían multitud de giros, me dejaron tan perdida como me sentí en las calles. En solo el piso inferior, Hannah señaló tres cuartos de baño y me llevó a través un magnifico comedor destinado a albergar mínimo a cincuenta personas.

—Tu familia ha cenado aquí muchas veces, con los Ministros de la Unión y sus seres queridos —dijo, señalando la madera oscura y los candelabros de plata, ricas pinturas al óleo colgaban en la paredes y reconocí a un hombre en una, el abuelo de Daxton, el gobernante original de los nuevos Estados Unidos, quien instauró el sistema de clasificación y de acuerdo con Augusta, salvó el país de la ruina económica.

Incluso entonces, en las horas más oscuras de la historia, la nación tuvo que haber sido menos sanguinaria que este lugar.

—¿Mi familia es dueña de esta casa? —pregunté cuando nos dirigimos a la parte posterior de la casa, Hannah asintió rígidamente.

—Daxton... el Primer Ministro nos permite quedarnos aquí mientras vigilamos a los prisioneros —respondió—, otra razón por la que creemos que es apropiado que te quedes con nosotros. Tengo otra habitación que mostrarte aquí abajo. —Abrió otra puerta y estaba parada dentro de lo que probablemente era la habitación más sencilla de la casa, pero entendí instantáneamente porqué la había dejado de última. Las tres paredes exteriores, estaban hechas de vidrio, el techo estaba en ángulo, lo que permitía una vista panorámica del cielo. Una línea de árboles tapaba la mayor parte de la vista de Otro-Sitio, dando la ilusión de estar sencillamente en una casa en medio del bosque.

—Esto es lo que llaman solárium, es mi lugar favorito —dijo Hannah en voz baja, como si estuviera admitiendo algún secreto vergonzoso—. Es especialmente hermoso de noche.

—Así... parece —dije firmemente, el pensamiento de que hubiera cualquier clase de belleza real en este lugar parecía tan diametralmente opuesto a la fealdad y el horror, que no podía procesarlo, pero tal vez ese era el punto, tal vez así era como Hannah permanecía por encima de todo. Di lo que me contó era verdad, yo no podía culparla, no realmente.

Nos quedamos otro minuto antes de que me llevara a una escalera en la parte posterior de la casa y empezamos a subir.

—El tercer piso es principalmente mío y de Jonathan —dijo—. El segundo piso está destinado a los huéspedes. Jonathan se tomó la libertad de tener una habitación lista para ti, espero que te guste el rosa. —Me llevó por el pasillo hacia una puerta marcada como la alcoba Augusta, casi me atraganté ante el pensamiento de estar en cualquier lugar en el que Augusta hubiera dormido, pero mi disgusto perdió vehemencia cuando Hannah abrió la puerta.

Dentro había un habitación que hubiera sido más apropiada para una chica preadolescente que para Lila Hart. Estaba decorada con tonalidades de rosa y oro, con calcomanías de mariposas tridimensionales pegadas en la pared del fondo, la cama con dosel dorado estaba cubierta por un tejido brillante y una ventana de vitral representaba una puesta de sol con tonalidades fundidas que se reflejaba en una pared de espejos, y hacía que toda la habitación explotara en color.

—Es... más juvenil de lo que probablemente estás acostumbrada, pero tienes tu propio baño y me aseguraré de que los sirvientes se lleven las muñecas. —La voz de Hannah tenía un borde nervioso, como si tuviera miedo de que yo fuera a juzgar duramente la habitación después de haber pasado la noche en una habitación de la mitad del tamaño de esta, abarrotada con otras veinte chicas.

—Es hermosa —dije—. Gracias. ¿Tienes una hija?

Hannah negó con la cabeza. —Jonathan y yo no tenemos hijos.

Había una mirada nostálgica en su cara que me hizo preguntarme si ella hubiera querido tener hijos, o si ella los tuvo alguna vez y los perdió. Preguntar directamente podría, probablemente, romper cualquier tentativa de paz creada entre nosotras, pero otra pregunta me vino a la mente.

—Si ustedes tuvieran hijos —dije—. ¿Les estaría permitido dejar Otro-Sitio y convertirse en parte de la sociedad?

Ella frunció los labios sin mirarme a los ojos. —Si naces en Otro-Sitio, te quedas en Otro-Sitio. Nadie, excepto Jonathan y los otros funcionarios designados, sale nunca, no sin una orden administrativa.

—Así que usted no ha...

—No, no desde que fui arrestada. —Ella entró a la habitación y abrió los cajones—. He traído algunas de mis viejas ropas, pueden estar un poco grandes, pero te quedarán. Si te vas a quedar aquí, no quiero verte llevando ese maldito mono.

Miré hacia abajo, el rojo parecía resaltar el día anterior, pero ahora sabía que era la única manera de mezclarme, nadie más llevaba ropa normal, incluso Hannah llevaba un uniforme blanco.

—Me cambiaré después, necesito regresar a la barraca y recoger mis cosas.

—¿Tus cosas? —preguntó Hannah arqueando una ceja—. ¿Qué cosas?

Había metido la servilleta que Benjy había dibujado para mí debajo de mi colchón, para mantenerla segura. Pero más urgentemente, necesitaba asegurarme de que Noelle supiera que yo estaba bien.

—Sólo algo sentimental —dije—, no tiene ningún valor real, simplemente quiero tenerlo.

Ella inhaló una larga bocanada de aire y lo soltó bruscamente.

—Si insistes, al menos espera hasta después del almuerzo, supongo que puedo soportar una comida contigo en esa cosa.

Tuve que morderme el labio para evitar decir una réplica de la que podría arrepentirme.

—Gracias —conseguí decir y salí de la habitación oro y rosa—. ¿Qué camino?

Hannah me condujo por los pasillos, probablemente hacia otra escalera. Sin embargo, antes de que llegáramos a ella pasamos una puerta abierta y por hábito miré al interior, era otra habitación de huéspedes, esta vez marcada como la alcoba Edward y estaba decorada en azul marino y plata, una cama con dosel y otros muebles de caoba dominaban la habitación, y a diferencia de la alcoba Augusta, ésta no tenía vitrales, era cómoda pero no había lujos ni detalles personales.

Excepto por uno, en la mesa de noche había un marco dorado con un laberinto grabado en el metal, exactamente el mismo que Greyson me había dado por el cumpleaños de Lila.

Me detuve en el umbral, esta debía ser la habitación en la que Knox se estaba quedando, sólo a unos pocos metros de la mía. Sería increíblemente fácil colarse en su habitación y cortarle la garganta en medio de la noche. Si lo hacía bien, él incluso podría pensar que estaba aquí para pedir una disculpa, sería simple, una pieza de ese vitral, un tajo en la garganta.

—Él te extraña —dijo Hannah sobre mi hombro.

—¿Knox? —exclamé demasiado sobresaltada para ocultar mi sorpresa—. Él no me extraña, él nunca me amo en primer lugar, todo era sólo un retorcido compromiso político.

—Tal vez así es como empezó, y tal vez eso es lo que es para ti, pero reconozco el amor cuando lo veo, ese hombre movería cielo y tierra para mantenerte a salvo.

Lo absurdo de su afirmación me alimentó con una loca especie de valentía y entré a la habitación, me dirigí directamente al marco fotográfico, lo tomé y observé la foto de Greyson y yo en él. Llevaba en Otro-Sitio un día, pero en realidad se sentía como toda una vida atrás. Mi dedo se movió hacia el interruptor de atrás, el que revelaría la fotografía de mi cara real y Benjy, pero con Hannah al acecho detrás de mí no podía arriesgarme, ni siquiera por una fracción de segundo.

—Knox es la razón por la que estoy aquí —dije, trazando el laberinto dorado—. Él mató a mi... el mató a mi mejor amigo y me mandó aquí, todo porque creyó que no podría controlarme más. Si él me amara como dices, yo estaría en D.C. ahora mismo, y tú no estarías de niñera.

—Siempre estoy de niñera. —Se detuvo a mi lado—. ¿Quién es ese?

—Greyson, mi primo. —Me tomó un momento recordar que hasta que su hermano mayor había sido asesinado el año pasado, él había sido libre y se había pasado la vida alejado del ojo público. Antes de ser enmascarada como Lila apenas conocía algo sobre él y alguien en Otro-Sitio no podría reconocerlo para nada—. Va a ser el siguiente Primer Ministro, después de Daxton.

—Bien —Hannah vaciló—, estoy segura de que lo conoceremos lo bastante pronto.

—Espero que no. —Bajé el marco gentilmente, el conocimiento de lo que había detrás de esta fotografía tendría que ser suficiente por ahora, tal vez después, cuando Hannah no me estuviera acechando, tendría la oportunidad de colarme y ver la cara de Benjy una última vez.

En vez de llevarme afuera, Hannah se quedó parada en la habitación por un largo momento, su mirada fija en mí.

—Lo que sea que pasó entre tú y Knox... estoy segura que él tuvo sus razones para hacerlo y espero que lo descubras para que puedas perdonarlo. Esa clase de amor es rara en este mundo y si tienes la suerte suficiente de encontrarlo... —Su labio se frunció y por un momento miró a lo lejos—. No deberías tirarlo todo por un estúpido error.

Abrí la boca para decirle que no había sido un error, que Knox sabía exactamente lo que estaba haciendo cuando apretó el gatillo y asesinó a Benjy, pero mi protesta murió en mis labios. Hannah estaba enfocada en algo más allá de esta habitación, era obvio que ya no estábamos hablando de Knox y yo.

—Voy a hablar con él una vez me acomode —dije, tratando de sonar como si realmente estuviera considerando la opción. Interiormente me comencé a preguntar si no había más de Hannah de lo que había asumido hasta ahora. Quienquiera que fuera en quien ella estaba pensando, era obvio que no era su esposo.

Al final me condujo a la gran escalera, los escalones eran fríos y cortantes, de mármol, sin alfombra para protegerlos y mientras seguía a Hannah hacia el vestíbulo, fantaseé con lanzar a Knox por las escaleras, funcionaria tan bien como un trozo de vidrio en la garganta y de esta manera, podría razonablemente clamar inocencia. No había duda de que Hannah dudaría de mí, pero sin ninguna prueba...

Hannah golpeó las puertas dobles que habían estado cerradas durante el recorrido. —Jonathan, Lila está aquí.

—Entra —dijo una voz ahogada. Hannah abrió la puerta revelando una oficina con un largo escritorio en medio y un par de sillas incómodas frente a él, claramente destinadas a los huéspedes. Mercer estaba parado frente a una pared de archivadores de madera y se apresuró a cerrar un cajón de en medio, y lo aseguró con algo que colgaba de un cordón. Antes de que yo pudiera echarle un buen vistazo, el colgó el cordón alrededor de su cuello y dejó caer la llave debajo de su camisa.

—Ah, Lila —dijo Mercer y rodeó su escritorio para unirse a nosotras, besó a Hannah en la mejilla, y envolvió su brazo alrededor de sus hombros posesivamente antes de enfocarse en mí. Así de cerca podía ver las finas líneas en su rostro y las bolsas debajo de los ojos, parecía como si no hubiera dormido en una semana—. Estoy tan complacido de que hayas decidido acompañarnos.

—Gracias a usted por invitarme —dije forzando una sonrisa. Si Mercer se dio cuenta o no, no pareció importarle.

—La cena está a punto de ser servida —dijo Hannah, inclinada bajo el peso de él y aunque ella enroscó el brazo alrededor de su cintura, su mano estaba apretada en un puño—. ¿Ya regreso Knox de cazar?

El recuerdo de lo que había pasado en la mañana hizo que un bloque de hielo se formara en mi estómago, y me enterré las uñas en la palmas, ¿cómo podía insistir Hannah en que él me amaba cuando estaba en el bosque cercano cazando a tres de las chicas con las que había compartido barraca?

—Lo canceló —dijo Mercer en un suspiro—. Recibió una nota importante de D.C., algo de lo que tenía que encargarse de inmediato, le permití utilizar tu oficina durante la mañana.

Cuando el disgusto de Hannah se mostró claramente en su cara, meforcé por ocultar mi alivio, todavía había tiempo para convencerlo de que no lo hiciera. Yo no quería morir, no hasta que él estuviera muerto a mi lado, pero si podía salvar solo una de las vidas de esas chicas, valdría la pena.

—Entonces, supongo que se nos unirá para el almuerzo —dijo Hannah.

—Lo haré —dijo otra voz detrás de mí... Knox. Me puse rígida y me quede inmóvil, negándome a darme la vuelta—. Veo que no soy su único huésped.

—Lila decidió unirse a nosotros después de todo —dijo Mercer—, parece que tu atractivo era demasiado para resistirse.

Knox soltó una risita, podía sentir su calor directamente detrás de mí. Sus manos se posaron en mis hombros, y me esforcé por no dar un respingo.

—Estoy seguro de que tiene que ver menos conmigo y más con la calidez y la comida.

Mercer rio como si eso fuera alguna clase de broma divertidísima, como si los hombres y las mujeres en su sección no se estuvieran congelando a muerte en las noches y comiendo comida que la mayoría de ellos no le servirían ni a sus mascotas. Al menos Hannah no esbozó una sonrisa cuando abrió el camino hacia el comedor, donde un almuerzo caliente de pavo, papas, verduras crujientes y galletas con salsa nos esperaban; comparado con los panqueques pálidos y el tocino cuestionable que tuve para el desayuno, esto era un festín digno de un rey.

Knox se sentó a mi lado en la mesa, y aunque varias veces pude sentir su mirada sobre mí, me negué a levantar la vista de mi plato. Él y Mercer mantenían una conversación acerca de la caza... de venado, me sentí aliviada al averiguar; y después sobre los diferentes asuntos que Mercer había estado enfrentando en Otro-Sitio últimamente.

—Todo el mundo quiere ser guardia —dijo—, debemos tener cuidado con los que escogemos, no podemos poner un arma en las manos de alguien que podría usarla contra nosotros.

—¿Hay alguna clase de prueba o análisis que hacen? —preguntó Knox mientras daba un mordisco al pavo y a las papas en salsa—. ¿Cómo diferencian a los rebeldes de los obedientes?

—Lo vemos. —Mercer se tocó la sien—. Eso es lo que hacemos aquí, observamos, conozco todo lo que pasa en este lugar, si alguien pone un dedo del pie fuera de la línea, yo estoy ahí. La reducción de la manada es importante, sin ella, estaríamos en condiciones de hacinamiento, con muchas bocas que alimentar y sin suficientes camas.

—Por eso el entretenimiento nocturno —dijo Knox, Mercer asintió.

—Es especialmente importante en los meses fríos, no muchos de los Ministros quieren pasar horas cazando en temperaturas bajo cero, así que tenemos que conformarnos. También tendemos a recibir una gran afluencia de ciudadanos durante ese período, Hannah sospecha que tiene que ver con que las personas se desesperan más durante el invierno. Así que tenemos que volvernos creativos, cualquier persona con un tipo de sangre raro y necesario es enviado a procesamiento, por supuesto, pero el resto... entre más miserables sean, más dispuestos están a jugar limpio. Convierte a unos pocos en ejemplo y el resto se queda en su lugar.

Dijo todo esto en un tono que implicaba que él estaba hablando sobre ganado, no seres humanos, con vidas y sentimientos. Apreté mi tenedor, resistiendo la necesidad de saltar sobre la mesa y apuñalarlo en el ojo. Frente a mí, Hannah se veía pálida.

—¿Tienen cámaras de seguridad que puedan establecer pruebas contundentes en contra de ellos? —dijo Knox.

Mercer resopló. —No necesitamos pruebas contundentes, en el momento en que ponen un pie aquí, sus vidas son un privilegio, no un derecho; pero sí —agregó—, tenemos cámaras puestas alrededor de las áreas de administración y de manufactura, tenemos patrullas regulares en los barrios residenciales, también tenemos informantes, la mayor parte de nuestra información viene directamente de ellos.

Informantes como Scotia, quien había estado muy feliz delatando a Chelsea, Maya, Poppy y las otras.

—¿Que reciben ellos a cambio? —espeté.

La mirada de Mercer recayó en mí, y las comisuras de sus ojos se arrugaron.

—Mi favor, por supuesto, privilegios que los otros no tienen, nos aseguramos de que nunca estén en riesgo de ser seleccionados para la caza, y elegimos nuestros guardias del grupo de informantes, así que resulta una decisión lucrativa para ellos. La mayoría de los días tenemos tanto dispuesto a informar sobre los otros, que no tenemos necesidad de seguridad.

—¿Cómo sabe que ellos le están diciendo la verdad? —pregunté.

Mercer parpadeó. —¿La verdad acerca de qué?

—Acerca de lo que vieron, ¿cómo sabe que ellos no lo están inventando sólo para ganarse su favor?

Él se encogió de hombros y apuñaló una zanahoria —¿Importa? De cualquier manera ayuda a reducir la manada, como dije, sus vidas son un privilegio, que puede ser retirado a nuestra elección, no necesitamos una razón. Después de todo, la mayoría de ellos ha cometido crímenes.

Entonces eso era, los prisioneros no eran personas para los Mercer, ellos eran algo para ser manejado, un producto que, al final, sería enviado a la sociedad en piezas, destinadas a salvar la vida de ciudadanos que no habían estado lo suficientemente desesperados para robar una naranja o una barra de pan.

—Necesito regresar a mi barraca —dije levantándome abruptamente—. Tengo que recoger mis cosas antes de que las otras chicas las tomen.

—Si ellas lo hacen, las encontraremos, no te preocupes —dijo Mercer, pero yo sacudí la cabeza.

—Seré rápida.

—Yo la escoltaré —dijo Knox, dobló su servilleta y también se levantó—. Me gustaría echar un vistazo sin los guardias rondando a mi alrededor, ver cómo es realmente para los prisioneros.

—Por supuesto —dijo Mercer aunque sonaba vacilante—. Si cualquiera te da problemas, me aseguraré de que sean controlados.

Cualquiera tendría que ser suicida para molestar a Knox, el hijo de un Ministro, pero el asintió de todas formas, y aunque yo hubiera preferido masticarme los dedos que dejarlo tocarme otra vez, él puso su mano en mi hombro y me guio fuera de la habitación.

Nos vestimos con sacos y botas en silencio, y no fue hasta que estábamos a mitad del camino de entrada que él habló.

—¿Estás bien? Te ves terrible.

Lo miré. —¿Qué si estoy bien? Hoy, después de verte seleccionar a tu presa de entre mis compañeras de barraca, manipulé once corazones humanos, todavía cálidos, por cierto. Ayer un grupo de chicas me golpearon y un guardia le disparó a una chica llamada Chelsea en la cabeza porque yo traté de ayudarla, el día anterior a ese, mi supuesto prometido mató a mi novio y el Primer Ministro trató de romperme la espalda, ¿qué parte de eso se supone que deba hacerme sentir cualquier otra cosa que una mierda?

Knox miró al frente cuando llegamos a la entrada de la mansión, los guardias se habían dispersado y nadie más era lo suficientemente estúpido como para acercarse.

—Las chicas están bien, no fui de caza.

—Sí, porque Daxton tenía algo más importante que debías hacer —escupí—. ¿Por qué no me escogiste?

Él levanto una ceja y finalmente miró hacia mí. —¿Quieres que te mate?

—Prometiste que lo harías, juraste que pondrías una bala en mi cerebro antes de dejarme terminar aquí.

—¿Es eso lo que realmente quieres?

—Quiero que dejes de jugar juegos y me digas la verdad por una vez. —Mis ojos comenzaron a quemar, y a pesar de mis mejores esfuerzos de embotellar mi ira, se me formó un nudo en la garganta—. ¿Por qué lo hiciste? Si querías castigarme, entonces debiste haberme matado a mí, Benjy nunca te hizo nada, él no merecía morir.

Knox abrió la puerta de la verja para mí y fue sólo a través de un acto de suprema fuerza de voluntad que resistí la necesidad de golpear su cabeza en una de las púas de la valla.

—Hice lo que hice para salvar tu vida.

Lágrimas nublaron mi visión y sequé mis ojos con rabia. —¿Crees que me importa mi vida?

—Debería —replicó—. Es lo único que tienes.

Antes de que pudiera detenerme, lleve mi brazo hacia atrás y lo golpeé directamente sobre el corazón, mi muñeca cedió ante la fuerza, doblándose bruscamente, y el dolor se disparó por mi brazo.

—Estás enfermo —dije, mi voz se rompió—. No eres mejor que el resto de ellos, no te importa nadie más que tú mismo, ¿no? No sólo mataste a Benjy, también traicionaste a los Blackcoat. ¿Cuántas personas están muertas por tu culpa, Knox?, ¿una docena?, ¿una centena?, ¿mil?, ¿Cuántas personas van a morir antes de que todo esto termine porque te preocupas más por tu propia vida sin valor que por la libertad de millones?

Su expresión se mantuvo en blanco.

—Piensa lo que quieras, pero hice lo que hice porque era la única opción, a veces los peones tienen que ser sacrificados para ganar el juego.

—Yo no soy un peón y mi vida no es tuya para sacrificarla.

—No, no lo es —estuvo de acuerdo—. Tú hiciste un trabajo fantástico asegurando ese destino para ti y para Benjy.

—Di su nombre otra vez y te mostraré sacrificio.

Knox suspiró, y por primera vez desde que lo había visto la noche anterior, pareció el mismo Knox que fingía preocuparse por mí en D.C.

—Lo siento, Kitty, realmente lo siento, si hubiera podido hacerlo de cualquier otra manera...

—Pero no lo hiciste —dije—, y ahora esta es mi vida, gracias por eso, por cierto, estoy segura de que encontraré alguna manera de devolverte el golpe, eventualmente.

—Yo también estoy seguro de que lo harás —dijo con una resignación que no esperaba, lo miré y pasaron unos pocos segundos. Mis dedos se entumecieron en el frío y metí las manos en mis bolsillos.

—¿Por qué sigues aquí, Knox? Si quieres matarme simplemente acaba de una vez, deja de jugar con tu comida.

Él inclinó la cabeza y me miró con curiosidad. —¿Es así como realmente me ves? ¿Cómo uno de ellos?

—¿Tú qué crees?

Knox pasó su mano enguantada en cuero por su cabello. —Necesitaba una excusa para estar aquí, Kitty, cuando vi una oportunidad de ganarme la confianza de Daxton y sacarte de D. C. tuve que tomarla, no tenía otra opción, no si quería mantenerte a salvo.

—¿Esto es lo que llamas mantenerme a salvo? —Hice un gesto salvaje—. ¿Tienes alguna idea de cuántas personas han tratado de matarme desde ayer?

—Pero ellos no lo harán, porque tú eres Lila Hart, incluso si te odian, valoran más sus vidas —dijo Knox—. Los Mercer te acogieron por petición mía, ellos van a continuar manteniéndote segura hasta que todo termine.

—¿Hasta que qué termine? —pregunté— ¿Qué está pasando, Knox? ¿Por qué Augusta mantenía un archivo sobre mí? ¿Qué es lo que hay en él que me hace tan importante que tú haces de niñera conmigo incluso después de que hiciste que me arrestaran?

Él negó con la cabeza.

—Te estoy manteniendo a salvo por la misma razón que fuiste elegida para reemplazar a Lila en primer lugar, pero esto es más grande que tú, Kitty, y ahora mismo todo lo que necesitas saber es que tú eres mi excusa para estar aquí.

—¿Por qué? ¿Porque esto te da una oportunidad perfecta de traicionar a los Blackcoat por segunda vez y hacerte ver bien frente a Daxton?

Él me miró. —¿Quién te dijo?

Apreté la mandíbula, a pesar de lo enojada que estaba con Scotia, no podía traicionarla a ella y a los Blackcoat aquí, no con Knox.

—Contéstame tu primero ¿Qué está pasando? ¿Qué plan es tan grande que cuesta la vida de Benjy?

Knox sacudió la cabeza.

—Quiero mostrarte algo.

Solté un bufido y me limpié la nariz con la manga.

—No voy a ninguna parte contigo.

—Sí, lo harás. —Sacó un pañuelo de su abrigo de lana negro y me lo ofreció—. Sólo porque estás aquí eso no te da el derecho de comportarte como nada menos que una Hart.

—No soy un Hart ¿o lo has olvidado? —le espeté, arrebaté el pañuelo de sus manos, y en vez de usarlo lo metí en mi bolsillo.

—Tú eres más una Hart que el resto de ellos combinados —dijo—. Ahora vamos, esto no esperará para siempre.

Para mi sorpresa, me tomó de la mano, su agarre como hierro alrededor de mis dedos, pero no apretaba lo suficiente para hacerme daño, sólo lo suficiente para hacerme imposible deslizar mi mano. Consideré brevemente causar un alboroto, pero él era claramente un visitante y yo seguía llevando el mono rojo que me marcaba como una prisionera, no había manera de que yo fuera a ganar esa batalla.

En vez de llevarme a las barracas, Knox hizo un giro brusco hacia la derecha, hacia el borde de Otro-Sitio, donde había conocido a Elliott la noche anterior. Era un camino corto hasta la valla y me llevó a lo largo hasta la torre de vigilancia más cercana, estaba hecha de roca y metal, y se erigía por encima de Otro-Sitio para dar a los guardias que patrullaban el perímetro una visión clara de todo lo que sucedía.

—Estoy segura de que no es más bonito desde allá arriba que desde aquí abajo —dije cuando Knox me dirigió hacia una escalera de caracol.

—Te vas a sorprender —dijo suavemente. Cuando llegamos a la puerta que daba a la parte superior de la torre, él se detuvo—. Todo lo que hago es por el bien mayor, Kitty, espero que lo entiendas, porque necesito que confíes en mí.

—Entonces supongo que estás malditamente falto de suerte, porque si crees que voy a confiar en ti otra vez, estás delirando —dije y él se encogió de hombros.

—Tal vez sea así, pero me gustaría que mantuvieras la mente abierta.

Abrió la puerta antes de que yo pudiera replicar, a pesar de la cantidad de nubes, la luz hirió mis ojos y yo parpadeé.

Y luego parpadeé otra vez.

Y una tercera vez.

—¿Qué? —pregunté sin aliento y esta vez no frené el torrente de lágrimas.

Parado en una plataforma circular, vestido con un mono naranja, estaba Benjy.

XII

CONFIDENCIAL

Traducido por SebasPotterM

No recordaba haber cruzado la plataforma. Hacia un segundo estaba de pie en la entrada junto a Knox, y al siguiente estaba en los brazos de Benjy, sollozando en su hombro.

—Shh, estás bien. Está bien —susurró en mi cabello—. Estoy justo aquí. Todo va a estar bien.

Escuchar su voz otra vez era suficiente para compensar por todo lo que había sucedido los pasados dos días, y repentinamente la parte de mí que se había enfriado en el momento en que Knox le había disparado esa bala a Benjy vino a la vida de nuevo, inundándome con una avalancha de emociones incontrolables que no podía comenzar a ordenar. Alivio-júbilo-terror-que me lo quitaran otra vez... y la devastadora realidad de que Benjy estaba aquí, en Otro-Sitio, y no tenía el rostro de un Hart para protegerlo.

—¿Qué... qué está pasando? —me las arreglé para balbucear medio minuto después. No me separé de Benjy, pero dirigí una mirada hacia dónde Knox estaba de pie—. ¿Cómo es esto posible? Yo te vi matarlo. Yo lo vi.

—Lo que tú viste fue un plan que elaboramos hace meses, en caso de que Daxton decidiera deshacerse de ti para siempre —replicó Knox—. Sabía que la única cosa que él podría aceptar en lugar de tu muerte era hacerte ver morir a Benjy y tener que vivir con ese recuerdo.

—Lo siento —dijo Benjy, sus cálidos brazos se envolvieron tan firmemente a mi alrededor que apenas podía respirar, pero en cualquier momento preferiría tenerlo a él por encima del oxígeno—. No tuvimos otra elección.

Saber que Benjy había estado enterado hizo que mi ira disminuyera sólo un poco, y le lancé una mirada asesina a Knox. —Podrías habérmelo dicho.

—No, no podía —dijo—. Tu reacción tenía que ser auténtica. Si te decía, podrías haberlo revelado incluso sin querer. Traté de decírtelo antes... esperaba que estuvieras con los Mercer cuando llegué, pero por supuesto tú fuiste demasiado terca para escucharlos.

Negué con la cabeza, agarrando a Benjy e inhalando su esencia. Incluso aquí, aún olía a casa. —¿Por qué te pusiste del lado de Daxton si ibas a salvarme a Benjy y a mí?

—Porque Daxton necesita creer que alguien está de su lado —dijo Knox, apoyándose contra la barandilla—. Yo soy el mejor candidato. Él confía en mí, y esa confianza es invaluable. Podría significar la diferencia entre perder y ganar esta guerra.

—Pero traicionaste a los Blackcoat —dije.

Dudó. —Bajo las órdenes de Celia, sí. Sampson no lo sabía, pero la incursión siempre estuvo destinada a fracasar.

Lo miré fijamente. —Enviaste a esas personas a morir.

—Y lo haría de nuevo si eso significara ganar la confianza de Daxton.

La parte de mí que había comenzado a deshelarse hacia él se congeló otra vez. —¿Por qué estás aquí todavía, Knox? —dije fríamente—. ¿No pueden los Blackcoat liberar a todas las personas de Otro-Sitio sin tu ayuda?

Él niveló su mirada a la mía. —Los Blackcoat no van a liberar a nadie, Kitty.

Fruncí el ceño. —¿Entonces qué..?

—Los Blackcoat van a entrar a la fuerza.

Se enderezó y dio un paso hacia nosotros, inclinándose como si tuviera miedo de que otra persona escuchara. Un par de guardias estaban situados en el extremo lejano de la plataforma circular, apenas visibles más allá de la puerta, pero cuando uno de ellos miró por encima, reconocí su rostro de la reunión con los Blackcoat. Tal vez ellos no sabían quién era Knox, pero Knox sabía quiénes eran ellos.

—Vamos a una guerra, Kitty. Una guerra real esta vez, no sólo bombardeos aleatorios y tácticas de guerrilla bajo el amparo de la noche. Si podemos obtener el control de Otro-Sitio, tenemos una oportunidad real. Tendremos recursos, armas, un ejército entero a nuestra disposición...

—No vas a hacer luchar a los prisioneros, ¿verdad? —dije, horrorizada.

—Nadie será obligado —respondió—. Pero esta es su oportunidad de una vida normal. Muchos de ellos cogerán un arma, y tendremos las cifras necesarias para darles la ventaja a los Blackcoat.

Dudé. —No todos están aquí por robar comida o no pagar impuestos. Algunos de ellos...

—Resolveremos eso cuando llegemos allí —interrumpió Knox—. Por ahora, necesitamos cifras, y necesitamos armas. Este lugar tiene ambos, y está diseñado para mantener a los prisioneros dentro, no a los buenos ciudadanos fuera. Esta es nuestra mejor oportunidad, y estoy aquí para asegurarme de que suceda.

Apreté los labios. —¿Tienes los códigos de la armería?

Hizo una mueca, sin lucir sorprendido de que yo supiera sobre ellos. —No todavía. Estoy trabajando en eso.

—¿Sabes dónde están, al menos?

—En la oficina de Mercer, en el cajón de la esquina. Están en una carpeta negra. Los códigos son cambiados cada tres días, por eso hemos fallado hasta ahora.

—Sé lo que estás pensando, Kitty, y no lo vas a hacer —dijo Benjy, pasando sus dedos por mi cabello. —No te puedes arriesgar, no cuando estamos tan cerca.

—No tengo elección —dije—. Si Knox no los puede conseguir...

—Entonces tú tampoco tendrás oportunidad —dijo—. Por una vez en tu vida, ¿podrías escucharme?

Knox se aclaró la garganta. —Benjy tiene un punto. Los Mercer me respetan. Ellos me han dado vía libre en la casa, y si soy sorprendido merodeando por ahí en la noche, no lo cuestionarán. Tú, por otra parte... tú podrás ser una Hart, pero sólo puedo protegerte hasta cierto punto. Vamos a perder mucha gente durante la guerra. No voy a deshacerme de nadie innecesariamente.

—¿Cuántos...? —Tragué con fuerza—. ¿Realmente tenemos una oportunidad? ¿Otro-Sitio contra el resto del país?

—Cualquier cosa que te diga ahora sería una suposición. Daxton podría tener reservas. Lo ignoro. Las armerías podrían haber sido vaciadas. No tenemos forma de estar seguros.

Él y Benjy intercambiaron una mirada, y Benjy apretó su agarre sobre mis hombros.

—¿Qué? —dije, mirando entre ellos—. No me digan que hay más.

—Podríamos tener una manera de evitar un baño de sangre —dijo Knox—. No es una garantía, pero tal como astutamente apuntaste, es nuestra mejor oportunidad de derrocar a Daxton tan pacíficamente como sea posible.

Abrí y cerré la boca. El archivo sobre Daxton... el que había conseguido que me arrestaran y le dispararan a Benjy en primer lugar. —No lo han encontrado todavía.

—Sabes que no —dijo Knox—. Estabas en lo cierto, Kitty. Si podemos ponerle las manos encima y probar que Daxton no es el verdadero Primer Ministro, podríamos

despojarlo de su apoyo. El ejército, la marina, los generales, los Ministros de la Unión, los ciudadanos civiles... si ellos saben que él no es quién piensan que es, se rebelarán junto con nosotros. Será arrestado en cuestión de horas.

—Y Greyson será el Primer Ministro —dije—. No.

Knox se estiró para agarrarme, y le ahuyenté la mano. Podría no haber matado a Benjy, pero aun así nos había puesto a ambos en medio de esto. —¿Estás dispuesta a conseguir un sinnúmero de personas muertas simplemente para que Greyson no tenga que ser el Primer Ministro por unos pocos días, hasta que todo esté arreglado?

—Los Blackcoat lo matarán —dije. Knox abrió la boca, pero lo corté antes de que pudiera hablar—. Puedes fingir todo lo que quieras que los Blackcoat lo dejen en paz, pero él no es uno de ellos. Es un Hart. Lo colgarán justo al lado de Daxton, y no voy a permitir que eso suceda.

—Tampoco yo.

—Entonces pruébalo. Mantén a salvo a Greyson... tráelo aquí y así sabré con certeza que me estás diciendo la verdad; y luego te diré dónde está el archivo.

El ceño de Knox se profundizó, y de repente pareció mucho mayor de lo que realmente era. —Vas a conseguir que muera gente.

—También tú, así que supongo que estamos iguales.

Él resopló. —Bien. Te traeré a Greyson aquí, una vez que nos hayamos adueñado de Otro-Sitio, y luego podrás ver por ti misma que está a salvo. Al instante que él llegue, me dirás dónde está el archivo. ¿De acuerdo?

—Y también tú vas a decirme qué había en el mío.

Dejó escapar un gruñido bajo, pero finalmente asintió. —De acuerdo.

Los tres pasamos el siguiente par de horas en la torre de vigilancia mientras Benjy y yo nos acurrucábamos contra la pared, manteniéndonos cálidos mutuamente mientras hablábamos de todo y nada. Knox fingía no escucharnos, pero podía ver la

forma en que su cabeza se inclinaba hacia nosotros siempre que nos susurrábamos el uno al otro, y parte de mí se preguntaba si lo que Hannah había dicho antes en la mansión Mercer era cierto... si Knox realmente me amaba como ella aseguraba.

Era ridículo. Para él yo era un peón en un juego que estaba determinado a ganar, y había probado una y otra vez que estaba dispuesto a sacrificarme por el bien mayor en el que afirmaba creer. En este punto no estaba segura de que fuera capaz de amar otra cosa más que eso, e incluso si lo hacía, no era a mí. Benjy era mi hogar. Él era mi otra mitad, y el amor por el cual yo estaba luchando. Benjy estaba en la sección junto a la nuestra; aquella en la que Noelle había crecido antes de haber venido a la sección X. —Es más seguro aquí —dijo Knox mientras yo abrazaba a Benjy una última vez—. Los guardias son más gentiles, y los líderes de la sección no permiten la violencia en frente de los niños.

—Estaré bien —dijo Benjy, besando la parte superior de mi cabeza—. Cuídate, ¿de acuerdo? No hagas nada loco. No puedo perderte otra vez.

—No lo harás —dije ferozmente, me paré de puntillas y lo besé. Sus labios estaban agrietados, pero era el mismo beso familiar que yo cruzaría montañas para encontrar. Él no había sido enmascarado.

Uno de los guardias condujo a Benjy escaleras abajo primero, y tan pronto como estuvo fuera de vista, algo dentro de mí comenzó a doler. Me dije a mí misma una y otra vez que esta no sería la última vez que estaríamos juntos, pero no estaba segura de qué creer.

—Si él tiene siquiera un rasguño la próxima vez que lo vea, te cortaré la garganta —le dije a Knox mientras bajábamos los escalones un minuto después, una vez que Benjy y el guardia habían desaparecido más allá de la valla dentro de la otra sección.

—Lo sé —dijo—. Vamos, nos detendremos en tu barraca antes de regresar a casa de los Mercer. Probablemente se están preguntando dónde estamos ahora.

Saqué mi brazo de su agarre. —Conozco el camino. Regresaré a tiempo para la cena.

—Kitty...

—No somos amigos —dije, retrocediendo y poniendo muchos metros entre nosotros—. Después de que nos pusiste a Benjy y a mí en medio de todo esto, nunca volveremos a ser amigos otra vez. Así que bien podrías dejar de fingir, ¿de acuerdo? No tiene ningún sentido.

Di media vuelta y me alejé rápidamente, metiéndome las manos en los bolsillos y agachando la cabeza. Knox no me llamó, y para el momento en que reuní el valor suficiente para mirar sobre mi hombro, él se había ido.

Traté de no pensar en él mientras me abría paso a través de las calles grises y fangosas de Otro-Sitio, y en su lugar me enfoqué en el hecho de que Benjy estaba vivo. Cada vez que recordaba el calor de sus brazos a mi alrededor, se me paraba el corazón, y era todo lo que podía hacer para mantenerlo unido. Todavía había una oportunidad. Aún teníamos una oportunidad del futuro que deseábamos juntos, y esta vez no iba a permitir que nadie, especialmente Knox Creed, nos lo robara.

Cuando me acerqué al comedor, giré en una esquina para cortar camino por un callejón que recordaba de la noche anterior. En su lugar, casi tropecé con una chica agazapada contra la pared, sollozando.

—Lo siento, yo... —comencé, pero tan pronto como ella alzó la mirada, caí de rodillas a su lado—. ¿Noelle? ¿Qué ocurre?

Su cabello oscuro colgaba en una débil cortina, ocultando sus rasgos, y lo peiné hacia atrás para poder ver su rostro. Sus mejillas estaban rojas y surcadas de lágrimas, y su cuerpo entero temblaba con sollozos mientras se forzaba a hablar. —Es... es Elliott —lloró—. Él... él no estaba hoy en la valla. Yo creo... creo...

Abracé sus hombros delgados. —Oye, está bien. Estoy segura de que está bien. Probablemente su horario tuvo cambios o... algo. Tal vez hubo un incidente, y no tuvo tiempo de encontrarte.

Ella sacudió la cabeza. —Tú no entiendes... él nunca falta un día. Nunca. Algo le sucedió. Lo sé.

—Pero él es un guardia. Nadie va a lastimarlo.

Dejó escapar otro sollozo ahogado. —Algunas veces, si los guardias son sorprendidos haciendo cosas realmente horribles... a veces ellos... ellos...

—¿Elliott haría algo realmente horrible? —pregunté gentilmente.

Ella resopló y se frotó los ojos con la manga. —No. No sé. Él es la persona más gentil que he conocido.

—Entonces estoy segura de que está bien —dije. Pero eso sólo la hizo romper a llorar de nuevo, su cuerpo temblando mientras escondía su rostro en sus manos desnudas.

Me acerqué más, presionando mi costado contra el suyo para calentarla y pasando mis dedos por su cabello, intentando tranquilizarla una y otra vez. Pero cuanto más hablaba yo, más lloraba ella, hasta que finalmente se quedó sin aliento. —¿Cómo sabes que estará bien? Tú estás aquí, igual que el resto de nosotros. No sabes nada con certeza.

Me mordí el labio. Ella estaba en lo correcto, pero al menos cuando yo estaba equivocada, significaba que mis pesadillas no se habían vuelto completamente realidad todavía. —Sé que no estamos ni de cerca tan solos aquí como ellos nos quieren hacer creer —dije tranquilamente—. Hay personas allá afuera... muchas personas, personas poderosas... que saben lo que padecemos. Ellos quieren ayudar, y lo van a hacer. Tú sólo tienes que quedarte aquí y creer que nada va a sucederle a Elliott.

—¿Aquí? —Resopló de nuevo y finalmente me miró. Su cara estaba manchada y sus ojos hinchados, pero al menos había dejado de llorar por un segundo. Aprovechando la oportunidad, asentí.

—Allí afuera, todos piensan que Otro-Sitio es una especie de... —titubeé. Sabía lo que había creído que Otro-Sitio era antes de que Daxton me hubiera traído aquí para cazar, pero nunca nadie había realmente hablado sobre ello. Era un lugar fantástico y lejano que nunca veríamos, si teníamos suerte y nos comportábamos... pero al mismo tiempo, había sido una amenaza constante flotando sobre nuestras cabezas, lista para arrancarnos de nuestras vidas en cualquier momento—. Nadie realmente sabe qué es —acepté—. Es sólo este... lugar. Algunas personas piensan que es algún lugar cálido, porque envían a los ancianos aquí. Otros piensan que es... lo que es, supongo. Pero nadie realmente sabe cuán horrible es, no a menos que hayan ido de caza. Incluso entonces...

—¿Caza? —preguntó. Me maldije silenciosamente.

—Nada... no importa —dije rápidamente. Noelle estaba bastante asustada con lo poco que sabía—. Sin embargo, hay personas allí afuera que saben cuán malo es esto, y se lo han dicho a otras. Y las personas se están levantando en contra del Primer Ministro. Ellos quieren liberarnos de aquí... lo harán realmente pronto, así que tienes que estar tranquila, ¿está bien?

Me miró dudosamente, y no podía culparla. Yo tampoco me creería. —¿Quién? —preguntó—. Nadie se preocupa por nosotros.

—Sí, ellos se preocupan —dije con firmeza—. Yo me preocupo. Me preocupé antes de venir aquí, y muchas otras personas lo hacen. Personas poderosas que pueden cambiar las cosas y ayudarnos... ayudarnos realmente. —Bajé la voz—. ¿Has escuchado sobre los Blackcoat?

—¿Los Blackcoat? —Su ceño se profundizó—. ¿Qué son esos?

—Ellos son un grupo de personas que van a sacarnos de aquí —dije—. Estoy aquí por ellos... porque voy a ayudarlos. Y voy a ayudarte, también, Noelle. Te lo prom...

—Lila —dijo una voz afilada sobre mi hombro. Me estremecí. Scotia estaba de pie a sólo un par de metros de distancia, lo suficientemente cerca para escuchar todo lo que dijimos. Mi rostro se puso caliente.

—¿Nadie te ha dicho que escuchar a escondidas es irrespetuoso? —espeté.

Me ignoró. —Necesito hablar con Noelle —dijo, pasándome por alto y en su lugar mirándola fijamente a ella—. Regresa a la mansión Mercer, Lila, y disfruta tu cena.

—Yo... —empecé, pero Scotia me atrapó por los brazos y me jaló para ponerme en pie, sus dedos apretaron mis cardenales. Grité.

—No era una petición —dijo—. *Ve.*

Noelle resopló y se frotó los ojos. —Está bien, Lila —dijo, ofreciéndome una débil sonrisa—. Gracias.

—De nada —repliqué, y fulminé con la mirada a Scotia. Esto no había terminado. Ella apenas me miró mientras ayudaba a Noelle a ponerse de pie, más gentilmente de lo que había sido conmigo, noté; y la adentró más en el callejón.

Las observé hasta que desaparecieron en una esquina, y con un resoplido, metí mis manos en los bolsillos y regresé a la calle. La barraca no estaba lejos, pero el trasero de mi mono estaba empapado con nieve sucia, y el viento cortante se sentía peor de lo habitual. Me odiaba por unirme a los Mercer, a pesar de lo necesario que era, pero no podía negar que sería mucho más cómodo.

Sin embargo, eso no arreglaría el problema para el resto de los prisioneros. La única cosa que podía posiblemente ayudarlos era encontrar esos códigos de la armería y darles a los Blackcoat una oportunidad de luchar para apoderarse de Otro-Sitio. Knox y Benjy tenían razón, si me atrapaban buscándolos, estaría muerta en segundos,

y esta vez mi rostro no podría ayudarme, no cuando, en primer lugar, todos pensaban que Lila estaba liderando la rebelión. Pero eso sólo significaba que no podían atraparme.

Y con el fin de acceder a los archiveros y robar los códigos, necesitaba mi collar. Las posibilidades de que Scotia me lo entregara si se lo pedía cortésmente eran escasas, incluso si se lo explicaba, y no confiaba en ella lo suficiente para hacerlo de todos modos. No después de todo lo que había hecho. Ella había estado trabajando para los Blackcoat, pero eso no quería decir que no estuviera dispuesta a delatarme en un segundo si eso significaba distraer a los Mercer lo suficiente para impulsar su propio plan secreto. Delatarme también significaba potencialmente delatar a Knox y a Benjy, y no podía permitir que eso sucediera.

Así que era eso. Tenía que encontrar los códigos por mi cuenta. Si Knox lo pudiera hacer, ya lo habría hecho, y Scotia tendría que admitir que no tenía ninguna posibilidad.

Tenía que recuperar mi collar.

Me deslicé dentro de la barraca, aliviada de verla desierta. Todo el mundo debía estar ya en el comedor. La servilleta que Benjy había dibujado estaba donde la había dejado, bajo el delgado colchón, y lo deslicé dentro del bolsillo de mi chaqueta, donde tenía la mejor oportunidad de permanecer seca.

Después me metí al baño para cerciorarme de que estaba vacío, me paré en frente de la cortina que separaba el cuarto de Scotia del resto de nosotras. Mi corazón martilleaba, pero no tenía idea de cuándo regresaría ella, y no tenía tiempo que perder. Ahora o nunca.

La cortina era más pesada de lo que esperaba, y para mi sorpresa, su cuarto estaba casi caliente. Era pequeño, apenas lo suficientemente grande para una cama, un pequeño escritorio y silla, y una mesita de noche; pero era un palacio comparado con el resto de la barraca.

En la casa hogar, teníamos una estricta regla de no fisgonear. Cualquiera que fuera sorprendido mirando entre las cosas de otra persona anulaba su derecho a la privacidad, haciendo sus posesiones un blanco para el resto de nosotros, y yo no era lo bastante estúpida para renunciar a lo poco que tenía. A pesar de que no había tenido problemas en revisar las cosas de Daxton y Lila, estar aquí sin Scotia hacía que mi piel cosquilleara por lo erróneo de la acción.

Pero era una misión. No le había visto el collar a Scotia en el callejón, y podría estar fácilmente escondido bajo su mono. Recé silenciosamente para que estuviera por aquí en algún lugar.

Comencé con el cajón delgado del escritorio. Estaba vacío, guardaba algunos trozos de papel con garabatos que no pude leer. Encontré un puñado de lápices, todos desgastados hasta las minas, pero no había nada más allí. Me volví hacia la mesita de noche.

El cajón superior era pequeño y estaba lleno de fotos de chicas que no reconocí, caras sonrientes con monos blancos en vez de rojos, por lo que sólo podía suponer que eso significaba que eran de una sección diferente. Mis ojos se detuvieron en una Scotia de aspecto más joven, con un cabello más largo sujeto en trenzas y una amplia sonrisa. Parte de mí estaba aturdida de ver a alguien luciendo así de feliz en Otro-Sitio, pero una gran parte de mí estaba aliviada de que Scotia no fuera un monstruo sin corazón después de todo. También tenía personas que le importaban, y al menos ahora tenía un atisbo de comprensión de por qué ella había arriesgado su propia seguridad y una posición cómoda solamente para ayudar a los Blackcoat. Todos nosotros teníamos a alguien por quién luchar, incluso si ese alguien éramos nosotros mismos.

Tuve cuidado de no desordenar nada en la mesita de noche mientras buscaba mi collar. El segundo cajón estaba lleno con un mono extra y calcetines de lana, y entre ellos descubrí una pila de notas plegadas atadas juntas con una vieja agujeta. Traté de distinguir los nombres en la parte superior y la parte inferior de cada página, pero las letras no formaban ninguna palabra que yo reconociera. No es que eso fuera difícil. Me mordí el labio. Tal vez si tomaba estos, Scotia estaría dispuesta a negociar.

O me mataría. Ese era un resultado mucho más probable.

Sin previo aviso, la puerta de la barraca se abrió, y me congelé. Por un instante, no pude moverme mientras el pánico me vencía, pero lo eché a un lado. Las probabilidades de que fuera Scotia eran escasas, pero ese era un riesgo que no podía tomar. Tan silenciosamente como pude, cerré el cajón y me deslicé debajo de la cama.

Pasos irregulares hicieron eco desde la entrada, casi como si quienquiera que fuera no pudiera mantener el equilibrio. Bajo la orilla de la cortina, vi botas de prisionero, y silenciosamente les rogué que se alejaran de la cortina. Sólo un paso más, y podría relajarme.

En vez de eso, las botas se volvieron hacia mí, y una mano enguantada empujó la cortina a un lado, revelando a Scotia.

Permanecí absolutamente inmóvil, sin atreverme siquiera a respirar. La chaqueta y el mono de Scotia estaban empapados en sangre fresca, y tropezó hacia delante, a tientas hasta que alcanzó la mesita de noche. Estaba a sólo unos pocos centímetros de mi escondite debajo de la cama, bastante cerca para escuchar su respiración dificultosa.

¿De dónde provenía la sangre? Busqué alguna señal de lesiones en Scotia, pero todo lo que podía ver eran unas pocas marcas de arañazos a través de su cuello. Nada lo bastante profundo para causar que tanta sangre empapara sus ropas.

Vi otra cosa, también, una delicada cadena de plata colgaba alrededor de su cuello. Me tragué un bufido de frustración. Lo máximo que podía hacer en este punto era arrancárselo de un tirón y echar a correr, pero aún en su condición, probablemente ella podría alcanzarme. No podía arriesgarme.

Scotia se enderezó con esfuerzo, llorando suavemente mientras lo hacía. Estaba herida, y peor de lo que parecía al principio, tal vez podía correr más rápido que ella después de todo.

Sujetó el cambio de ropa, tropezó fuera de su habitación y se dirigió a la izquierda, hacia el baño. Momentos después escuché la ducha abierta, y cautelosamente me deslicé de debajo de la cama. Impulsando la cortina a un lado, eché un vistazo dentro del baño, aliviada de ver la ropa ensangrentada de Scotia tirada en el piso.

Su montón de ropa limpia estaba sobre una encimera al lado de un lavabo, y atravesé las baldosas de puntillas, cuidando de no hacer ningún sonido. Situado en la parte superior de una camisa limpia estaba el collar de plata que Greyson me había dado, la mitad de la caratula estaba teñida de rojo por la sangre.

Lo arrebaté de la pila, sin molestarme en lavarlo. En segundos, me escurrí a través de la puerta de la barraca hacia la calle cubierta de nieve, cuidadosa de mantener una cara seria. Finalmente, algo sucedía a mi manera. Podía escabullirme dentro de la oficina de Mercer mientras todos estaban durmiendo, obtener los códigos, y entregárselos a los Blackcoat. La idea de ver otra vez a Scotia después de lo que acababa de hacer, me hizo marearme, pero si tenía los códigos, tal vez ella me perdonara por robar el collar. Si ella descifraba que había sido yo en primer lugar.

Sintiéndome menos pesada de lo que había estaba en días, me arrodillé al lado de una pila limpia de nieve a un par de cuadras de la barraca y cogí un puñado con mi guante. Froté la caratula del collar para limpiarla y la separé para asegurarme de que las piezas individuales estaban también libres de sangre. No tenía forma de saber si la ganzúa eléctrica aún funcionaría, pero no podía imaginar a Greyson creando algo tan increíble sin impermeabilizarlo. Eso esperaba.

Una vez el disco estuvo limpio, abroché la cadena alrededor del cuello y me quedé quieta, mirando la nieve teñida de rosa al lado de mi bota. Ahora que no tenía el corazón en la garganta, me di cuenta que no tenía idea de dónde había provenido la sangre. ¿Cómo había logrado Scotia lucir tan mal en los pocos minutos que había pasado con...?

Noelle. Los bordes de mi visión se volvieron oscuros, y me puse de pie y miré alrededor, como si ella estuviera justo allí esperando a que la divisara. Pero por supuesto no estaba allí. Lo que sea que Scotia le había hecho, debía haber sido malo.

Corrí a través de las calles hacia el comedor, esperando contra toda esperanza que ella estuviera allí. Mientras pasaba el callejón donde la había visto antes, corrí a toda velocidad por el camino en espera de verla, o por lo menos de encontrar un rastro de sangre. No encontré ninguno, pero después de unos minutos de búsqueda, regresé sobre mis pasos. El comedor. Ella tenía que estar dentro del comedor. Si estaba herida, habría ido a algún lugar cálido cercano, y en el gris de los edificios administrativos, esa era la única opción.

Irrumpí a través de las puertas y busqué entre la multitud. Muchas personas dejaron de comer y me miraron, pero los ignoré mientras escaneaba cada rostro en ese lugar. Noelle no estaba con ellos. No estaba en ningún lugar.

Tragué un chillido de frustración antes de correr a toda velocidad hacia afuera. Ya no sentía el frío, incluso con mi mono aún húmedo, y me apresuré a través de la oscuridad de las calles, asomándome a cada edificio cercano con una puerta abierta. Barracas que no reconocía, edificios con entradas frías y vestíbulos cerrados, ella no estaba en ninguno de ellos. Y sin importar lo duro que buscaba, no podía encontrar el rastro de sangre que debía estar en algún lugar.

Justo cuando decidí volver a la barraca y ver si podía rastrear las huellas de sangre de Scotia, una sirena sonó y mi cuerpo entero se entumeció. Esta vez no tenía nada que ver con el frío.

Fui una de las primeras en llegar a la barandilla que rodeaba la jaula. Encontré un sitio donde tenía una vista sin obstáculos de la azotea donde los Mercer y Knox habían visto las peleas el día anterior, y esperé ansiosamente, luchando contra el temor que se deslizaba en mis pensamientos. Estaría bien. Todo estaría bien.

Al menos los Mercer aparecieron, y sólo entonces fui consciente de la multitud que me rodeaba, atrapándome contra la barandilla. Todos en la sección estaban aquí, igual que habían estado la noche anterior, y estaban listos para ver a alguien morir.

Miré hacia arriba a Knox, esperando que me notara. Dirigió su mirada hacia la multitud, pero al fin nuestros ojos se encontraron, y sacudió la cabeza ligeramente. No tenía que escucharlo para saber qué estaba pensando: me había perdido la cena, y los Mercer no estaban complacidos.

No me importaban los Mercer ahora mismo. Todo lo que podía pensar era en la jaula, y cuando las trampillas se abrieron bajo ella, contuve la respiración.

Estaría bien. Estaría bien. Estaría bien.

Pero mientras la familiar mata de suave cabello castaño aparecía, mi sangre se volvió hielo, y supe que no estaría bien.

Elliott estaba de pie con piernas temblorosas en la jaula, aún en su uniforme de guardia. Y frente a él, vestida con un mono ensangrentado sin chaqueta, estaba arrodillada Noelle.

XIII

MUERTE MISERICORDIOSA

Traducido por GisGirl8

— ¡Noelle! —grité—. *¡Noelle!*
 Incluso aunque no podía estar a más de seis metros de mí, ella no miró en mi dirección. Su cabeza colgaba hacia delante como si estuviera apenas consciente, y su oscuro cabello estaba enmarañado con sangre. Elliott se arrodilló a su lado, y por un terrible momento pensé que él iba a matarla... hasta que envolvió sus brazos alrededor de ella y enterró su nariz en su cabello ensangrentado, de la misma manera en que Benjy me había abrazado sólo horas antes.

Desesperación me desgarró de adentro hacia afuera, pero no había nada que pudiera hacer. Ellos ya estaban dentro de la jaula. Guardias con rifles rodeaban la base, en el peor de los casos era una misión suicida siquiera tratar de llegar a ellos.

Pero la multitud guardaba un silencio mortal. Mi grito hizo eco a través de las calles, e incluso Mercer miró hacia mí.

Ellos podían oírme.

—¡Ellos no hicieron nada malo! —grité, y también escalé sobre la barandilla para que los Mercer pudieran verme.

Hannah apartó los ojos, pero Mercer me miró directamente, su mirada sin parpadear. Al lado de él, Knox se inclinó y susurró algo en su oído, pero Mercer no reaccionó. Nadie dijo ni una palabra.

—Está bien, Lila —dijo una pequeña voz. Di la vuelta. La cabeza de Noelle descansaba en el hombro de Elliott, pero ella me estaba mirando, sus ojos ligeramente desenfocados. Su cabeza ya mostraba señales de una gran contusión, y una cuchillada corría desde su sien hasta su mandíbula. Eso debía de ser de donde la mayoría de la sangre provenía. Incluso ahora, podía verla goteando por su mejilla.

Lágrimas picaron mis ojos, y sin pensar, traté de pasar al otro lado de la barandilla. —No, esto no está bien... Noelle, esto no está bien. ¡Knox! —Un guardia me sujetó por la cintura y empecé a patear—. ¡Knox, haz algo! —Un segundo guardia agarró mis piernas agitadas, y así no tenía oportunidad de defenderme de ambos. Sus brazos eran fuertes y su agarre inquebrantable, y no importó cuanto me retorciera o moviera, ninguno de ellos me soltó. Sin embargo no les preste atención a ellos... en cambio, miré hacia arriba, a la azotea donde estaban Knox y los Mercer, los tres fingían ahora que yo no estaba ahí.

—Lila, por favor —dijo Noelle con esa misma voz rota—. No quiero que tú mueras también.

Un sollozo ahogado se me escapó. —Lo siento —conseguí decir—. Lo siento tanto.

—Está bien —dijo otra vez—. Esta es una manera de morir tan buena como cualquiera. Al menos ahora estaremos juntos. —Elliott la sostuvo apretadamente y se giró lejos de mí. Y me olvidé de cómo respirar. La derrota en los ojos de Noelle... ella no se merecía esto. Ella no había hecho nada malo.

—Esta es su única advertencia. —La voz de Mercer resonó desde la azotea. Y miré al par dentro de la jaula, incapaz de mirar a otro lado. Noelle susurró en la oreja de Elliott algo que no pude oír, y él sacudió la cabeza, sus brazos se apretaron a su alrededor.

No era difícil imaginar qué fue lo que ella le pidió y lo que él se negó a hacer. Elliott parecía ileso, y con su fuerza física, podía fácilmente romperle el cuello a Noelle. Sería indoloro; una muerte misericordiosa, y él tendría otra oportunidad de

sobrevivir. Tal vez como un guardia no, pero todavía estaría vivo. Y para esta hora mañana todos estaríamos libres o muertos de todas maneras.

Pero si hubiera sido Benjy y yo dentro en esa jaula, sabía sin duda alguna que ninguno de los dos hubiera hecho un movimiento, sin importar cuán cerca de la muerte estuviera el otro. Ya había tenido una probada de lo que la vida podría ser sin él, no había nada en el mundo que me pudiera hacer volver ahí.

Sin importar cuánto sentido tenía que Elliott la matara para salvarse, él no iba a hacerlo. Amaba a Noelle más que a su propia vida. Y en ese momento, odié a Scotia más de lo que nunca pensé que podría odiar a alguien, incluso a Knox.

—Lo siento —sollocé mientras Mercer levantaba su rifle—. Lo siento mucho.

Noelle ya no me estaba escuchando. En cambio, se enfocó en Elliott, sus dedos se enredaron en su cabello, sus labios rozaron su oreja, y todo su cuerpo se moldeó contra él, como si ella estuviera tratando de estar lo más cerca de él cómo fuera posible. Así era como ella quería pasar sus últimos momentos, y yo no tenía cabida allí.

Me volteé. Dos disparos rompieron a través de las calles, uno después del otro, y luego...

Silencio.

Terminó.

No hubo más peleas esa noche. Guardias sacaron los cuerpos de Noelle y Elliott mientras la multitud se dispersaba, y los dos hombres que me sostenían, me sentaron al otro lado de la barandilla con una severa advertencia de ir a mi barraca. Me quedé allí por un largo tiempo, tan entumecida como nunca, ya que el mundo parecía colapsar sobre mí de nuevo.

—No debiste decirle sobre los Blackcoat.

Me giré lentamente. Si me movía muy rápido, todo se rompería, y mi agarre en el presente ya era lo suficientemente frágil. Scotia estaba parada a dos pasos de distancia, sus brazos cruzados holgadamente sobre su pecho.

Nada en su expresión en blanco o sus hombros relajados indicaba que acabara de ver morir a dos personas inocentes por su culpa.

Fue su apatía lo que hizo estallar algo dentro de mí, y antes de darme cuenta lo que estaba haciendo, crucé la distancia entre nosotras y agarré su chaqueta, empujándola tan duro como pudo mi cuerpo exhausto.

—¡Estaba tratando de *ayudarla!* —Mi voz recorrió las calles vacías—. Ella necesitaba esperanza... ella necesitaba saber que estaríamos bien, en cambio tú la *mataste*.

Scotia trató de agarrar mis manos, pero empujé sus pulgares para que me soltara. Durante varios segundos, forcejamos por el control, yo tratando de empujarla otra vez mientras ella trataba de dominarme. Ella se tambaleó, y de repente mis pies desaparecieron debajo de mí.

Golpeé el suelo duro, y el aire salió de mis pulmones y me dejó sin aliento. Luché para inhalar, el dolor y la presión en mi pecho lo hacían imposible, y Scotia se arrodilló junto a mí. Me apretó los brazos contra el suelo, y cuando traté de patear, se sentó en mis muslos, presionando mis piernas en la tierra fría. Sus movimientos eran forzados, pero aun así era fuerte, y me quedé inerte debajo de ella.

—Noelle era la soplona —dijo ella, cerniéndose sobre mí—. Ella ha estado informando a Williams desde que se mudó a la sección. Ella fue quien delató a Chelsea, y es responsable de otras dieciséis muertes en el último año.

Mis pulmones quemaban, y luché para hablar. —Pero...

—En este lugar, tienes que cuidar de ti misma, y eso era lo que Noelle estaba haciendo. No estoy diciendo que ella no tenía su lado bueno, y no estoy diciendo que

yo soy mejor que ella. Estoy diciendo que si ella le contaba a Williams sobre los Blackcoat, Williams habría ido con Mercer, y todo se habría arruinado.

Mi visión se nubló, y miré a Scotia mientras comprendía sus palabras. —Ella no habría dicho nada. —Tenía que creer eso tanto como necesitaba respirar—. Ella... ella no le habría dicho a nadie.

—¿Y tú lo sabes con seguridad? —Scotia niveló su mirada con la mía—. ¿Estabas dispuesta a arriesgar toda la rebelión por tu opinión de alguien que habías conocido durante un día?

—Yo... —vacilé, y aunque me odié a mí misma por eso, mis ojos se llenaron de lágrimas— Ella no me habría hecho eso a mí.

—Sí, lo habría hecho —dijo Scotia—. Y ella habría entrado al fin a la mansión Mercer. Tú eras el pez grande. En el momento en que ella te viera haciendo algo fuera de lugar, tú habrías estado en esa jaula, y ella se habría puesto un uniforme de guardia relucientemente nuevo. Cuanto más pronto aceptes eso, más fácil será para ti.

Lágrimas calientes rodaron sobre mis mejillas mientras libraba la batalla dentro de mí. La parte racional de mí que podía dar un paso atrás y ver la situación por lo que era, sabía que Scotia tenía probablemente la razón. La misma Noelle había admitido que quería ser un guardia, e incluso me dijo exactamente lo que tenía que hacer para convertirse en uno. Había sido ingenua en confiar en ella tanto como lo había hecho... no era una coincidencia que se hiciera amiga mía, y mientras rememoraba el último día en mi mente, no podía recordar un solo instante en que ella tuviera una conversación con otra persona. Todo el mundo sabía que era la soplona, y se habían mantenido al margen de ella. Yo no había tenido tanta suerte.

Pero la parte de mí que la entendía... que la miró y vio a la persona que yo hubiera sido si no hubiera tenido la suerte de terminar en la sociedad a pesar de ser una Extra; esa parte de mí que acababa de presenciar mi propia muerte, la mía y la de Benjy, no podía aceptarlo. Noelle no había sido una mala persona conmigo. Ella había sido la única amiga que tenía en este lugar, e incluso si su amistad hubiera sido una

farsa, se había sentido real para mí. Y todavía lo era y el dolor de verla morir no disminuyó al descubrir la verdad detrás de su calidez. En todo caso, sólo me hizo sentir peor, guardar luto por alguien que había causado que muchos otros murieran.

No. Noelle no había creado el sistema. Ella había tomado ventaja de él, pero ella no era el enemigo. Ella era un producto de su entorno, y todo lo que había querido era lo mismo que yo: estar con la persona que más amaba.

Era este lugar el que era el problema. Era Otro-Sitio, lo eran los guardias, los Mercer, los Hart... ellos eran los únicos responsables por tomar gente decente y convertirlos en las peores versiones de sí mismos. Ellos eran los únicos responsables de esta masacre masiva y pérdida de vidas humanas, y ellos eran los únicos que iban a pagar.

—¿Ella le dijo a alguien? —pregunté ahogadamente. El agarre de Scotia sobre mí disminuyó.

—No. No le di la oportunidad. No lo disfruté, pero mejor una vida perdida que la de millones.

Parpadeé con fuerza. —Era la única vida que ella tenía.

—Esta es la única vida que cualquiera de nosotros tiene —replicó—. Noelle tomó sus decisiones mucho antes de que llegaras. Ella y Elliott, ambos lo hicieron. Tú lo estropeaste contándoselo a ella, pero ya no se puede volver atrás, así que no tiene sentido sentirse culpable por ello.

Pero me sentía culpable. Sin importar cuáles eran las intenciones de Noelle, yo seguía siendo la que le había contado. Y seguía siendo la que había puesto la pelota en movimiento, y ahora ella estaba muerta porque yo no pude mantener la boca cerrada. Tenía que creer que ella habría cambiado una vez que obtuviera su libertad. Ella no habría tenido que delatar a nadie nunca más, y habría tenido una oportunidad real de una buena vida. Ahora, por mi culpa, eso había desaparecido.

Scotia se paró y me ofreció la mano. La ignoré. Poniéndome de pie por mi cuenta, me metí los puños en los bolsillos y caminé penosamente por la calle, la culpa quemaba en mi interior. Nadie estaba libre de culpa en todo esto; ni Noelle, ni Scotia, ni yo. Pero Noelle era la que había pagado el precio.

—Oye, Hart —llamó Scotia. Me detuve, pero no giré—. Escuché que ahora te vas a quedar en la mansión Mercer.

Me tensé. Los códigos. Después de todo lo que había pasado, todo lo que realmente le importaba eran los malditos códigos. Como si ella pudiera oír mis pensamientos, se paró en frente de mí, sus ojos oscuros penetrantes. —Asegúrate de que Noelle y Elliott murieron por algo —dijo mientras tocaba un mechón de mi cabello—. No todo el mundo llega a ser tan afortunado, sabes.

Giré la cabeza hacia otro lado, pero ella me agarró el hombro y mantuvo mi mirada. Un escalofrío me recorrió la espalda. —Yo no soy tu peón.

—Entonces empieza a actuar como una reina antes de que perdamos el juego para siempre. —Scotia hizo un gesto al collar que asomaba bajo mi cuello—. Si Mercer lo ve y pregunta, dile que yo te lo devolví. Róbame otra vez, y romperé tu cuello.

Tiré mi brazo de su agarre y me alejé. Ella podía amenazarme todo lo que quisiera, pero en el espacio de dos días, ya me había enfrentado a mis peores temores y visto cómo era tocar fondo. Y cuando había empezado a salir a rastras de allí, alguien más había muerto a causa de mí. No había nada que Scotia pudiera hacer para dañarme más de lo que este lugar ya lo hacía.

La caminata de vuelta a la mansión Mercer fue larga y agridulce. Pasé a unos cuantos guardias en el camino, pero ninguno trató de detenerme, y cada prisionero lo suficientemente desafortunado para estar cerca mantuvo la cabeza baja y aceleró el paso. Era tan paria como siempre, pero al menos de esta manera nadie se acercaría lo suficiente para hacerles daño, sin importar lo buenas que eran mis intenciones.

Rivers montaba guardia en la puerta de la mansión Mercer, y me ofreció una pequeña sonrisa cuando me acerqué.

—Es bueno ver que estás bien, señorita Hart.

—¿Por qué no lo estaría? No era yo la que estaba en esa jaula —dije, mi voz sonaba temblorosa hasta a mis propios oídos, pero Rivers no pareció notarlo. Digitó un código en la puerta, y se abrió para mí.

—No, no lo eras — dijo, sus palabras cargadas de un significado que decidí ignorar.

Él me hizo pasar y me llevó hasta la entrada, con el rifle cruzado a la espalda. Ociosamente me pregunté a cuántas personas había disparado con él. La cicatriz que le serpenteaba hasta el cuello era un recordatorio —que yo necesitaba con urgencia— que por lo menos él, no había delatado a sus amigos con el fin de ganar un uniforme. Pero también era un aspecto más de Otro-Sitio, ya no era ignorante al respecto, y aparté los ojos, concentrándome en su lugar en el suelo helado.

—Hiciste algo bueno por esos dos, demostrándoles que no estaban solos —dijo él tranquilamente—. No quiero decir que no fue un movimiento estúpido, porque lo fue... pero también fue valiente, muy valiente. Esa clase de valentía es rara por aquí.

—Supongo que Mercer todavía no ha tenido la oportunidad de sacármela a golpes —murmuré. Rivers me sonrió en una forma compasiva y puso una mano en mi hombro.

—No te subestimes. Eres mejor persona de lo que crees.

Me encogí lejos de él. Él no tenía idea de lo que había pasado. —¿Por qué estás haciendo esto? —pregunté—. Tú tienes el trabajo cómodo, los privilegios... y ahora lo vas a arriesgar todo por alguna rebelión que probablemente ni siquiera vaya a funcionar. Pareces más inteligente que eso.

Él tamborileó los dedos contra su correa en el hombro. —Eres un pequeño rayo de sol esta noche, ¿no es así?

—Esa no es una respuesta.

—No, no lo es —estuvo de acuerdo, y se detuvo debajo de uno de los enormes árboles de seis metros de la puerta principal de los Mercer—. Debería preguntarte lo mismo, sabes. ¿Por qué arriesgaste tu perfecta vida como VII y una Hart para alzarte por el resto de nosotros? ¿Por qué trataste de salvar la vida de tus amigos sabiendo que era absolutamente posible que Mercer te disparara también?

—Estupidez —gruñí. Él se ríó entre dientes.

—Tal vez para ti. Para el resto de nosotros, eres una heroína. — Rivers asintió hacia la mansión—. Esta noche es nuestra última oportunidad. ¿Tú qué crees? ¿Vamos a lograrlo?

—Tú dime. ¿Qué es lo que Scotia tiene planeado?

—Tú —respondió—. Tú eres su plan. Si no vas a seguir adelante, dímelo ahora. Prefiero saber si va a ser mi última noche.

Me encogí de hombros. —Supongo que vas a tener que esperar y ver, ¿cierto?

—Supongo que sí. —Su sonrisa regresó y me alborotó el cabello—. Contamos contigo. Pero sin presiones.

—Sí, sin presiones. —Me dirigí hacia el pórtico y me detuve—. Esa cicatriz... ¿quién te la hizo?

Por primera vez desde que lo había conocido la noche anterior, Rivers vaciló, y se tocó el pedacito de ella que cubría su cuello. —Daxton Hart.

—¿Cuándo?

Él se encogió de hombros. —Hace ocho meses, ¿tal vez? , Él y Mercer. — Rivers se detuvo— No estoy seguro de lo que hice para enojarlos, pero lo que fuera, debió haber sido excepcional.

El verdadero Daxton Hart había muerto hacía más de un año, lo que significaba que había sido el hombre enmascarado como él. —¿Acaso Mercer tiene

un... hermano o un mejor amigo? —pregunté—. ¿Alguien que murió o desapareció hace un año o así?

Rivers frunció el ceño y cambió su pistola. —Víctor Mercer, su hermano mayor. Manejaba el lugar antes de que tuviera un ataque al corazón. Cayó muerto frente a Augusta Hart y todo.

—Apuesto a que sí —murmuré. Víctor Mercer. Ese tenía que ser él—. Gracias, Rivers. No te congeles los pies esta noche.

—No más que cualquier otra noche —respondió, inclinando su sombrero hacia mí—. Cuídate, señorita Hart. Espero verte mañana sana y salva.

Él regresó por el camino, y yo subí los escalones del pórtico y llamé a la puerta principal. Había una posibilidad significativa de que mi acto hubiera hecho cambiar de opinión a los Mercer, y me estaba preparando mentalmente para el camino de vuelta a la barraca... donde Scotia estaría esperando, sin duda alguna, lista para caer encima de mí, por fallar en conseguir los códigos, cuando Hannah abrió la puerta.

—¡Ahí estás! —dijo. El alivio saturaba su voz. Pero por qué había estado preocupada por mí en primer lugar, no lo podía imaginar—. Mírate... ¿estuviste rodando en el barro?

Dudé. —Alguien me derribó.

—¿Quién? —dijo, con ojos brillantes. Sacudí la cabeza.

—Fue un accidente.

Ella no pareció del todo convencida, pero sin embargo me ayudó a quitarme las botas llenas de barro y los calcetines antes de llevarme a un cálido vestíbulo. Mis músculos se estremecieron cuando comenzaron a descongelarse, y seguí a Hannah mientras me conducía a la cocina.

—No. No te sientes —dijo, haciendo una mueca—. Aquí... quítate esa cosa. Te voy a buscar una bata y diré a un sirviente que te prepare un baño.

Ella tendió su mano hacia mi mono fangoso, y la miré fijamente. —¿Aquí mismo? ¿Quiere que me desnude en medio de la cocina?

—Bueno, ciertamente no vas a caminar con esa cosa por mi casa —dijo. Suspiré y comencé a desnudarme.

Treinta segundos después, Hannah empujó mi ropa cubierta de barro en un ducto de basura mientras yo estaba de pie en medio de la cocina, temblando en una camiseta y ropa interior. Sus cambios de humor continuaban desconcertándome, y yo la miraba como si estuviera a punto de crecerle una segunda cabeza.

—Veo que encontraste tu collar. —Hannah vertió agua hirviendo de una tetera a una taza, y dejó caer una bolsa de té en el interior—. Toma, bebe esto, te calentará.

Tomé la taza caliente y envolví mis manos alrededor de ella. El calor quemó mi piel fría, pero me resistí a soltarla. —¿Por qué está siendo tan agradable conmigo?

—¿Por qué no lo sería? —dijo, pero había una nota de tensión que no había estado allí antes.

—Estoy segura de que Mercer no estaba feliz con... lo que pasó antes.

Un músculo de su mandíbula se crispó, y ella se sirvió una taza. —No, no lo estaba. Supongo que esa chica era una amiga tuya.

Tomé un sorbo de té. Me quemó la lengua, y pude sentirlo deslizarse por mi garganta mientras tragaba. —Sí. O al menos pensaba que lo era.

—Jonathan pudo haberte disparado, sabes —dijo—, si Knox no le hubiera pedido que fuera indulgente, él podría haberlo hecho. Él no aprecia los actos de rebelión.

—Y sin embargo, me está ofreciendo té y ropa caliente.

Ella me miró por el rabillo del ojo. —Yo no confundo la lealtad con rebeldía.

—De todas maneras no debiste hacerlo—dijo otra voz detrás de mí. Knox. Lo miré por encima del hombro.

—Estoy medio desnuda, en caso de que no te hayas dado cuenta.

—Oh, me di cuenta.

Hannah puso su té a un lado. —Deberías ir arriba antes de que también entre Jonathan. Debería volver en cualquier momento.

—Le enseñaré el camino —dijo Knox, colocando su mano en la parte baja de mi espalda. Fruncí el ceño.

—Se cómo llegar a mi cuarto, gracias.

—Estoy seguro que sí. Por aquí.

Cuanto más trataba de alejarlo, más cerca Knox parecía estar, así que al final lo dejé seguirme por las escaleras y al segundo piso. El pasillo estaba vacío, y me detuve frente a la alcoba Augusta sin molestarme esta vez en ocultar mi sonrisa burlona por el nombre. En lugar de hacer la broma alegre que esperaba, Knox se inclinó hacia mí. — ¿Estás bien?

Abrí la boca para decirle que sí, estaba bien, pero un bulto se formó en mi garganta antes de que pudiera hacer algo más que chillar. No, no estaba bien. No había estado bien ni siquiera después de descubrir que Benjy seguía vivo, y ahora, con el peso de las muertes de Noelle y Elliott sobre mis hombros, junto con la responsabilidad de conseguir los códigos... era un milagro que todavía estuviera de pie.

—¿Cómo haces esto? —pude decir, mi voz rompiéndose—. ¿Cómo...?

—Entra —dijo en voz baja, abriendo la puerta. Eché un vistazo a la habitación infantil nombrada en honor a la mujer que había matado, y mi estómago se revolvió.

—No. Ahí no. —Pasé a su lado y me moví por el pasillo hacia la alcoba Edward. Esa mañana había estado planeando la mejor manera de matarlo en esa

habitación sin que nadie se enterara de que fui yo. Ahora se sentía como el único lugar seguro en Otro-Sitio.

No entendía por qué hasta que llegue a la habitación y vi el marco dorado que Greyson me había dado. Me senté sobre el borde de la cama al lado de la mesita de noche y, poniendo mi taza de té caliente en la mesa, lo recogí en su lugar.

—¿Qué fue lo que Greyson dijo cuándo me sacaron a rastras? —pregunté. Knox entró en la habitación y cerró la pesada puerta de madera tras él. El chasquido de la cerradura resonó en mis huesos como un escalofrío, y aunque sabía que no debería confiar en él, ya no quedaba suficiente en mí para importarme.

—Me temo que padre e hijo no se están llevando muy bien por el momento —dijo—. Greyson está confinado a Somerset durante el futuro próximo.

—Deberías decirle lo que pasa.

—¿Y arriesgarnos a que Daxton se entere? No. —Knox sacó una manta oscura y la puso sobre mis hombros—. Cuanto menos sepa Greyson, más seguro será para él.

—¿No dijiste lo mismo sobre mí? —Levanté la vista hacia él, y en la poca luz, vi líneas en su rostro que no había notado antes—. ¿Cuál es el final del juego, Knox? ¿Por qué estamos haciendo todo esto?

Se acomodó sobre el colchón junto a mí, dejando suficiente espacio entre nosotros, para que no se volviera incómodo. —Lo ideal sería que, para el momento en que la generación de mi padre haya muerto, viéramos el país regresar a alguna forma de democracia, donde el pueblo decida sobre las cuestiones importantes y gobierne la mayoría. En este momento, los VI son un pequeño porcentaje de la población...

—El dos por ciento —interrumpí—. Benjy me lo dijo una vez.

—Sí, el dos por ciento. Sin embargo, ellos son los que dictan lo que será la vida de todos los demás. Va en contra de los derechos humanos básicos. Todo el mundo debería tener libertad y elección, y eso es lo que vamos a restaurar en primer lugar. No va a ser un cambio inmediato. No podemos tener uno, no sin lanzar al país al caos de

nuevo y crear una abertura para otra forma de gobierno que sólo reprimirá al pueblo aún más. El cambio y la reforma tienen que venir de adentro, y yo planeo ayudar.

—Entonces, eso es —dije—. Vas a ser el Primer Ministro.

—Celia, lo más probable —me corrigió—. Si ella es lo bastante estable para eso. Si no, entonces hablaremos con Greyson. A ver si él está dispuesto a aceptar el liderazgo.

—No lo estará. —Toqué el vidrio sobre su rostro en la fotografía—. No todos quieren gobernar el mundo.

—Pero todos quieren vivir en su versión perfecta de él.

Estuve en silencio por un largo tiempo. —Si alguien del futuro viniera aquí esta noche y te dijera que la única manera de que la rebelión tuviera éxito era matarnos a Benjy y a mí, ¿Lo harías?

—Sí —respondió Knox sin dudar. Bufé. De alguna manera no estaba sorprendida.

—¿Te importaría pensar en ello? ¿Aunque sea por un segundo?

Sacudí la cabeza. —Odiaría hacerlo, y cargaría con el peso de la culpa por el resto de mi vida. Pero si eso significaba la libertad y la elección de cada persona en este país, entonces lo haría. Y tú me lo permitirías.

—¿Lo haría? —pregunté fríamente.

—Sí. Porque no importa quién finjas ser, tú eres Kitty Doe. Tú pones tu vida en la línea una y otra vez para proteger a las personas que amas, y nunca dejarías que millones murieran sólo para poder vivir.

Segundos pasaron en silencio. Él tenía razón. Al final, todo era temporal, y unas cuantas décadas más de respirar no era nada en comparación con un futuro en el que la valía de uno se decidía por un número en la nuca.

—¿Te matarías? —dije—. Si tú supieras que eso conseguiría que la rebelión tuviera éxito, ¿pondrías una pistola en tu cabeza y apretarías el gatillo?

Exhaló y se pasó una mano por el cabello. —Me pregunto eso cada noche. Y cada noche me recuerdo que la muerte es inevitable para todos. Al final lo único que importa es cómo elegimos vivir.

Knox extendió la mano hacia el marco, pero en lugar de quitármelo, tocó el interruptor en la parte posterior, hasta que Greyson y Lila se desvanecieron, y Benjy y yo llenamos la pantalla.

—No espero que vuelvas a confiar en mí, Kitty. No espero que me dirijas la palabra una vez que esto termine de una manera u otra. Pero veo que ser Lila te pone a prueba día tras día, veo tu valentía, veo tu sacrificio, y te veo a ti cuando miro tu cara... no a ella. Ya no. —Puso la mano en mi brazo—. Tú no estás sola. Nunca has estado sola, y estoy inmensamente agradecido por todo lo que has pasado para ayudarnos. Debería haberlo dicho antes. Pero ya que no puedo volver atrás, al igual que nadie va a venir del futuro a decirnos qué hacer, voy a decirlo ahora. Gracias.

Un nudo se formó en mi garganta, y yo asentí lacónicamente. Algo más y me rompería, y ya había tenido suficiente por hoy para que me durara toda la vida.

Nunca confiaría en él de nuevo, y cuando esto hubiera terminado, Benjy y yo desapareceríamos juntos hacia nuestro futuro, y Knox no sería nada más que un recuerdo del que nunca hablaríamos. Pero en este momento, en un lugar lleno de personas que habrían sido felices de vernos arder, él era mi único aliado real. Y sospechaba que yo era la suya.

—¿Me puedo quedar esto? —pregunté, mirando la cara de Benjy.

—Lo traje para ti. —Knox se aclaró la garganta—. Kitty, necesito que me prometas que no tratarás de conseguir los códigos esta noche. Si te atrapan...

—No hay nada que puedas hacer o decir que me salvaría de los Mercer. Lo sé. —Lo miré... realmente lo miré por primera vez desde que había llegado a Otro-Sitio. Nuestros ojos se encontraron, los suyos tan oscuros que parecían no tener iris en absoluto, y sonreí débilmente—. Pero no es morir lo que importa, ¿recuerdas? Es cómo elegimos vivir.

—Lo digo en serio —replicó, frunciendo el ceño—. Todos aquí aún piensan que eres Lila Hart. Puedes ayudarnos de una manera que nadie más puede, y necesito saber que estás a salvo. Por eso fue por lo que te traje aquí en primer lugar.

—¿Directamente a la línea de fuego? Que considerado de tu parte.

—A un lugar donde yo pueda *protegerte*. Esta guerra no ha acabado, Kitty. Ni siquiera ha empezado. Y cuando lo haga, los Blackcoat van a necesitarte. Benjy va a necesitarte, Celia va a necesitarte... yo voy a necesitarte. Prométeme que no vas a tratar de encontrar esos códigos.

Hice una mueca. —Bien. Lo prometo.

Knox me miró como si no me hubiera creído, y le sostuve la mirada, silenciosamente atreviéndolo a desafiarme. Al final cedió. —Está bien. Vamos, de vuelta a tu cuarto. A menos que...

—*No* voy a dormir aquí contigo —exclamé. Incluso la alcoba Augusta era mejor que eso. Me paré llevándome la manta conmigo—. Buenas noches, Knox.

—Buenas noches, Kitty.

Él me siguió hasta la puerta, pero se quedó ahí mientras yo caminaba de regreso por el pasillo. Ahora que había tenido tiempo para recomponerme, me deslicé dentro del cuarto sin ningún aleteo de pánico. Augusta había vivido su vida, y había tomado sus decisiones. No iba a permitir que su fantasma me atormentara cuando sabía que yo estaba haciendo lo correcto.

Me senté en la cama mullida por horas, mirando la foto de Benjy y repitiendo el recuerdo de esa tarde en mi cabeza una y otra vez, hasta que puede sentir el peso de

sus brazos alrededor de mí y el calor de su respiración cosquilleando en mi mejilla. No sería la última vez que me abrazara. Y aunque no fuera por otra razón además de esa, sabía que estaba haciendo lo correcto. Por Benjy, por nuestro futuro, por la felicidad que ambos merecíamos. Ahora que lo tenía de vuelta, no lo iba a perder otra vez, y si los Blackcoat fallaban, eso era exactamente lo que iba a pasar.

Scotia y Knox habían tenido su oportunidad de conseguir los códigos. Ahora era mi turno.

Cuando el reloj dio las dos de la mañana, me deslicé fuera de la habitación y caminé de puntillas por el pasillo. Me detuve frente al cuarto de Knox, escuchando por alguna señal de que estuviera despierto, pero no escuché nada. Aliviada, me dirigí hacia la gran escalera, bajando los escalones de dos en dos. Una vez más me detuve al final, esperé en busca de una tos o pasos suaves que indicaran que no estaba sola.

Silencio.

La puerta de Mercer crujió cuando la abrí, y contuve el aliento, esperando que alguien apareciera. Nadie lo hizo. Sin embargo, mi suerte no duraría para siempre, y rebusqué mi collar para desabrocharlo. Cajón de la esquina, carpeta Negra. Yo podía hacer esto.

Tenía que haber dos docenas de cajones que recubrían la pared posterior de Mercer, pero había sólo cuatro esquinas. La cerradura no era una estándar... había algo extraño en ella, que hizo que fuera mucho más difícil abrirla y tuve que usar las tres ganzúas del collar antes de conseguirlo. Tan rápido como pude, pasé las carpetas, pero todas eran color manila. Ninguna negra a la vista.

Murmurando una maldición, me metí en la otra esquina, haciendo un trabajo rápido con la cerradura ahora que sabía cómo hacerlo. Pero a mi pesar, tampoco hubo carpeta negra en esa.

Eso dejaba a los dos cajones en las esquinas superiores. No sería capaz de alcanzarlas por mi cuenta, así que acerqué la silla de Mercer, cuidando de no hacer ruido. Subí y abrí la tercera cerradura, y una vez más, estaba lleno de carpetas manila.

—Mejor que estés —murmuré mientras arrastraba la silla hacia el cuarto y último cajón. De cerca, me di cuenta de que éste era diferente. Sobre el lugar donde la cerradura había estado en los otros cajones, había un cuadrado negro brillante lo suficientemente grande para una huella digital. Me di una patada mental por no notarlo antes, y sin dudarlo, pasé el disco plateado sobre el cajón. Una luz al lado del cuadrado se puso en verde, y la cerradura se abrió.

Mariposas me revolotearon en la boca del estómago, y tiré del cajón. Era más ligero que los otros, y de inmediato vi por qué. Sólo había una cosa dentro: una carpeta negra.

La abrí. Dentro había una pequeña tira de papel del tamaño de una etiqueta, con una serie de símbolos a los que no pude dar sentido. Esto tenía que ser. Doblé con cuidado el papel, y, dándome cuenta demasiado tarde que no tenía bolsillos, en su lugar lo deslicé cómodamente bajo la cintura de mi ropa interior. Era lo bastante bueno.

Devolví la carpeta negra al cajón, lo cerré y bajé. Moví la silla de vuelta a su lugar, pero tan pronto retiré las manos de ella, algo hizo clic.

La luz inundó la habitación, causando un dolor punzante en mis ojos, e instintivamente me metí debajo del escritorio. Pero era demasiado tarde. A menos que la figura oscura en la puerta fuera ciega, ya me había visto.

—¿Lila? —dijo una voz familiar, y exhalé. Knox.

—¿Qué estás...? —empecé a enderezarme, pero tan pronto lo enfoqué, me congelé.

Knox estaba en la puerta, sostenía un vaso con un líquido de color ámbar, y no estaba solo.

Parado junto a él estaba Mercer.

XIV

TORTURA

Traducido por thedoctor

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Mercer, su voz era dura y sus palabras mal articuladas. El vaso de alcohol que había en su mano claramente no era el primero.

—Yo... —Observé a Knox, suplicando en silencio que dijera algo, pero su expresión permaneció imperturbable— Yo me perdí...

—¿Te perdiste? —se burló y avanzó hacia mí, el líquido se derramaba por el borde de su vaso sobre el reluciente piso de madera—. ¿Qué estás buscando, niña?

Cualquier rastro del hombre que insistió que me quedara con él y su esposa había desaparecido. En su lugar sus ojos estaban inyectados de sangre y sus labios curvados en un gruñido, y aferró mi hombro.

—¿No quieres hablar? Bien. Me gustan los desafíos.

Con sus uñas clavadas en mi piel, me arrastró lejos de Knox hacia el vestíbulo. Al principio pensé que iba a arrojarme por la puerta principal hacia la noche helada. Pero en lugar de ello, me empujó hacia las profundidades de la mansión.

—¡Knox! —grité—. Knox, por favor...

—Jonathan —dijo Knox, su voz tenía un toque de enojo, como si esto no fuera más que un pequeño inconveniente para él—. Dijo que estaba perdida. Nada en tu oficina ha sido tocado...

—La traje aquí como un favor hacia ti —dijo Mercer—. Juraste que la cuidarías, y aquí estamos. ¿Y tú también formas parte de esto, Creed?

Knox suspiró y dejó su vaso a un costado. —Estaba aquí abajo contigo.

—Distrayéndome, asegurándote de que no entrara aquí y la encontrara.

—Conveniente, considerando que fuiste tú quien me pidió que bebiéramos en primer lugar.

Mercer sujetó mi hombro con más fuerza, y mis rodillas colapsaron cuando el dolor me atravesó. —Creo que es tiempo de que te vayas. Haré que un chofer te lleve al perímetro tan pronto como haya terminado con ella.

—No te molestes, conozco el camino. —Knox me observó y por un momento vi un brillo de pena por mí en sus ojos. Estupendo— Espero que tengas razón sobre esto, Mercer, porque pagarás con creces por haberme robado mi propiedad para tu propio placer.

—¿Tu *propiedad*? —escupí, pero antes de que pudiera decir algo con sentido, Mercer me interrumpió.

—Podrás elegir la que quieras la próxima vez que vengas. Ésta está defectuosa de todas maneras.

Knox no dijo nada para contradecirlo. En su lugar se dio la vuelta y se dirigió hacia la gran escalera, sin molestarse en dedicarme una última mirada.

Entonces me quedé realmente sola.

—Necesito dos en el taller —balbuceó Mercer en un aparato de comunicación, y abrió una puerta que no había visto con anterioridad. Bajé los escalones tropezando, perdí el equilibrio a la mitad y salí despedida hacia adelante el resto del camino.

Golpeé el piso de cemento con un sonoro chasquido y mi hombro explotó de dolor. Me esforcé para ponerme de pie tan rápido como pude, pero Mercer ya estaba allí, aferrando mi brazo herido y arrastrándome hacia adelante.

—Te invité a mi casa, comiste mi comida, te dejé dormir en una cama tibia, ¿y así es como me pagas? —Presionó un interruptor y una luz amarilla llenó la habitación, revelando paredes cubiertas de estantes y más estantes repletos de brillantes objetos metálicos. Conocía el nombre de algunos de ellos: cuchillos, sierras, destornilladores, pero otros lucían como si fueran reliquias de un tiempo pasado.

Pero esa no era la peor parte. Tres mesas de metal lo suficientemente grandes como para contener un cuerpo adulto estaban alineadas a espacios regulares en el centro de la habitación, donde el manchado piso de concreto se inclinaba hacia un desagüe. Había visto suficiente sangre seca como para reconocerla cuando la veía, y el pánico se unió al dolor que latía en todo mi cuerpo.

Nos encontrábamos literalmente en una cámara de tortura.

—El taller —dijo Mercer con orgullo. Me arrastró hacia la mesa más cercana, la cual brillaba bajo la tenue luz—. Esta es tu última oportunidad, niña. Dime la verdad o convertirás ésta en una noche inolvidable para ambos.

Unos pasos sordos descendieron por la escalera y mis entrañas se retorcieron. —Le dije que estaba buscando la cocina para conseguir algo de comer, y me perdí en la oscuridad. No me di cuenta de dónde estaba hasta que choqué con la silla. Estaba saliendo cuando me encontraron.

—Si podías ver lo suficiente para llegar al vestíbulo sin tropezar, podías ver lo suficientemente bien como para saber que estabas en mi oficina. —Dos guardias entraron a la habitación y Mercer ladró— Átenla a la mesa.

—No... no lo hagan... estoy diciendo la *verdad* —supliqué, sacudiéndome para liberarme de su agarre—. Fue un accidente.

—Supongo que vamos a averiguarlo, ¿no es cierto? —Una sonrisa enfermiza se abrió paso en el rostro de Mercer y en ese momento me hizo recordar tanto a Daxton que, en mi terror, lo vi ahí parado en lugar de Mercer.

—Por favor... *por favor* —supliqué mientras los guardias me alzaban hasta la mesa, retorciendo mi hombro tan fuertemente que una agonía blanca y caliente quemó a través de mí. Grité, pero me ignoraron, rodearon mis muñecas y tobillos con correas de cuero. Otra explosión de dolor estalló a través de mi columna mientras ajustaban las correas, dejándome inmóvil.

—Cuanto más luches, más te dolerá —dijo Mercer. Estaba parado en frente de un estante repleto de cuchillos, pasando sus manos amorosamente sobre cada empuñadura. Sin decir una palabra, los dos guardias desaparecieron, dejándonos solos en la cámara de tortura.

Mientras tomaba consciencia de la realidad de mi situación, mis venas latían llenas de adrenalina, y comencé a temblar. —No tiene que hacer esto —dije—. Voy a cooperar. No vendré aquí nunca más. Seré la mejor ciudadana que hayan tenido... por favor. Haré cualquier cosa.

Cuando eligió un escalpelo y un par de pinzas de su colección, volvió su rostro hacia mí. —Lo que quiero que hagas ahora es que me digas ¿qué valoras más: tus dientes o los dedos de tus pies?

—Jonathan —llamó una voz desde las escaleras. Era Hannah—. Necesitas ver esto.

Mercer entrecerró los ojos. —Estoy ocupado.

—Aun cuando esté mintiendo, hay una gran probabilidad de que se desmaye antes de decirte algo —dijo Hannah. Ella entró en mi campo de visión y algo centelleó en su mano.

El marco dorado.

Frenéticamente traté de recordar si había vuelto a colocar la foto de Lila y Greyson. Debía haberlo hecho... Nunca habría dejado una foto mía y de Benjy para que cualquiera pudiera verla.

Una rápida esperanza pulsó a través de mí cuando Hannah le dio el marco a Mercer, y en cuanto pude echarle un vistazo a la foto, tuve que morderme el labio para no ponerme a llorar.

Benjy. Estaba mostrándole mi foto con Benjy, sin tener idea de que también estaban viendo mi rostro real.

—Knox dijo que hay un muchacho en la sección J... Benjamín Doe —continuó—. Su primer asistente. Ellos tenían una relación a sus espaldas. Creo que sería mejor que lo usaras a él para hacerla hablar.

—No... ¡No! —grité luchando contra las correas. Un dolor agudo me desgarró, pero no me importó—. ¡Él no tiene nada que ver con esto!

La sonrisa enfermiza regresó al rostro de Mercer, y tomó la foto de manos de Hannah. —Fascinante. Realmente fascinante. Alertaré a los guardias Vigílala, querida. Dirá cualquier cosa con tal de salir de aquí.

—Siempre lo hacen —dijo Hannah. Mercer partió con el marco escaleras arriba, dejándonos a las dos solas.

—¿Por qué le mostró eso? —Mi voz se quebró y lágrimas cálidas hicieron arder mis ojos—. Benjy no tiene nada que ver con todo esto.

Hannah no respondió. En lugar de eso, se acercó a mí y antes de que pudiera preguntarle qué estaba haciendo, comenzó a abrir las correas.

—Escúchame... No tenemos mucho tiempo —dijo—. Hay un túnel de emergencia debajo del sótano. Tiene varios kilómetros de largo, pero te llevará afuera de Otro-Sitio. Knox está arreglando que alguien te espere allí.

Me quedé mirándola. —¿Qué?

—Tienes que irte. —Liberó mi brazo sano y continuó con mis tobillos—. Estará de regreso en cualquier momento.

Liberé la correa que mantenía atrapado mi otro brazo, haciendo un gesto de dolor mientras empujaba mi hombro en dirección contraria. —No voy a irme. Él irá tras Benjy...

—Me aseguraré de que nada le pase. —Liberó mi pierna— Jonathan no le hará daño, no hasta que te haya encontrado. Él significa mucho para ti y no se arriesgará a perder esa ventaja.

Sacudí la cabeza y me senté. —Él va a matarlo...

—Él va a matarte si te quedas aquí.

—No me importa.

—A mí sí. —Sus hábiles dedos liberaron la última correa, y giré mis piernas hacia el costado de la mesa— No sé qué estabas haciendo en su oficina, y no me importa. Todo lo que quiero ahora es que vayas a algún lugar seguro donde él no pueda matarte.

—¿Por qué le preocupa? —Mi voz se quebró y acuné mi brazo herido contra mi pecho— Ayer no quería ni que estuviera cerca de su marido.

—Y aún no quiero, pero ahora es por una razón muy diferente. —Se quitó el cinturón de seda de su bata y comenzó a atarlo a mi cuello.

—¿De qué está hablando? —pregunté, haciendo un gesto de dolor cuando colocó mi brazo dentro del improvisado cabestrillo. No era perfecto, pero serviría—. No pienso ir a ningún lado a menos que me explique exactamente qué está sucediendo aquí.

Su expresión se contrajo mientras observaba las escaleras. —Bien, la chica en la foto, la que está con tu amigo... ¿eres tú, no es cierto?

Me mordí el interior de la mejilla y asentí. No tenía ningún sentido mentirle. Ella ya había palpado el III en mi nuca. —El año pasado. Antes de que fuera enmascarada.

Hannah inhaló profundamente y exhaló rápidamente. —Así que él estaba diciendo la verdad.

—¿Knox? —pregunté—. Es difícil decirlo. ¿De qué está hablando?

Ella se dirigió a una esquina del taller y empujó a un lado un viejo y chirriante gabinete. La madera crujió contra el piso de concreto, y yo hice una mueca de dolor. —La chica de la foto... su nombre es Kitty Doe. *Tú eres* Kitty Doe.

Pestañee rápidamente. —¿Cómo lo sup...?

—Me lo dijo Daxton —respondió y se quedó quieta—. No, no ese Daxton, el Daxton real.

Mi mandíbula se abrió de golpe. —Espere, usted conocía a...

—Daxton solía venir aquí todo el tiempo —dijo—. Lo conocí cuando tenía 20 años y creamos un... vínculo.

La idea de que Daxton; real o falso, creara la clase de vínculo que ella estaba implicando me provocaba náuseas. —Lamento que la haya forzado a hacer... lo que sea que la haya hecho hacer.

—Él no me obligó a hacer nada. —Su voz se endureció y se puso a la defensiva, y empujó el gabinete unos cuantos centímetros más, antes de agacharse en el rincón. Salté de la mesa para unirme a ella—. Yo lo amaba, y él me amaba a mí. Si las circunstancias hubieran sido diferentes... si él no hubiera estado casado, si yo no hubiera sido una prisionera...

—Él la hubiera llevado a su castillo en el cielo, y hubieran vivido felices por siempre —dije—. Lo entiendo.

Ella dio vueltas en la esquina buscando algo que yo no alcanzaba a ver. —Él era un buen hombre. Su madre era el verdadero problema, ¿sabes? Él quería comenzar a imponer sentencias que fueran acordes al crimen. Liberar a los Extras y darles una

oportunidad; pero ella insistía en que no podía hacerlo, no mientras quisiera permanecer en el poder...

—Sé lo mala persona que era... —dije— Yo soy la que la mató.

Ella hizo una pausa para darse vuelta y fijar sus ojos en mí. —Gracias.

—De nada. Aunque dijo que no teníamos mucho tiempo.

—No lo tenemos. —Le dio un tirón a algo y súbitamente un cuadrado de pared se deslizó, revelando alguna clase de trampilla. Era lo suficientemente grande como para que una persona pasara a través de ella, la oscuridad se extendía hacia el espacio detrás—. Resumiendo la historia, tuvimos un bebé. Y aun cuando nació aquí, Daxton hizo un trato con su madre y le encontró un lugar para que ella creciera en el mundo exterior.

Mi boca se secó y un bloque de hielo se formó en mi estómago. —No. Sea lo que sea que esté tratando de decirme...

Apartó un mechón de pelo de su rostro y se alejó de la apertura. —Me envió actualizaciones: fotos, reportes, esa clase de cosas. Se hizo cargo de mí aún después de que se la llevaron. Me presentó a los Mercer, y les gustó. —Sacudió la cabeza—. Como sea, no se suponía que supiera que Víctor lo reemplazó. Nadie debía saberlo. Pero no soy estúpida... y cuando Daxton vino de visita a Otro-Sitio un mes después de la muerte de Víctor, fue obvio. Él no era mi Daxton y reconocí el modo en el que me miraba. Y cuando me amenazó con lastimarte, supe que no era él.

El sótano giró a mi alrededor. Tuve que recostarme contra el viejo gabinete para mantener el equilibrio y una astilla se clavó en la palma de mi mano. —No eres mi madre. Daxton... Daxton no es mi padre. Yo no soy su hija.

—No lo eres —acordó—. Pero esa chica en la foto, Kitty... ella sí lo es.

Un nudo se formó en mi garganta, haciéndome imposible hablar. Nunca había conocido a mis padres... había supuesto que era una Extra como los otros en mi casa

hogar, porque eso era lo que éramos. Yo no era nadie. No era nadie hasta que me gané mi rango y les probé a los demás que valía algo.

Pero tenía los ojos de los Hart. Tenía el pelo de Hannah. Y aun cuando el pensamiento de estar biológicamente conectada a Daxton Hart me hacía sentir enferma, Hannah no tenía motivos para mentirme. Tampoco tenía motivos para arriesgar su vida para ayudarme, a menos que yo significara algo para ella.

A menos que fuera su hija.

—¿Estás... estás segura? —pregunté con voz ahogada. Hannah levantó una cadena de oro del interior de su camión al final de la cual colgaba un pequeño relicario. Presionó un botón y la tapa se abrió de un golpe, revelando dos fotografías: una de un bebé de brillantes ojos azules, y otra en la que me reconocí en mi cumpleaños 15.

—Lo siento. No lo supe hasta ahora. —Sus ojos se pusieron vidriosos y guardó el relicario nuevamente dentro de su camión—. Cuando Knox me mostró esa foto, pensé que era una broma. Pero realmente eres tú, ¿no es cierto?

Asentí, incapaz de hablar y la habitación se inclinó a mi alrededor, casi arrastrándome con ella. Tenía una madre. Tenía una familia.

Greyson realmente era mi hermano. Lila era mi prima.

Realmente era una Hart.

Y Knox lo sabía.

—Necesito... necesito. —Hice gestos impotentes hacia el túnel. Hannah entró en él.

—Por supuesto. —Ella dudó y me envolvió brevemente con sus brazos. Ella era cálida y por una fracción de segundo me permití imaginar cómo podría haber sido crecer con una madre—. Hay una linterna adosada a la pared unos pocos metros más adelante. Corre. Yo distraeré a Mercer tanto como pueda.

—Gracias. Por todo —dije.

Ninguna de nosotras podía manejar algo más. Me deslicé adentro y esperé en el áspero concreto mientras ella sellaba el túnel nuevamente. Observando cómo la última línea de luz la alejaba de mí.

Una vez que estuve rodeada de oscuridad, inhalé profundamente, forzándome a calmarme. Pero nada cambió. Todavía tenía que salir de allí antes que Mercer descubriera lo que ella había hecho. Y si la tomaba contra ella...

No. Hannah era capaz de cuidar de sí misma. Si me entrometía para protegerla, sólo empeoraría las cosas para ambas. Ella era inteligente, y conocía a Mercer mejor de lo que yo nunca lo haría. Ella pensaría en algo.

Tanteé alrededor hasta que encontré la linterna, y la luz inundó un largo túnel que daba vuelta hasta perderse de vista. Al principio era de concreto, pero luego de diez minutos de caminata, se transformó en tierra. Tragué saliva debido al aire rancio. Estaba bien. Llegaría hasta el final del túnel, y cuando lo hiciera, me uniría a Knox y los Blackcoat y malditamente me aseguraría de que atraparan a Mercer antes de que pudiera herir a Benjy o a Hannah... o algo peor.

Todo iba a estar bien.

De repente me detuve... No iba a suceder, no sin los códigos. Si los Blackcoat no podían entrar a la armería, no tendrían ninguna oportunidad. Y yo era la única que sabía dónde estaban. Toqué el resorte de mi ropa interior, aliviada cuando sentí que el papel se arrugaba contra mi piel. Aún lo tenía. Y si quería que los Blackcoat tuvieran una oportunidad, necesitaba llevárselo a ellos.

Pero Hannah había dicho que el túnel se extendía por kilómetros. Existía la posibilidad de que nadie estuviera allí cuando llegara, o aunque estuvieran, no fueran capaces de comunicarse con la gente en el interior de Otro-Sitio, donde estaba escondida la armería.

Maldije en silencio. Mi vida o la vida de millones.

Una vez más, Knox tenía razón.

Giré en redondo y corrí a toda velocidad por el túnel, el haz de luz de la linterna se balanceaba con mis pasos. Cuando llegué al concreto apagué la luz, en caso de que Mercer hubiera enviado a un guardia por si me había escapado por aquí; pero cuando trepé de regreso al sótano, se hallaba tan oscuro como siempre.

Me detuve ante el acceso a la mansión Mercer, agachándome a un lado de la entrada y conteniendo el aliento, tratando de percibir cualquier signo de que Hannah o Mercer se encontraran del otro lado. Las piernas comenzaban a dolerme y luego mis pies se entumecieron mientras esperaba. Eventualmente perdí todo sentido del tiempo en la oscuridad, y comencé a contar los latidos de mi corazón.

Cuando llegué a mil, inhalé profundamente y encendí la linterna. No podía arriesgarme a esperar más, no podía si quería entregarle los códigos a Scotia a tiempo. Ahora que Knox se había ido, ella era mi única opción, aun cuando ella me entregara apenas me viera. Al menos los Blackcoat tendrían la oportunidad de pelear. Empujé contra la puerta, pero fue en vano. El gabinete debía estar bloqueándola. Dando un gruñido presioné contra la puerta con mi hombro sano, haciendo un gesto de sufrimiento cuando el dolor irradió desde mi lado lesionado. El gabinete no era tan grande. Sólo tenía que empujar y...

Crash.

Me alejé de un salto de la puerta, y ésta se abrió de golpe, dejando ver el gabinete caído en medio del sótano. Maldije y salté afuera y me apoderé de un par de cuchillos del estante más cercano. Me agaché debajo de las escaleras en un rincón oscuro repleto de telarañas que hacían cosquillas en mi piel, y esperé silenciosamente que Mercer bajara por las escaleras. Esta vez no dudaría. Un cuchillazo en el estómago, otro en la garganta... si uno de los dos debía morir esa noche, de ninguna maldita manera iba a ser yo.

Pero nada sucedió. O el sótano era a prueba de sonido, o la mansión estaba vacía.

Finalmente me animé a trepar por los escalones. Dos de ellos crujieron bajo mi peso, pero aun así nadie vino. No me quedé a esperar y preguntarme por qué había tenido tanta suerte... si esto era una trampa, entonces no tenía otra opción que ir directo hacia ella. Al menos en esta ocasión estaba armada.

El vestíbulo de la mansión Mercer estaba oscuro y vacío. Un nudo se me formó en la boca del estómago al pensar lo que Mercer podría estar haciéndole a Hannah por dejarme ir, pero no podía darme el lujo de ir a buscarla. Ella había sido consciente de los riesgos cuando me liberó, y aun así lo había hecho. Si tenía la oportunidad de ayudarla, lo haría, pero no antes de que los códigos estuvieran a salvo en manos de Scotia.

Hice una breve pausa para colocarme las botas y un largo y grueso abrigo que debía pertenecer a Hannah. Sin mi mono rojo, llamaría la atención, lo cual significaba que mezclarme en la multitud no era una opción. Pero el cielo aún estaba negro como la tinta y la luna era apenas una fina línea. Siempre que permaneciera fuera de las calles principales tenía una oportunidad de llegar hasta las barracas sin ser vista.

Salté de una sombra a otra hasta llegar a la verja de la mansión Mercer. El frío atravesó la parte inferior de mi pijama, pero mi corazón latía lo suficientemente rápido como para mantenerme caliente por ahora. Debido a mi hombro herido no tenía oportunidad de trepar la verja, y cuando la empujé tratando de abrirla, permaneció cerrada.

Estupendo.

—Creí haber visto a alguien acechando por los árboles —dijo una voz baja pero jovial. Giré en redondo.

—Rivers —maldije suavemente. Él se encontraba al otro lado de la reja, con el rifle aun colgado de su hombro—. ¿Crees que podrías ayudarme?

—La sección entera te está buscando —dijo—. Mercer está furioso.

—Bien. Trató de cortarme los dedos del pie.

Las cejas de Rivers se dispararon hacia arriba. —Habría hecho mucho más que eso, cariño. Si te atrapan, robaste mi pistola y me obligaste a abrir la verja, ¿está bien?

Sacudí la cabeza y levanté uno de los cuchillos. —A punta de cuchillo.

Él sonrió y tecleó un código en el teclado de la verja. —Chica lista.

Salí disparada hacia la cuadrícula de edificios grises, utilizando los callejones cuando podía y permaneciendo en las sombras y en las calles oscuras. Conocía lo suficientemente bien el recorrido de la mansión Mercer a mi barraca como para evitar el racimo de guardias que parecían estar reunidos en cada cruce de caminos, y finalmente llegué al bloque correcto.

Espié a través de la esquina y mi corazón se hundió. Había no menos de una docena de guardias apostados en la calle, y dos más parados al frente de la barranca. No había manera de que pudiera escurrirme entre ellos, no si valoraba mis órganos internos. Y aún si valía la pena morir, primero tenía que llegar viva a la barraca para poder darle los códigos a Scotia.

Mientras evaluaba si iba a ser posible llegar hasta allí saltando de techo en techo, una mano fría me tapó la boca y otra rodeó mi pecho apenas evitando mi hombro lastimado.

—No digas una sola palabra —susurró una voz ronca. Era Scotia.

Me quedé quieta y juntas esperamos en la oscuridad. Repentinamente un rayo de luz llenó el callejón de manera perpendicular a nosotras y un guardia gritó: —Despejado.

La luz desapareció y Scotia aflojó su agarre. —¿Dónde diablos has estado? —susurró—. Mercer está que hierve... dijo que los atacaste a él y a Hannah y desapareciste. He estado aquí afuera durante una hora, buscándote.

Parpadeé. —¿Que atacé a Hannah? ¿Cómo? ¿Se encuentra bien?

—No lo sé, ni me importa ¿Qué diablos pasó?

Retiré el pedazo de papel doblado del resorte y se lo entregué. —Los códigos de la armería.

La boca de Scotia se abrió de golpe. —¿Cómo los conse...?

—No importa. ¿Te asegurarás de que los Blackcoat los obtengan?

Ella asintió y los guardó en su bolsillo. —Lo haré. Gracias.

—No lo hice por ti.

—Lo sé. —Ella miró a ambos lados del callejón—. Debes irte ahora antes de que regresen. Mantente en las sombras. Si alguien te atrapa...

—Moriré de cualquier manera, así que no tiene sentido pensar en ello —dije—. Hagas lo que hagas, no mueras antes de utilizar esos códigos.

—Haré lo mejor que pueda. —Me observó durante un largo rato con el ceño fruncido—. Lamento lo de Noelle.

Tragué con fuerza. —Hiciste lo que tenías que hacer. Sólo hubiera deseado que... —Sacudí la cabeza. No importaba.

Scotia buscó mi mano y la apretó. —Mantente con vida. Búscame después. Me aseguraré de que los Blackcoat sepan lo que hiciste.

Asentí, y ambas partimos en direcciones opuestas. Ahora que los códigos se encontraban en manos seguras, el aplastante peso de la responsabilidad desapareció de mis hombros, y brevemente consideré regresar a la mansión Mercer. Debían haber revisado cada centímetro de ella, lo que significaba que era el lugar más seguro al que podía ir. Pero regresar allí sin ser vista... ese era el verdadero problema.

Di la vuelta en otro callejón. Ya lo había hecho una vez, podía regresar allí nuevamente. Sólo tenía que ser...

—Ajá —dijo una voz y esta vez no era la de Scotia. Giré aferrando el cuchillo en mi mano sana.

Williams estaba parado en el callejón detrás de mí, blandiendo su rifle como un palo de golf.

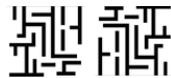
—Todo el mundo te está buscando, ¿lo sabías? —dijo y una profunda y estruendosa risa resonó desde su pecho—. Tú vales un ascenso.

No esperé a que hiciera el primer movimiento. No había forma de que fuera más rápida que una bala, así que hice lo único que podía hacer: corrí hacia adelante, esperando tomarlo por sorpresa y acuchillar su costado. Logré dar tres pasos antes de que girara fácilmente a pesar de su tamaño, haciéndome volar hacia una pared gris. Antes de que mi cabeza golpeará contra ella, me tomó de mi brazo sano y me dio la vuelta, inmovilizándome contra la pared.

—Buen intento —dijo con una sonrisa. Le pegué un rodillazo en la entrepierna, pero en lugar de encontrar carne blanda, golpeé algo duro y plástico. Un protector.

Perfecto.

—Buenas noches —dijo Williams, y luché contra su agarre. Él golpeó mi sien con la culata de su rifle, enviándome en espirales hacia la oscuridad.



Había voces murmurando a mi alrededor, y manos heladas tirando de mi hombro herido, que enviaron un blanco y cálido disparo de dolor por todo mi brazo. Abrí los ojos. Mi vista estaba borrosa, pero podía distinguir una sombra parada enfrente de mí, mientras otras dos me ponían de pie.

—¿Knox? —murmuré. Mi corazón latía con fuerza y el mundo parecía distorsionado, como si lo estuviera observando a través de un trozo de vidrio curvo.

La sombra no respondió. En lugar de eso gritó: —Listos en cinco, cuatro, tres, dos, uno...

Una sirena comenzó a sonar arriba de mi cabeza y las dos figuras que estaban a mi lado me alzaron para introducirme en una escotilla, y me encontré con una luz brillante que bien podría haber metido astillas de vidrio dentro de mis globos oculares.

Un extraño zumbido resonó en mis oídos, el cual sonaba más fuerte probablemente debido al martilleo en mi cabeza y bizqueé lo suficiente como para ver la apertura en el suelo cerrarse por completo.

¿Qué estaba sucediendo?

Las lágrimas inundaron mis ojos, pero meforcé a mantenerlos abiertos y lentamente mi visión se enfocó. Me encontraba en una especie de plataforma a unos dos metros del suelo, rodeada de amenazadores edificios grises. La débil luz del amanecer se filtraba a través de las nubes, pero había algo más encima de mí.

Barras de metal.

Sentí una opresión en el pecho y se me hizo difícil respirar.

Me encontraba en una jaula.

—¿Kitty? —preguntó una voz temblorosa a un metro de mí. Giré la cabeza lentamente y el corazón se me fue al suelo.

Su rostro estaba cubierto de moretones púrpura y su cabello lacio caía sobre sus ojos, mientras se encorbaba apretándose las costillas, pero lo habría reconocido en cualquier sitio.

Era Benjy.

XV

LA JAULA

Traducido por Guangugo

—¿Benjy? —Mi voz sonó débil y apagada, y no estaba segura si era yo o la contusión—. ¿Qué...?

Benjy cojeó a través de la jaula y colapsó a mi lado, envolvió sus brazos a mi alrededor de la misma manera que Elliott había abrazado a Noelle. Lo abracé de vuelta con mi brazo bueno y mientras miraba sobre su hombro, el resto del mundo se enfocó.

Cientos de prisioneros en monos rojos y naranjas estaban parados alrededor de la plataforma, mirándonos con expresiones vacías en los rostros. Pero algo no estaba bien... el sol salía del lado equivocado. Aún era de mañana.

Miré hacia arriba, a la azotea donde Mercer estaba, alto y orgulloso y sostenía su arma automática con expresión de burla. Hannah estaba a su lado, y aun en la distancia, pude ver los cortes y moretones que decoraban su cara. Incluso si ella hubiera podido hacer que pareciese que yo la lastimé al escapar, no había forma de que pudiera ocasionarse esa cantidad de daño a sí misma.

Mercer sabía que ella me había dejado ir. Y este era su castigo.

Este era nuestro castigo.

—Benjy —susurré. Él estaba cálido y sólido a mi lado, y cerré los ojos, respirando su aroma. Así que esto era todo. Esta era la manera en que íbamos a morir.

Exhalé, y el alivio se deslizó por mi interior, adormeciendo el dolor de mi cabeza y hombro. Nunca tuve una oportunidad de sobrevivir a Otro-Sitio, y Benjy también había pagado por mis errores. Pero estábamos juntos, y ahora ya no había que preguntarse dónde caería el hachazo final.

—Lo lamento. —Besé su mejilla rasposa y su agarre alrededor de mí se tensó.

—No tienes nada que lamentar —susurró—. Te amo y prefiero morir contigo que vivir un solo día sin ti. Así es exactamente como quiero pasar mis últimos segundos... contigo.

Hundí mi cara en el hueco de su cuello y respiré una lenta y profunda bocanada de aire. Estaba bien. Estábamos bien. La muerte era inevitable y este era nuestro momento.

—Esta es su única advertencia —llamó Mercer, pero su voz sonaba distante, como si él estuviera en alguna parte al final de un largo túnel. Mis dedos se cerraron alrededor de la chaqueta de Benjy.

—¿Sabes dónde vamos a estar cuando despertemos? —susurré—. En un campo junto a nuestro lago, abrazados debajo del cálido sol.

Algo cálido y mojado corría por mi cuello. No podía decir si eran lágrimas de Benjy o mías.

—Será perfecto —murmuré mientras el clic del rifle de Mercer hacía eco a través de la plaza—. Sólo tú y yo por el resto de la eternidad.

—No puedo esperar —dijo Benjy y aunque su voz era áspera, pude oír su sonrisa.

Bang.

Todo se volvió gris. Ambos nos tensamos y Benjy me abrazó instintivamente, protegiendo mi cuerpo del disparo. Pero fue medio segundo demasiado tarde. El tiempo pareció detenerse y en ese momento infinito, esperé que el dolor surgiera.

Pero nunca lo hizo.

Tal vez así era morir. Tal vez, en nuestros últimos momentos, nuestros cuerpos nos daban una oportunidad de paz, y el dolor de la muerte nunca se sentía.

Bang.

Un segundo disparo sonó y esta vez un coro de gritos se oyó de la multitud. Benjy tiró de mí hacia el centro de la jaula y grité de dolor.

—¿Qué...?

En la azotea, Mercer había dejado caer su arma y estaba agachado. Hannah estaba al otro lado del edificio acurrucada en la esquina, cubriéndose la cabeza con los brazos. La multitud a nuestro alrededor continuó gritando, pisoteándose entre sí en un intento de salir de la plaza.

—¡Acuéstate! —dijo Benjy, y me empujó contra el piso, otra vez cubriendo mi cuerpo con el suyo. Mi cara estaba presionada contra la fría plataforma y varios disparos resonaron.

No fue hasta que vi a un grupo de prisioneros correr hacia nosotros con armas desenfundadas que entendí.

La rebelión había comenzado.

El olor a pólvora impregnó el aire a nuestro alrededor mientras disparo tras disparo resonaba en la plaza. La mayoría de los prisioneros logró huir de la refriega, pero incluso desde mi punto de vista limitado, vi varios cuerpos inmóviles en el suelo. Los guardias que rodeaban la plataforma contraatacaron, pero estaban superados en número y pronto terminó el tiroteo.

—¡Lila! —gritó una mujer y tardé un momento en darme cuenta que la voz provenía debajo de mí.

La trampilla en la plataforma se abrió. Scotia. —Aquí —dijo—. Rápido, antes que el resto de los guardias vengan.

Benjy se levantó y me empujó hacia abajo al área de detención. Scotia me atrapó y Benjy rápidamente se nos unió, respirando pesadamente mientras colapsaba a mi lado.

—¿Qué está pasando? ¿Están los Blackcoat aquí? —pregunté. ¿Knox había vuelto después de todo?

Scotia negó con la cabeza y comenzó a recargar las armas. —La caballería se está tomando su tiempo, pero tú nos conseguiste los códigos, así que ya estamos a mano. —Le dio una pistola a Benjy— ¿Sabes usarla?

—Yo sí —respondí, quitándosela. Scotia levantó una ceja.

—No estoy segura si deberías ponerte a disparar a alguien ahora.

—Entonces asegúrate que no deba.

Scotia sonrió. —Ese es el espíritu. Los otros guardias estarán aquí pronto. Los alejaré, pero no se muevan, ¿entendido? Esta cosa es a prueba de balas.

Ella gesticuló al área de detención debajo de la plataforma, vacía y oscura. No había podido echar un buen vistazo antes, pero ahora podía ver cadenas y grilletes colgando de las paredes, probablemente donde tenían a los prisioneros antes de forzarlos a pelear.

—Parece que el lugar más seguro en Otro-Sitio es donde aguardas a morir —murmuré. Scotia me dio unas palmaditas en el hombro y grité. Con el ceño fruncido, me frotó suavemente el área sensible.

—Tu hombro está dislocado —dijo tomando mi brazo e hice una mueca de dolor—. No hay nada que pueda hacer, no hasta...

Tiró de mi brazo y grité. Dolor al rojo vivo explotó a través de mi cuerpo, causando que mi visión se ennegreciera por un momento y Benjy se abalanzó contra Scotia.

—¿Qué diablos crees que haces? —gruñó, pero terminó en un instante. De repente, el dolor comenzó a disminuir y Scotia dejó mi brazo de nuevo en mi regazo.

—Está de vuelta en su sitio, pero necesitarás atención médica una vez que esto termine —dijo y miró a Benjy—. Es más fácil cuando no saben lo que viene. Ella estará bien.

Benjy la miró, pero dio un paso hacia a mí, y tocó protectoramente la parte baja de mi espalda.

—Me tengo que ir —dijo Scotia—. Cuida de ese brazo y no hagan nada estúpido.

—Haremos lo que podamos —murmuré y Scotia se deslizó por una puerta de metal en la base, cerrándola firmemente detrás de ella. Una cerradura se deslizó en su lugar del otro lado, y exhalé.

—¿Estás bien? —preguntó Benjy, y yo asentí. Aún me dolía y mis dedos hormigueaban desagradablemente, pero al menos podía moverlos otra vez.

Benjy me jaló a su regazo y nos quedamos en la oscuridad, ignorando el eco de los disparos y gritos mientras Scotia y su banda de rebeldes peleaban con los guardias por el control de la sección X.

Ninguno de los dos habló por lo que tuvo que ser una hora. Estaba helando debajo de la plataforma, pero Benjy me abrazó y yo me acurruqué contra su pecho, tratando de quemar a fuego este momento en mi memoria. Aunque muriéramos hoy después de todo, al menos tuvimos un poco más de tiempo.

—Sabes, casi estoy enfadado con ellos —dijo Benjy, su voz temblaba—. Estaba esperando ese picnic.

Me reí a mi pesar. —Eventualmente lo tendremos. No hay que apresurarnos.

Pasó sus dedos por mi pelo, deshaciendo gentilmente los nudos. —Sí los Blackcoat tienen éxito, ¿podrías prometerme algo?

—¿Qué? —pregunté, mi cabeza descansaba en su hombro.

—Prométeme que ya no serás Lila.

Parpadeé mirándolo confundida. —¿Por qué...?

—Porque a todos les importa Lila Hart —dijo—. O la aman o la odian. Nada intermedio. Y no puedo soportar perderte de nuevo.

Yo me quedé en silencio. Después de todo lo que había pasado, casi olvidé que antes de que Knox lo contratara como asistente, Benjy también había creído que yo estaba muerta, después de que fui secuestrada y enmascarada como Lila. Al menos yo sólo había pensado que Benjy estaba muerto por un par de días. Él tuvo que llorar mi muerte durante un mes.

—Por favor, Kitty —dijo suavemente—. Sólo se tú otra vez. Por mí.

Inhalé una profunda y temblorosa bocanada. Ahora que la adrenalina se había ido, el dolor en mi hombro era casi intolerable, pero hubiera dado lo que fuera para estar ahí con él. —De acuerdo —dije—. Lo prometo. Pero sólo si tú también me prometes algo.

—¿Qué? —pregunté, y entrelacé mis dedos con los suyos.

—Prométeme que sin importar qué me pase, no harás nada estúpido —dije—. No morirás por protegerme o por vengarme, o... por nada. Si voy a estar a salvo, entonces tienes que estarlo también. Porque yo quiero ese picnic en esta vida. Quiero esa cabaña. Quiero nuestro futuro y no dejaré que nadie, ni siquiera tú, me lo quite. ¿Entendido?

Vaciló. —Kitty...

—¿Sí o no? —pregunté, separándome lo necesario para verlo—. Si logramos sobrevivir estos días, entonces te prometo que dejaré de ser Lila. Nunca te dejaré otra vez, y superaremos esto juntos. Sobreviviremos a esto juntos o moriremos juntos. Esa

es la única manera en que dejaré que esto termine. Sólo tengo que saber que tú también estás conmigo.

Él apretó la mandíbula, pero al menos asintió. —Está bien. Lo prometo.

—Gracias —susurré y me recosté de nuevo contra él. Nunca dejaría de preocuparme por él y él nunca dejaría de preocuparse por mí, pero al menos ahora estaríamos al lado del otro hasta el final. De una forma u otra.

Finalmente los sonidos de los disparos cesaron, y la puerta se abrió, revelando a Scotia. Varios mechones de cabello se habían escapado de su coleta y su abrigo estaba manchado de sangre, pero al menos no estaba muerta.

—¿Están bien? —preguntó y asentí.

—¿Tú?

Ella también asintió. —Hemos tomado control de la sección X y la sección J. Creemos que los Mercer aún están vivos, pero se han encerrado en la mansión. Los tenemos rodeados.

Tragué con fuerza. —No maten a Hannah.

Scotia frunció el ceño. —¿Perdón?

—Por favor —dije—. Ella ha sido tan víctima como el resto de nosotros. Tú viste como se veía su cara. Mercer se lo hizo porque ella me ayudó a escapar.

—¿Tienes alguna idea de lo que ella le ha hecho a gente como tú y yo? —espetó Scotia, su boca curvada en una mueca—. Ella es uno de ellos.

—Porque era la única forma en que podía sobrevivir —dije—. Y sé exactamente lo que ella me ha hecho. Ella salvó mi vida. Ella es la razón de que tengamos los códigos en primer lugar. Tú eras la que dejaba que Mercer metiera su lengua hasta tu garganta por una oportunidad de sobrevivir... ella estaba haciendo exactamente lo mismo. No es su culpa que ella fuera mejor.

Scotia apretó los puños. —Bien. Pero si te voy a hacer un favor, entonces tú también me harás un favor.

—¿Qué tipo de favor? —pregunté con cautela.

—Vas a usar tu magia de Lila Hart con la multitud de allá fuera y convencerlos que peleen a nuestro lado.

Me quedé boquiabierta. —¿Qué?

—Ya me escuchaste —espetó—. Ahora mi gente está reuniendo a todos. No tenemos mucho tiempo antes de que los refuerzos lleguen de otras secciones, y somos menos de una docena. Tenemos las armas que necesitamos, pero no podemos detenerlos solos hasta que los Blackcoat lleguen. No tenemos suficientes personas.

Me le quedé viendo. —¿Y quieres que los prisioneros peleen?

—Oh, lo siento. ¿Tienes unos soldados escondidos listos para morir por nosotros?

Abrí y cerré la boca. No era ajena a los discursos. En mis tres meses como Lila Hart, me paré enfrente de docenas de multitudes en varias ciudades y los animé a apoyar a los Hart y pelear por oportunidades iguales. Podría recitar ese discurso dormida si tuviera que hacerlo, pero nunca traté de convencer a alguien de caminar directamente a su muerte.

—Sí ellos no quieren pelear, entonces no hay nada que pueda decir para convencerlos —dije—. Tienen el derecho de proteger sus vidas.

—Sí perdemos, bombardearán toda la sección —dijo—. Prisioneros, guardias... todos los que quedan, se quemarán vivos. Si pelean, tenemos una oportunidad. Si deciden actuar como cobardes y dejan que el resto de nosotros muera por ellos, entonces morirán de cualquier forma.

Apreté los dientes. —Sí voy allá arriba y convenzo a cada persona que se quede y pelee, su sangre estará en mis manos.

—Sí vas allá arriba y convences a suficiente gente para que se quede y pelee, ganamos, entonces ellos tendrán sus vidas gracias a ti. Ellos tendrán su libertad. —Scotia sacudió la cabeza—. Ya todos tenemos sangre en nuestras manos. Ahora es tu trabajo hacer que esa gente no haya muerto en vano.

No hay tal cosa como una revolución sin sangre.

La voz de Knox hizo eco en mi mente y cerré los ojos. Él tenía razón. Scotia tenía razón. Obtuve los códigos y ahora tenía que sufrir las consecuencias, tanto las buenas como las malas. Gente moriría, no importaba lo que yo hiciera... ellos ya estaban muertos. Les debía una oportunidad de sobrevivir.

—De acuerdo —dije—. Con una condición. Benjy no pelea.

—Y tampoco tú —dijo Benjy, tocando mi sien gentilmente. Fue suficiente para sentir como si alguien estuviera martillándome la cabeza.

—Yo sé cómo usar un arma. Tú no.

—Has utilizado un arma una vez. Eso no cuenta.

—Pero ninguno de ellos ha usado un arma antes —repliqué—. No puedo simplemente mandarlos a morir sin pelear a su lado.

—Sí estás con los prisioneros, ellos estarán muy ocupados tratando de protegerte como para hacer algo bien —intervino Scotia—. Ningún herido peleará. Punto. Y eso también te incluye a ti, chico enamorado.

Apreté la mano de Benjy. —Hacemos esto juntos. Lo prometiste. No haré esto a menos que sepa que estarás a salvo.

Él gruñó. —De acuerdo. Siempre y cuando tú tampoco pelees.

—No lo haré.

—Los pondré con los niños —dijo Scotia—. Lo más probable es que los guardias vayan tras ellos para hacer que nos rindamos, pero tenemos algunos planes...

—¿Niños? —pregunté—. ¿De dónde?

—La sección J. Los estamos reuniendo ahora, pero Rivers quiere que los separemos, así los guardias no podrán atraparlos a todos al mismo tiempo...

—Conozco una salida.

Scotia se calló. —¿Disculpa?

—No es muy grande y no cabrá mucha gente —dije—. No sé a dónde conduce. Pero sé que lleva afuera a algún lugar que no es aquí. Excepto...

—¿Qué?

Dudé. —¿Dijiste que los Mercer están atrincherados en la mansión?

Scotia asintió. —Los tenemos rodeados.

—Necesito que averigües cómo sacarlos de ahí —dije—. El túnel está en el sótano.

Alguien tocó dos veces la puerta y Scotia maldijo. En voz muy alta. —Lo averiguaré. Pero ahora, necesito que subas y nos consigas tantos luchadores como puedas. ¿Trato?

Asentí, y ella abrió la trampilla otra vez. Esta vez, mientras Scotia y Benjy me alzaban, me cubrí los ojos del sol de la mañana. Podía hacer esto. *Tenía* que hacerlo.

Como dijo, la gente de Scotia había reunido a todos de vuelta en la plaza. A diferencia de esta mañana, cuando todos nos observaban a Benjy y a mí con expresiones sin emoción, esta vez varios grupos se amontonaban como si se pudieran cubrir los unos a los otros de las balas. Muchos cojeaban o tenían los brazos en cabestrillos y mientras examinaba a la multitud, vi una fila de cuerpos que yacían en las sombras de un edificio cercano.

Mi estómago dio un vuelco. Por eso estaba haciendo esto... para prevenir que esta gente terminara como ellos. Debían tener una oportunidad, y ahora, yo era la única que podía dársela.

Aclaré mi garganta y, con esfuerzo, me obligué a levantarme. Mis piernas temblaban y mi visión aún era borrosa en los lados, pero ellos habían venido aquí a pesar de su miedo. Lo menos que podía hacer era levantarme.

—Mi nombre es Lila Hart —grité—. Durante los últimos dos días, he sido una de ustedes. Pero antes de eso, estaba del otro lado... era una VII, y vi de primera mano el horror que pasa aquí. No necesitan decirme cómo son sus vidas. No necesitan decirme lo duro que ellos son o lo mucho que aguantan ustedes sólo para sobrevivir. He estado aquí por cuarenta y ocho horas, pero muchos de ustedes han estado aquí toda su vida. Ustedes conocen el lugar mejor de lo que yo nunca conseguiré. Y ustedes saben lo que está en juego si Jonathan Mercer y los guardias retoman esta sección.

Bajé la mirada, y a través de la trampilla, Benjy me sonrió alentadoramente. Respiré profundo. No tenía idea de qué decir, pero mientras abría la boca otra vez, las palabras salieron sin ningún pensamiento consciente.

—Isabel Scotia ganó el primer round de la pelea hoy, con sus desinteresados y valientes soldados, quienes se levantaron en armas sabiendo que había una buena probabilidad de que perdieran... no sólo la batalla, sino sus vidas también. Ellos han hecho retroceder a los guardias, pero ellos no se quedarán ahí para siempre. La batalla real aún está por llegar, y por como está ahora, vamos a perder.

En el centro de la multitud, vi a Rivers vestido con el mono naranja de un prisionero y lo que debían ser cientos de cartuchos de municiones alrededor de su cuerpo. Dos armas estaban colgadas en sus hombros y tenía otra preparada. Nuestros ojos se encontraron y asintió una vez.

—Necesitamos su ayuda. Sé que están asustados y sé que la mayoría de ustedes nunca sostuvieron un arma en su vida. Pero merecen más que esto. Hay tanto en este mundo, más que estas malditas paredes grises y alambre de púas y los caprichos de los

guardias que dictan cuándo vivir o morir. Allá afuera hay esperanza, hay oportunidades, hay amor. Hay un lugar al que pertenecen. Y cada uno de ustedes merece la oportunidad de verlo.

Muchos hombres y mujeres se miraron entre sí, y apreté los labios. Tenía que hacer esto.

—No me pararé aquí y les haré promesas que no puedo cumplir —grité, con el corazón latiendo fuertemente—, pero les prometo una cosa... tienen una oportunidad, aquí y ahora, de cambiar sus vidas completamente. Y esta es la única oportunidad que recibirán. Así que, por favor... peleen con nosotros. No por mí, no por Scotia, sino por ustedes. Por sus vidas, por su libertad, y por la oportunidad de salir de Otro-Sitio y comenzar una nueva vida. Porque sí fallamos hoy, no quedará nada de la sección X. Jonathan Mercer no distinguirá a los que se escondieron de los que pelearon. Y entre más luchadores tengamos, más probabilidades tenemos de salir de aquí con vida. Estamos en esto juntos. Todos somos iguales hoy, y sobreviviremos juntos o moriremos juntos. No hay intermedios.

Silencio. Esos cientos de prisioneros se me quedaron viendo, sus expresiones ilegibles. Y me quedé ahí parada en silencio, con un repentino agotamiento ahora que el flujo de palabras había parado. Por el rabillo del ojo, vi a Scotia subir a la plataforma, y unirse a mí, puso la mano en mi hombro herido.

—Cualquiera que quiera y pueda pelear, venga a la plataforma —gritó—. Se les dará un arma y se les enseñará a usarla. Consideren a mi gente tenientes y escuchen todo lo que les digan. Tenemos un plan, y con su ayuda, podemos hacerlo. Cualquiera que no pueda o no peleará... diríjase al comedor. Recibirán más instrucciones ahí.

Me quedé parada a su lado, apenas atreviéndome a respirar. Al principio nadie se movió. Todos miraban alrededor, esperando que alguien tomara la iniciativa, y nadie se atrevía a mirarme a los ojos. Pero al fin, un hombre de cuarenta y tantos caminó hacia adelante a través de la multitud hasta que alcanzó la barandilla.

—Sí voy a morir hoy, entonces me iré peleando —dijo, mirándome directamente—. He esperado 20 años para tener mi oportunidad contra esos bastardos. Y no la desperdiciaré.

Sonreí, pero un nudo se formó en mi garganta y era todo lo que podía hacer para que mis ojos no se humedecieran

—Gracias —dije, mi voz aguda. Él asintió y un músculo en su mandíbula tembló.

Otros empezaron a caminar hacia mí. Hombres, mujeres... incluso unos pocos que no parecían mayores que yo. Uno por uno se nos unió, cada uno acercándonos un poco más a la victoria. Cuando se amontonaron alrededor de la plataforma, varios hombres que reconocí de los Blackcoat les entregaron un arma a cada uno. Me incliné lo suficiente para ver dentro de la barandilla, donde normalmente estaban los guardias, Scotia y su gente habían almacenado un alijo de armas y una docena de grandes cajas con municiones.

Poco a poco, todos empezaron a acomodarse por su cuenta. Un pequeño contingente de hombres y mujeres; casi todos cojeaban o tenían heridas visibles, se encaminaron hacia el comedor, pero para mi alivio, la mayoría de prisioneros se quedaron y esperaron su turno para un arma.

—Funcionó —dije impresionada—. En serio van a pelear.

—No fue Shakespeare, pero cumplió su propósito —dijo Scotia—. Cada muerte hoy va a valer la pena si ganamos. Y me voy a asegurar de que lo hagamos.

La miré. —Necesitamos sacar a los niños antes de que la batalla comience.

Scotia asintió, su boca fija en una sonrisa sombría. —Tengo un plan. No es lindo, pero funcionará. Ahora necesito que tú vayas al comedor y te asegures que todo el que sea capaz de ir, vaya contigo. Haré que uno de mis hombres te lleve a los niños lo más pronto posible. Para entonces, tendremos la mansión Mercer despejada.

Mordí mi labio. —Necesito tiempo suficiente para guiarlos ahí a salvo.

—Me aseguraré de que lo tengas.

—Bien —dudé—. No sé lo que tienes planeado y no quiero saber, pero cumplí mi parte del trato. Cumple la tuya: no matar a Hannah.

Scotia frunció el ceño. —Como dijiste, nadie puede hacer promesas ahora.

—Sólo... inténtalo. Por favor.

Scotia asintió, y con eso, me dirigí a la apertura de la plataforma. Benjy me ayudó a bajar, y juntos abrimos la puerta y nos dirigimos a la plaza.

Caminar lejos de la multitud hacia el comedor fue una de las cosas más difíciles que jamás había hecho en mi vida. Todo dentro de mí me rogaba que me quedara aquí, agarrará un arma y peleará con ellos. Pero no podía mover mi brazo herido, y cuanto más caminábamos, más mareada me sentía. No podía ayudarlos. En el mejor de los casos, sería un obstáculo, en el peor, haría que mataran a muchos.

—Odio esto —le dije a Benjy. Él deslizo su brazo alrededor de mi cintura y me incliné contra él mientras caminábamos. Aún se sujetaba el costado derecho, donde al parecer tenía unas costillas magulladas, sino rotas, pero se negaba a quejarse.

—Estás haciendo lo correcto—dijo—. Todo lo que les dijiste era la verdad. Ellos saben que pelearías a su lado si pudieras. Lo que *puedes* hacer es ayudar a que los niños estén a salvo. Eso significará más para ellos que unos cuantos disparos.

No si esos disparos salvaran la vida de alguien, pero no discutí. Caminamos con dificultad a través del aguanieve hasta que llegamos al comedor, donde varias docenas de personas se habían reunido. Muchos estaban sentados y algunos estaban acostados sobre las mesas mientras que otros los atendían. El olor a sangre y muerte me golpeó como un impacto en las entrañas y endurecí el estómago para no verme afectada.

—¿Ahora qué? —pregunté a Benjy.

—Ayudamos hasta que los niños lleguen. Vamos.

Juntos nos dirigimos a la mesa más cercana, donde una mujer estaba intentando detener el flujo de sangre de una herida de bala en la pierna de un hombre inconsciente. No sabía mucho de medicina, pero me quité el cabestrillo improvisado que Hannah me había dado y se lo di a Benjy. Sin hablar, creó un torniquete alrededor de la pierna del hombre.

—¿Puedes hacerme un favor? —le dije a la mujer. Lágrimas corrían por su cara sucia y asintió—. ¿Puedes dar una vuelta y ver quiénes pueden caminar? Todos los que estén seriamente heridos necesitan ser llevados abajo... hay un cuarto que los mantendrá a salvo durante la batalla. —Eso esperaba—. Necesitamos que todos ayuden a moverlos ahí mientras todavía haya tiempo.

Ella asintió, y con paso inseguro empezó a caminar por el comedor, yendo de un grupo a otro pidiendo ayuda. Pronto varias personas estaban usando lona y láminas de plástico de la cocina para llevar a los heridos e inconscientes abajo, al cuarto donde los Blackcoat habían tenido su reunión. No era mucho, pero al menos no estarían expuestos.

Veinte minutos después, Rivers llegó, encabezando un grupo de al menos cien niños. Los que podían caminar se agarraban de la mano, formando una línea que parecía interminable. Hombres y mujeres mayores, que seguramente habían sido sus cuidadores, cargaban a los más pequeños... niños pequeños y bebés que no podían ser mayores a dos meses. Contuve una maldición. Si los guardias nos encontraban, estaríamos completamente indefensos.

—Val —llamó Benjy mientras entraban. Una mujer rubia quien me recordaba a Nina, la matrona de nuestra casa hogar, levantó la vista—. Por aquí.

Ella llevaba dos bebés dormidos en sus brazos, y se nos unió, Benjy sujetó uno. —¿Qué está pasando? —preguntó ella.

—Saldremos de aquí. —Mientras le contaba el plan, atravesé el comedor para reunirme con Rivers. Él estaba parado en la entrada, arma en mano, mientras se mantenía vigilante mirando la calle inquietantemente silenciosa.

—¿Cuánto para que nos movamos? —lo interrogué. Su mirada fija no vaciló.

—Scotia me dio una alerta de diez minutos. Junta a todos y los guiaré allí.

—¿Alguna idea de qué va a hacer? —dije y él hizo una mueca, todos los rastros de su comportamiento infantil se habían ido.

—Concéntrate en hacer tu parte. Deja que ella se encargue del resto.

Preocupación revoloteó en mi pecho, pero por una vez en mi vida, hice lo que me dijo. No había nada que pudiera hacer para ayudar a Scotia o a Hannah, pero podía ayudar a estos niños y tenía que concentrarme en eso.

Para cuando esos diez minutos pasaron, Benjy y yo habíamos ordenado a los niños en pequeños grupos y asignado un adulto responsable que los vigilara. Estaba arrodillada al lado de una niña de cinco años al borde de las lágrimas cuando un sonido de explosión resonó cerca, sacudiendo el comedor. Varios niños gritaron y yo me estremecí mientras el mundo parecía agitarse.

—Rivers —llamé, yendo a trompicones hacia él tan rápido como pude—. ¿Qué sucede?

Él habla por un comunicador en su hombro y me miró. —Hora de irnos.

Uno por uno, hicimos salir a los grupos del comedor hacia el frío congelante. Ya eran las primeras horas de la tarde, pero las nubes se habían juntado y mientras nos abríamos paso por los callejones negros hacia la mansión Mercer, comenzó a nevar.

Al pasar cada bloque, vi grupos de hombres y mujeres sujetando armas y parados en las esquinas, mirándonos. Muchos asintieron, y un hombre... el primer hombre que se ofreció... sonrió.

—¿Todo bien? —dijo Benjy, apareciendo a mi lado. Ahora cargaba un niño en su otro brazo, y a pesar de su mirada valiente, podía verlo hacer una mueca de dolor a cada paso.

—Sí... ¿estás bien? Puedo cargar al bebé —comenté, pero él negó con la cabeza.

—Apenas puedes caminar en línea recta. Lo tengo.

Permanecí pegada a su lado. Cuando nos acercamos a la mansión Mercer, saqué la pistola que Scotia me dio, sosteniéndola con mi mano sana. El silencio parecía repetir advertencias a nuestro alrededor, y mi piel se erizó como si pudiera sentir a alguien observándonos. Con cada paso que daba, me preparaba para un ataque, pero milagrosamente, nada sucedió. A pesar de la tensión en el aire, nadie nos atacó. Scotia realmente había asegurado el área.

—Muy bien —dijo Rivers una vez que llegamos a la calle—. Tienen el camino despejado. Vayan tan rápido como puedan. Lila... tú al frente. Necesito que les muestres a dónde ir.

Me reuní con él, Benjy todavía a mi lado. —Hay un túnel en el sótano —les dije a los otros. Docenas de miradas me observaron, y los niños no eran los únicos que estaban cubiertos de lágrimas—. Una vez que lleguen, avancen lo más rápido posible. Es de varios kilómetros de largo, pero debería llevarlos a un lugar seguro.

—¿Debería? —preguntó Val.

—Es nuestra mejor opción. A menos que quieras quedarte aquí.

Su cara se contrajo y se acomodó al bebé en sus brazos, pero no dijo nada más. Dirigí el camino a través de la calle hacia la puerta de la mansión Mercer. Media docena de Blackcoat estaba a cada lado de nosotros, armas listas en caso de que alguien atacase. El corazón se me subió a la garganta mientras Rivers abría la puerta. Esperaba humo y fuego en cualquier momento, pero todo estaba desconcertantemente normal. La única señal de que algo estaba mal era el silencio poco natural de la sección, y no pude evitar la sensación de que algo o alguien nos estaba observando. La subida de la colina me agotó, pero me presioné, negándome a colapsar, sin importar lo mucho que mis rodillas temblaran. Tenía que hacer esto. Esta era su única oportunidad de estar a salvo, y Scotia y los otros no podrían pelear una batalla real si también tenían que preocuparse por protegernos. Tenía que hacer mi trabajo y así ellos podían hacer el suyo.

Finalmente llegué a la entrada y desbloqueé el panel de seguridad que cerraba la puerta principal con mi collar, sin importarme quién lo veía. Tan pronto como el seguro se abrió, empujé para abrir la puerta y los dirigí dentro del vestíbulo. Docenas de pasos resonaron en el pasillo de mármol, y varias personas jadearon al ver el esplendor que había estado aquí todo este tiempo mientras ellos sólo estaban a treinta metros de distancia, atravesando nieve y lodo.

—Por aquí —indiqué, y los dirigí a la puerta del sótano y debajo de las escaleras crujiendo. Parte de mí esperaba ver a Mercer en el taller, esperando con cuchillos en cada mano, pero estaba vacío. Encendí las luces y corrí hacia la abertura en la pared. El gabinete de madera todavía estaba destrozado en el piso de concreto, justo donde lo deje, di un paso alrededor de las piezas de madera antes de tirar de la puerta.

El túnel era tan oscuro como siempre. Busqué la linterna que había dejado aquí, suspirando con alivio cuando la encontré. —Toma... sujeta esto —le dije a una niña que parecía tener diez años—. Sostén la linterna para que todos puedan ver por dónde van.

Ella asintió y se acomodó el cabello detrás de las orejas. Nerviosa, dio un paso al interior, y uno por uno, los otros la siguieron. Muchos de los adultos pararon para tomar las armas de los bastidores que recubrían las paredes del taller, y me di cuenta que Rivers no se nos había unido.

—No tenemos mucho tiempo antes que los refuerzos vengan —le dije a Benjy mientras nos parábamos juntos, viendo a todos entrar al túnel. Parecía que se estaban moviendo lo más lento humanamente posible, e impaciente, apreté los dientes—. Si atacan la mansión Mercer...

—Tenemos que confiar en que los Blackcoat los detendrán —dijo Benjy. El bebé se quedó dormido en el hueco de su brazo y el niño pequeño que sostenía se chupó su pulgar mientras me observaba con grandes ojos cafés.

—No hay nada más que puedas hacer, Kitty

—Sí hay. —Agarré la pistola con mi mano buena—. Si alguien viene...

—No vas a detener un ejército entero con diez balas y un hombro malo —dijo y alzó la voz—. Todos, apúrense... no tenemos mucho tiempo.

Los adultos apuraron a los niños por el túnel y al fin el último grupo desapareció en la oscuridad. Miré a Benjy. —Tú primero. Yo cubriré la retaguardia.

—Kitty...

—Sólo tengo diez balas, pero esas son diez más que las tuyas.

él murmuró algo que sonó sospechosamente como una maldición, pero se metió en el túnel, el techo de concreto era unos centímetros muy bajo para su cuerpo. Metiendo el arma en mi bolsillo, cerré la puerta detrás de mí.

Estábamos lo bastante lejos de la parte frontal del grupo para que la luz de la linterna no nos alcanzara. Busqué a tientas alrededor, deseando haber buscado otra, cuando de repente el túnel se sacudió y un sonido resonante me hizo temblar de adentro hacia afuera.

Varios niños estallaron en llanto, incluyendo el niño en los brazos de Benjy. Él calmó al niño pequeño todo lo que pudo, pero sus gritos agudos golpearon contra mi sien, haciendo que unas luces blancas bailaran frente a mí.

—Estás bien... estás bien —murmuraba Benjy, y cuando mis ojos se ajustaron, lo vi mecer a ambos, el bebé y el niño con cada paso que daba—. Todo está bien. Lo prometo.

Pero no lo estaba. Entre más nos adentrábamos, más temblaban los muros alrededor. Una vez alcanzamos el final del concreto, montones de polvo se desmoronaban con cada nuevo temblor, y mi garganta empezó a cerrarse. Benjy tenía razón... todos estábamos bien. Sólo teníamos que seguir poniendo un pie enfrente de otro.

De repente una débil sombra apareció enfrente de mí y paré. La luz se doblaba alrededor de una curva en el túnel que acabábamos de pasar, y se balanceaba al ritmo del sonido aleatorio de unas pisadas.

Sin hacer ruido, me volteé, sacando el arma de mi bolsillo. Si alguien nos estaba siguiendo, sólo sería cuestión de tiempo antes que nos atraparan, y yo era la última defensa del grupo. Hoy ya había mandado a suficientes personas a su muerte. Nadie más moriría mientras yo estaba a cargo, no si yo tenía algo que decir al respecto.

—¡Kitty! —La voz de Benjy sonó en el túnel detrás de mí, y escuché sus pasos mezclarse con los pasos distantes—. ¿Qué haces?

—Hay alguien allá atrás —murmuré—. Ve... reúnete con los otros. Estaré justo detrás de ti.

—No te dejaré —dijo, pero aun mientras hablaba, el bebé en sus brazos gemía.

—Sí lo harás. No puedo protegerlos a los tres, y ellos no lo lograrán sin ti —dije—. Por favor, Benjy.

—Haré que uno de los otros se los lleve —dijo, y su voz se entrecortó—. Si nos apuramos, podemos alcanzarlos y...

—Y quien sea que nos esté siguiendo sólo se acercará más —dije—. Por favor, Benjy. *Ve.*

Aun con la poca luz, podía ver la desesperación en sus ojos, y se inclinó para besarme. —Lo juro, si haces que te maten...

—No lo haré —dije—. No si no tengo que preocuparme por ti.

El bebé en sus brazos comenzó a llorar de nuevo, y Benjy hizo una mueca de dolor. —Te amo.

—Lo sé. Yo también te amo —dije—. Ahora vete de aquí.

Él me lanzó una larga y última mirada antes que finalmente se apurara para alcanzar a los otros. Mientras sus pasos se desvanecían, me sumergí en la oscuridad, mis palmas empezando a sudar mientras esperaba.

La luz se volvió más fuerte hasta que el haz estrecho se reflejó en la pared a mi lado, dejándome en las sombras. Algo crujió, y la voz de un hombre murmuró: —Oí algo. Ahora lo estoy investigando.

Me tensé. Un guardia. Me aplasté contra la pared mientras él giraba por la curva, y tan pronto apareció, le apunté con el cañón de mi pistola, mi dedo apoyado en el gatillo.

No parecía mayor que yo... veinte a lo mucho, con pelo castaño claro y una cara delgada con una cuchillada que le recorría la mejilla. Vestía el uniforme de un guardia —un mal indicador, ahora que sabía que los Blackcoat como Rivers usaban monos de prisioneros— cojeaba por el túnel, y su brazo derecho estaba en un cabestrillo decente por el cual yo habría matado.

Esta era mi oportunidad.

Él se detuvo de repente cuando aparecí a la vista, sus ojos se abrieron mientras alzaba su mano buena. —No dispares, por favor...

—Llámales de nuevo —dije—. A quien sea con quien estabas hablando... díles que te equivocaste. No hay nadie más aquí abajo.

Su manzana de Adán se balanceó, y lentamente alcanzó el dispositivo de comunicación de su hombro.

—No importa, era sólo una rata. Todo despejado aquí abajo.

Estática estalló del dispositivo, y luego una voz apagada dijo: —¿Angelo? Confirma.

Otra voz dijo: —Custodiando la entrada, señor.

Así que no estaba solo. Sostuve mi arma firme, lo suficientemente lejos para que él no pudiera hacer movimientos repentinos, pero lo suficientemente cerca para no fallar. —Patea tu arma —le ordené—. Ningún movimiento repentino, o *pondré* una bala en ti.

El guardia sacó su arma de la pistolera y, sosteniéndola con dos dedos para que pudiera ver que no pretendía usarla, la puso en el suelo y la pateó hacia mí.

—¿Tienes un arma tranquilizante? —pregunté y vacilé—. En sesenta segundos, vas a estar inconsciente. Si quieres despertarte otra vez, te recomendaría que me des todo lo que tienes.

Con el ceño fruncido, sacó de su bolsillo un puñado de jeringas. —Esto es todo.

—Bien —dije—. Patéalas, voltéate y desnúdate.

De mala gana lo hizo y poco a poco se desvistió, consciente de su brazo malo. Esperé impaciente y miré sobre mi hombro, de seguro vería a Benjy en cualquier momento. Pero no regresó. No podía decidir si sentirme aliviada o herida.

No... Benjy cargaba a dos niños inocentes, y los otros adultos también tenían las manos llenas. Él estaba haciendo exactamente lo que le dije y quedándose a salvo. No me enojaría por eso.

Al fin el guardia se desnudó hasta quedar en ropa interior. —Arrodíllate —ordené—. Y también tira tu cabestrillo hacia acá.

—Pero...

—¿Quieres una bala en tu cerebro, o quieres tener una buena siesta?

Él gruñó, pero cautelosamente se sacó el cabestrillo por la cabeza. Su brazo estaba vendado, y un poco de sangre se filtraba por la tela. Sentí una punzada de culpa, pero iba a necesitarlo más que él.

Una vez que se arrodilló en el sucio piso de espaldas a mí, puso su mano buena detrás de su cabeza, y finalmente me atreví a moverme. Recogiendo la jeringa más cercana, la destapé con los dientes sin perder tiempo, mientras cruzaba la distancia entre nosotros. La aguja estaba a un centímetro de su cuello cuando habló: —Cuando no regrese, vendrán a buscarme —dijo—. No pueden esconderse aquí para siempre.

—Por suerte para ti, estarás dormido. —Con eso, metí la aguja en su cuello y presioné el émbolo. Gimió, pero un latido después, colapsó de bruces en la tierra.

Esperé varios segundos para asegurarme que su pecho subía y bajaba constantemente antes de agarrar el cabestrillo que él se había sacado. Aseguré mi brazo en el interior, junto con las jeringas que había dejado caer. Metí su otra arma en mi bolsillo, pero cuando giré para reunirme con Benjy y los otros, vacilé.

Él tenía razón. Otros vendrían a revisar el túnel cuando no regresara, y ya había alguien custodiando la entrada. Si dos guardias habían atravesado las defensas de los Blackcoat, no se podía decir cuántos más se les habían unido.

Respiré profundo. Benjy o los Blackcoat. Mi oportunidad de sobrevivir, o la suya.

La muerte es inevitable para todos. Al final lo único que importa es cómo elegimos vivir.

Desde el momento en que le había dado a Scotia esos códigos, había tomado mi decisión. Ser una cobarde no era parte de esto.

Mire una vez más a la oscuridad y dije un adiós silencioso a Benjy. Si salía de esto con vida, él me iba a matar.

Con eso, recogí la linterna del guardia y fui hacia la entrada del túnel. Si alguien trataba de ir tras esos niños, primero debían pasar sobre mí.

XVI

EJECUCIÓN

Traducido por Carolina Ortega

A tres metros de la entrada del túnel me acurrugué en la oscuridad y miré al guardia que estaba entre los restos destrozados del gabinete. Él también era joven y pateó una pieza de madera, y levantó las manos sobre su cabeza en señal de victoria cuando se deslizó al otro lado de la habitación.

Antes de que pudiera bajarlos otra vez, me deslicé fuera del túnel y enterré una segunda jeringa en su cuello. Para el momento en que se dio la vuelta y vio mi cara, el tranquilizante ya estaba bombeando a través de sus venas.

—Tú... —Sus ojos rodaron hacia atrás y colapsó.

Cerré la puerta del túnel detrás de mí, no había nada que pudiera hacer para esconder el cuerpo inconsciente del guardia, no cuando él pesaba unos buenos cuarenta kilos más que yo, pero podía ocultar la entrada del túnel.

Arrastré una de las mesas de metal a la esquina, la empujé contra la pared y apresuradamente esparcí algunas de las herramientas en la superficie brillante, haciendo mi mejor esfuerzo para que pareciera que las utilizaron, no era el mejor trabajo de encubrimiento del mundo, especialmente no con el guardia que yacía inconsciente justo enfrente, pero con algo de suerte, si alguien más bajaba aquí, podría comprarle a Benjy y los otros algunos minutos.

Una vez que todo estuvo hecho, miré alrededor del taller, tenía dos pistolas ahora, junto con suficientes tranquilizantes escondidos en mi cabestrillo, para hacerme

cargo de cualquiera lo suficientemente estúpido para acercarse, si me quedaba en la base de las escaleras...

Un grito hizo eco a través de la casa. Me tensé... Hannah.

Mis pies se estaban moviendo antes de que tuviera la oportunidad de pensar, la adrenalina se disparó a través de mí, trepé por las escaleras haciendo el menor ruido posible, el vestíbulo estaba vacío, un silencio pesado se apoderó de mí mientras los segundos pasaban. Tal vez lo había imaginado, o tal vez no había sido un grito después de todo, o tal vez Hannah estaba muerta y...

Un sollozo ahogado hizo eco desde la gran escalera. Sujetando mi arma, me arrastré por uno de los laterales de la escalera al segundo piso, con cuidado de no hacer ruido.

—¿Dónde está ella? —La voz de Mercer sonó como un látigo en la distancia—. Esta es tu última oportunidad.

—No lo sé —sollozó Hannah—. No lo sé

—Sí lo sabes, sabes exactamente qué es lo que está pasando, tú lo has sabido todo el tiempo, ¿no?

—¡Por supuesto que no! ¿Cómo puedes siquiera pensar...?

—*No me mientas.*

El inconfundible sonido de una bofetada resonó a través del pasillo, seguido por silencio, pasé de puntillas por la habitación de Knox, la puerta de la alcoba Augusta estaba entreabierta y me asomé.

Hannah estaba sentada a los pies de la cama color rosa y oro, sus rodillas contra su pecho mientras sollozaba en silencio.

Así de cerca podía ver media docena de heridas sangrantes en su cara y uno de sus ojos estaba cerrado por la hinchazón. Mercer estaba parado frente a ella, blandiendo un cuchillo de carnicero.

La furia hirvió dentro de mis venas y apreté mi arma; un disparo, eso era todo lo que necesitaba.

Pero mientras levantaba el arma, un disparo resonó desde el vestíbulo y una puerta se cerró de golpe.

—¡Mercer! —gritó una voz clamorosa.

Mercer miró hacia arriba y apenas me las arreglé para escabullirme lejos de la puerta.

—Aquí —respondió y añadió en un murmullo—, más vale que sea importante.

Me lancé al segundo hueco de la escalera, el que conducía a la parte trasera de la casa y me agazapé. Pesados pasos resonaron contra el pasillo alfombrado como si alguien viniera corriendo, respirando pesadamente.

—Señor —dijo, su voz mucho más cerca ahora. Escondí mi cabeza entre mis rodillas, rezando que él no viniera en esta dirección—. La tenemos.

Me congelé, ellos no podían estar hablando de mí, entonces ¿quién...?

Se me cortó la respiración en la garganta.

Scotia.

—Casi es hora —dijo Mercer—. Vigila a mi esposa, si trata de escapar, máatala.

Escuché mientras Mercer se dirigía por el pasillo en dirección contraria, en dirección al vestíbulo en vez de la escalera donde yo me estaba escondiendo, esperé hasta que la puerta principal se abrió y se cerró, después, cuando estuve tan segura como era posible de que Mercer se había ido, me levanté y me arrastré por el pasillo.

La puerta de la alcoba Augusta estaba completamente abierta ahora. Un guardia estaba parado en la entrada frente a Hannah, tenía los pies separados y apuntaba con su rifle. Me acerqué más, mis pisadas silenciosas mientras llegaba detrás del guardia y me asomaba en la habitación.

Hannah estaba sentada en la cama, sus pies rozaban la alfombra mientras miraba a lo lejos, su expresión era ilegible, no esperé a que me mirara. Cogí una tercera jeringa, apuñalé al guardia en el cuello y lo sedé. Otra vez, cayó al suelo y yo salté sobre él.

—¿Estás bien? —pregunté, apresurándome hacia Hannah, ella se puso de pie, con la boca abierta.

—¿Lila... Kitty? —dijo, asombrada, y envolvió sus brazos alrededor de mí en un abrazo apretado—. ¿Eres realmente tú? Jonathan dijo... creí que estabas *muerta*.

Entonces ellos habían estado hablando de Scotia. Mi determinación se volvió de acero y le devolví el abrazo antes de soltarla.

—Estoy bien —dije—. ¿Estás bien?

—No es nada, sólo unos pocos arañazos.

Las cuchilladas en su cara eran todo menos arañazos, no necesitaba saber mucho de medicina para saber que requerirían puntos.

—Necesitamos ir a un lugar seguro, ¿puedes caminar?

—Ellos saben del túnel —dijo y se agachó para agarrar el rifle del guardia—, lo íbamos a usar para escapar, pero Jonathan vio el gabinete roto y pensó que había una emboscada esperándonos.

—Si te pones un mono, ellos no te lastimarán —dije—. Vamos, debemos llevarte abajo.

Usando la escalera de la parte de atrás, avanzamos lentamente hasta la cocina, donde saqué de la basura mi mono de la noche anterior; le quedaba pequeño a Hannah, pero ella se las arregló para enfundarse la ropa.

—¿Qué hay de ti? —preguntó.

—No voy a ir contigo.

—Sí lo harás. —Sus dedos se cerraron alrededor de mi muñeca, como si se estuviera encadenando a mí.

Sacudí la cabeza. — Tengo que hacerme cargo de algo, estaré allá tan pronto como termine.

—Kitty...

—Si quieres mantenerme segura, entonces traerás ese rifle y te asegurarás de que las personas en el túnel lleguen a un lugar seguro —espeté—. Hay un chico, Benjy, el que estaba en la jaula conmigo, él está en la retaguardia, dile que Kitty dijo que confiara en ti.

Sus ojos azules se humedecieron y me miró.

—No podría vivir conmigo misma si algo te pasa a ti.

—Y yo no podría vivir conmigo misma si algo te pasa a ti o a Benjy. Ahora, por favor, antes de que se den cuenta que te has ido.

La boca de Hannah formó una delgada línea, y me atrapó en otro abrazo.

—No te atrevas a morir antes de que tenga la oportunidad de conocerte —dijo, con voz rota.

—Haré lo mejor que pueda —prometí, pero era lo máximo que podía ofrecer ahora mismo.

Al menos ella me dejó ir y se dirigió al sótano sin otra palabra, una vez que estuve segura de que se había ido, fui hacia el vestíbulo y abrí la puerta principal con mi arma en mano, no tenía un plan ni tenía idea de lo que había ahí, pero Benjy y yo no estaríamos vivos si no fuera por Scotia, y si había algo que yo pudiera hacer para ayudarla, se lo debía.

Incluso desde el pórtico, podía ver a una multitud reunida en la calle frente a la mansión Mercer. Tomando un respiro, bajé los escalones furtivamente y me dirigí a un

árbol cercano, huellas zigzagueaban a través de la nieve, fui cuidadosa de pisar en ellas, sin dejar rastro de que estuve allí.

—¡Así luce una rebelión! —La voz de Mercer cortó a través del aire frío, me asomé alrededor del gran tronco del árbol, desde mi posición ventajosa pude ver a Mercer parado en una plataforma improvisada frente a la puerta, rodeado por un pequeño ejército de guardias, y frente a ellos...

Mi estómago se desplomó... una docena de hombres y mujeres vestidos con monos estaban arrodillados en el fango, cada uno con los ojos vendados y con las manos atadas a la espalda. Los examiné, buscando cualquier rasgo familiar, mi mirada cayó en la figura arrodillada frente a Mercer, ella tenía la barbilla levantada de manera desafiante, incluso desde la distancia, su brillante coleta era inconfundible.

Scotia.

Un extraño sonido resonó en mis oídos, aumentando mientras los segundos pasaban y mi cabeza latía con fuerza. Esto no podía estar pasando, tenía que hacer *algo*.

—Innumerables personas han muerto a causa de ustedes —dijo Mercer, y mientras su voz recorría la calle, él miro hacia abajo, a Scotia. Traté de trazar mentalmente un camino para acercarme más a la puerta, pero todo era espacio abierto—. La nieve ha enrojecido con sangre inocente, y ahora no tenemos más elección que castigar a la sección entera, todo porque ustedes decidieron tener un poco de diversión. Nunca iban a ganar. —Señaló el cielo—. Tengo el poder del gobierno detrás de mí, y todo lo que ustedes tienen son unos cuantos criminales, bastardos e inválidos inútiles.

El zumbido creció en intensidad y miré hacia arriba, a través de las ramas. Helicópteros. Mi corazón se hundió, no importaba cuantas armas tuvieran los Blackcoat, no había manera de que fueran capaces de pelear con el ejército completo, y no había manera de que yo pudiera pasar a hurtadillas a través del césped sin que

nadie me viera antes de tener la oportunidad de ayudar, pero tenía que haber una manera... *tenía* que haberla.

A pesar de todo, Scotia mantenía la cabeza alta, tenía los ojos vendados como los otros, pero ella lucía como si estuviera mirando directamente a Mercer.

—Preferiría morir al lado de mi gente que vivir con la tuya.

Él se mofó. —Como desees, espero que haya valido la pena.

—Lo valió —replicó ella—. Y lo haría todo otra vez por tener la oportunidad de matarte.

—Desafortunadamente nunca tendrás esa oportunidad, disfruta el infierno.

—Te veré allí —respondió Scotia.

Antes de que pudiera moverme, antes de que pudiera pensar, Mercer presionó el cañón de un arma contra la frente de ella y presionó el gatillo.

Un tiro resonó y ella cayó al suelo. Ahogué un grito, un coro de disparos sonaron y los otros prisioneros la siguieron, uno por uno, hasta que no quedó nadie más.

El zumbido de los helicópteros se hizo más fuerte, ahora el viento azotaba con frenesí, mi pecho se apretó. Mercer pateó el cuerpo de Scotia, lo suficientemente fuerte para que el estallido de los huesos hiciera eco sobre el sonido de mi corazón latiendo en mis oídos y la bilis subiera a mi garganta.

—Acorralen a los otros —ordenó Mercer—. Busquen en las barracas, los edificios, el comedor, cualquier lugar en el que pudieran esconderse, y no vuelvan hasta que los hayan encontrado.

Un grito de alarma cortó el discurso de Mercer, el sonido de implacables disparos repicó en mis oídos, lo suficientemente cerca para hacer de mi dolor de cabeza un rugido, de repente una ráfaga de balas llovió sobre la plataforma, los

guardias parados con Mercer colapsaron de un solo golpe, y Mercer se lanzó fuera de la plataforma, dentro de un pequeño espacio junto a la puerta.

Jadeé y me agaché al lado del árbol. Las ramas ondeaban como si estuviéramos en medio de un huracán, y se apartaron lo suficiente para poder ver más de una docena de helicópteros negros flotando encima de nosotros en un cielo nublado, como el primero, todos llevaban el sello del Primer Ministro, pero continuaban disparando al grupo de guardias, derribando a todos sin piedad, no era el ejército después de todo.

Los Blackcoat habían llegado.

Me escondí detrás del árbol, sin atreverme a salir a campo abierto. Varios hombres gritaban, y uno por uno, soldados vestidos de negro, descendieron al suelo, llevando armas que hacían lucir como juguetes a los rifles de los guardias. Algunos se quedaron, pero la mayoría de ellos se dirigieron a las calles y lejos de la mansión. Brevemente consideré entrar rápidamente, sin embargo, antes de poder moverme vi una figura familiar en medio de un grupo de soldados, el plateado brillante de su uniforme lo hacía destacar.

Knox, había vuelto después de todo.

Abrí la boca para llamarlo, pero un movimiento por el rabillo del ojo llamó mi atención. Sólo a seis metros de donde estaba parada, Mercer subía la colina hacia la casa, cojeando y abrazándose el estómago.

Me agaché otra vez y lo vi pasar, no había duda de a dónde iba esta vez, el túnel era su única forma de escapar. Una posible emboscada allí era mejor que una muerte certera aquí, y mientras él se deslizaba dentro de la mansión Mercer, reuní mi coraje y corrí tras de él.

Parte de mi esperaba que disparos me siguieran, pero o nadie en el cielo me vio, o no les importó. Patiné en el vestíbulo, el arma en mi mano y lista para disparar, pero una vez más, estaba vacío.

Inmediatamente maldije, ¿dónde...?

—Necesitamos apoyo. —La voz de Mercer, una mezcla de histeria y desesperación, se filtró hasta mi desde su oficina—. Los rebeldes secuestraron los helicópteros y asaltaron la armería. Otro-Sitio está cayendo, repito, *Otro-Sitio está cayendo*.

Abrí la puerta con el pie, él estaba parado frente a su escritorio, encorvado sobre un monitor, desde donde el Ministro Bradley lo miraba, su espeso bigote escondía su boca.

—Estamos enviando tropas para asistirlo —le aseguró, pero Mercer ya no le estaba prestando atención, en cambio, sus ojos se clavaron en los míos.

—Que sea el ejército completo —dijo Mercer en un tono mortífero. Apagó el monitor y se enderezó tanto como se lo permitían sus heridas, la mitad de su uniforme blanco estaba teñido de rojo por su propia sangre, y mantenía su mano en el estómago como si estuviera manteniendo sus entrañas en su lugar, por lo que yo sabía, así era.

—Pon tu arma en el escritorio y camina hacia mí lentamente —dije, manteniendo mi voz tan estable como podía, por algún extraño milagro, mi mano no temblaba.

Mercer hizo como le dije, puso un revolver sobre el escritorio y cojeó hacia mí. A pesar de sus heridas, nunca respingó de dolor o apartó sus ojos de mí, y yo no me atreví a mirar a otro lado.

—Mi hermano me advirtió sobre subestimarte —dijo—. Fui un tonto al no escucharlo.

—Un tonto muerto —dije y él soltó una risotada.

—Si fueras a matarme, ya lo habrías hecho, cariño, lo que me hace preguntarme qué planeas hacer conmigo.

—Mantenerte aquí hasta que los Blackcoat lleguen —respondí—, ellos podrán decidir si vives o mueres.

—Que afortunado. —Sus ojos oscuros brillaron con diversión—. Siempre desee que mi ejecutor fuera un cobarde, esto lo hace mucho más fácil.

—No soy una... —empecé, pero antes de que pudiera terminar, se tambaleó, sujetó el cañón de mi pistola y al apartarla de él, para mi sorpresa, apreté el gatillo. Polvo de yeso explotó del techo.

Mercer empujó el arma lejos de mí y me lanzó al suelo. Caí con fuerza sobre mi espalda, todo el aire abandonó mis pulmones. Él se irguió sobre mí, todavía abrazando sus órganos mientras una sonrisa maniaca bailaba en su cara.

—Podría decir que va a ser más difícil para mí de lo que fue para ti, pero eso sería una mentira —murmuró, apuntándome a la cabeza con el arma que Scotia me había dado. Busqué a tientas la que le había robado al guardia, pero en la pelea, se había salido de mi bolsillo y caído a los pies de Mercer. Perfecto.

—No tienes que matarme —dije, tragándome mi miedo, este era el riesgo que había tomado, y lo valía cuando significaba que Benjy, Hannah y todos esos otros niños podrían vivir gracias a mí. Pero no detuvo el terror de lo desconocido que se filtraba en cada esquina de mi ser, hasta que estuve congelada, incapaz alejar mi mirada de la suya—. Soy un buen rehén, mi vida por la tuya, es un trato justo, los Blackcoat lo aceptarán.

Él resoplo con una risa. —¿Te sigues diciendo esa mentira, cariño?

—¿Qué mentira? —Mi boca se secó.

—En la que crees que realmente eres Lila Hart.

Entonces, él lo sabía. En los pocos segundos de silencio entre nosotros, debatí mis opciones, podía admitirlo y apuntar que todavía era valiosa para los Blackcoat, o podía negarlo y desear al infierno que fuera suficiente para sembrar una semilla de duda.

Sin embargo, antes de que pudiera decir cualquier cosa, él se inclinó, y una gota de sangre de su abdomen cayó en mi camisa.

—El Primer Ministro me lo contó todo. Sé exactamente quién eres, Kitty Doe, y sé exactamente lo que vales para mí: nada.

—Ella significa algo para mí —dijo una voz, y mi corazón brincó, Hannah.

Estiré el cuello, ella estaba parada en el tramo entre la oficina de Mercer y la puerta del sótano, sujetando el rifle del guardia. Su ojo hinchado ahora estaba púrpura, pero el otro estaba abierto y fijado directamente en Mercer.

Él soltó una risotada otra vez, pero había un indicio de nerviosismo en ella, su agarre se movió hacia la pistola y ubicó sus dedos en el gatillo.

—Hannah, cariño, no seas tonta, los dos sabemos que tú nunca...

El disparo sonó tan alto, que, por un momento, quedé sorda. Por encima de mí, un pequeño hoyo apareció en la frente de Mercer, en el punto exacto donde él le había disparado a Scotia. Su cuerpo quedó flojo y rodó fuera del camino a tiempo para que él chocara contra el piso de mármol, lo suficientemente cerca de mí para sentir el calor de su cuerpo.

Sus ojos estaban fijos en mí, sin vida y vacíos, todavía con su última palabra sin decir en los labios. Miré hacia atrás, demasiado aturdida para soltar alguna ocurrencia sobre el cadáver.

—Vamos —dijo Hannah, estuvo a mi lado en un instante, ayudándome a ponerme de pie—. Necesitamos salir de aquí antes de que los rebeldes nos encuentren.

—No —dije, mis piernas temblaban debajo de mí, mientras la adrenalina corría por mi sistema, todo se veía más grande, y mi pulso corría tan rápido que creí que mi pecho iba a explotar—. Necesito quedarme aquí. Knox y los Blackcoat...

—Nos van a matar —interrumpió ella y yo sacudí la cabeza.

—Soy una de ellos, ellos no me harán daño —pero Hannah no tendría tanta suerte, miré hacia la puerta del sótano—. Si te ven aquí...

—No voy a ningún lado sin ti. —Apoyó el rifle en la escalera y se sentó en el centro del piso de mármol—. Si tú te quedas, yo también.

Vacilé, la única manera de garantizar su seguridad era estar ahí cuando los Blackcoat la encontraran y decirles exactamente lo que ella había hecho. Al menos de esa manera ella tendría una oportunidad.

—Está bien. —Arrojé las jeringas que me quedaban al suelo y me senté a su lado—. Gracias por... —Tragué saliva con fuerza y miré al suelo, no podía decir las palabras.

—Él dejó de significar algo para mí en el momento en que te hizo daño —dijo en voz baja, entrelazando sus dedos con los míos—. Sólo siento no haberlo hecho antes.

La imagen de Scotia y su sonrisa pasaron por mi cabeza y no pude dejar de sentirme de la misma manera.

—Aun así, gracias.

—De nada —respondió Hannah, y juntas nos sentamos en el frío suelo de mármol, esperando que los Blackcoat nos encontraran.

XVII

VOZ

Traducido por thedoctor

Quince minutos más tarde, un grupo de soldados inundó el vestíbulo de la mansión Mercer, pistolas en mano. Durante un aterrador instante cuando el líder empujó el cañón de su poderosa arma de asalto en mi rostro, pensé que iba a dispararnos.

—No estamos armadas —dije levantando mi mano herida—. Y estamos de su lado.

El líder me observó con una chispa de reconocimiento. —Búsquenlos —gritó y dos hombres se adelantaron, mientras los otros se introducían en abanico en el interior de la mansión.

Mientras Hannah inclinaba la cabeza, yo mantuve la mía en alto, mirando al líder directo a los ojos. En lugar de fijarse en mí, su mirada se detuvo en Hannah.

—Ah, una Mercer. Justo lo que estaba buscando. —Le hizo una señal a un soldado para que la registrara—. Llévela a las instalaciones de detención.

—No —dije y el miedo se apoderó de mí. Intenté ponerme en pie, pero un segundo soldado me mantuvo sentada—. Ella salvó mi vida. Ella mató a Mercer...

—Aun así, es una criminal —dijo el líder, y Hannah trastabilló a través del piso de mármol, dándose vuelta lo suficiente para mirarme.

—Estaré bien —dijo—. Cuida de ti misma.

—Hannah... no, déjenla ir —grité, pero otro soldado se unió al primero y juntos me sujetaron contra el suelo mientras los otros la hacían salir por la puerta.

—No somos monstruos —dijo el líder, bajando la mirada para verme—. No vamos a lastimarla hasta que no recibamos nuestras órdenes.

—Estoy *ordenándole* que la deje ir —escupí—. No finja que no sabe exactamente quién soy yo.

—Lo sé, y también sé que usted no está autorizada a dar esa clase de órdenes, señorita Hart.

Refunfuñé. —Quiero hablar con Knox Creed.

—Él podría estar algo ocupado en estos momentos...

—Entonces esperaré.

El líder me observó y yo me rehusé a desviar la mirada. Finalmente murmuró algo en su manga, y otra media docena de guardias se unieron a nosotros, rodeándome mientras los demás revisaban la mansión. No podía decir si estaban protegiéndome o manteniéndome cautiva, pero cualquiera fuera el caso, al menos no eran hombres de Mercer.

Tan pronto como el líder decretó que todo estaba despejado, los soldados me pusieron de pie. —Llévenla escaleras arriba. Órdenes de Creed. Sean amables.

—¿Qué? —Luché contra las manos que me mantenían en mi sitio—. ¿Dónde está? Necesito hablar con él.

—Estará aquí tan pronto como pueda —dijo el líder—. Mientras tanto, llévenla arriba.

No importó cuánto peleara, pateara, gritara o mordiera, los soldados no me soltaron; aunque encontré una perversa satisfacción cuando hicieron falta cuatro de ellos para llevarme a la alcoba Augusta. Tan pronto como me depositaron en la cama, salieron rápidamente, y echaron llave a la puerta detrás de ellos.

Atravesé el cuarto rápidamente y golpeé la puerta. —Déjenme salir —grité—. Por favor... ¡Necesito hablar con Knox!

Pero sin importar lo alto que gritara y cuán duro golpeará la puerta, nadie respondió. Eventualmente, luego de lo que debió ser una hora, trastabillé hacia la cama y me dejé caer, escondí mi rostro en una de las almohadas rosadas y luché por no llorar.

Si algo le sucedía a Hannah, iba a asesinar a Knox. Y esta vez lo decía en serio.

No supe cuánto tiempo me llevó quedarme dormida en esa antigua cama rosa y oro. Minutos, quizá... u horas, o quizá nunca me dormí. Vagamente, mientras iba a la deriva al borde de la conciencia, sentí unas manos frías tocar mis sienes y un destello de luz brillante apareció ante mis ojos. Remotamente escuché el murmullo de la conversación de dos hombres, y aunque podría jurar que uno de ellos sonaba como Knox, cuando finalmente logré abrir los ojos, se habían ido.

La próxima vez que desperté, una débil luz mañanera se filtraba a través de los vitrales, dándole a todo lo que había en la habitación una sensación de brillo. Gruñí al tratar de moverme, pero algo pesado me mantuvo recostada.

—Quítate de encima —murmuré, sin estar completamente despierta. Pero el peso se hizo aún peor y algo se movió a mi lado en el colchón.

—Cinco minutos más —murmuró una voz en mi oído y mi corazón casi se detuvo. Era Benjy.

Con más energía de la que pensé que tenía, rodé hacia él. Yacía a mi lado con los ojos cerrados y su cabello pelirrojo despeinado. Su rostro pecoso estaba limpio y vestía una muda de ropa limpia que parecía demasiado grande para él. Pero podría haber estado cubierto de barro y oler como una alcantarilla y de todas maneras me hubiera sentido eufórica de verlo.

—Bien —dije acurrucándome contra él—. Cinco minutos más.

Besó mi frente y entreabrió un ojo. —Todavía estoy enojado contigo, ¿sabes? Juraste que no ibas a dejarme.

—Estoy aquí ahora. —Acaricié su cuello e inhalé su aroma—. Lo siento.

Benjy suspiró y pasó los dedos por mi cabello sucio y apelmazado. —Yo también —susurró. Ambos cerramos los ojos, y rodeada por su calor, me quedé dormida una vez más.

La batalla de Otro-Sitio continuó de manera encarnizada durante otros dos días. Las explosiones sacudieron la mansión Mercer cada hora durante treinta horas seguidas, y yo me enrosqué contra Benjy en la oscuridad, preguntándome a veces sino estaríamos muertos ya.

La cerradura de la puerta de la alcoba Augusta fue abierta tres veces al día para traernos comida y una para que el doctor me revisara. —Estás sanando bien —me dijo y me recetó otro calmante, y para el momento en que salió de la habitación, yo ya estaba dormida.

Soñé con la guerra. Soñé con balas y sangre e interminables tiroteos, y cuando me desperté no había alivio. Benjy estuvo junto a mí en todo momento, hablándome y susurrando historias en mi oído durante los peores momentos, y en mitad de la noche, nos manteníamos cerca el uno del otro. Ambos sabíamos que sin importar cuán a menudo Knox nos hubiera prometido que iba a mantenernos a salvo, algunas cosas estaban más allá de su control.

—A veces me pregunto si todo esto valió la pena —murmuré mientras él besaba mi cabello. Estábamos tan entremezclados que no tenía idea dónde terminaba yo y dónde empezaba Benjy.

—¿Qué quieres decir? —susurró mientras besaba mi cabello, que ya estaba limpio gracias al baño que había en la alcoba Augusta. No era muy grande, pero tenía una bañera lo suficientemente profunda como para que me cubriera por completo. Sin importar con cuanta fuerza frotara mi piel, igual sentía como si no pudiera eliminar la sangre por completo.

—Quiero decir... que mueran todas esas personas. —Me encogí mientras otro intercambio de disparos lejanos se filtraba en la habitación. Eran cada vez más lejanos a medida que la batalla progresaba, pero eran sólo otro recordatorio de que había arrastrado a incontables personas inocentes a una batalla sin siquiera preguntarles si querían verse involucradas—. ¿Qué sucederá si no ganamos?

—¿Y qué sucederá si lo hacemos? —Las yemas de los dedos de Benjy danzaron a través de mi mejilla, dejando un cálido rastro a donde fuera que iban—. ¿Qué sucederá si todos y cada uno de los prisioneros de Otro-Sitio son liberados debido a tu valentía?

—Yo no soy valiente —repliqué—. Sólo estoy tratando de asegurarme de que no gane la gente equivocada.

—Algunas veces eso es lo que significa ser valiente. —Rozó sus labios contra los míos y yo respondí de manera automática—. Tú eres la persona más valiente que conozco, Kitty. Hiciste todo lo que pudiste para que esto sucediera. Y aún si fallamos, no será por tu causa. Te lo prometo.

—No te merezco —murmuré. Él se rio entre dientes.

—Probablemente no, pero de todas maneras siempre estarás unida a mí, así que tendrás que buscar una forma de aceptarlo.

Le di un golpecito en el estómago. —Sabes a lo que me refiero.

Él se puso serio y deslizó su mano bajo mi blusa, presionando su cálida palma contra la parte baja de mi espalda. —Lo único que sé es que te amo, y que haré todo lo que haga falta para pasar el resto de mi vida contigo, sin importar lo corta o larga que pueda ser. Pero también sé lo importante que es esta guerra, y sé lo importante que eres tú para esta guerra, aun cuando tú misma no puedas verlo.

Lo observé fijamente, tratando de fijar en mi memoria la forma en que se veían sus ojos. Estaban llenos de algo que no podía definir, pero en lo que me habría

ahogado felizmente si eso significara estar más cerca de él. —No significaría nada si tú no estuvieras aquí conmigo.

—Siempre estaré contigo —dijo—. Siempre. Pero las cosas que te hice prometer... —Sacudió la cabeza—. No eres mía únicamente. Nunca lo fuiste.

—Siempre soy tuya. Tuya y de nadie más.

Él sonrió débilmente y rozó sus labios contra los míos nuevamente. —También le perteneces a ellos, te necesitan. No a Lila Hart, sino a ti... Kitty Doe.

Pasé la lengua por mis labios secos y agrietados debido a todo lo que había sucedido. —No puedo darles nada que ya no tengan.

—¿No lo ves? —Sonrió, pero era una sonrisa melancólica que hizo que algo en mi interior doliera—. Ya lo has hecho. Nos diste esperanza, y nos diste el deseo de luchar. Y sin importar lo que suceda, nadie; ni el Primer Ministro, ni Knox, ni siquiera tú misma, podrá arrebatarlos eso. Prométeme que recordarás esto, ¿lo harás?

—Lo haré —dije suavemente. Incontables pensamientos daban vueltas en mi mente, cada uno de ellos se destruía en el momento que intentaba alcanzarlos—. Te amo.

—Y yo te amo a ti —murmuró—. Más de lo que alguna vez podrías saber.

Pero sí lo sabía, y lo besé de nuevo, amoldando mi cuerpo contra el suyo. —¿Benjy?

—¿Sí?

—No hay reunión de los Blackcoat esta noche.

Él parpadeó confundido. —¿Qué?

—Y Knox no se encuentra aquí. Nadie ha venido a vernos desde hace horas.

Benjy frunció el ceño. —No entiendo...

Lo interrumpí con otro beso, más profundo que el anterior y lleno de todas las promesas que nos habíamos hecho el uno al otro. —Creo que es tiempo de que nos quitemos estas ropas, ¿qué piensas?

Finalmente comprendió lo que quería decir, y sus ojos se abrieron mucho. — ¿Lo dices en serio? ¿Ahora?

—Ahora.

Su boca se abrió y se cerró varias veces, mientras miraba nerviosamente hacia la puerta. —Pero ¿Qué pasa si...?

—Estamos en mitad de la noche. Nadie va a venir, y hay protección en el botiquín que nos dejó el doctor. —Me apoyé en mi brazo sano—. Por favor, dime que no vas a pelear conmigo por esto...

—¡No! ¡Por supuesto que no! —exclamó apresuradamente y se incorporó lo suficiente como para quitarse la camisa y dejar su pecho al desnudo—. ¿Ves? Ahí lo tienes. Camisa fuera.

Reí. —¿Ya está? ¿Eso es todo lo que obtendré?

Miró hacia su pecho, pasando la mano sobre su piel pálida y sus inexistentes abdominales. —Admito que no es mucho, pero de todas las personas, no esperaba que fueras tú a la que le importara el aspecto de las personas —dijo, aunque no pudo esconder del todo la sonrisa que luchaba por asomarse en la comisura de sus labios.

—Ya te he visto sin camisa antes, tonto. —Me enderecé y jugué con el dobladillo de mi enorme top—. Pero tú no has visto lo que me dieron los Hart. Son una vista mucho mejor que las anteriores, sabes.

Su expresión se suavizó y colocó su mano en mi mejilla. —Imposible. Tú eras perfecta tal como eras. Siempre lo serás.

Acorté la distancia entre nosotros hasta que mi frente descansó sobre la suya. — Eres maravilloso —susurré—. Y no puedo decirte lo mucho que eso significa para mí. Pero no te atrevas a fingir que no vas a disfrutar éstas como loco.

Él se río y su risa grave me hizo estremecer, y deslizó su mano bajo mi blusa nuevamente, sus dedos subiendo lentamente. —Tú también vas a disfrutarlo, si yo tengo algo que decir al respecto.

Nos dejamos caer juntos en las almohadas, con su suave peso depositado encima de mí, mientras ambos comenzábamos a demostrarle al otro todo lo dicho. Y en ese momento, me olvidé de la rebelión, me olvidé de que él estaba besando a Lila Hart y no a mi yo real. Me olvidé de Knox y de Scotia y de los Mercer y de todas las cosas terribles que habían sucedido en los últimos días. Me perdí en él... me perdí en *nosotros*, y por primera vez desde que este caos había comenzado, recordé lo que era ser yo misma nuevamente. Recordé cómo se sentía ser amada.

Desearía poder decir que la noche fue perfecta... que parecía haber sido sacada de una de las novelas románticas que Benjy solía leerme, llena de fuegos artificiales y elegancia y todo lo que una primera vez debía ser.

Pero fue incómodo. Y fuimos torpes. Y ninguno de los dos sabía exactamente lo que hacíamos. Y después de hacerlo, una vez que hubo terminado y que yacíamos abrazados los dos juntos bajo las sábanas, ambos nos miramos como si no pudiéramos creer lo que acabábamos de hacer.

—¿Estás bien? —pregunté en voz baja, pasando mi dedos por su cabello. Él asintió con el ceño fruncido.

—Estoy bien. Muy bien —me prometió dibujando un patrón invisible en mi brazo—. ¿Y tú, estás bien?

Asentí, y por varios segundos los dos nos quedamos en silencio. Finalmente no pude resistirlo más y estallé. —Eso fue raro.

Una risa extraña y reprimida escapó de él, como si hubiera tratado de aguantarla y no hubiera podido. —Muy raro.

—¿Siempre se supone que sea así?

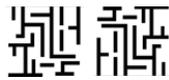
—¿En serio? ¿Me lo preguntas a mí?

Lo miré y me devolvió la mirada. Y ambos estallamos en carcajadas.

Eso era lo que me había faltado: la felicidad que no estaba empañada por el dolor. Disfrutar todos los momentos juntos que pudiéramos robar. Mirar en sus ojos y saber que sin importar lo que sucediera, siempre lo tendría a él, y él siempre me tendría a mí. Eso era por lo que estaba peleando. Eso era por lo que ambos estábamos peleando.

Reí hasta que las lágrimas me hicieron arder los ojos, y aún después, un resoplido nasal de Benjy me hizo reír hasta que me dolió el estómago y apenas podía respirar. Aquella noche podía no haber sido perfecta, pero era nuestra, y no la habría cambiado por todas las novelas románticas del mundo.

268



De alguna manera, milagrosamente, cuando los gritos de júbilo se escucharon en cada parte de Otro-Sitio, cuando los Blackcoat declararon la victoria, la mansión Mercer aún estaba en pie. Incluso el guardia que había en la puerta de nuestra habitación dejó salir un grito de triunfo, pero pasaron otras seis horas hasta que la puerta de la alcoba Augusta fuera finalmente abierta.

Benjy y yo estaban abrazados en la cama mientras él me leía un libro, los dos completamente vestidos ahora, pero nos enderezamos cuando un soldado apareció en el umbral. Era el mismo del vestíbulo; el líder del pelotón que se había llevado a Hannah. —Señorita Hart —dijo con brusquedad—. El señor Creed quiere verla.

—Ya era hora —exclamé y miré a Benjy preocupada. Él besó mi sien.

—Aquí estaré cuando regreses —dijo y apreté su mano.

—Más te vale.

El soldado me condujo a través del vestíbulo y luego bajamos la familiar y lujosa escalera. Esperaba que abriera la puerta principal, y le iba a hacer notar el hecho de que no traía zapatos cuando, en su lugar, abrió las puertas de la oficina de Mercer.

Knox estaba sentado detrás del escritorio, con los anteojos colocados sobre su nariz, mientras ordenaba varios expedientes. En el fondo, un monitor de televisión exhibía un canal de noticias durante las veinticuatro horas y brevemente observé lo que parecía ser una vista aérea de Otro-Sitio.

—¿Estuviste tan cerca todo este tiempo y no te molestaste en pasar a decirme “hola”? —pregunté cruzando los brazos. El soldado cerró la puerta detrás de mí, dejándonos solos.

—Estuve algo ocupado ganando una batalla —respondió Knox. Finalmente me miró y a pesar de los tres metros que nos separaban, pude notar que las líneas de expresión en su rostro se habían vuelto más profundas y que la piel debajo de sus ojos era de color púrpura.

—¿Hannah sigue viva? —le interrogué, y él asintió.

—Ella está retenida en una instalación subterránea en este momento, junto a otros prisioneros de guerra.

—Ella no es una prisionera —dije—. Ella es mi madre.

—Lo sé. —Se quitó los anteojos y presionó los dedos en el puente de su nariz—. Estoy haciendo lo mejor que puedo, Kitty. Los prisioneros necesitan alguien a quien culpar. Y existe la posibilidad de que sea ella la que cargue con las culpas...

Mi estómago se puso rígido. —Si eso sucede...

—No va a pasar. —Se enderezó, y sus ojos oscuros se encontraron con los míos—. Esta noche, durante el cambio de guardia, Hannah va a desaparecer.

Abrí la boca para objetar, pero antes de que pudiera pronunciar una sola sílaba, continuó.

—Ella seguirá viva y será trasladada a un lugar seguro que sólo yo conozco — dijo—. A todos los demás se les dirá que fue ejecutada. ¿Lo entiendes?

Apreté los dientes y asentí. Hannah, al menos seguiría con vida. —¿Por qué no me dijiste que era mi madre?

—Sólo lo descubrí cuando leí tus archivos. Ella no era nadie para ti hasta que llegaste a Otro-Sitio, y una vez que estuviste aquí, era más seguro que no lo supieras. Sólo le revelé a ella quién eras tú cuando creí que Mercer iba a matarte.

—Estuvo a punto de hacerlo. —El recuerdo hizo que mi piel se cubriera de un sudor frío. *Dientes o dedos de los pies*—. Y tú me abandonaste.

—No tenía otra opción. Si me quedaba, Mercer habría comprendido todo, y ambas estarían muertas.

Durante un largo momento, me quedé en silencio. Él tenía razón, por supuesto, pero ninguna cantidad de racionalización haría que lo perdonara. —Te necesitaba — dije temblando—. Y tú estabas allá afuera, jugando al soldado en lugar de estar conmigo. Mercer nos puso en una jaula... a Benjy y a mí. Casi *morimos*...

—¿Te dije o no te dije que no fueras por los códigos?

Vacilé. —Si no lo hubiera hecho...

—Yo habría encontrado una manera —dijo—. A veces es necesario que confíes en mí, Kitty.

—Lo haré si alguna vez dejas de usarme como si fuera otra pieza en tu condenado juego —repliqué—. Yo no soy tu juguete, y hasta que comiences a confiar en mí, no hay ninguna maldita posibilidad de que yo confíe en ti.

Knox suspiró y buscó dentro de un cajón, sacando el marco fotográfico que Greyson me había dado. —Aquí tienes, pensé que querías esto de regreso.

Tomé lo que me daba, observando el rostro de Greyson. Sin importar cómo terminara esto, su vida sería otra víctima de la guerra, de una forma u otra. —¿Lo supiste todo este tiempo? —pregunté y las palabras se atoraron en mi garganta.

—¿Si supe qué?

—Que Greyson y yo... —Tragué con fuerza—. ¿Sabías que el Daxton real era mi padre?

Knox sonrió y extendió las manos. —No.

—¿Por qué no me lo dijiste luego de que leíste mi archivo? —pregunté—. Tenía derecho a saberlo.

—Lo tenías —acordó—. Y lo habría hecho si las cosas no hubieran sucedido del modo en que sucedieron. Pero saber quién fue tu padre... nunca fue importante.

—Era importante para mí. Aún si nunca te dijera dónde está el archivo del impostor, mantener en secreto algo como esto... deberías habérmelo dicho.

Se frotó los ojos con cansancio. —Sí, probablemente. Pero ahora lo sabes. De todas maneras, esa no es la razón por la que te hice llamar.

—Entonces ¿cuál es? —interrogué—. Sé que ganamos la batalla. Estoy segura de que todo el país lo sabe para estos momentos.

—Ganamos la batalla, pero aún no hemos ganado la guerra —explicó. Detrás de él, el noticiero mostraba una foto de Knox en pantalla. No había regreso para ninguno de los dos—. Tenemos las armas, pero Daxton aún tiene a los Ministros y al ejército de su lado. Es una batalla cuesta arriba y necesito gente en la que pueda confiar. Gente de la que pueda depender.

—He arriesgado mi vida por ti tantas veces que ya perdí la cuenta.

—Y yo estoy muy agradecido por eso, pero justo ahora, necesito trabajo de equipo y respeto, no obstinada desobediencia cada vez que no estás de acuerdo con

mis decisiones. Necesito un ejército, Kitty. No alguien que no es confiable y que no escucha.

—Yo... —Lo miré—. Si tú *confiaras* en mí y me dijeras las cosas....

—Pero no confío —espetó—. Aún no. A este paso, quizá no lo haga nunca. Mantendré la promesa que te hice. Tú y Benjy serán enviados lejos junto con Hannah, y los tres estarán a salvo en un lugar oculto durante el resto de la guerra. Nadie te encontrará allí, te lo prometo, y una vez que haya terminado, vivirán el resto de sus vidas en paz. ¿No era eso exactamente lo que querías?

Lo era. Paz, una vida con Benjy, la oportunidad de conocer a mi madre biológica; me estaba dando un futuro, uno que nunca tendría de otra manera. Pero mi mente derivó hacia la conversación que había tenido con Benjy a mitad de la noche mientras escuchábamos los sonidos de guerra y muerte, y antes de poder detenerme solté abruptamente: —No.

—¿No? —Alzó una ceja—. Sólo voy a hacerte esta oferta una vez. Si la rechazas...

—No voy a ir a ninguna parte. Te guste o no, esta gente me necesita. Y nunca voy a ganarme mi libertad dejando que otros mueran por mí. Ya lo he hecho demasiadas veces.

Su boca dio lugar a una sonrisa. —Kitty...

—¿Por qué estás haciendo todo esto? —le espeté—. Eres el hijo de un Ministro. Eres un VI. Ibas a vivir en una mansión, ibas a casarte con Lila Hart. Ibas a ser una de las personas más poderosas de todo el país. ¿Por qué molestarte en apoyar a los Blackcoat, mucho menos liderarlos y arruinar tu futuro? —Hice una pausa—. ¿Realmente estás enamorado de Lila? ¿Es eso?

Pasaron varios segundos interminables y finalmente Knox suspiró. —Las personas como tú ponen a sus personas amadas por encima de los ideales. Harán cualquier cosa para protegerlos, a cualquier costo. Pero yo... pongo los ideales por

encima de las personas. Ninguna vida es más importante que esta revolución, ni siquiera la mía.

—¿Por qué? —pregunté nuevamente—. La gente no se levanta por la mañana y decide liderar una rebelión.

—A veces lo hacen —dijo tranquilamente—. Pero esa es otra historia. Necesito que te vayas, Kitty.

—Y yo ya te dije que pienso quedarme. —Giré en redondo y aparté mi cabellera para mostrarle la cicatriz en forma de X—. ¿Ves esto?

—Sí —respondió. Y me di vuelta para verlo a la cara nuevamente.

—Ahora soy uno de ellos. No quiero esconderme, ni volver atrás. No voy a renunciar sólo porque tú eres demasiado orgulloso o arrogante como para confiar en mí. Conozco a estas personas mejor de lo que tú nunca llegarás a hacerlo, y te guste o no...

273

Un sonido proveniente del monitor me interrumpió, y ambos, Knox y yo, nos concentramos en él. La cámara cambió a una transmisión en vivo desde el interior de Somerset, donde podía verse un podio vacío.

Knox soltó una maldición. —Me preguntaba cuándo Daxton se iba a dirigir al público —murmuró y presionó un botón del monitor para grabar el discurso.

Pero en vez de que fuera Daxton el que se adelantara, una chica de cabello color rubio trigo y ojos color océano entró en el campo de visión.

La Lila Hart real.

—¿Qué...? —comencé a decir, pero Knox me chistó y me callé la boca.

—Buenas tardes —dijo usando una voz que yo podría imitar incluso dormida—. Estoy segura que a estas alturas todos ustedes sabrán que el territorio restringido conocido como Otro-Sitio ha caído en manos de una violenta organización terrorista

conocida como los Blackcoat, liderada por mi madre, Celia Hart, y mi antiguo prometido, Lennox Creed.

Observé a Knox, su expresión se endureció.

—Estos extremistas se han apoderado de nuestras tierras, han capturado y torturado a nuestra gente y han asesinado a innumerables hombres, mujeres y niños inocentes, todo en nombre de los mismos ideales que destruyeron los cimientos de nuestra sociedad hace menos de un siglo —continuó, mirando directamente hacia la cámara—. Mi tío, el Primer Ministro Daxton Hart, está trabajando incansablemente para poner a salvo el país de la terrible amenaza que ellos representan, y no se detendrá ante nada hasta que haya conseguido la seguridad de todas y cada una de las vidas de los ciudadanos de este país.

—No estoy hoy aquí para apelar a los Blackcoat —agregó—. No se puede razonar con los irracionales, y no existen palabras que pudieran expresar nuestra pena y dolor por las pérdidas que nuestra gente ha sufrido a manos de ellos. En lugar de eso, estoy aquí ante ustedes para solicitar el apoyo de todos los que me están viendo ahora. Si usted o alguien que usted conozca tiene información que conduzca a la identificación de aquellos que proveen o apoyan a estos terroristas, les pedimos que den un paso al frente. Necesitamos su ayuda para detener esta violencia sin sentido y traer a gente como Celia Hart o Lennox Creed ante la justicia. No sólo recompensaremos a todos los que traigan información que conduzca a la erradicación de estos criminales, sino que también se harán acreedores a nuestra eterna gratitud y la gratitud de sus compatriotas estadounidenses. Ha llegado el momento de luchar por nuestra libertad, nuestra seguridad y todo aquello que defendemos como nación —dijo alzando la cabeza como si estuviera hablando a un estadio repleto de personas en lugar de hacerlo ante una sola cámara.

—Únanse a nosotros y juntos podremos superar estos tiempos oscuros de nuestra historia. Juntos podemos derrotar a estos radicales que lo único que quieren es destruir la paz y la prosperidad por la que hemos trabajado incansablemente. Juntos podemos prevalecer.

Somerset se fundió a negro, y fue reemplazado nuevamente por el noticiero. Knox apagó la televisión y durante varios segundos, ninguno de los dos dijo nada. El silencio comenzó a sofocarme a medida que el peso de lo que habíamos visto comenzó a caer sobre mis hombros, y reviví en mi mente sus palabras una y otra vez.

No había mensajes ocultos. No había significados secretos.

De algún modo, de alguna manera, Daxton había convencido a la voz de la rebelión de los Blackcoat para que hablara en su favor.

—Una Lila de cada lado. Esto debería ser interesante —dije con serenidad—. Supongo que es algo bueno que no piense irme a ningún lado, ¿no es verdad? Me necesitas.

Y sin esperar la respuesta de Knox, me di la vuelta y salí por la puerta de la oficina, de regreso a la habitación escaleras arriba, donde Benjy me esperaba.



No se pierdan la excitante conclusión

LA REBELIÓN DE LOS BLACKCOAT

Veán a Kitty ir de peón a cautiva a... REINA.

276

REBELIÓN CAPTIVE

AGRADECIMIENTOS

Moderadora y Correctora

- Azhreik

Traductores

- Azhreik
- Beneath Mist
- Carolina Ortega
- Gisgirl8
- Guangugo
- Herondalesmojo
- Jane
- Johaqc
- Lauuz
- Majurca20
- PauEchelon
- SebasPotterM
- Thedoctor

277

Diseño

- Pamee



278

Visita Dark Guardians para leer los nuevos proyectos, seguir las traducciones en proceso y encontrar otros lectores para discutir y compartir tus libros favoritos.

五五五 CAPTIVE